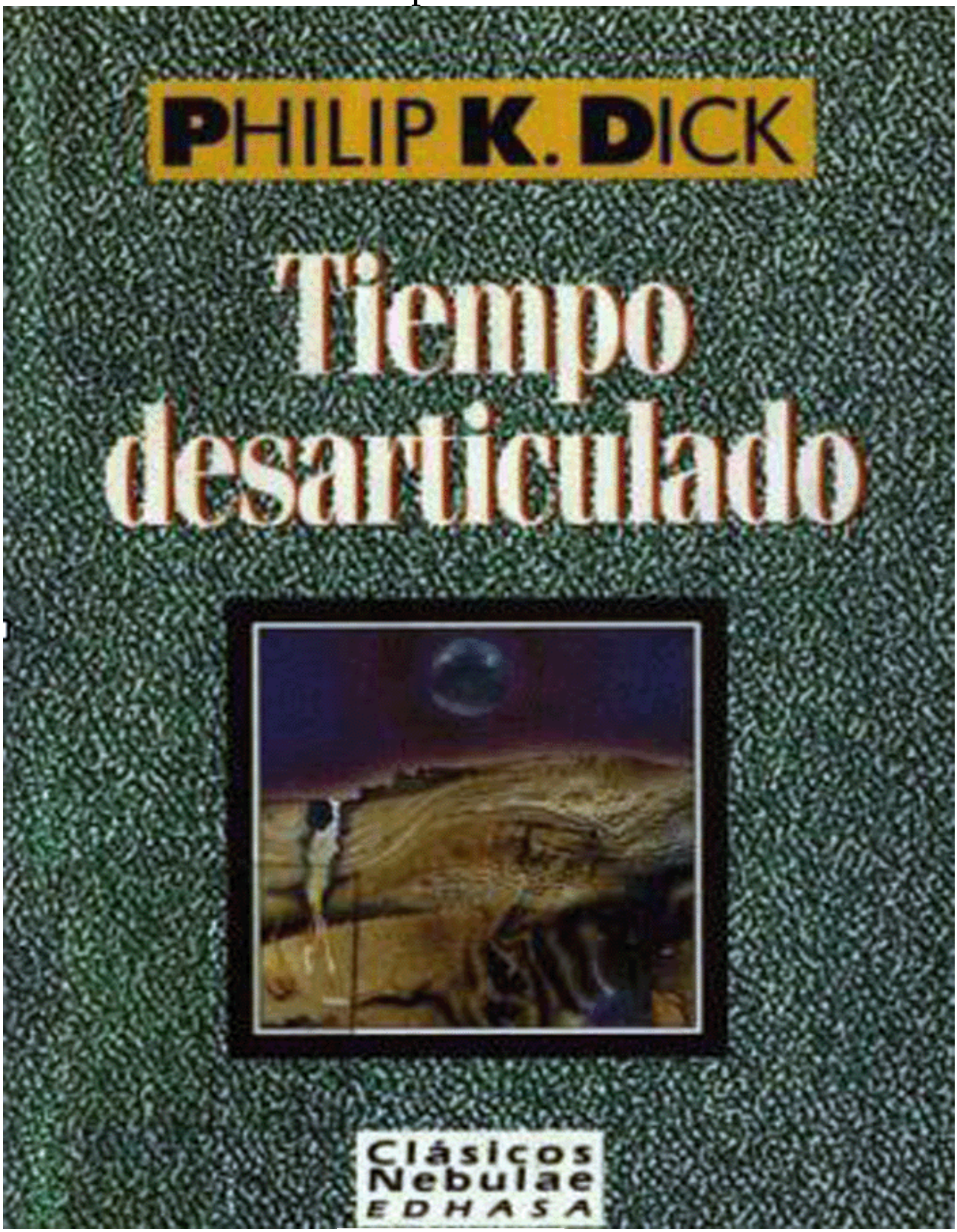
TIEMPO DESARTICULADO
Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Uno

Desde el congelador, situado en la parte trasera de la tienda, Victor Nielson hizo rodar un carrito cargado de patatas de invierno, dirigiéndose a la sección de verduras del departamento de alimentación. Empezó a dejar caer en un cubo casi vacío las patatas nuevas, inspeccionando una de cada diez en busca de piel dañada e indicios de putrefacción. Una patata grande cayó al suelo y se inclinó para recogerla; al hacerlo, miró más allá de los mostradores de control, las cajas registradoras, los expositores de paquetes de tabaco y barras de caramelo, y vio la calle a través de las amplias puertas de cristal. Unos pocos peatones pasaban por la acera, y a lo largo de la calle percibió el resplandor de la luz del sol reflejada en el guardabarros de un Volkswagen que abandonaba la plaza de aparcamiento de la tienda.

-¿Era mi esposa? -le preguntó a Liz, la estupenda muchacha tejana que estaba de cajera en aquel momento.

-No, que yo sepa -dijo Liz, marcando en la caja registradora dos cartones de leche y un paquete de carne magra de ternera picada. El anciano cliente frente al mostrador buscó la cartera en el bolsillo de la chaqueta.

-La estoy esperando -dijo Vic-. Cuando aparezca, avísame. -Margo debía llevar a Sammy, su hijo de diez años, al dentista para que le hiciera un examen con rayos X. Como era abril -época de pagar los impuestos- la cuenta de ahorros estaba extraordinariamente baja, y él temía los resultados del examen con los rayos X.

Incapaz de soportar la espera, se dirigió al teléfono público situado junto a la estantería de sopas enlatadas, dejó caer la moneda y marcó.

-Hola -dijo Margo.

-¿Lo has llevado?

-Tuve que telefonear al doctor Miles y postergar la consulta -dijo Margo inquieta-. A la hora de comer recordé que hoy es el día en que Anne Rubenstein y yo tenemos que llevar la petición a la Junta de Salud; debemos presentarla hoy porque, según nos hemos enterado, ya se están asignando los contratos.

-¿Qué petición?

-Para obligar al municipio a que limpie esos tres solares con cimientos de casas viejas donde los niños juegan al salir de la escuela. Es un peligro. Hay alambres oxidados, planchas de cemento rotas y...

-¿No podías haberla enviado por correo? -interrumpió él. Pero por dentro sentía alivio. A Sammy no se le caerían los dientes en un mes; no era urgente llevarlo al dentista-. ¿Cuánto tiempo estarás allí? Eso quiere decir que entonces no me llevarás a casa.

-No lo sé -dijo Margo-. Escucha, querido: hay un montón de señoras en el salón... Estamos pensando en detalles de última hora que queremos que se tengan en cuenta cuando presentemos la petición. Si no te puedo llevar a casa, te llamaré hacia las cinco. ¿De acuerdo?

Cuando hubo colgado, se acercó a la caja. No había clientes y Liz había encendido un cigarrillo. Le sonrió con simpatía.

-¿Cómo está tu chico? -preguntó.

-Bien -dijo él-. Probablemente aliviado de no tener que ir.

-Mi dentista es un viejecito de lo más dulce -gorjeó Liz-. Por lo menos debe tener cien años. No me hace el menor daño; sólo raspa un poquito y ya ha acabado. -Apartó los labios con la uña esmaltada de rojo de su pulgar y le mostró un empaste de oro en una de las muelas de arriba. Un aliento de cigarrillo y canela se difundió rápidamente a su alrededor cuando se inclinó a mirar-. ¿Ves? -dijo-. ¡Del mismo tamaño que todo lo que salió, y ni el menor daño! ¡No me dolió lo más mínimo!

No sé qué diría Margo, pensó Vic, si entrara por la puerta de cristal electrónica y me viera observando el interior de la boca de Liz, en una nueva actitud erótica no registrada todavía en los informes Kinsey.

Por la tarde, la tienda había quedado casi desierta. Normalmente pasaban muchos clientes por las cajas, pero hoy no. La crisis, pensó Vic. Cinco millones de parados en febrero de este año. Está afectando nuestro negocio. Se dirigió a las puertas de entrada y observó el tránsito de la acera. No cabía duda. Menos gente que de ordinario. Todos en casa contando sus ahorros.

-Nos espera un mal año para los negocios -le comentó a Liz.

-Oh, ¿a ti te preocupa? -dijo Liz-. La tienda no es tuya; sólo trabajas aquí, como los demás. Lo único que pasa es que no hay tanto trabajo. -Una cliente había empezado a descargar artículos de comida sobre el mostrador; Liz los registró en la caja sin dejar de hablar con Vic por encima del hombro-. En cualquier caso, no creo que vaya a haber ninguna depresión; son sólo habladurías de los demócratas. Estoy harta de que esos demócratas carcas quieran hacer creer que la economía se está hundiendo o algo por el estilo.

-¿Tú no eres demócrata, siendo del Sur?

-Ya no, desde que me trasladé aquí. Éste es un estado republicano, así que soy republicana.

La caja registradora hizo un sonido metálico y se abrió el cajoncillo del dinero. Liz puso los artículos de comida en una bolsa de papel.

En la acera de enfrente de la tienda, el letrero del American Diner Café le hizo pensar a Vic en el café de la tarde. Quizás ésta fuera la mejor hora.

-Volveré dentro de unos diez minutos -le dijo a Liz-. ¿Crees que puedes cuidar el fuerte sola?

-Oh, claro -dijo Liz alegremente mientras sus manos recogían el cambio-. Vete tú primero, así yo puedo salir más tarde y hacer algunas compras que me hacen falta. Vete ahora.

Con las manos en los bolsillos, abandonó la tienda y se detuvo en el bordillo esperando que se produjera un corte en el tránsito. Nunca iba al cruce de la esquina; siempre cruzaba por el medio de la manzana, directamente hacia el café, aunque tuviera que esperar unos minutos en el bordillo. Era una cuestión de honor, un signo de virilidad.

Estaba sentado en el apartado del bar frente a la taza de café, dándole vueltas distraídamente con la cucharilla.

-Un día lento -dijo Jack Barnes, el vendedor de zapatos de la sección de ropa para hombres de Samuel's, que se le acercó con su taza de café. Como siempre, Jack tenía un aire mustio, como si hubiera estado hirviendo o asándose todo el día dentro de su camisa de nailon y de sus pantalones-. Debe de ser el tiempo -dijo-. Unos pocos días agradables de primavera, y la gente empieza a comprar raquetas de tenis y cocinas de camping.

Vic tenía en el bolsillo el folleto más reciente del Club del Libro del Mes. Él y Margo se habían hecho socios hacía varios años, por la época en que habían pagado el primer plazo de una casa y se habían mudado a ese tipo de barrio en el que se les atribuye gran valor a esas cosas. Sacó el folleto, lo desplegó sobre la mesa y lo puso de modo que Jack pudiera leerlo. El vendedor de zapatos no demostró ningún interés.

-Hazte socio de un club de libros -dijo Vic-. Mejora tu intelecto.

-Yo leo libros -dijo Jack.

-Sí. Esos libros en rústica que compras en el drugstore de Becker.

-Lo que este país necesita es ciencia, no novelas -dijo Jack-. Sabes de sobra que esos clubes de libros venden novelas de sexo sobre pequeños pueblos en los que se cometen crímenes sexuales y toda la porquería sale a la superficie. Yo a eso no lo llamo contribuir a la ciencia americana.

-El Club del Libro del Mes también ha distribuido la *Historia* de Toynbee -dijo Vic-. Podrías empezar por leer eso. -Para él, eso era como un dividendo; aunque no había terminado de leerlo del todo, reconocía que era una obra literaria e histórica fundamental, digna de figurar en su biblioteca-. De cualquier modo -dijo-, por malos que sean algunos libros, nunca lo son tanto como esas películas de sexo con adolescentes, esas películas de competición de coches de James Dean y toda esa pandilla.

Moviendo los labios, Jack leyó el título de la actual selección del Libro del Mes.

-Una novela histórica -dijo-. Sobre el Sur. La época de la guerra civil. Siempre te ponen por delante ese tema. ¿No se cansan nunca las viejas que pertenecen al club de leer eso una y otra vez?

Hasta entonces, Vic no había tenido oportunidad de inspeccionar el folleto.

-No siempre compro lo que proponen -explicó. El libro recomendado era *La cabaña del tío Tom.* De una autora de la que jamás había oído hablar: Harriet Beecher Stowe. El folleto elogiaba el libro como una valiente exposición de la trata de esclavos en el Kentucky anterior a la guerra civil. Un honesto documento de las sórdidas y atroces prácticas cometidas contra indefensas muchachas negras.

-Vaya -dijo Jack-. Quizás esto me guste.

-Nunca se sabe por la propaganda -dijo Vic-. Todos los libros que hoy se escriben se anuncian de esta forma.

-Es cierto -dijo Jack-. Ya no hay principios en el mundo. Recuerda los tiempos de antes de la segunda guerra mundial y compáralos con los de ahora. Qué diferencia. No había la falta de honradez, la delincuencia, la inmoralidad y las drogas que ahora nos invaden por todas partes. Muchachos que estrellan coches, esas autopistas y las bombas de hidrógeno... y los precios que suben sin parar, como el del café. Es terrible. ¿Quién se queda con el botín?

Discutieron el asunto. La tarde transcurrió, lenta, aburrida, sin que apenas sucediera nada.

A las cinco, cuando Margo Nielson cogió rápidamente su abrigo y las llaves del coche y salió de la casa, no se veía a Sammy por ninguna parte. Estaría jugando, sin duda. Pero no tenía tiempo de buscarlo; debía recoger a Vic en seguida o, de lo contrario, él pensaría que no iría y cogería el autobús de vuelta.

Volvió en seguida a casa. En el salón, su hermano, que bebía cerveza de la lata, levantó la cabeza y dijo:

-¿Ya estás de vuelta?

-Todavía no he salido -dijo ella-. No encuentro a Sammy. ¿Puedes vigilarlo mientras yo esté fuera?

-Claro -dijo Ragle.

Pero su cara daba tales muestras de cansancio, que inmediatamente ella olvidó que debía salir. Sus ojos enrojecidos e hinchados la seguían apremiantes; se había quitado la corbata, se había arremangado la camisa y, mientras bebía la cerveza, el brazo le temblaba. Esparcidos por todas partes en el salón los papeles y las notas destinados a su trabajo formaban un círculo del que él era el centro. Ni siquiera podía escapar; estaba rodeado.

-Recuerda, tengo que llevar esto al correo y despacharlo más o menos a las seis -dijo.

Frente a él, sus materiales formaban un montón a punto de derrumbarse. Venía recopilándolos desde hacía años. Libros de referencia, cartas, gráficos y todos los formularios del concurso que había enviado por correo, un mes tras otro... los había reducido de distintos modos para poder estudiarlos. En este momento estaba empleando lo que él llamaba unidad exploradora de «secuencia»; utilizaba copias opacas de los formularios en las que el punto dejaba pasar la luz, que resplandecía con la forma de una mota. Haciendo pasar los formularios en orden, podía ver la mota en movimiento. La mota de luz rebotaba dentro y fuera, arriba y abajo, y para él sus movimientos constituían una estructura. Para ella, no la formaban en absoluto. Pero ésa era la razón por la que él ganaba. Ella había participado en el concurso en dos ocasiones y no había ganado nada.

-¿Cuánto has adelantado? -preguntó ella.

-Bueno, lo tengo situado en el tiempo -dijo Ragle-. Cuatro de la tarde. Ahora, todo lo que tengo que conseguir... -hizo una mueca- es situarlo en el espacio.

Clavado sobre el gran tablero de madera contrachapada estaba el formulario del día sobre el cuadro oficial que el periódico procuraba. Centenares de cuadrados minúsculos, cada uno de ellos numerado por orden y columna. Ragle había marcado la columna del elemento

temporal. Era la columna 344; ella vio el alfiler rojo clavado en ese punto. Pero el espacio... Eso era más difícil, según parecía.

-Déjalo por unos días -le instó ella-. Descansa. Te has esforzado demasiado los dos últimos meses.

-Si lo dejo -dijo Ragle garrapateando con el bolígrafo-, perdería un montón de puntos. Perdería... -Se encogió de hombros-. Perdería todo lo que gané desde el 15 de enero. -Utilizando una regla de cálculo, trazó una confluencia de líneas.

Cada formulario que presentaba se convertía en un nuevo dato para sus materiales. Y, por tanto, le había dicho a ella, cada vez eran mayores las posibilidades de estar en lo correcto. Cuanto más avanzaba, más fácil le resultaba. Pero en cambio, le parecía a ella, sus dificultades eran cada vez mayores. ¿Por qué?, le había preguntado un día.

-Porque no puedo permitirme el lujo de perder -le explicó él-. Cuantas más veces acierte, más habré invertido.

El concurso se prolongaba. Quizá hasta había perdido la pista de sus inversiones, la creciente montaña de sus ganancias. Siempre ganaba. Era un talento y había hecho buen uso de él. Pero le era una carga nociva esta diaria tarea que había empezado como una broma o, en el mejor de los casos, como un modo de ganar un par de dólares a cambio de un acierto. Y ahora no podía dejarlo.

Supongo que eso es lo que quieren, pensó ella. Logran involucrarte, y quizá no vivas lo bastante para cobrar. Pero él había cobrado; la *Gazette* le pagaba regularmente los formularios con la respuesta correcta. No sabía a cuánto ascendía la suma, pero serían unos cien dólares a la semana, según calculaba. De cualquier modo, con eso se mantenía. Pero trabajaba muy duro, incluso más que si hubiera tenido un empleo regular. Desde las ocho de la mañana, hora en que les dejaban el periódico en la galería, hasta las nueve o las diez de la noche. La constante investigación. El refinamiento de sus métodos. Y, sobre todo, el miedo continuo de cometer un error. De enviar un formulario con la respuesta equivocada y quedar descalificado.

Tarde o temprano, los dos lo sabían, tenía que ocurrir.

-¿Quieres un café? -preguntó Margo-. Te prepararé un bocadillo o algo antes de marcharme. Sé que no has comido nada.

Concentrado, hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

Dejó el abrigo y el bolso, se fue a la cocina y buscó en la nevera algo para darle de comer. Cuando llevaba los platos a la mesa, se abrió la puerta trasera de un golpe y apareció Sammy y un perro de los vecinos, ambos alborozados y sin aliento.

-Has oído la puerta de la nevera -dijo ella-, ¿no es cierto?

-Estoy hambriento, de verdad -dijo Sammy jadeante-. ¿Puedo comer una hamburguesa congelada? No tienes por qué cocinarla; la comeré tal como está. Sabe mejor así... ¡dura más!

-Vete al coche. En cuanto le prepare un bocadillo al tío Ragle, nos vamos a la tienda a recoger a papá. Y llévate a ese perro de aquí; ésta no es su casa.

-Muy bien -dijo Sammy-. Seguro que puedo comer algo en la tienda.

La puerta se cerró con estrépito y él y el perro desaparecieron.

-Lo encontré -le dijo a Ragle cuando le llevó el bocadillo y un vaso de sidra de manzana-. Así que no tienes por qué preocuparte por él; lo llevaré conmigo al centro comercial.

Aceptando el bocadillo, Ragle dijo:

-¿Sabes?, creo que me iría mejor si apostara a los caballos.

Ella rió.

-No habrías ganado nada.

-Quizá.

Empezó a comer reflexivamente. Pero no probó la sidra de manzana; prefería la cerveza caliente de la lata que venía sorbiendo desde hacía poco más o menos una hora. ¿Cómo puede resolver esos intrincados problemas matemáticos y beber cerveza caliente?, se preguntó mientras recogía el abrigo y el bolso y salía precipitada de la casa hacia el coche. Parecería que eso puede enturbiarle el cerebro. Pero está acostumbrado. Durante el servicio militar

adquirió el hábito de atiborrarse de cerveza caliente un día tras otro. Él y un compañero estuvieron dos años confinados en un minúsculo atolón en el Pacífico a cargo de una estación meteorológica y un transmisor de radio.

El tránsito del atardecer, como siempre, era intenso. Pero el Volkswagen se deslizaba entre las aberturas y no se demoraba. Los coches de mayor tamaño, más torpes, parecían empantanados, como grandes tortugas terrestres varadas.

La inversión más inteligente que nunca hayamos hecho, se dijo a sí misma. La compra de un pequeño coche extranjero. Y no se gastará nunca; esos alemanes construyen con precisión. Sólo había tenido una avería de poca importancia en el embrague, y eso sólo en quince mil millas... pero nada era perfecto. En el mundo entero. Desde luego, no en el día de hoy en esta era, con las bombas de hidrógeno, los rusos y los precios en alza.

Apretado contra la ventanilla, Sammy dijo:

-¿Por qué no podemos tener uno de esos Mercs? ¿Por qué tenemos que tener un cochecito pequeño que parece un escarabajo? -Su disgusto era manifiesto.

Sintiéndose ultrajada -su hijo, un traidor, aquí mismo, en su regazo-, ella dijo:

-Escucha, jovencito; tú no sabes absolutamente nada de coches. No tienes que pagar plazos ni abrirte camino entre este endemoniado tránsito, ni limpiarlos. De modo que puedes guardarte tus opiniones.

Malhumorado, Sammy dijo:

-Es como un coche para niños.

-Di eso a tu padre -dijo ella-. Cuando lleguemos a la tienda.

-Me da miedo -dijo Sammy.

Ella giró a la izquierda en contra del tránsito olvidando señalarlo y un autobús le dirigió una serie de agudos bocinazos. Malditos autobuses gandules, pensó ella. Delante estaba la entrada del aparcamiento de la tienda; cambió a segunda y avanzó por la acera dejando atrás el vasto letrero de neón que decía:

SUPERMERCADO CENTAVO FELIZ

-Hemos llegado -le dijo a Sammy-. Espero que no se haya ido ya.

-Entremos -exclamó Sammy.

-No -dijo ella-. Esperaremos aquí.

Esperaron. Dentro de la tienda, los empleados de las cajas terminaban con una larga cola de personas diversas, la mayor parte de las cuales empujaba carritos de acero inoxidable. Las puertas automáticas se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban. En el aparcamiento los coches se ponían en marcha.

Un hermoso sedán Tucker de color rojo brillante navegó majestuoso junto a ella. Tanto ella como Sammy lo siguieron con la mirada.

-Envidio a esa mujer -murmuró. El Tucker era un coche tan rotundo como el VW, y al mismo tiempo maravillosamente estilizado. Aunque, por supuesto, demasiado grande como para ser práctico. Con todo...

Quizá el año próximo, pensó. Cuando sea el momento de cambiar este coche. Aunque no se cambia un VW; se conserva para siempre.

Por lo menos los VW son muy estimados como coches de segunda mano. Podemos recuperar su valor. En la calle el Tucker rojo se internó en el tránsito.

-¡Vaya! -dijo Sammy. Ella no dijo nada.

Dos

A las siete y media esa noche Ragle Gumm miró por la ventana del salón y vio a sus vecinos, los Black, que andaban a tientas por la oscuridad, sendero arriba, evidentemente con

la intención de visitarlos. La luz de la calle tras ellos recortaba el contorno de cierto objeto que Junie Black llevaba consigo, una caja o un cartón. Gruñó.

-¿Qué ocurre? -preguntó Margo. Al otro lado del cuarto, ella y Vic miraban a Sid Caesar en la televisión.

-Visitas -dijo Ragle poniéndose de pie. En ese momento sonó el timbre de la puerta-. Nuestros vecinos -dijo-. Supongo que no podemos fingir que no estamos.

-Quizá se marchen cuando vean el televisor encendido -dijo Vic.

Los Black, ansiosos por saltar al próximo peldaño de la escala social, mostraban afectado disgusto por la televisión, por cualquier cosa que pudiera aparecer en ella, desde los payasos hasta una representación del *Fidelio* de Beethoven a cargo de la Ópera de Viena. En una ocasión Vic dijo que si el Segundo Advenimiento de Cristo se anunciara mediante un *spot* en televisión, los Black no querrían tener nada que ver con el asunto. A lo que Ragle había contestado que cuando se iniciara la tercera guerra mundial y empezaran a caer bombas de hidrógeno, la primera advertencia sería la señal de *Conradel* (control de radiación electromagnética) en el televisor... a la que los Black responderían con risas de desprecio e indiferencia. La ley de supervivencia, había dicho Ragle. Los que rehusaran responder al nuevo estímulo perecerían. Adaptarse o morir... versión de una regla intemporal.

-Los haré pasar -dijo Margo-. Ya que ninguno de vosotros parece dispuesto a moverse. -Levantándose del diván fue a la puerta de entrada y la abrió-. ¡Hola! -la oyó exclamar Ragle-. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Oh... está caliente.

La voz juvenil y segura de Bill Black:

-Lasañas. Pon agua a calentar...

-Prepararé café exprés -dijo Junie atravesando la casa en dirección a la cocina con el cartón de comida italiana.

Demonios, pensó Ragle. No quiero más trabajo esta noche. ¿Por qué, cuando descubren alguna novedad, tienen que venir corriendo aquí con ella? ¿No conocen a nadie más?

Esta semana es café exprés. Para acompañar la novedad de la semana pasada: lasañas. De cualquier modo, no viene mal. De hecho, probablemente sepa muy bien... aunque no se había acostumbrado al amargo y denso café italiano; a él le sabía a quemado.

Al aparecer, Bill Black dijo amablemente:

-Hola, Ragle. Hola, Vic.

Llevaba ropa formal, lo que era habitual en él esos días. Cuello abotonado, pantalones ajustados... y, por supuesto, el corte de pelo. El corte corto, carente de estilo, que le recordaba a Ragle sobre todo los cortes de pelo del ejército. Quizá fuera eso: un intento de parte de diligentes jóvenes como Bill Black, ansiosos por llegar, de parecer regimentados, de formar parte de alguna maquinaria colosal. Y en cierto sentido, así era. Todos ellos ocupaban algún prestigioso puesto menor como funcionarios de organizaciones. Bill Black, un caso típico, trabajaba para la ciudad, para su departamento de abastecimiento de agua. Cada día, temprano, se ponía en movimiento a pie, no en coche, con optimistas zancadas en su traje de una sola hilera de botones, tieso como un poste, tan artificial e insensatamente ajustados eran la chaqueta y los pantalones. Y, pensó Ragle, tan anticuado. Breve renacimiento de un estilo arcaico en la moda para hombre... Ver a Bill Black caminar junto a la casa mañana y tarde le producía la impresión de estar viendo una vieja película. Y los pasos nerviosos y en exceso rápidos de Black acrecentaban la impresión. Aun su voz, pensó Ragle. Acelerada. Excesivamente alta. Aguda.

Pero llegaría a alguna parte, se daba cuenta de ello. Lo extraño en este mundo es que un tipo aplicado, sin la menor idea original, que copia a los que tienen autoridad sobre él hasta el nudo de la corbata o arruga de la barbilla, siempre logra llamar la atención. Es elegido. Asciende. En los bancos, en las compañías de seguros, en las grandes compañías eléctricas, en las empresas que fabrican misiles, en las universidades. Él los había visto como profesores adjuntos enseñando alguna asignatura recóndita -las sectas cristianas heréticas del siglo

quinto- y, al mismo tiempo, concentrados en su carrera de ascenso a más no poder. Dispuestos a todo, salvo a enviar a sus esposas al edificio de la administración como carnaza.

Y, sin embargo, Bill Black le resultaba más bien agradable a Ragle. El hombre -a él le parecía joven; Ragle tenía cuarenta y seis años, Black no más de veinticinco- tenía una perspectiva racional, viable. Aprendía, tenía en cuenta los nuevos hechos y los asimilaba. Era posible conversar con él; no tenía una reserva de conceptos morales inamovibles, ni de verdades. Lo que ocurría podía afectarlo.

Por ejemplo, pensó Ragle, si la televisión llegara a ser aceptada en los altos círculos, Bill Black tendría un televisor en colores a la mañana siguiente. No es decir poco. No lo llamemos «inadaptado» sólo porque se niegue a mirar a Sid Caesar. Cuando las bombas de hidrógeno empiecen a caer, el *Conradel* no nos salvará. Pereceremos todos por igual.

-¿Cómo te va, Ragle? -preguntó Black sentándose a una distancia conveniente en el borde del diván. Frente al televisor, Vic fruncía el entrecejo, fastidiado por la interrupción, tratando de ver la última escena entre Caesar y Carl Reiner.

-Pegado a la caja idiota -dijo Ragle a Black, con la intención de que sus palabras fueran una parodia de las opiniones de Black. Pero éste decidió aceptarlas por su valor nominal.

-El gran pasatiempo nacional -murmuró sentándose de modo que no le fuera posible ver la pantalla-. ¿No te molesta para tu trabajo?

-Hago mi trabajo -dijo Ragle. Había despachado el formulario a las seis.

En el televisor, la escena llegó a su fin; apareció un anuncio comercial. Vic apagó el aparato. Su fastidio se dirigió ahora a los anunciantes.

-Esos miserables anuncios -declaró-. ¿Por qué el nivel del volumen es siempre más alto cuando aparecen los anuncios que durante los programas? Siempre es necesario bajarlo.

-Los anuncios por lo general se emiten localmente. El programa se transmite a distancia mediante sistemas electrónicos desde el Este -dijo Ragle.

-Ésa es *una* solución del problema -dijo Black.

Ragle dijo:

-Black, ¿por qué llevas esos ridículos pantalones ajustados? Te dan el aspecto de un marinero.

Black sonrió y dijo:

-¿No hojeas nunca el *New Yorker*? Yo no los inventé, ¿sabes? No controlo la moda masculina; no me culpes. Las modas masculinas han sido siempre ridículas.

-Pero no tienes por qué seguirlas -dijo Ragle.

-Cuando es necesario dar la cara al público uno no es dueño de sí mismo. Uno lleva lo que se usa. ¿No es cierto, Victor? Tú estás en un sitio en el que tratas con gente; estarás de acuerdo conmigo.

-Yo llevo una sencilla camisa blanca, como vengo haciéndolo desde hace diez años; y un par de corrientes pantalones de lana. Es bastante para el negocio de venta de productos al por menor -dijo Vic.

-También llevas un delantal -dijo Black.

-Sólo cuando limpio lechuga -dijo Vic.

-Entre paréntesis -dijo Black-, ¿cómo está el índice de ventas al por menor este mes? ¿El negocio sigue en baja?

-Un poco -dijo Vic-. No lo bastante como para preocuparse, sin embargo. Esperamos mejorar en un mes poco más o menos. Es algo cíclico. Va por temporadas.

A Ragle el cambio de tono de su cuñado le resultaba evidente; en cuanto se trataba de negocios -de su negocio-, sus respuestas se volvían profesionales, parcas, tácticas. El negocio no estaba nunca en baja, y siempre en un tris de mejorar. Y por bajo que estuviera el índice nacional, el negocio personal de un hombre no era jamás afectado. Era como preguntar a alguien cómo se encontraba, pensó Ragle. Tiene que decir que se encuentra bien. Pregúntale a uno cómo va su negocio y, automáticamente, dice terrible o que mejora. Ninguna de las dos cosas significa nada; sólo una frase.

-¿Cómo va la venta de agua al por menor? ¿El mercado se mantiene firme? -le preguntó a Black.

Black se rió, apreciando la ironía:

-Sí, la gente sigue bañándose y lavando los platos.

Entrando en el salón, Margo preguntó:

-Ragle, ¿quieres café exprés? ¿Tú, querido?

-Nada para mí -dijo Ragle-. He bebido todo el café que soy capaz de ingerir durante la cena. Sólo con eso ya tendré dificultades para dormir.

-Yo me beberé una taza -dijo Vic.

-¿Lasañas? -les preguntó Margo a los tres.

-No, gracias -dijo Ragle.

-Probaré un poco -dijo Vic, y Bill Black asintió también con la cabeza-. ¿Necesitas ayuda?

-No -dijo Margo, y se marchó.

-No te atiborres de esa comida italiana -le dijo Ragle a Vic-. Es demasiado sustanciosa. Un montón de pasta y especias. Y ya sabes el efecto que eso te produce.

Black terció:

-Sí, estás perdiendo la cintura, Victor.

Bromeando, Ragle dijo:

-Bueno, ¿qué esperas de un pájaro que trabaja en una tienda de alimentación?

Eso pareció irritar a Vic. Miró colérico a Ragle y murmuró:

-Al menos es un verdadero empleo.

-¿Con lo cual quieres decir...? -dijo Ragle. Pero sabía perfectamente lo que Vic quería decir. Al menos era un empleo asalariado, al que se dirigía cada mañana y del que volvía cada tarde a casa. No algo que se hiciera en el salón. No una pérdida de tiempo con algo publicado diariamente en el periódico... como un niño, había dicho Vic un día durante un altercado que habían tenido. Despachar por correo tapas de cajas de cereales con diez centavos para recibir a cambio la Insignia del Descifrador Mágico.

-No me avergüenzo de trabajar en un supermercado -dijo Vic, encogiéndose de hombros.

-No fue eso lo que quisiste decir -dijo Ragle. Por alguna razón oscura saboreaba esos insultos dirigidos a su dedicación al concurso de la *Gazette*. Probablemente a causa de cierto sentido de culpabilidad interno por malgastar su tiempo y energía, un deseo de ser castigado. Para poder así continuar. Mejor tener una fuente externa de reproches que sentir las profundas mordeduras internas de la duda y la autoacusación.

Y, además, le proporcionaba la satisfacción de que sus formularios diarios le procuraban un ingreso neto mayor que la esclavitud a la que estaba sometido Vic en el supermercado. Y él no tenía que perder tiempo yendo al centro comercial en autobús.

Acercándose a él, Bill Black se agachó, retiró una silla y dijo:

-Me pregunto si has visto esto, Ragle. -Desplegó de manera confidencial un ejemplar de la *Gazette* del día. Casi con reverencia lo abrió en la página catorce. Allí, en lo alto, había una fila de fotografías de hombres y mujeres. En el medio estaba la fotografía de Ragle Gumm y, debajo, la leyenda:

> *Ganador absoluto en el concurso «¿Dónde estará la próxima vez el hombrecito verde?», Ragle Gumm, campeón desde hace dos años consecutivos, récord de todos los tiempos.*

Las otras personas que aparecían eran celebridades menores. El concurso era nacional, patrocinado por conjuntos de periódicos. Ningún periódico local podría haber costeado los gastos. Los costes eran más altos -había calculado un día- que el famoso concurso Old Gold de la década de los treinta o el perenne «Uso jabón Oxydol *porque* en veinticinco palabras o menos». Pero evidentemente hacía crecer la tirada en una época en que el hombre medio leía revistas de historietas y miraba...

Me estoy volviendo como Bill Black, pensó Ragle. Criticar la televisión. De por sí un pasatiempo nacional. Piensa e imagina toda la gente sentada en su casa que dice al mismo tiempo: «¿Qué le ha sucedido a este país? ¿Dónde ha ido a parar el nivel de la educación? ¿La moralidad? ¿Por qué *rock-and-roll* en lugar de la encantadora música de Jeanette MacDonald y Nelson Eddy que escuchábamos nosotros cuando teníamos su edad?».

Sentado junto a él, Bill Black seguía sosteniendo el periódico señalando la fotografía con el dedo. Evidentemente su contemplación lo agitaba. ¡Dios mío, la fotografía del viejo Ragle Gumm en los periódicos nacionales! ¡Qué honor! Una celebridad que vivía al lado de su casa.

-Escucha, Ragle -dijo Black-. Estás haciendo un dineral con este dichoso concurso del «hombrecito verde», ¿no es así? -Una envidia desenfrenada se le traslucía en la cara-. Le dedicas un par de horas y consigues la paga de una semana.

Con ironía, Ragle dijo:

-Una cama verdaderamente blanda.

-No, sé que te dedicas a ello con mucho empeño -dijo Black-. Pero es un trabajo creativo; eres tu propio patrón. No puedes llamarlo «trabajo», como si trabajaras sentado ante un escritorio en algún sitio.

-Trabajo sentado ante un escritorio -dijo Ragle.

-Pero -insistió Black-, se parece más a un *hobby*. No lo digo con intención de devaluarlo. Se puede trabajar más duro en un *hobby* que en una oficina. Lo sé, cuando estoy en el garaje con la sierra eléctrica, sudo la gota gorda. Pero... hay una diferencia. -Volviéndose hacia Vic, dijo-: Sabes a qué me refiero. No es un trabajo servil. Es lo que dije: un trabajo creativo.

-Nunca lo había considerado desde ese punto de vista -respondió Vic.

-¿No crees que lo que está haciendo Ragle es creativo? -preguntó Black.

-No. No necesariamente -dijo Vic.

-¿Qué nombre le das entonces al hecho de que un hombre cree su propio futuro con sus propios esfuerzos?

-Sencillamente pienso -dijo Vic- que Ragle tiene la habilidad de adivinar acertadamente una vez tras otra.

-¡Adivinar! -dijo Ragle sintiéndose insultado-. ¿Puedes decir eso después de haberme visto investigar tanto? ¿Revisar los formularios anteriores? -A él le parecía que lo último que podía llamarse a su actividad era «adivinación». Si lo fuera, todo lo que tendría que hacer era meramente sentarse delante del formulario, acercar los ojos, hacer revolotear la mano y dejarla caer sobre uno de los cuadrados entre los demás. Marcarlo luego y despacharlo por correo. Y esperar los resultados-. ¿Adivinas cuando rellenas el formulario del impuesto sobre la renta? -Ésa era su analogía favorita del trabajo que dedicaba al concurso-. Tú sólo tienes que hacerlo una vez al año; yo lo hago todos los días. -A Bill Black le dijo-: Imagina que tuvieras que rellenar un formulario de renta cada día. Es lo mismo. Revisas los viejos formularios; conservas los registros, toneladas de ellos cada día. Y no se adivina nada. Es algo exacto. Cifras. Sumas y restas. Gráficos.

Hubo silencio.

-Pero tú disfrutas haciéndolo, ¿no es así? -dijo Black finalmente.

-Supongo que sí -dijo él.

-¿Por qué no me enseñas a hacerlo? -preguntó Black tenso.

-No -dijo él. Black ya se había referido a eso varias veces.

-No al punto que pueda competir contigo -le dijo Black. Ragle se echó a reír-. Solamente para que pueda ganarme un par de dólares de vez en cuando. Por ejemplo, me gustaría levantar un muro de contención en la parte trasera para que en invierno toda esa basura húmeda no me invada el patio. Calculo que los materiales me costarían unos sesenta dólares. Supón que ganara... ¿cuántas veces? ¿Cuatro?

-Cuatro veces -dijo Ragle-. Obtendrías exactamente veinte dólares. Y tu nombre aparecería en la nómina. Empezarías a competir.

Vic habló.

-Competir nada menos que con el Charles Van Doren de los concursos de los periódicos.

-Considero eso un cumplido -dijo Ragle. Pero esa enemistad lo incomodaba.

Las lasañas no duraron mucho. Todos se abalanzaron sobre ellas. A causa de lo que habían comentado Bill Black y Ragle, Vic se sintió impulsado a comer tanto como le fuera posible. Su esposa lo observaba crítica cuando terminó.

-Nunca comes lo que yo cocino de ese modo -dijo Margo.

Ahora deseaba no haber comido tanto.

-Estaba bueno -dijo animosamente. Con una risita, Junie Black dijo:

-Quizá quiera vivir con nosotros un tiempo. -Su graciosa carita asumió una familiar expresión de persona enterada, destinada a fastidiar a Margo. Para ser una mujer que lleva gafas, pensó Vic, Junie Black era capaz de exhibir un aspecto asombrosamente depravado. En realidad, no carecía de atractivo. Pero su cabello, negro, caía en dos gruesas trenzas, y eso a él no le gustaba. En realidad no se sentía atraído por ella en absoluto. No le gustaban las mujeres pequeñas, morenas y activas, especialmente las que sueltan risitas y que, como Junie, tenían por costumbre coquetear con los maridos de otras mujeres al solo estímulo de un trago de jerez.

Era su cuñado el que le hacía caso a Junie Black, de acuerdo con los cotillees de Margo. Tanto Ragle como Junie, que se estaban en casa todo el día, tenían tiempo en abundancia a su disposición. Eso era un mal asunto, decía Margo una y otra vez. Un hombre en casa todo el día en un barrio residencial donde todos los otros maridos estaban en sus oficinas y sólo las esposas se quedaban.

-Es preciso confesar, Margo... No fue ella la que preparó esto. Lo compramos al volver a casa. En una tienda de comida preparada de Plum Street -dijo Bill.

Junie Black, sin el menor embarazo, se echó a reír.

Después de que las dos mujeres hubieron despejado la mesa, Bill propuso unas manos de poker. Discutieron un rato y luego trajeron las fichas y la baraja; al momento estaban jugando; cada ficha valía un centavo, todos los colores por igual. Eso ocurría entre ellos dos veces por semana. Nadie recordaba cómo había empezado. Lo más probable es que hubiera sido idea de las mujeres; tanto a Junie como a Margo les encantaba jugar.

Mientras estaban jugando, apareció Sammy.

-Papá -dijo-, ¿puedo enseñarte algo?

-Me preguntaba dónde estabas -dijo Vic-. Has estado bastante callado esta noche. -Como había jugado ya su mano, podía disponer de un momento-. ¿De qué se trata? -preguntó. Lo más probable es que su hijo quisiera pedirle un consejo.

-Habla en voz baja -le advirtió Margo a Sammy-. Ya ves que estamos jugando a cartas. -La intensa expresión de su cara y el temblor de su voz eran señal de que tenía una mano bastante buena.

-Papá, no sé cómo conectar la antena. -dijo Sammy. Junto a la pila de fichas de Vic, puso un marco de metal con alambres y piezas de aspecto electrónico.

-¿Qué es esto? -preguntó Vic, desconcertado.

-Mi detector de cristal -dijo Sammy.

-¿Qué es un detector de cristal? -preguntó él. Ragle habló:

-Es algo que le sugerí que hiciera -explicó-. Una tarde le estaba hablando de la segunda guerra mundial y de la instalación de radio que nosotros operábamos.

-Radio -dijo Margo-. ¿No te lleva eso a tiempos pasados?

Junie Black dijo:

-¿Es eso lo que tiene allí, una radio?

-Una forma primitiva de radio -dijo Ragle-. La primera.

-¿No hay peligro de que reciba una descarga eléctrica, no? -preguntó Margo.

-Ninguno en absoluto -dijo Ragle-. No emplea energía.

-Echémosle una mirada -dijo Vic. Levantando el marco de metal, lo examinó; deseaba saber lo bastante como para ayudar a su hijo. Pero la sencilla verdad era que no sabía nada en absoluto de electrónica, lo cual resultaba, además, obvio-. Bien -dijo vacilante-, quizás haya un cortocircuito en algún sitio.

Junie dijo:

-¿Recordáis esos programas de radio que solíamos escuchar antes de la segunda guerra mundial? «El camino de la vida». Los seriales. «Mary Martin».

-«Mary Marlin» -corrigió Margo-. Eso fue... oh, Dios. ¡Hace veinte años! Me pongo colorada.

Tarareando el *Claire de Lune*, el tema de «Mary Marlin», Junie hizo su última apuesta.

-A veces echo de menos la radio -dijo.

-Tienes radio, más visión -dijo Bill Black-. La radio era sólo la parte sonora de la televisión.

-¿Qué vas a captar con el detector de cristal? -le preguntó Vic a su hijo-. ¿Hay todavía estaciones que transmitan?- Tenía la impresión de que las estaciones de radio habían desaparecido hacía varios años.

-Probablemente podrá escuchar señales que los barcos dirigen a la costa. Instrucciones para el aterrizaje de aviones -dijo Ragle.

-Llamadas de la policía -dijo Sammy por su parte.

-Eso es cierto -dijo Ragle-. La policía todavía utiliza radio en sus coches. -Extendiendo su mano de cartas, aceptó el detector de cristal de manos de Vic-. Puedes rastrear el circuito más tarde, Sammy -dijo-. Pero ahora mismo tengo unas cartas excelentes. ¿Qué te parece mañana?

-Quizá puede captar platillos volantes -dijo Junie.

-Sí -convino Margo-. Eso es lo que tendrías que intentar.

-No se me había ocurrido -dijo Sammy.

-No existe semejante cosa -dijo Bill Black con irritación. Manoseó nerviosamente las cartas.

-¡Ah!, ¿no? -dijo Junie-. No te engañes a ti mismo. Demasiada gente los ha visto como para desecharlos. ¿O no aceptas sus testimonios documentados?

-Globos meteorológicos -dijo Bill Black. Vic se inclinaba a estar de acuerdo con él, y vio que Ragle asentía con la cabeza-. Meteoros, fenómenos meteorológicos.

-Desde luego -dijo Ragle.

-Pero he leído que hay gente que ha viajado en ellos -dijo Margo.

Todos rieron, excepto Junie.

-Es cierto -dijo Margo-. Lo he escuchado por la televisión.

Vic dijo:

-Sólo admito que parece haber algún tipo de globo volador por ahí arriba. -Recordaba una experiencia propia. El verano pasado, durante una excursión al campo, había visto un objeto brillante resplandecer por el cielo a una velocidad tal, que ningún avión, aun con propulsión a chorro, podría haber igualado. El objeto había tenido más bien el comportamiento de un proyectil. En un instante había desaparecido tras el horizonte. Y ocasionalmente, por la noche, había oído retumbos, como si vehículos pesados estuvieran pasando a velocidades reducidas por el cielo. Las ventanas habían vibrado, de modo que no habían sido ruidos dentro de su cabeza, como había decidido Margo. En un artículo de una revista médica de difusión, había leído que los ruidos dentro de la cabeza eran síntoma de alta tensión sanguínea, y después había querido que él fuera a consultar al doctor del seguro.

Le dio la radio a medio terminar a su hijo y reanudó el juego de cartas; ya se había repartido la siguiente mano y era hora de que él hiciera su apuesta inicial.

-Vamos a instalar este detector de cristal como equipo oficial de nuestro club -le comunicó Sammy-. Se guardará bajo llave en la casa del club, y nadie podrá utilizarlo, salvo el personal autorizado. -En el patio trasero los niños del barrio, uniéndose impulsados por el instinto de

rebaño, habían construido un sólido, pero feo edificio, con tablas, alambre para gallineros y cartón embetunado. Varias veces por semana se llevaban a cabo importantes operaciones.

-Magnífico -dijo Vic examinando su mano.

-Cuando dice «magnífico» -dijo Ragle- significa que no tiene nada.

-Lo he notado -dijo Junie-. Y cuando tira sus cartas sobre la mesa y se va, significa que tiene cuatro cartas del mismo palo.

En ese momento se sentía algo inclinado a abandonar la mesa; las lasañas y el café exprés habían sido demasiado para él, y en sus entrañas la combinación -con el agregado de la cena- había empezado a actuar.

-Quizá tenga cuatro del mismo palo ahora -dijo.

-Estás pálido -dijo Margo. A Ragle le dijo-: Quizá tiene algo.

-Algo parecido a la gripe asiática -dijo Vic. Empujando hacia atrás la silla, se puso de pie-. Vuelvo en seguida. No estoy acabado. Sólo iré a buscar algo para calmar mi estómago.

-Oh, Dios -dijo Junie-. Decididamente ha comido demasiado; tenías razón, Margo. Si se muere, es culpa mía.

-No me moriré -dijo Vic-. ¿Qué tomo? -le preguntó a su esposa. Como madre de la casa, tenía a su cargo las medicinas.

-Hay un poco de dramamina en el botiquín -respondió ella preocupada, descartando dos cartas-. En el cuarto de baño.

-No tomarás sedantes para la *indigestión*, supongo -dijo Bill Black, al abandonar Vic la habitación y dirigirse al vestíbulo-. Vaya, eso es ir demasiado lejos.

-La dramamina no es un sedante -respondió Vic, a medias a sí mismo-. Es una píldora anticonvulsiva.

-Es lo mismo -le llegó la voz de Black a través del vestíbulo, siguiéndole al entrar en el cuarto de baño.

-Lo mismo, un cuerno -dijo Vic; su indigestión le producía mal humor. Tanteó sobre su cabeza en busca del cordón de la luz.

Margo gritó:

-Vuelve pronto, querido. ¿Cuántas cartas para ti? Queremos jugar; nos estás demorando.

-Muy bien -murmuró él tanteando todavía en busca del cordón de la luz-. Quiero tres cartas -gritó-. Descarta las tres de arriba de mi mano.

-No -gritó Ragle-. Ven tú y cógelas. De otro modo dirás que nos hemos equivocado.

Todavía no había encontrado el cordón de la luz que colgaba en la oscuridad del cuarto de baño. Sus náuseas e irritación aumentaron, y empezó a batir en la oscuridad con ambos brazos, las manos juntas y los pulgares extendidos, palpando y girando en círculos amplios. Se golpeó la cabeza contra la esquina del botiquín y lanzó un juramento.

-¿Te encuentras bien? -gritó Margo-. ¿Qué ha sucedido?

-No encuentro el cordón de la luz -dijo él, ahora furioso, deseoso de tomar la píldora y volver a jugar su mano. La innata proclividad de los objetos a mostrarse evasivos... y luego de pronto, recordó que no había cordón de la luz. Había un interruptor en la pared, a la altura del hombro, junto a la puerta. Lo encontró en seguida, lo encendió y cogió el frasco de píldoras del botiquín. Un segundo más tarde, había llenado un vaso de agua, tomado la píldora y salido apresurado del cuarto de baño.

¿Por qué me acordaba de un cordón de conexión de la luz?, se preguntaba. Un cordón específico, que colgaba a una distancia específica en un sitio específico.

No tanteaba al azar. Como lo habría hecho en un cuarto de baño desconocido. Buscaba un cordón de la luz del que había tirado muchas veces. Tantas como para establecer una respuesta refleja en el sistema nervioso involuntario.

-¿Os ha ocurrido eso alguna vez? -preguntó al sentarse a la mesa.

-Juega -dijo Margo.

Cogió tres nuevas cartas, apostó, respondió a las apuestas hechas, perdió y luego se apoyó en el respaldo de la silla encendiendo un cigarrillo. Junie Black recogió sus ganancias sonriendo de la manera anodina que le era propia.

-¿Si nos ha ocurrido qué? -preguntó Bill Black.

-Buscar un interruptor inexistente.

-¿Es eso lo que has estado haciendo cuando tardaste tanto? -preguntó Margo, irritada por haber perdido la mano.

-¿Dónde pude haberme acostumbrado a un cordón de luz colgando desde arriba? -le preguntó.

-No lo sé -dijo ella.

Mentalmente repasó todas las luces de que podía tener memoria. En su casa, en la tienda, en casas de amigos. Eran todos interruptores.

-Muy rara vez encuentra ahora uno luces que se encienden con cuerdas -dijo en alta voz-. Eso sugiere instalaciones de luz anticuadas.

-Es fácil -dijo Junie-. Cuando eras un niño. Hace muchos, muchos años. En los años treinta, cuando todo el mundo vivía en casas anticuadas que no eran anticuadas todavía.

-Pero ¿por qué habría de surgir ahora? -preguntó.

-Eso es interesante -dijo Bill.

-Sí -convino él.

Todos parecieron interesarse.

-¿Qué os parece esto? -dijo Bill. Se interesaba por el psicoanálisis; la jerga freudiana surgía en su conversación, signo de su familiaridad con los asuntos culturales-. Una regresión a la infancia por exceso de tensión. El hecho de que te sintieras mal. La tensión de los impulsos inconscientes dirigidos a tu cerebro con la advertencia de que algo no va bien internamente. Muchos adultos tienen regresiones a la infancia al sentirse enfermos.

-Tonterías -dijo Vic.

-Hay un interruptor de luz que no recuerdas de manera consciente -dijo Junie-. Alguna gasolinera a la que ibas cuando tenías ese viejo Dodge que consumía tanta gasolina. O algún sitio que visitabas varias veces por semana, año tras año, como una lavandería o un bar, pero fuera de tus recorridos más importantes como tu casa o la tienda.

-Me molesta -dijo él. No sentía ganas de seguir con el poker y permaneció apartado de la mesa.

-¿Cómo te sientes por dentro? -preguntó Margo.

-Sobreviviré -dijo él.

Todos parecían haber perdido interés en su experiencia. Todos, excepto Ragle, quizá. Ragle lo miraba con lo que habría podido ser precavida curiosidad. Como si quisiera preguntarle más a Vic, pero por alguna oscura razón se abstuviera de hacerlo.

-Juguemos -instó Junie-. ¿A quién le toca dar las cartas?

Bill Black las dio. Se puso el dinero en el pozo. En la otra habitación el televisor emitía música bailable, con la pantalla en negro.

Arriba, en su habitación, Sammy trabajaba en su detector de cristal.

La casa estaba cálida y pacífica.

¿Qué es lo que falla?, se preguntaba Vic. *¿Con qué tropecé allí? ¿Dónde he estado que no lo recuerdo?*

Tres

¡Zamp!

Mientras se afeitaba delante del espejo del cuarto de baño, Ragle Gumm oyó el periódico de la mañana dar contra la galería. Un espasmo muscular le estremeció el brazo, en la barbilla

la máquina de afeitar le pellizcó la carne, y él la apartó. Luego inspiró profundamente, cerró los ojos por un momento y, abriéndolos de nuevo, siguió afeitándose.

-¿Has terminado ya? -le preguntó su hermana a través de la puerta.

-Sí -dijo él. Se lavó la cara, se aplicó loción para después de afeitarse, se secó el cuello y los brazos y abrió la puerta del cuarto de baño.

Apareció Margo con bata e inmediatamente pasó junto a él y entró en el cuarto de baño.

-Creo que he oído llegar tu periódico -dijo por encima del hombro al cerrar la puerta-. Tengo que llevar a Vic a la tienda. ¿Puedes hacer salir a Sammy por la puerta delantera? Está en la cocina... -Su voz quedó apagada por el sonido del agua en el lavabo.

Al entrar en su dormitorio, Ragle terminó de abotonarse la camisa. Examinó sus varias corbatas, escogió del grupo una de color verde oscuro, se la puso, se puso la chaqueta y luego se dijo a sí mismo:

Ahora el periódico.

Antes de ir a buscarlo, empezó a reunir sus libros de referencia, archivos, gráficos, cartas, maquinarias de rastreo. Hoy, al ocuparse de ellos primero, conseguía retrasar el contacto con el periódico once minutos. Preparó la mesa del salón -el salón estaba frío y húmedo después de transcurrida la noche y olía a cigarrillo- y luego abrió la puerta delantera.

Allí, sobre la galería de cemento, estaba la *Gazette*. Enrollada, sujeta por una banda de goma.

La recogió y sacó la goma. La goma saltó y se desvaneció entre las plantas junto a la galería.

Durante unos minutos leyó las noticias de la primera página. Leyó acerca de la salud del presidente Eisenhower, la deuda nacional, las decisiones de los astutos líderes de Oriente Medio. Luego plegó el periódico del revés y leyó la página de historietas. Luego leyó las cartas al director del periódico. Mientras estaba en eso, Sammy pasó de prisa a su lado y salió fuera.

-Adiós -dijo Sammy-. Te veré por la tarde.

-Muy bien -dijo él, apenas consciente del niño. Luego apareció Margo; pasó apresurada a su lado y salió a la acera con la llave en la mano. Abriendo el Volkswagen, se deslizó dentro y puso en marcha el motor. Mientras éste se calentaba, limpió la humedad del parabrisas. El aire de la mañana era tonificante y frío. A lo largo de la calle algunos niños pasaban trotando hacia la escuela. Los coches se ponían en marcha.

-Me olvidé de Sammy -dijo Ragle cuando Vic salió de la casa a la galería pasando junto a él-. Pero se puso en movimiento por cuenta propia.

-Tómatelo con calma -dijo Vic-. No trabajes tan duro en el concurso. -Con la chaqueta al hombro, descendió los escalones hasta el sendero. Un momento después Margo puso en marcha el Volkswagen, y ella y Vic desaparecieron tronando por la calle que conducía al centro comercial.

Esos pequeños coches hacen mucho ruido, se dijo Ragle. Permaneció en la galería leyendo el periódico tanto tiempo como pudo; luego el aire frío de la mañana pudo con él, se volvió y entró en la casa dirigiéndose a la cocina.

Todavía no había mirado la página 16, la página en la que aparecía el formulario del concurso «¿Dónde estará la próxima vez el hombrecito verde?». El formulario ocupaba la mayor parte de la página; el resto comprendía instrucciones, comentarios sobre el concurso y la relación de los anteriores ganadores. La hoja de las posiciones; todo el que aún competía aparecía allí, representado en el tipo de letra más pequeño de que podía disponer el periódico. Su nombre, por supuesto, aparecía enorme. Único. Un recuadro para él solo. Cada día lo veía allí. Bajo su nombre, otros tenían una existencia transitoria, no del todo en el umbral de la conciencia.

Para el concurso de cada día, el periódico ofrecía una serie de pistas, y éstas las leía él siempre como tarea preliminar a la de resolver el problema mismo. El problema, por supuesto, consistía en seleccionar el cuadrado exacto entre los 1.208 que aparecían en el

formulario. Las pistas no procuraban ayuda alguna, pero él suponía que de algún modo contenían datos, y las memorizaba por costumbre, con la esperanza de que su mensaje le llegara de manera subliminal... pues no lo hacía nunca literalmente.

«Una golondrina es tan grande como una milla».

Alguna corriente oblicua de procesos de asociación quizá... Dejó que la críptica frase permaneciera en su mente, hundiéndose en una capa tras otra. Poniendo en movimiento reflejos o lo que fuere. Golondrina sugería el proceso de comer. Y, por supuesto, de volar. ¿No era volar un símbolo del sexo? Y las golondrinas volvían a Capistrano, que estaba en California. El resto de la frase le recordó «Una señorita es tan buena como una milla». ¿Por qué, entonces, grande en lugar de buena? Grande sugería ballenas... la gran ballena blanca. Ah, la asociación en marcha. Volar sobre el agua, probablemente hacia California. Luego pensó en el arca y la paloma. Rama de olivo. Grecia. Eso significaba cocinar... Los griegos llevan restaurantes. ¡Una vez más comer! Tenía sentido... y las palomas son la delicia del *gourmet*.

«La campana te delató a ti-ji».

Eso se le atascó en el buche. Un galimatías, sin duda. Pero sugería homosexualidad. «Campana». Y el «ti-ji», la risa afeminada del marica, la loca. Y el sermón de John Donne con el verso «Por quién doblan las campanas». También un libro de Hemingway. Ti podría ser té. Suena la campana, que se sirva el té. Campanilla de plata. ¡Una misión! ¡La misión de Capistrano, a donde regresan las golondrinas! Encajaba.

Mientras reflexionaba sobre las pistas, oyó pasos en el sendero. Dejando a un lado el periódico, se dirigió al salón para ver quién era.

Se acercaba a la casa un hombre alto, delgado, de edad mediana con un traje de lana deformado, que venía fumando un cigarro. Tenía un aspecto amable, como un clérigo o un inspector de desagües. Bajo el brazo llevaba una carpeta de papel Manila. Ragle lo reconoció. El hombre representaba la *Gazette*; ya lo había visitado antes en varias ocasiones, a veces para llevarle a Ragle su cheque -que de ordinario le enviaban por correo- y a veces para aclarar malentendidos acerca de los formularios. Ragle sintió desánimo. ¿Qué quería Lowery?

Sin prisa, Lowery subió a la galería, levantó la mano y tocó el timbre.

Timbre, pensó Ragle. Clérigo. Quizá las pistas estaban allí para indicarle que el periódico enviaría a Lowery a hacerle una visita.

-Hola, señor Lowery -dijo al abrir la puerta.

-Hola, señor Gumm. -Le dirigió una resplandeciente sonrisa; no había gravedad en su actitud, nada que sugiriera que tenía una mala noticia que comunicarle o que habían surgido inconvenientes.

-¿A qué se debe la visita? -preguntó Ragle, sacrificando los modales en aras de la necesidad.

Lowery, mascando su Dutch Master, lo miró y luego dijo:

-Tengo un par de cheques para usted... El periódico pensó que podía dárselos yo en persona, pues sabían que vendría hoy por aquí. -Se paseó por el salón-. Y tengo unas pocas preguntas que hacerle. Sólo para estar seguros. Acerca de los formularios para el concurso de ayer.

-Envié seis -dijo él.

-Sí, recibimos los seis. -Lowery le dirigió un guiño-. Pero olvidó indicar el orden de valor. -Abriendo el sobre de papel Manila, desplegó los seis formularios; habían sido ya fotografiados y reducidos a un tamaño más conveniente. Dando a Ragle un lápiz, Lowery dijo-: Sé que sólo fue un descuido de su parte... pero debemos tenerlos numerados.

-Maldita sea -dijo él. ¿Cómo podía haberse apresurado tanto? Rápidamente marcó el orden de uno a seis-. Ahí tiene -dijo devolviéndoselos. Qué estúpido descuido. Podría haberle costado su intervención en el concurso.

Lowery se sentó, eligió el formulario marcado uno y lo examinó durante un tiempo sorprendentemente largo.

-¿Está correcto? -preguntó Ragle, aunque sabía que era imposible que Lowery lo supiera; los formularios debían ser enviados a la sede de acertijos en Nueva York o Chicago, dondequiera que todo eso se hiciera.

-Bien -dijo Lowery-. El tiempo lo dirá. Pero éste es el que usted quiere que sea el primer formulario. El fundamental.

-Sí -dijo él.

Éste era el pacto secreto entre él y los encargados del concurso; se le permitía presentar más de un formulario para el acertijo de cada día. Le permitían presentar hasta diez, con la condición de que estuvieran numerados en orden de preferencia. Si el formulario número uno era incorrecto, se destruía -como si nunca les hubiera llegado-, y se consideraba el segundo, y así hasta el último. De ordinario se sentía lo bastante seguro de la solución como para limitar sus formularios a tres o cuatro. Cuanto menos eran éstos, por supuesto, mejor se sentían al respecto los encargados del concurso. Nadie más, que él supiera, gozaba de ese privilegio. Tenía, como simple propósito, mantenerlo en el concurso.

Se lo propusieron después de que él errara la solución correcta sólo por unos pocos cuadrados. Sus formularios por lo general agrupaban cuadrados tangentes, pero de vez en cuando no era capaz de decidir entre cuadrados muy apartados en el formulario. En esos casos, corría un riesgo; no tenía una intuición muy firme. Pero cuando sentía que la solución se situaba en una región aproximada, estaba a salvo. Uno u otro de los formularios resultaba correcto. Pero los encargados del concurso le habían permitido continuar. Había una cláusula entre las reglas que le permitía «tomar prestado» con la garantía de los pasados formularios correctos. Por cada treinta formularios correctos, podía cometer un error. Y de este modo se sucedía el proceso. Mediante estos pretextos, había permanecido en el concurso. Nadie extraño al concurso estaba enterado de que se hubiera equivocado nunca; era su secreto y el secreto de la gente a cargo del concurso. Y ninguno de ellos tenía motivo para airearlo en público.

Era evidente que había cobrado valor desde el punto de vista publicitario. Por qué la gente quería que la misma persona ganara una y otra vez, él no lo sabía. Era claro que si ganaba, les ganaba a los demás concursantes. Pero así era la mentalidad del público. Reconocían su nombre. Tal como le explicaron, la teoría era que al público le gustaba ver un nombre que pudieran identificar. Se resistían al cambio. Tenía que ver con una ley de inercia; en tanto estuviera derrotado, el público -y todo el mundo- lo querría derrotado; tan pronto como no lo estuviera, bien, eso lo convertía en autoperpetuante. La fuerza de la éstasis estaba de su lado. Las vastas presiones reaccionarias iban junto con él, no en su contra. «Nadar con la corriente», como diría Bill Black.

Lowery, sentado con las piernas cruzadas, fumando y parpadeando, dijo:

-¿Ha examinado el acertijo de hoy?

-No -dijo él-. Sólo las pistas. ¿Significan algo?

-No literalmente.

-Eso lo sé. Lo que quiero decir es ¿significan algo desde un punto de vista cualquiera? ¿O sólo sirven para convencernos de que alguien situado en la cumbre conoce la respuesta?

-¿Qué quiere decir eso? -preguntó Lowery con cierto matiz de irritación.

-Tengo una teoría -dijo Ragle-. No una teoría muy seria, pero es divertido jugar con ella. Quizá no hay respuesta correcta.

Lowery alzó una ceja.

-¿Entonces, de acuerdo con esa premisa, nosotros declaramos que alguien es el ganador y que los demás se han equivocado todos?

-Quizá leen los formularios y deciden de acuerdo con su intensidad cuál es el que más les atrae. Desde el punto de vista estético.

-Está proyectando su técnica sobre nosotros -dijo Lowery.

-¿Mi técnica? -Estaba desconcertado.

Librodot

-Sí -dijo Lowery-. Usted trabaja partiendo desde un punto de vista estético, no racional. Esas unidades exploradoras que construyó. Ve una estructura en el espacio, una estructura en el tiempo. Trata de rellenar. De completar la estructura. Anticipar dónde se dirige, si se la extiende un punto más. Eso no es racional; no es un proceso racional. De ese modo... bien, así es como trabajan los alfareros. No es que lo desapruebe. Cómo proceda usted, es asunto suyo. Pero usted no deduce; dudo que haya solucionado alguna vez el contenido de las pistas. Si lo hubiera hecho, no habría preguntado, la verdad.

No, se daba cuenta. Nunca había deducido el contenido de las pistas. De hecho, nunca se le había ocurrido que nadie lo hiciera, que nadie las leyera y encontrara en ellas significaciones concretas. Como por ejemplo, subrayar la primera letra de cada tres palabras, sumar diez y encontrar el número del cuadrado específico. Al pensarlo, se echó a reír.

-¿De qué se ríe, señor Gumm? -preguntó Lowery con mucha calma-. Éste es un asunto serio. Está en juego mucho dinero.

-Sólo estaba pensando en Bill Black.

-¿Quién es ése?

-Un vecino. Quiere que le enseñe cómo lo hago.

-Bien, si se hace sobre una base estética...

-Entonces no puedo -terminó Ragle por él-. No tiene suerte. Por eso me reí. Se sentirá desilusionado; quería ganarse un par de dólares.

En un tono que sugería indignación moral, Lowery dijo:

-¿Le complace que su talento no pueda ser enseñado? Ésa no es una técnica en el sentido habitual... es más bien un... -No encontró la palabra-. Dios sabe qué, evidentemente la casualidad no desempeña ningún papel en la cuestión.

-Me alegra que alguien lo diga.

-¿Puede alguien creer de buena fe que pueda usted *adivinar* correctamente un día tras otro? Eso es ridículo. Las posibilidades de que así sea están más allá de todo cálculo. O, cuando menos, casi más allá. Sí, lo hemos calculado, una mata de judías que llegue hasta Betelgeuse.

-¿Qué es Betelgeuse?

-Una estrella distante. La utilizo como metáfora. De cualquier modo, sabemos que no interviene la adivinación en esto... excepto quizás en la etapa final. Cuando se trata de elegir entre dos o tres cuadrados.

-Entonces, puedo arrojar una moneda al aire -convino Ragle.

-Pero entonces -dijo Lowery pensativo, frotándose la barbilla y meneando el cigarrillo de arriba abajo-, cuando se trata de dos o tres cuadrados entre más de mil, no importa. Cualquiera de nosotros puede adivinarlo en ese caso.

Ragle estuvo de acuerdo.

En el garaje de su casa, Junie Black, agachada delante de la lavadora automática, metía ropa dentro de ella. Bajo sus pies descalzos, el suelo de cemento estaba frío; estremeciéndose, se enderezó, echó el detergente en la lavadora, cerró la portezuela de cristal y puso en marcha la máquina. La ropa, tras el cristal, empezó a girar. Dejó la caja de detergente, consultó su reloj de pulsera y se dispuso a salir del garaje.

-Oh -dijo sobresaltada. Ragle estaba en la entrada.

-Se me ocurrió pasar por aquí -dijo-. Mi hermana está planchando. Se puede oler el buen almidón quemado por toda la casa. Como plumas de pato y viejos discos de fonógrafo asados juntos en un viejo depósito de petróleo.

Ella vio que la observaba por el rabillo del ojo. Sus cejas color paja y despeinadas se acercaron entre sí y sus hombros anchos se redondearon al unir ambos brazos. Al sol de media tarde su piel tenía un profundo bronceado, y ella se preguntó cómo lo lograba. Por su parte, nunca había logrado broncearse tan bien, por mucho que lo intentara.

-¿Qué es lo que llevas puesto? -preguntó él.

-Ceñidores reductores -dijo ella.

-Pantalones -dijo él-. Hace poco me estaba preguntando: ¿Cuál es la razón psicológica por la que admiro a las mujeres con pantalones? Y entonces me dije: ¿Por qué demonios no había de admirarlas?

-Gracias -dijo ella-. Supongo.

-Estás muy bien -dijo él-. Especialmente con los pies descalzos. Como una de esas películas en que la heroína camina sobre dunas de arena con los brazos tendidos al cielo.

-¿Qué tal hoy el concurso? -preguntó Junie. Él se encogió de hombros. Evidentemente quería olvidarlo.

-He pensado dar un paseo -dijo. Y nuevamente la observó con el rabillo del ojo. Era un cumplido para ella, pero eso hacía siempre que se preguntara si no se habría dejado desabrochado un botón; apenas pudo evitar mirarse furtivamente la blusa. Pero excepto sus pies y el estómago descubierto, estaba bien cubierta.

-Una blusa con el estómago descubierto -dijo ella.

-Sí, ya lo veo -dijo Ragle.

-¿Plácete? -A ella eso le parecía tener sentido del humor.

Ragle dijo, casi con brusquedad:

-He pensado que quizá te gustaría ir a nadar. Es un bonito día, no demasiado frío.

-Tengo todo el trabajo de la casa por hacer -dijo ella.

Pero la idea la atraía; en el parque público, al extremo norte de la ciudad, donde comenzaban las colinas en su estado silvestre, había un terreno de juego y una piscina. Naturalmente, los que más los utilizaban eran los niños, pero también los adultos aparecían por allí, y muy a menudo, bandadas de adolescentes. Estar donde estaban los adolescentes, siempre la hacía sentir bien; hacía pocos años que había terminado la escuela -la escuela secundaria-, y para ella la transición había sido imperfecta. Le parecía pertenecer todavía a esos grupos que se precipitaban veloces en coches trucados con radios que transmitían a todo volumen melodías populares... Las chicas con jerseys y calcetines cortos, los muchachos con vaqueros y jerseys de cachemira.

-Ve a buscar tu traje de baño -dijo Ragle.

-De acuerdo -convino ella-. Por una hora o algo así; pero luego tengo que regresar. -Vacilante dijo-: Margo no te ha visto... venir aquí, ¿no? -Como había comprobado, a Margo le gustaba chismorrear.

-No -dijo él-. Margo ha salido para cierto... -Hizo un ademán-. Está ocupada planchando -concluyó-. Concentrada, ya sabes.

Ella apagó la lavadora, cogió el traje de baño y una toalla y, poco después, junto con Ragle, atravesaban la ciudad hacia la piscina.

Tener a Ragle a su lado hacía que se sintiera en paz. Siempre se había sentido atraída por los hombrones fornidos, en especial si eran mayores. Para ella, Ragle tenía exactamente la edad adecuada. Y mira las cosas que había hecho, su carrera militar en el Pacífico, por ejemplo. Y su fama nacional en el concurso del periódico. Le gustaba su cara huesuda, seria, con cicatrices; era la cara de un verdadero hombre, sin rastros de papada, sin la menor flaccidez. Tenía el pelo como quemado por el sol, rizado, jamás peinado. Siempre había tenido la impresión de que los hombres que se peinaban eran unos mariquitas. Bill se pasaba media hora por las mañanas arreglándose el pelo; aunque ahora, con el corte militar que se había hecho, le llevaba menos tiempo. A ella le repugnaba tocar un pelo con corte militar; la pelambre rígida le recordaba un cepillo de dientes. Y Bill encajaba perfectamente en su chaqueta de hombros estrechos tan formal... virtualmente, carecía de hombros. El único deporte que practicaba era el tenis, y eso en realidad despertaba su animosidad. ¡Un hombre con pantaloncitos blancos, calcetines cortos, zapatillas de tenis! Un estudiante universitario en el mejor de los casos... como lo era en la época en que se conocieron.

-¿No te sientes solo? -le preguntó a Ragle.

-¿Eh?

-Como no estás casado... -La mayor parte de los chicos que había conocido en la escuela secundaria estaban casados ahora, todos, menos los imposibles-. Quiero decir, está muy bien que vivas con tu hermana y tu cuñado, pero ¿no te gustaría tener una casita propia para ti y tu esposa? -Subrayó la palabra *esposa*.

Considerando la cuestión Ragle dijo:

-En última instancia, lo haré. Pero la verdad es que soy un vago.

-Un vago -repitió ella como un eco, pensando en todo el dinero que había ganado en el concurso. Sólo el cielo sabía cuánto sumaría el total.

-No me gustan las cosas permanentes -explicó-. Probablemente adquirí estos hábitos nómadas durante la guerra... y antes de eso mi familia se trasladaba mucho. Mis padres estaban divorciados. Hay en mi personalidad una verdadera resistencia a asentarme... quedar definido en términos de una casa, una mujer, niños, pantuflas y pipa.

-¿Qué tiene eso de malo? Significa seguridad.

-Pero yo tendría mis dudas. -En seguida agregó-: Tuve mis dudas. Cuando estuve casado.

-Oh -dijo ella interesada-. ¿Cuándo fue eso?

-Hace años. Antes de la guerra. Cuando apenas había cumplido los veinte años. Conocía a una chica; era secretaria en una empresa de transporte. Una chica muy agradable. De padres polacos. Una chica muy brillante, muy despierta. Demasiado ambiciosa para mí. Sólo pretendía ascender a la clase en la que pudiera ofrecer fiestas en el jardín. Barbacoas en el patio.

-No veo nada malo en eso -dijo Junie-. Es natural querer vivir confortablemente. -Había tomado el término de *Mejores Casas y Jardines*, una de las revistas a las que ella y Bill estaban suscritos.

-Bueno, te dije que era un vago -gruñó Ragle y dejó de lado el tema.

El terreno había empezado a ascender, pues se acercaban a las colinas, y tuvieron que escalar. Aquí las casas tenían jardines más grandes, terrazas con flores; vastas mansiones imponentes, las casas de la gente acomodada. Las calles eran irregulares. Aparecían densos bosquecillos. Y sobre ellos, podían ver el bosque mismo, más allá de la última calle, Olympus Drive.

-No tendría inconveniente en vivir aquí arriba -dijo Junie. Mejor, pensó, que esas casas planificadas de una sola planta y sin cimientos. Que pierden el tejado el primer día de viento. Cuyo garaje se inunda si uno deja la manguera abierta toda la noche.

Entre las nubes en el cielo un punto luminoso que se trasladaba veloz se mantuvo un instante a la vista para desaparecer luego. Ragle oyó el rugido débil, casi absurdamente remoto.

-Un avión de propulsión a chorro -dijo ella.

Con el entrecejo fruncido, Ragle escudó sus ojos y miró el cielo, sin seguir andando, parado en medio de la acera con los pies separados firmemente plantados.

-¿No crees que quizá sea un avión ruso? -preguntó ella con malicia.

-Me gustaría saber con certeza qué sucede allá arriba -le dijo Ragle.

-¿Quieres decir qué es lo que está haciendo Dios?

-No -dijo él-. Nada de Dios. Me refiero a eso que pasa flotando de vez en cuando.

-Vic hablaba anoche de que había estado tanteando en busca del cordón de la luz en el baño, ¿lo recuerdas?

-Sí -dijo él mientras empezaban de nuevo a andar trabajosamente colina arriba.

-Lo he estado pensando. A mí eso no me ha ocurrido nunca.

-Mejor -dijo Ragle.

-Salvo que recordé algo semejante. Un día estaba en la acera barriendo. Oí que dentro de la casa sonaba el teléfono. Esto fue poco más o menos hace un año. De cualquier modo, estaba esperando una llamada verdaderamente importante. -Había sido la de un joven al que había conocido en la escuela, pero no mencionó ese detalle-. Bien, dejé caer la escoba y corrí dentro. ¿Sabes que tenemos dos escalones hasta la galería?

-Sí -dijo él, empezando a prestarle atención.

-Corrí arriba. Y subí tres. Quiero decir, pensé que había uno más. No, no lo pensé con precisión en palabras. No me dije mentalmente: Tengo que subir tres escalones...

-Quieres decir que subiste tres escalones sin pensarlo.

-Sí -dijo ella.

-¿Te caíste?

-No -dijo ella-. No fue como cuando hay tres y se piensa que hay sólo dos. En ese caso uno cae de bruces y se rompe un diente. Cuando hay dos y se piensa que hay tres... eso es verdaderamente raro. Se intenta subir uno más. Y el pie de uno baja bruscamente... ¡bang! No con mucha dureza, sólo... bueno, como si uno intentara buscar apoyo en algo que no existe. -Guardó silencio. Siempre que intentaba explicar algo teórico, se encontraba empantanada.

-Humm -dijo Ragle.

-Eso es lo que quiso decir Vic, ¿no es cierto?

-Humm -volvió a decir Ragle, y ella abandonó el tema. Él no parecía de humor para seguirlo.

Junto a él, a la luz cálida del sol, Junie Black se echó con los brazos a los lados, de espaldas, con los ojos cerrados. Había llevado consigo una toalla listada de azul y blanco sobre la que estaba tendida. Su traje de baño de lana negra de dos piezas, le recordaba a él tiempos pasados, coches descapotables, juegos de fútbol, la orquesta de Glenn Miller. La graciosa tela pesada y las radios de madera portátiles que arrastraban hasta la playa... Botellas de Coca-Cola a medias enterradas en la arena, chicas de largo cabello rubio tendidas sobre el estómago, apoyadas en los codos, como las chicas de los anuncios publicitarios «Fui un espantajo de cuarenta kilos».

La contempló hasta que ella abrió los ojos. Se había quitado las gafas, como lo hacía siempre que estaba con él.

-Hola -dijo.

-Eres una mujer muy atractiva, June.

-Gracias -dijo ella sonriéndole. Y luego cerró una vez más los ojos.

Atractiva, pensó él, aunque inmadura. No tanto estúpida como meramente retrasada en su desarrollo. Estancada en los días de la escuela secundaria... En la hierba un puñado de niños pequeños retozaba chillando y golpeándose entre sí. En la piscina los jóvenes salpicaban, chicas y chicos mezclados, de manera tal que todos parecían poco más o menos iguales. Salvo que cuando salían fuera, sobre el suelo de mosaico, las chicas llevaban trajes de dos piezas, y los chicos sólo pantaloncitos.

Por el camino de grava, un vendedor de helados empujaba su carrito esmaltado de blanco. Las campanillas sonaban invitando a los niños.

Otra vez campanas, pensó Ragle. Quizá la pista señalaba que vendría aquí de paseo con June Black... *Junie*, como su gusto corrompido la hacía llamarse a sí misma.

¿Podría enamorarse de una mujercita ex estudiante de la escuela secundaria, atolondrada, que suelta risitas tontas y está casada con un tío que intenta impresionar y prefiere todavía un batido de plátano a un buen whisky o aun una buena cerveza negra?

La mente elevada, pensó, sucumbe cuando se aproxima a esta especie de criatura. El encuentro y el apareamiento de los opuestos. Yin y Yang. El viejo doctor Fausto ve a la joven campesina dormida en el camino y ¡adiós sus libros, su conocimiento, su filosofía!

En el principio, pensó, fue el verbo.

O, en el principio fue la *acción*. Si uno era Fausto.

Observa esto, se dijo a sí mismo. Inclinándose sobre la muchacha aparentemente dormida, dijo:

-*Im Anfang war die Tat.*

-Vete al infierno -murmuró ella.

-¿Sabes lo que significa?

-No.

-¿Te interesa saberlo?

Irguiéndose, abrió los ojos y dijo:

-Sabes que la única lengua que estudié fueron dos años de español en la escuela secundaria. De modo que no me lo refriegues por las narices. -Enfadada, se dejó caer de lado, apartándose de él.

-Era poesía -dijo él-. Estaba tratando de hacerte el amor.

Girando sobre sí, se quedó mirándolo fijamente.

-¿Quieres que lo haga? -preguntó él.

-Deja que lo piense -dijo ella-. No. No resultaría. Bill o Margo se enterarían, y todos serían muy desdichados, y quizá te echarían del concurso.

-Todo el mundo ama a un amante -dijo él e, inclinándose sobre ella, la cogió por el cuello y la besó en la boca. Su boca era seca, pequeña, y se movió para evitarlo; tuvo que cogerle el cuello con las manos.

-Socorro -dijo ella débilmente.

-Te amo -dijo él.

Ella lo miró frenética, con las pupilas ardientes y oscuras, como si pensara... Dios sabe lo que pensaría. Probablemente nada. Era como si hubiera atrapado a un animalito enloquecido de delgados miembros. Tenía sentidos alertas y reflejos veloces -se debatía bajo él y sus uñas se le clavaban en los brazos-, pero no razonaba, ni planeaba, ni preveía nada. Si lo soltaba, se alejaría de prisa unos pocos metros, se alisaría la piel y luego lo olvidaría. Perdería el miedo, se calmaría. Y no recordaría que hubiera sucedido nada.

Apostaría, pensó él, que se asombra cada primero de mes cuando el muchacho del periódico va a su casa a cobrar. ¿Qué periódico? ¿Qué muchacho del periódico? ¿Qué dos cincuenta?

-¿Quieres que nos echen del parque? -dijo ella, cerca de su oído. Su cara, ajena y arrugada, lo miraba colérica directamente debajo de la suya.

Una pareja que pasaba por allí miró hacia atrás y sonrió.

La mente de una virgen, pensó él. Tenía algo conmovedor... la capacidad de olvidar la volvía inocente nuevamente cada vez. No importaba todo lo profundamente que se viera involucrada con los hombres, conjeturó él, su físico permanecería probablemente intacto. Tal como había sido. Jersey y zapatos de tacón bajo. Aun cuando tuviera treinta, treinta y cinco, cuarenta años. Su peinado se alteraría con el transcurso del tiempo; se maquillaría más, probablemente seguiría una dieta. Pero, por lo demás, eterna.

-Tú no bebes, ¿no es así? -dijo él. El calor del sol y la situación le hicieron anhelar una cerveza-. ¿Podría convencerte para que hiciéramos un alto en algún bar?

-No -dijo ella-. Quiero tomar un poco el sol.

Él la soltó. En seguida ella se sentó, se acomodó los tirantes y se quitó las motas de polvo y hierba de las rodillas.

-¿Qué diría Margo? -dijo-. Está husmeando por ahí en busca de algo sucio que desenterrar.

-Margo probablemente ha salido para presentar su petición -dijo él-. Para forzar al ayuntamiento a despejar las ruinas de los terrenos.

-Eso es muy meritorio. Mucho mejor que imponer atenciones a la mujer del prójimo. -Sacó de su bolso una loción bronceadora y empezó a frotársela sobre los hombros sin hacerle caso, con toda intención.

Él sabía que algún día podría poseerla. Circunstancias adecuadas, un cierto estado de ánimo; y valdría la pena, decidió. Valdría la pena preparar todos los pequeños detalles.

Ese tonto de Black, se dijo a sí mismo.

Más allá del parque, en dirección de la ciudad, un retazo plano irregular de verde y blanco lo hizo pensar nuevamente en Margo. Las ruinas. Visibles desde aquí arriba. Tres solares municipales con cimientos de cemento que nunca habían sido despejados por las excavadoras. Las casas mismas -o cualesquiera edificios que hubiera habido allí- habían sido derribados

desde hacía ya tiempo. Años atrás, a juzgar por los desgastados, resquebrajados, amarillentos bloques de cemento. Desde aquí parecían hermosas. Los colores eran agradables.

Podía ver niños que entraban y salían entre las ruinas. Un sitio favorito de juego... Sammy jugaba allí ocasionalmente. Los sótanos formaban cuevas. Bóvedas. Margo probablemente tenía razón; algún día un niño se asfixiaría o moriría de tétanos al herirse con un alambre oxidado.

Y aquí estamos sentados, pensó. Calentándonos al sol. Mientras Margo lucha en la oficina del ayuntamiento para obtener el bien cívico para todos nosotros.

-Quizá tendríamos que regresar -le dijo a Junie-. Debería rellenar mi formulario. -Mi trabajo, pensó irónicamente. Mientras Vic se esfuerza en el supermercado y Bill en la compañía de aguas. Y yo me paso el día en frivolidades.

Eso le hizo desear una cerveza más que nunca. En tanto tuviera una cerveza en la mano, nada podría perturbarlo. La torturante inquietud no lo penetraba del todo.

-Mira -le dijo a Junie poniéndose de pie-. Iré colina arriba hasta ese puesto de bebidas para ver si por casualidad tienen una cerveza. Podría ser.

-Como quieras.

-¿Quieres algo? ¿Una gaseosa? ¿Una cola?

-No, gracias -dijo ella con tono formal.

Mientras subía la cuesta cubierta de hierba hacia el puesto de bebidas, pensó: Tendré que vérmelas con Bill Black tarde o temprano. En combate.

No hay modo de saber de qué color se pondría el hombre si se enterara. ¿Es la clase de hombre que descuelga su 22 de caza y, sin pronunciar palabra, se pone en camino y dispara sobre el intruso que ha penetrado en el más sagrado de los cotos del hombre, ese campo Elíseo donde sólo el amo y señor osa pastar?

La caza del ciervo real.

Llegó al sendero de cemento a cuyos lados brotaban bancos de madera verde. En los bancos diversas personas, mayores casi todas, estaban sentadas contemplando la cuesta y la piscina abajo. Una corpulenta anciana señora le sonrió.

¿Lo sabe ella?, se preguntó. ¿Que lo que ve no es un juego feliz de la juventud en primavera, sino pecado? ¿Casi adulterio?

-Buenas tardes -le dijo él cordialmente.

A su vez, ella lo saludó cordialmente con la cabeza.

Buscando en sus bolsillos, encontró algo de dinero suelto. Una cola de niños esperaba ante el puesto de bebidas; los niños compraban perritos calientes, helados, caramelos y naranjadas. Él se les unió.

Qué tranquilo estaba todo.

Una pasmosa desolación lo invadió. Qué desperdicio había sido su vida. Aquí estaba, a los cuarenta y seis años, jugando en el salón con un concurso de periódico. Sin ningún empleo remunerado legítimo. Sin hijos. Sin mujer. Sin casa propia. Haciendo tonterías con la esposa de un vecino.

Una vida sin valor. Vic tenía razón.

Lo mismo daría que abandonara, decidió. El concurso. Todo. Ir a algún otro sitio. Hacer alguna otra cosa. Sudar en los campos de petróleo con un casco de estaño. Rastrillar hojas. Sumar cifras sentado a un escritorio en alguna oficina de seguros. Vender bienes raíces.

Cualquier cosa resultaría una ocupación más madura. Responsable. Me arrastro por una infancia prolongada... un *hobby*, como montar maquetas de madera.

El niño que estaba delante de él recibió su barra de caramelo y se alejó corriendo. Ragle puso una moneda de cincuenta céntimos sobre el mostrador.

-¿Tiene cerveza? -preguntó. Su voz sonaba extraña. Tenue y remota. El hombre tras el mostrador con delantal y gorra blancos se quedó mirándolo fijamente, se quedó mirándolo y no se movió. Nada sucedió. Ningún sonido en parte alguna. Niños, coches, el viento; todo estaba inmóvil y en silencio.

La moneda de cincuenta céntimos cayó a través de la madera, hundiéndose. Se desvaneció.

Me estoy muriendo, pensó Ragle. O algo.

El miedo se apoderó de él. Intentó hablar, pero los labios no se le movieron. Atrapado en el silencio.

No otra vez, pensó.

¡No otra vez!

Me está sucediendo otra vez.

El puesto de bebidas se desmoronó en pedacitos. Moléculas. Vio las moléculas, incoloras, sin cualidades, que lo constituían. Luego vio a través del espacio más allá de él, vio la colina detrás, los árboles y el cielo. Vio el puesto de bebidas perder su existencia, junto con el hombre tras el mostrador, la caja registradora, el gran depósito de jugo de naranja, las chapas de cola y las gaseosas, las neveras con las botellas, la plancha de los perritos calientes, los potes de mostaza, las estanterías de los cucuruchos, la fila de pesadas tapaderas de metal bajo las que estaban las diferentes clases de helados.

En su lugar había una tira de papel. Estiró la mano y la cogió. En ella estaban impresas en letra grande las palabras:

PUESTO DE BEBIDAS

Volviéndose, retrocedió con paso vacilante dejando atrás los niños que jugaban, los bancos y los viejos. Mientras andaba metió la mano en el bolsillo de su abrigo y encontró la caja de metal que llevaba allí.

Se detuvo, abrió la caja, miró las tiras de papel que ya había en ella. Luego agregó la nueva.

Seis en total. Seis veces.

Las piernas le vacilaron y en la cara parecían formársele partículas de hielo. El hielo se deslizó por debajo del cuello, más allá de la corbata de color verde.

Bajó la cuesta al encuentro de Junie.

Cuatro

Al caer la tarde, Sammy Nielson estuvo aún una hora galopando por los alrededores de las ruinas. Junto con Butch Cline y Leo Tarski había arrastrado un montón de listones del tejado formando un montón que constituían una verdadera posición defensiva. Posiblemente podrían sostener la posición indefinidamente. Después venía la recolección de grandes terrones, los que tenían adheridas largas briznas de hierba, proyectiles superiores.

Alrededor de él soplaba el frío viento del atardecer. Se agachó detrás del parapeto estremeciéndose.

Era necesario que la trinchera fuera más profunda. Agarrando una tabla que sobresalía del suelo, hizo palanca y tiró. Una masa de ladrillos, ceniza, techumbre, hierba y tierra se quebró y rodó a sus pies. Entre dos lajas rajadas de cemento se veía una abertura, otra parte del viejo sótano o quizá una tubería de desagüe.

Era imposible saber qué podría descubrirse. Tendiéndose en el suelo, arrancó puñados de yeso y tela metálica. Mientras trabajaba quedó cubierto de fragmentos.

En la penumbra, esforzándose por ver, encontró un bulto de papel amarillo empapado de humedad. Una guía telefónica. Después, revistas impregnadas de lluvia.

Febrilmente, escarbó y escarbó con las uñas.

En el salón, antes de cenar, Vic estaba sentado frente a su cuñado. Ragle le había preguntado si disponía de un par de minutos. Quería hablarle. Al ver la sombría expresión de su cuñado, Vic preguntó:

-¿Quieres que cierre la puerta? -En el comedor, Margo había empezado a poner la mesa: el ruido de los platos se unía a las noticias de las seis que emitía el televisor.

-No -dijo Ragle.

-¿Es sobre el concurso?

Ragle dijo:

-Estoy pensando en abandonar el concurso voluntariamente. Se me está volviendo demasiado pesado. La tensión. Escucha. -Se inclinó hacia Vic. Tenía los ojos inyectados en sangre-. Vic -dijo-, estoy sufriendo una crisis nerviosa. No le digas nada a Margo. -La voz le vaciló y se calló-. Me pareció que debía hablarlo contigo.

Era difícil saber qué decirle.

-¿Es el concurso? -dijo Vic finalmente.

-Tal vez. -Ragle hizo un gesto.

-¿Cuánto hace?

-Semanas, ahora. Quizá dos meses. Ya lo he olvidado.

-Guardó silencio mirando el suelo más allá de Vic.

-¿Se lo has comunicado a la gente del periódico?

-No.

-¿No organizarán un escándalo?

-No me importa lo que hagan. No puedo seguir. Puede que haga un largo viaje a algún sitio. Que abandone el país, incluso.

-Dios mío -dijo Vic.

-Estoy agotado. Quizá después de tomar un descanso, unos seis meses, me sentiré mejor. Quizás emprenda una tarea manual. En una cadena de montaje. O al aire libre. Lo que quiero aclarar contigo es el aspecto financiero. He estado contribuyendo a la casa unos doscientos cincuenta por mes; ése es el promedio del año pasado.

-Sí -dijo Vic-. Creo que es correcto.

-¿Podéis tú y Margo arreglaros sin contar con esa suma? El pago de los plazos de la casa, del coche y todo lo demás.

-Claro -dijo él-. Creo que sí.

-Quiero hacerte un cheque de seiscientos dólares -dijo Ragle-. Por si acaso. Si lo necesitas, lo cobras. Si no, no. Es mejor que lo pongas en una cuenta... los cheques sirven poco más o menos un mes, ¿no es así? Abre una cuenta de ahorro, te darán un cuatro por ciento de interés.

-¿No le has dicho nada a Margo?

-Todavía no.

A la puerta, Margo dijo:

-La cena está casi lista. ¿Por qué estáis así los dos, sentados tan solemnemente?

-Negocios -dijo Vic.

-¿Puedo sentarme y escuchar? -preguntó ella.

-No -dijeron ambos hombres a la vez. Sin decir una palabra, ella se marchó.

-Continuemos -dijo Ragle-, si no te importa. Pensé en ir al hospital de Virginia... Puedo aprovechar mi condición de veterano y obtener allí alguna clase de asistencia médica. Pero tengo dudas de que mi caso esté incluido en su campo. Pensé también en utilizar la Ley para el Recluta e ir a la universidad y seguir algunos cursos.

-¿De qué?

-Oh, de filosofía, por ejemplo.

Eso a Vic le sonaba extravagante.

-¿Por qué? -preguntó.

-¿No es la filosofía un refugio y un solaz?

-Eso no lo sé. Quizás una vez lo fue. La impresión que tengo de la filosofía tiene que ver con las teorías acerca de la realidad última y cuál es la finalidad de la vida.

Imperturbable, Ragle preguntó:

-¿Qué tiene eso de malo?

-Nada, si crees que eso te ayuda.

-Leí un poco en mis tiempos. Estaba pensando en el obispo Berkeley. Los idealistas. Por ejemplo... -Señaló el piano en un rincón del salón-. ¿Cómo sabemos que ese piano existe?

-No lo sabemos -dijo Vic.

-Quizá no existe.

-Lo siento, pero en lo que a mí concierne, todo eso no son más que palabras -dijo Vic.

Al oír eso, la cara de Ragle perdió por entero el color. La mandíbula inferior se le aflojó. Se puso de pie.

-Discúlpame -dijo-. Seguiremos hablando en algún momento más tarde. La cena está lista... o algo. -Desapareció por la puerta en dirección al comedor.

Pobre tipo, pensó Vic. Desde luego, está agotado. La soledad y el aislamiento de estar sentado todo el día... la futilidad.

-¿Puedo ayudarte a poner la mesa? -le preguntó a su esposa.

-Ya está todo hecho -dijo Margo. Ragle se había marchado por el vestíbulo al cuarto de baño-. ¿Qué sucede? -preguntó Margo-. ¿Qué tiene Ragle esta noche? Tiene tan mal aspecto... No habrá fracasado en el concurso, ¿no? Sé que me lo habría dicho, pero...

-Te lo diré más tarde -dijo él. Le pasó el brazo sobre los hombros y la besó; ella se apretó con calidez contra él.

Si tuviera esto, pensó, quizá se sentiría mejor. Una familia. Nada en el mundo puede equipararsele. Y nadie puede arrebatártelo.

Durante la cena, mientras todos comían, Ragle Gumm estaba profundamente sumido en sus pensamientos. Enfrente de él, Sammy parloteaba sobre su club y la poderosa maquinaria de guerra de que éste disponía. Él no escuchaba.

Palabras, pensó.

Problema central de la filosofía. Relación de la palabra con el objeto... ¿Qué es una palabra? Un signo arbitrario. Pero vivimos en las palabras. Nuestra realidad, entre palabras, no cosas. No existe cosa tal como una cosa, de cualquier modo; una *Gestalt* en la mente. Entidad... sensación de sustancia. Una ilusión. La palabra es más real que el objeto que representa.

La palabra no representa la realidad. La palabra es la realidad. Para nosotros, de cualquier modo. Quizá Dios llegue a los objetos. No nosotros, sin embargo.

En su abrigo, colgado en el ropero del vestíbulo, estaba la caja de metal con las seis palabras que guardaba:

PUESTO DE BEBIDAS
PUERTA
FÁBRICA
AUTOPISTA
FUENTE
CUENCO DE FLORES

La voz de Margo lo despertó.

-Te dije que no jugaras allí. -Su tono, áspero y alto, le hizo perder el hilo de su pensamiento-. No juegues allí. Hazme caso, Sammy. Hablo en serio.

-¿Cómo te fue con la petición? -preguntó Vic.

-Vi a un empleado de poca monta. Dijo algo así como que el ayuntamiento no contaba con fondos por el momento. Lo exasperante es que cuando telefoneé la semana pasada, dijeron que se estaban firmando los contratos y que las obras empezarían un día de éstos. Eso lo demuestra. Es imposible conseguir que hagan nada. Eres impotente; una persona es impotente.

-Quizá Bill Black podría inundar los terrenos -dijo Vic.

-Sí -dijo ella-, y entonces todos los niños podrían ahogarse en lugar de caerse y romperse el cráneo.

Después de la cena, mientras Margo lavaba los platos en la cocina y Sammy yacía en el salón delante del televisor, él y Vic conversaron algo más.

-Pide a la gente a cargo del concurso un permiso de ausencia -sugirió Vic.

-Dudo que lo concedan. -Estaba familiarizado con las reglas y no recordaba una disposición semejante.

-Inténtalo.

-Quizá -dijo raspando una mancha sobre la mesa.

-Ese asunto de anoche me produjo un verdadero sobresalto. Espero no haberte alterado. Espero no ser yo el responsable de que te sientas deprimido -dijo Vic.

-No -dijo él-. Si hay algo responsable, probablemente es el concurso. Y Junie Black.

-Escúchame -dijo Vic-. Puedes lograr algo mucho mejor para ti que Junie Black. Y, de cualquier modo, está comprometida.

-Con un necio.

-Eso no importa. Es la institución. No el individuo.

-Es difícil concebir a Bill y Junie Black como una institución. De cualquier modo, no estoy de humor para hablar de instituciones -dijo Ragle.

-Dime lo que ha ocurrido -dijo Vic.

-Nada.

-Dímelo.

-Una alucinación. Eso es todo. Recurrente.

-¿Quieres describirla?

-No.

-¿Es algo parecido a mi experiencia de anoche? No estoy tratando de curiosear. Eso me alteró. Creo que algo no va bien.

-Algo no va bien -dijo Ragle.

-No me refiero a ti o a mí o a nadie en particular. Lo digo en general.

-«El tiempo -dijo Ragle- está desarticulado.»

-Creo que deberíamos comparar nuestras experiencias.

-No voy a decirte lo que me ocurrió a mí. Ahora asentirás gravemente. Pero mañana o pasado, cuando estés en tu supermercado parloteando con los empleados... te quedarás sin tema de conversación y te referirás a mí. Y vas a alterar a todo el mundo con chismorreos deslumbrantes. Ya hemos tenido suficientes chismorreos. Recuérdalo, soy un héroe nacional.

-Como gustes -dijo Vic-. Pero podríamos... llegar a alguna parte. Lo digo en serio. Estoy preocupado.

Ragle no dijo nada.

-No puedes negarte a hablar -dijo Vic-. Soy responsable de mi mujer y de mi hijo. ¿No tienes ya control de ti mismo? ¿Sabes lo que puedes o no puedes hacer?

-No voy a salir disparado destruyéndolo todo -dijo Ragle-. O, al menos, no tengo motivos para creer que lo haré.

-Tenemos que vivir todos en la misma casa -señaló Vic-. Supón que te dijera que yo...

Ragle lo interrumpió:

-Si siento que podría convertirme en una amenaza, me marcharé. Probablemente me iré de cualquier modo en un par de días. Si puedes esperar hasta entonces, todo irá bien.

-Margo no te dejará irte.

Eso le hizo reír.

-Margo -dijo- tendrá que dejarme ir.

-¿Estás seguro de que no sientes sencillamente lástima de ti mismo porque tu vida amorosa se ha desquiciado?

Ragle no contestó. Abandonando la mesa, se dirigió a la sala donde Sammy estaba mirando *Humo de fusiles*. Tendiéndose en el diván, también él se puso a mirar.

No puedo hablarle, advirtió.

Una lástima. Una verdadera maldita lástima.

-¿Qué tal la de vaqueros? -le preguntó a Sammy durante el intermedio de anuncios.

-Muy buena -dijo Sammy. Del bolsillo de la camisa del niño sobresalía un papel arrugado. Parecía muy ajado, y Ragle se inclinó para ver. Sammy no prestó atención.

-¿Qué tienes en el bolsillo? -preguntó Ragle.

-Oh -dijo Sammy-, levantaba un bastión de defensa en las ruinas. Y desenterré una tabla y encontré un montón de viejas guías telefónicas y revistas y cosas.

Inclinándose, Ragle sacó el papel del bolsillo del muchacho. El papel se deshizo en sus manos. Delgadas tiras de papel, y en cada una de ellas una palabra impresa desteñida por la lluvia y el deterioro:

GASOLINERA
VACA
PUENTE

-¿Has encontrado esto en los terrenos municipales? -preguntó, incapaz de pensar con claridad-. ¿Lo desenterraste?

-Sí -dijo Sammy.

-¿Me lo puedo quedar?

-No -dijo Sammy. Sintió una furia maníaca.

-Muy bien -dijo tan razonablemente como le fue posible-. Te lo cambio por algo. O te lo compro.

-¿Para qué lo quieres? -dijo Sammy, dejando de mirar el televisor-. ¿Es algo valioso?

Contestó con sinceridad:

-Los colecciono.

Yendo al ropero del vestíbulo, buscó en su abrigo, cogió la caja y volvió a la sala. Se sentó junto a Sammy, abrió la caja y le mostró las seis tiras de papel que ya había adquirido.

-Diez centavos cada una -dijo Sammy.

El niño tenía cinco tiras en total, pero dos estaban tan dañadas por el tiempo, que no era posible leer las palabras impresas en ellas. Pero le pagó cincuenta centavos de cualquier modo, cogió las tiras y se marchó para pensar a solas.

Quizá es una tomadura de pelo, pensó. Soy víctima de una broma. Porque soy un Héroe Ganador de un Concurso de Primera Clase.

Publicidad del periódico.

Pero eso no tenía sentido. Ningún sentido en absoluto.

Confundido, alisó las cinco tiras lo mejor que pudo, y las agregó a las que tenía en la caja. En algunos aspectos, se sentía peor que antes.

Más tarde esa noche, cogió una linterna, se puso un grueso abrigo y salió en dirección a las ruinas.

Le dolían las piernas por haber andado tanto con Junie, y cuando llegó a los baldíos, se preguntó si valdría la pena haber venido. Al principio la luz de la linterna sólo iluminaba la forma del cemento roto, pozos a medias llenos del agua de la lluvia de la primavera, montones de tablas y de yeso. Durante algún tiempo merodeó iluminando aquí y allá con la linterna. Por fin, después de tropezar y caer sobre unos alambres oxidados, dio con un torpe refugio de escombros, evidentemente construido por los muchachos.

Agachándose, dirigió la luz hacia el suelo cerca del refugio. Y, ¡cáspita!, allí en la luz resplandeció ante él el borde de papel amarillento. Se puso la linterna bajo el brazo y escarbó con ambas manos hasta que el papel quedó suelto. Era un grueso volumen. Sammy tenía razón; parecía una guía telefónica o, cuando menos, una parte de ella.

Junto con la guía telefónica, logró excavar los restos de algunas grandes revistas de papel satinado. Pero luego descubrió que estaba iluminando una cisterna o sistema de desagüe. Demasiado peligroso, decidió. Sería mejor esperar que fuera de día.

Llevando consigo la guía telefónica y las revistas, inició el camino de regreso a casa.

Qué sitio tan desolado, se dijo. No es de extrañar que Margo quiera que el municipio lo despeje. Deben de estar locos. Una pierna rota, y les caería un proceso encima.

Aun las casas cerca de los terrenos parecían oscuras y deshabitadas. Y por delante de él, la acera estaba resquebrajada, cubierta de escombros.

Bonito sitio para los niños.

Cuando llegó a casa, llevó la guía telefónica y las revistas a la cocina. Vic y Margo estaban en el salón y ninguno de los dos advirtió que llevara nada consigo. Sammy se había ido a la cama. Esparció papel de envolver sobre la mesa de la cocina y luego, con cuidado, puso encima lo que había traído.

Las revistas estaban demasiado húmedas como para que fuera posible manejarlas. De modo que las puso cerca del radiador para que se secaran. Sobre la mesa de la cocina, empezó a examinar la guía telefónica.

Tan pronto como la hubo abierto, se dio cuenta de que no tenía las tapas ni las primeras ni las últimas páginas. Sólo la parte central.

No era la guía telefónica a la que estaba acostumbrado. La impresión era más oscura; el carácter de la letra, más grande. También eran más grandes los márgenes. Supuso que representaba una comunidad más pequeña.

Las centrales de teléfonos no le eran familiares. Florian. Edwards. Lakeside. Walnut. Volvió las páginas sin buscar nada en particular. ¿Qué había allí que buscar? Cualquier cosa, pensó. Fuera de lo ordinario. Algo que le saltaría a la vista. Por ejemplo, no sabía la antigüedad de la guía. ¿Del año pasado? ¿De hacía diez años? ¿Cuánto hacía que se imprimían guías telefónicas?

Entrando en la cocina, Vic preguntó:

-¿Qué tienes ahí?

-Una vieja guía telefónica.

Vic se inclinó sobre su hombro para ver. Luego se dirigió a la nevera y la abrió.

-¿Quieres un poco de pastel? -preguntó.

-No, gracias -dijo Ragle.

-¿Son tuyas? -Vic señaló las revistas que estaban secándose.

-Sí -dijo él.

Vic desapareció nuevamente en el salón llevando consigo dos trozos de pastel de fresas.

Cogiendo la guía telefónica, Ragle fue al vestíbulo, donde estaba el teléfono. Se sentó en el taburete, escogió un número al azar, levantó el auricular y lo marcó. Al cabo de un momento, oyó una serie de ruiditos secos y luego la voz de la operadora.

-¿A qué número llama usted?

Él leyó el número.

-Bridgeland 3-4465.

Luego una pausa.

-¿Querría colgar y volver a marcar el número? -dijo finalmente la operadora con una voz altiva que no admitía bromas.

Él colgó, esperó un momento y volvió a marcar el número.

El circuito se interrumpió inmediatamente.

-¿A qué número está llamando? -La voz de una operadora, no la misma, sonó en su oído.

-Bridgeland 3-4465 -dijo él.

-Un momento, señor -dijo la operadora. Él esperó.

-Lo siento, señor -dijo la operadora-. ¿Podría mirar ese número otra vez?

-¿Por qué? -preguntó él.

-Un momento, señor -dijo la operadora, y en ese instante la línea quedó muerta. En el otro extremo no había nadie; pudo notar la ausencia de alguien vivo. Esperó, pero no ocurrió nada.

Al cabo de un momento, colgó, esperó y volvió a marcar el número.

Esta vez oyó un borrascoso sonido semejante a una sirena que lo ensordeció. La barahúnda que indicaba que había marcado el número equivocadamente.

Escogiendo otros números, los marcó. Cada vez, obtuvo la misma señal estrepitosa. Había marcado mal. Finalmente, cerró la guía telefónica, vaciló y marcó el número correspondiente a la operadora.

-Operadora.

-Estoy intentando llamar a Bridgeland 3-4465 -dijo. No sabía si era la misma operadora de antes-. ¿Puede hacerlo por mí? Todo lo que consigo es la señal de haber marcado un número equivocado.

-Sí, señor. Un momento, señor. -Una larga pausa. Y luego-: ¿Cuál era ese número, señor?

Él lo repitió.

-Ese número ha sido desconectado -dijo la operadora.

-¿Puede llamar a otros por mí?

-Sí, señor.

Él leyó los demás números de la página. Todos habían sido desconectados.

Por supuesto. Una guía vieja. Evidentemente. Era verdad; probablemente toda una serie había sido descartada.

Él le dio las gracias y colgó el auricular.

De modo que no había probado nada ni se había enterado de nada.

Una explicación podría ser que esos números se hubieran asignado a varios pueblos de las cercanías. Los pueblos se habían incorporado y se había instalado un nuevo sistema de numeración telefónica. Quizá, cuando se implantó el disco de marcar los números en los teléfonos, hacía muy poco, aproximadamente un año atrás.

Sintiéndose un tonto, volvió a la cocina.

Las revistas se habían empezado a secar, y se sentó con una de ellas en la falda. Algunos fragmentos se desprendieron cuando volvió la primera página. Una revista destinada a las familias, primero un artículo sobre los cigarrillos y el cáncer de pulmón... luego un artículo escrito por un hombre que había recorrido el Amazonas con sus hijos. Luego cuentos del Oeste, detectives y aventuras en los Mares del Sur. Anuncios, chistes acompañados de viñetas. Leyó los chistes y dejó la revista a un lado.

La siguiente revista tenía más fotografías; algo semejante a *Life*. Pero el papel no tenía tanta calidad como el de las publicaciones *Luce*. Sin embargo, era una revista de primera categoría. La cubierta había desaparecido, de modo que no pudo saber si se trataba de *Look*; supuso que sería *Look* o una que había visto un par de veces llamada *Ken*.

El primer artículo ilustrado con fotografías era un espantoso accidente ferroviario en Pennsylvania. El segundo...

Una adorable actriz rubia de aspecto nórdico. Levantándose, situó la lámpara de modo tal que la página quedó mejor iluminada.

La chica tenía una cabellera pesada, bien peinada y muy larga. Sonreía de un modo asombrosamente dulce, una sonrisa infantil aunque íntima que lo cautivó. Su cara era tan bonita como la más bonita que hubiera visto nunca, y, además, tenía una barbilla y un cuello profundos, llenos, sensuales, no el cuello corriente de la mayor parte de las estrellitas, sino un cuello adulto, maduro, y excelentes hombros. Ni la menor huella de ser en exceso huesuda o carnosa. Una mezcla de razas, pensó. Cabellos alemanes. Hombros suizos o noruegos.

Pero lo que realmente lo cautivó, lo que lo dejó en un estado de casi incredulidad fue ver la silueta de la chica.

Dios santo, se dijo. Y qué chica de aspecto tan puro. ¿Cómo pudo desarrollarse así?

Y parecía feliz de mostrarla. La chica se inclinaba hacia delante y la mayor parte de sus pechos se derramaba y se exhibía. Parecían los pechos más suaves, más firmes y más naturales del mundo. Y de muy cálido aspecto, además.

No reconoció el nombre de la chica. Pero pensó: He aquí la respuesta a la necesidad que tenemos de una madre. Mira eso.

-Vic -dijo, levantándose con la revista y llevándola al salón-. Mira esto -dijo, poniéndola sobre la falda de Vic.

-¿Qué es? -preguntó Margo desde el otro extremo del cuarto.

-Te aburrirías -dijo Vic apartando su trozo de pastel de fresa-. Es real, ¿no es cierto? -dijo-. Sí, se puede ver por debajo. Sin sostén. Se mantienen solos de ese modo.

-Está inclinada hacia delante -dijo Ragle.

-Una chica, ¿no es cierto? -dijo Margo-. Déjame ver; no voy a criticar. -Se acercó y se quedó de pie junto a Ragle, y los tres examinaron la fotografía. Abarcaba la página entera, a todo color. Por supuesto la lluvia la había manchado y desvaído, pero no cabía duda; la mujer era única.

-Y tiene una cara tan bonita -dijo Margo-. Tan refinada y civilizada.

-Pero sensual -dijo Ragle.

Bajo la fotografía se leía: *Marilyn Monroe durante su viaje a Inglaterra en conexión con la película que rodará junto a sir Laurence Olivier.*

-¿Has oído hablar de ella? -preguntó Margo.

-No -dijo Ragle.

-Debe de ser una estrellita inglesa -dijo Vic.

-No -dijo Margo-. Aquí dice que está visitando Inglaterra. Su nombre suena más a americano. -Buscaron el artículo.

Los tres leyeron lo que quedaba del artículo.

-Habla de ella como si fuera muy famosa -dijo Margo-. Todas esas multitudes a su alrededor. La gente rodeando las calles.

-Allí -dijo Vic-. Quizás en Inglaterra; no en América.

-No, dice algo acerca de su club de admiradores en América.

-¿De dónde lo has sacado? -le preguntó Vic a Ragle.

-De los terrenos. Esas ruinas. Esas que tú estás tratando que el municipio despeje.

-Quizá es una revista muy vieja -dijo Margo-. Pero Laurence Olivier está todavía vivo... Recuerdo haber visto *Ricardo III* en la tele el año pasado.

Se miraron entre sí. Vic dijo:

-¿Quieres decirme ahora cuál fue la alucinación que tuviste?

-¿Qué alucinación? -preguntó Margo instantáneamente, mirándolo a él y luego a Ragle-. ¿De qué habéis estado hablando que no queríais que yo lo oyera?

Al cabo de unos instantes Ragle dijo:

-He tenido una alucinación, querida. -Intentó sonreír a su hermana de modo alentador, pero la preocupación seguía dando a la cara de ella una expresión de crueldad-. No te angusties -dijo él-. No es tan grave.

-¿Qué fue? -preguntó ella.

-He tenido dificultades con las palabras.

Ella dijo inmediatamente:

-¿Dificultades para hablar? Oh, Dios... Así quedó el presidente Eisenhower después del ataque.

-No -dijo él-, no es eso a lo que me refiero. -Los dos esperaron, pero ahora que trataba de explicarlo, descubrió que era casi imposible-. Quiero decir -dijo-, que las cosas no son lo que parecen.

Hubo un silencio.

-Suena como Gilbert y Sullivan -dijo Margo.

-Eso es todo -dijo Ragle-. No puedo explicarlo mejor.

-Entonces no crees que estés perdiendo la razón -dijo Vic-. No crees que esté en ti; está afuera. En las cosas mismas. Como mi experiencia del cordón de la luz.

Después de vacilar, por fin asintió con la cabeza.

-Lo supongo -dijo. Por alguna oscura razón sentía aversión a vincular la experiencia de Vic con la suya. No le parecían similares.

Probablemente es sólo esnobismo de mi parte, pensó.

Margo, con voz lenta y terrible, dijo:

-¿Crees que estamos siendo víctimas de un engaño?

-Qué cosa tan extraña dices -dijo él.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Vic.

-No lo sé -dijo Margo-. Pero en *Guía de Consumidores* están siempre hablando de que es preciso tener cuidado con las estafas y los anuncios engañosos; ya sabéis, inexactitud en el peso y cosas por el estilo. Quizá esta revista, esta publicidad acerca de la tal Marilyn Monroe, no es más que un globo de aire caliente. Intentan inflar a una trivial estrellita, fingir que todo el mundo ha oído hablar de ella, de modo que cuando la gente oiga hablar de ella por primera vez, diga: Oh, sí, esa famosa actriz. Personalmente, no creo que sea mucho más que un caso glandular. -Cesó de hablar y se mantuvo en silencio tironeándose la oreja en un repetitivo tic nervioso. Líneas de preocupación le recorrían la frente.

-¿Quieres decir que alguien la inventó? -dijo Vic, y se echó a reír.

-Un engaño -repitió Ragle.

Una campana resonó profundamente dentro de él. En algún nivel subverbal.

-Quizá no me marche -dijo.

-¿Adónde ibas a marcharte? -preguntó Margo-. Nadie me explica nada; supongo que ibas a marcharte mañana para no volver nunca. Mándanos una postal desde Alaska.

La amargura con la que ella habló lo perturbó.

-No -dijo-. Lo siento, querida. De cualquier modo, voy a quedarme. De modo que no pienses más en ello.

-¿Tenías intención de abandonar el concurso?

-No lo tenía decidido.

Vic no dijo nada.

-¿Qué crees que debemos hacer? ¿Cómo nos comportaremos acerca de... lo que fuere? -le dijo a Vic.

-Me doy por vencido -dijo Vic-. Tú eres el experto en investigaciones. Archivos y datos y gráficos. Empieza a guardar un registro sobre todo esto. ¿No eres tú el hombre capaz de ver estructuras?

-Estructuras -dijo él-. Sí, supongo que lo soy. -No había pensado en su talento en relación con esto-. Quizá -dijo.

-Vincúlalo todo. Recoge toda la información que puedas, ponlo todo por escrito... Diablos, construye uno de esos exploradores tuyos y utilízalo para verlo de la manera en que tú lo haces.

-Es imposible -dijo él-. No tenemos punto de referencia. Nada por lo cual juzgarlo.

-Simples contradicciones. -Vic no parecía estar de acuerdo-. Esta revista con un artículo acerca de una estrella del cine mundialmente famosa de la que jamás hemos oído hablar; ésa es una contradicción. Tendríamos que recorrer la revista, leer cada palabra y cada línea. Ver cuántas otras contradicciones hay, en relación con lo que sabemos fuera de esta revista.

-Y la guía telefónica -dijo él-. Las páginas amarillas, las listas de empresas. Y, quizás, en las ruinas haya más material.

El punto de referencia. Las ruinas.

Cinco

Librodot

Bill Black aparcó su Ford del 57 en su sitio reservado junto al edificio de la OSPM -Oficina de Servicios Públicos Municipales-. Se dirigió por el sendero hasta la puerta, entró en el edificio, dejó atrás el escritorio de recepción y llegó a su despacho.

Abrió primero la ventana, y luego se quitó el abrigo y lo colgó en el ropero. El aire fresco de la mañana se filtró dentro del despacho. Inhaló profundamente, estiró los brazos un par de veces, y luego se dejó caer en la silla giratoria, que hizo rodar hasta quedar frente al escritorio. En la bandeja había dos notas. La primera resultó ser un chiste, una receta recortada de alguna columna dedicada al hogar en la que se describía el modo de preparar un pollo a la cazuela con mantequilla de cacahuete. Arrojó a la papelera la receta y cogió la segunda nota; con un gesto ceremonioso, la desplegó y la leyó.

El hombre de la casa intentó llamar a los números de Bridgeland, Sherman, Devonshire, Walnut y Kentfield.

No puedo creerlo, se dijo Black. Se metió la nota en el bolsillo, se levantó del escritorio y se dirigió al ropero en busca del abrigo; cerró la ventana, abandonó el despacho y caminó por el corredor dejando atrás el escritorio de la recepcionista; se dirigió por el sendero al aparcamiento donde estaba su coche. Un momento después había ido marcha atrás hasta la calle y se dirigía al centro comercial.

Bueno, no todo puede ser perfecto en la vida, se dijo mientras conducía en medio del tránsito de la mañana. Me pregunto qué significa. Me pregunto cómo puede haber ocurrido.

Algún extraño pudo haber pasado por la calle y pedido usar el teléfono. ¿Sí? ¡Qué risa!

Abandono, se dijo. Es una de esas cosas terribles que desafían todo análisis. No había nada que hacer, sino esperar y ver lo que ocurriría. Quién hizo la llamada, por qué y cómo.

-Qué lío -se dijo.

Frente a la entrada trasera del edificio de la *Gazette* aparcó y salió del coche, puso una moneda de diez centavos en el parquímetro y entró luego a las oficinas de la *Gazette* por la escalera trasera.

-¿Está por ahí el señor Lowery? -le preguntó a la chica tras el mostrador.

-No creo que esté, señor -dijo la chica. Se dirigió al cuadro de conmutadores-. Si quiere esperar, llamaré y veré si pueden localizarlo.

-Gracias -dijo él-. Dígale que soy Bill Black.

La chica probó en varios despachos y luego le dijo:

-Lo siento, señor Black. Dicen que no ha llegado todavía, pero que debería llegar pronto. ¿Quiere usted esperar?

-Está bien -dijo él, sintiéndose apenado. Se dejó caer en un banco, encendió un cigarrillo y permaneció sentado con las manos cruzadas.

Al cabo de cinco minutos sintió voces a lo largo del vestíbulo. Se abrió una puerta e hizo su aparición la figura alta, delgada, envuelta en un traje de tweed deformado, de Stuart Lowery.

-Oh, hola, Black -dijo con su tono razonable.

-Adivina lo que me esperaba en mi despacho -dijo Bill Black. Le dio a Lowery la nota. Lowery la leyó cuidadosamente.

-Estoy sorprendido.

-Sólo un accidente fenomenal -dijo Black-. Una probabilidad entre mil millones. Alguien imprimió una lista de buenos restaurantes y la metió dentro de su sombrero; luego se montó en uno de los camiones de abastecimiento y se fue en él, y mientras estaba descargando mercancía del camión, la lista cayó de su sombrero. -Se le ocurrió una idea-. Descargando coles, por ejemplo. Y cuando Vic Nielson empezó a llevar las coles al almacén, vio la lista y se dijo: Justo lo que necesitaba, una lista de buenos restaurantes. De modo que la recogió, se la llevó a casa y la pegó en la pared junto al teléfono.

Lowery sonrió con incertidumbre.

-Me pregunto si alguien anotó los números a los que llamó -dijo Black-. Eso podría ser importante.

-Me parece que uno de nosotros tendrá que ir a la casa -dijo Lowery-. No tenía intención de ir hasta el fin de semana. Tú podrías ir esta noche.

-¿Crees que algún traidor pueda haberse infiltrado entre nosotros?

-Una aproximación exitosa -dijo Lowery.

-Sí -dijo él.

-Veamos si podemos averiguarlo.

-Iré esta noche -dijo Black-. Después de la cena. Llevaré algo para mostrarles a Ragle y a Vic. Para entonces habré encontrado algo. -Antes de marcharse preguntó-: ¿Cómo llenó los formularios de ayer?

-Parecían estar bien.

-Está empezando a sentirse perturbado otra vez. Tiene todos los síntomas. Más latas de cerveza vacías en la galería, una bolsa entera. ¿Cómo puede beber cerveza y trabajar al mismo tiempo? Hace tres años que le veo hacerlo y no lo entiendo.

Impasible, Lowery dijo:

-Apuesto a que ése es el secreto. No está en Ragle; está en la cerveza.

Saludando con la cabeza, Black abandonó el edificio de la *Gazette*.

En la calle trasera del edificio de la OSPM, una idea le volvía una y otra vez. Había una sola posibilidad a la que no podía enfrentarse. Todo lo demás podía manejarse. Podían trazarse planes. Pero...

¿Y si Ragle estuviera recobrando la cordura?

Esa noche, después de abandonar el edificio de la OSPM, se detuvo frente a una droguería y buscó algo que comprar.

Por fin su atención recayó sobre una rejilla en la que se exhibían bolígrafos. Cogió varios y salió de la tienda con ellas.

-¡Eh, señor! -dijo el empleado con indignación.

-Lo siento -dijo Black-. Lo olvidaba. -Eso era verdad; por un momento se le había borrado de la mente el hecho de que tenía que ejecutar cada uno de los movimientos. Sacó algunos billetes de la cartera, aceptó el cambio y se dirigió luego de prisa al coche.

Su plan era aparecer en la casa con los bolígrafos y decirles a Vic y a Ragle que habían sido enviadas a la compañía de suministro de agua como muestras gratis, pero que a los empleados municipales les estaba prohibido aceptarlos. ¿Vosotros los queréis? Lo ensayaba solo mientras conducía de vuelta a casa.

El mejor método era siempre el más simple.

Aparcando en el sendero, subió de un salto los escalones de la galería y entró. Inclinada sobre el diván, Junie cosía el botón de una blusa; dejó de trabajar de inmediato y levantó la mirada furtivamente, con una tal vibración de culpa, que él se dio cuenta en seguida que había estado paseando con Ragle cogidos de la mano e intercambiando promesas.

-Hola -dijo él.

-Hola -dijo Junie-. ¿Cómo te ha ido hoy en el trabajo?

-Como siempre.

-Adivina lo que ha ocurrido hoy.

-¿Qué ha ocurrido hoy?

Junie dijo:

-Estaba en la lavandería recogiendo tu ropa y me encontré con Bernice Wilks, y empezamos a charlar de la escuela (ella y yo fuimos a la Secundaria Cortez juntas) y fuimos al centro comercial en su coche, almorzamos y más tarde entramos a ver un espectáculo. Y acabo de llegar. De modo que para la cena hay pastel de carne congelado. -Lo miró aprensiva.

-Me encantan los pasteles de carne -dijo él.

Ella se levantó del diván. Con la falda larga, sandalias y la blusa escotada con grandes botones de metal tenía un aspecto encantador. Se había recogido el pelo con estilo y lo había anudado en la nuca en un moño clásico.

-Eres una verdadera perla -dijo ella con alivio-. Creí que te enfadarías y empezarías a chillar.

-¿Cómo está Ragle?

-Hoy no he visto a Ragle.

-Bueno -dijo él, razonable-, ¿cómo estaba la última vez que lo viste?

-Estoy tratando de recordar cuándo fue la última vez que lo vi.

-Lo viste ayer -dijo él. Ella parpadeó.

-No -dijo.

-Eso es lo que dijiste anoche.

Experimentando dudas, ella dijo:

-¿Estás seguro?

Ésta era la parte que lo fastidiaba; no que se revolcara en el heno con Ragle, sino que se inventara historias chapuceras que nunca resultaban coherentes y sólo servían para crear más confusión. Especialmente dado que tenía verdadera necesidad de conocer el estado en que se encontraba Ragle.

La locura de vivir con una mujer escogida por su afabilidad... Podía contarse con que fuera de un sitio a otro e hiciera lo conveniente, pero cuando llegaba el momento de preguntarle qué había ocurrido, su innata tendencia a mentir para protegerse lo echaba todo a perder. Lo que se necesitaba era una mujer capaz de cometer una indiscreción y hablar luego de ella. Pero ahora era demasiado tarde para modificar la situación.

-Cuéntame del viejo Ragle Gumm -dijo.

-Sé que tienes malignas sospechas, pero son sólo proyecciones que reflejan tu propia psique retorcida. Freud demostró que la gente neurótica hace eso sin cesar.

-Sólo dime, ¿quieres?, cómo se siente estos días Ragle -dijo él-. No me interesan tus designios.

Eso tuvo su efecto.

-Mira -dijo Junie con aguda voz, tan alterada que llenó toda la casa-. ¿Qué quieres que te diga? Que tengo una aventura con Ragle, ¿no es así? He estado aquí todo el día pensando. ¿Sabes en qué?

-No -dijo él.

-Quizá te deje, Bill. Puede que Ragle y yo vayamos a algún sitio juntos.

-¿Sólo vosotros dos? ¿O con el hombrecito verde?

-Supongo que de ese modo pretendes difamar la capacidad de ganar dinero que pueda tener Ragle. Quieres insinuar que no es capaz de mantenerse él y mantenerme a mí, además.

-Al diablo con ello -dijo Bill Black, y se fue a la otra habitación para estar solo.

Instantáneamente Junie se materializó delante de él.

-Tú me desprecias porque no tengo tu formación intelectual -dijo. Su cara, manchada de lágrimas, pareció deformarse e hincharse. Su aspecto no era ahora tan encantador.

Antes de que él pudiera formular una respuesta, sonó el timbre de la puerta.

-Han llamado -dijo él.

Junie lo miró fijamente y luego se volvió y abandonó la habitación. La oyó abrir la puerta de entrada y luego su voz, aguda y sólo parcialmente bajo control, y la voz de otra mujer.

La curiosidad lo hizo ir tras ella.

En la galería estaba una mujer madura, corpulenta, de aspecto tímido, con un abrigo de paño. La mujer llevaba un cuaderno de cuero y, en el brazo, una banda con una insignia. La mujer le hablaba con tono monótono a Junie y, al mismo tiempo, buscaba algo en el cuaderno.

Junie volvió la cabeza.

-Defensa Civil -dijo.

Al ver que estaba demasiado alterada para hablar, Black avanzó hasta la puerta y ocupó su lugar.

-¿Qué es esto? -preguntó.

La expresión de timidez en la cara de la mujer madura aumentó; se aclaró la garganta y en voz baja dijo:

-Lamento molestarlos a la hora de la cena, pero soy vecina de ustedes, vivo en el extremo de la calle, y estoy haciendo una campaña de puerta en puerta en pro de la DC, Defensa Civil. Tenemos verdadera necesidad de voluntarios diurnos, y nos preguntábamos si habría alguien en su casa durante el día que pudiera ofrecerse como voluntario una hora o algo así por semana.

Black dijo:

-No lo creo. Mi esposa está en casa, pero tiene otros compromisos.

-Entiendo -dijo la mujer madura. Apuntó algo en un papel y luego le sonrió humilde. Evidentemente aceptaba un no como respuesta de entrada-. Gracias, de todos modos -dijo. Demorándose, evidentemente sin saber cómo hacer su retirada, dijo-: Mi nombre es señora Keitelbein, Kay Keitelbein. Vivo en la casa de la esquina. La casa vieja de dos plantas.

-Sí -dijo él cerrando ligeramente la puerta. Volviendo, esta vez con un pañuelo apretado junto a la mejilla, Junie dijo con voz vacilante:

-Quizá la gente de la casa de al lado se preste como voluntaria. Él está en casa durante el día. El señor Gumm. Ragle Gumm.

-Gracias, señora... -dijo la mujer con gratitud.

-Black -dijo Bill Black-. Buenas noches, señora Keitelbein. -Cerró la puerta y encendió la luz de la galería.

-Todo el día -dijo Junie-. Vendedores de telas de forro, vendedores de cepillos, métodos para adelgazar. -Lo miró quejumbrosa, dando ora una forma al pañuelo, ora otra.

-Lamento que nos hayamos peleado -dijo él. Pero todavía no había obtenido de ella ningún dato. Las idas y venidas de las intrigas que tenían lugar durante el día en las zonas residenciales... las mujeres eran peores que los políticos.

-Iré a ver los pasteles de carne -dijo Junie. Se dirigió a la cocina.

Con las manos en los bolsillos, él fue tras ella, todavía decidido a obtener la información que pudiera.

Desviándose de la acera hacia el sendero de la casa de al lado, Kay Keitelbein se dirigió a la galería y tocó el timbre.

La puerta se abrió y un hombre regordete de pacífico aspecto, con camisa blanca y pantalones oscuros sin planchar, la saludó.

-¿Es... usted el señor Gumm? -dijo ella.

-No -dijo él-. Soy Victor Nielson. Pero Ragle está aquí. Pase. -Sostuvo la puerta abierta para que pasara y ella entró en la casa-. Siéntese, si quiere -dijo-. Iré a buscarlo.

-Muchas gracias, señor Nielson -dijo ella.

Se sentó cerca de la puerta, en una silla de respaldo recto, con el cuaderno y los escritos en la falda. La casa, cálida, acogedora y agradable, olía a cena. No es un momento oportuno para venir de visita, se dijo. Es casi la hora de cenar. Pero desde donde se hallaba podía ver la mesa en el comedor. Todavía no se habían sentado a ella. Una mujer atractiva de cabellos castaños estaba poniendo la mesa. La mujer le dirigió una mirada inquisitiva. La señora Keitelbein la saludó con la cabeza.

Y después Ragle Gumm vino por el vestíbulo a su encuentro.

Una campaña de caridad, decidió tan pronto como la vio.

-¿Sí? -dijo insensibilizándose.

La descolorida mujer de cara grave se levantó de la silla.

-Señor Gumm -dijo-, siento molestarlo, pero estoy aquí por la DC, la Defensa Civil.

-Ya veo -dijo él.

Explicó que vivía en el extremo de la calle. Mientras la escuchaba, se preguntó por qué lo habría elegido a él y no a Vic. Probablemente por su fama. Había recibido varias propuestas por correo, propuestas para que contribuyera con sus ganancias a causas que lo sobrevivirían.

-Estoy en casa durante el día -admitió cuando ella hubo terminado-. Pero trabajo en ella. Soy mi propio patrón.

-Sólo una o dos horas a la semana -dijo la señora Keitelbein.

Eso no parecía mucho.

-¿Haciendo qué? -preguntó él-. No tengo coche, si está pensando en conductores. -Una vez la Cruz Roja se había presentado pidiendo conductores voluntarios.

La señora Keitelbein dijo:

-No, señor Gumm, se trata de dar clases de instrucción para casos de desastre.

Eso le pareció adecuado.

-Qué buena idea -dijo.

-¿Usted perdone?

-Instrucción para casos de desastre. Suena muy bien. ¿Alguna clase de desastre especial?

-La DC actúa siempre que se produce un desastre, desde inundaciones a tempestades. Por supuesto, lo que a todos nos preocupa mucho es la bomba de hidrógeno, especialmente ahora que la Unión Soviética tiene esos nuevos misiles balísticos intercontinentales. Lo que queremos es entrenar a los individuos de todas las zonas de la ciudad para que sepan qué hacer cuando se produzca el desastre. Suministrar primeros auxilios, apresurar la evacuación, saber qué clase de comida estará probablemente contaminada y qué comida no. Por ejemplo, señor Gumm, cada familia debería tener una reserva de alimentos para siete días, incluyendo agua potable también para siete días.

Todavía dubitativo, él dijo:

-Bien, déme su número de teléfono; quiero pensarlo.

Con su lápiz, la señora Keitelbein escribió su nombre, su teléfono y su dirección en la parte inferior de un panfleto.

-La señora Black, que vive al lado, sugirió su nombre -dijo.

-Oh -dijo. E instantáneamente se le ocurrió que Junie la consideraba una ocasión para poder encontrarse-. Varias personas de este barrio asistirán a esas clases, supongo.

-Sí -dijo la señora Keitelbein-. Al menos, esperamos que lo hagan.

-Apúnteme -dijo él-. Estoy seguro de que podré disponer de una o dos horas a la semana para dar la clase.

Dándole las gracias, la señora Keitelbein se despidió. La puerta se cerró tras ella.

Bien por Junie, se dijo.

Y ahora, la cena.

-¿Quieres decir que te has comprometido? -preguntó Margo cuando se sentaron a la mesa.

-¿Por qué no? -dijo él-. Mero sentido común y patriotismo.

-Pero ya estás metido hasta el cuello en tu concurso.

-Un par de horas a la semana no van a agravar nada.

-Me haces sentir culpable -suspiró Margo-. Yo no tengo nada que hacer en todo el día y tú sí. Tendría que ir. Quizá lo haga.

-No -dijo él, no la quería consigo. No si la cosa habría de funcionar como medio para ver a Junie-. Tú no estás invitada. Sólo yo.

-Eso parece injusto -dijo Vic-. ¿No pueden las mujeres ser también patriotas?

Sammy tomó la palabra:

-Yo soy un patriota. En la casa del club tenemos el mejor cañón atómico de los Estados Unidos y está apuntado hacia Moscú. -Hizo ruidos explosivos con la boca.

-¿Cómo va el detector de cristal? -preguntó Ragle.

-Bien -dijo Sammy-. Está terminado.

-¿Qué has captado?

-Hasta ahora nada -dijo Sammy-, pero estoy a punto de hacerlo.

Librodot

-Avísanos cuando lo hagas -dijo Vic.

-Sólo tengo que acabar unos pocos detalles -dijo Sammy.

Después de que Margo hubo retirado los platos de la cena y traído el postre, Vic le preguntó a Ragle:

-¿Has hecho algún progreso hoy?

-Lo acabé a las seis -respondió él-. Como siempre.

-Me refiero al otro asunto -dijo Vic.

En realidad, había hecho muy poco. El trabajo del concurso se lo había impedido.

-Comencé a hacer una lista de los diversos hechos aparecidos en las revistas -dijo-. Los agrupé en diferentes categorías. Hasta que no lo detalle y lo clasifique, no hay mucho que pueda decir. -Había establecido doce categorías: política, economía, cine, arte, sucesos, modas, ciencia, etcétera-. Tuve que buscar los diferentes vendedores de coches en la sección blanca, bajo los nombres de sus marcas. Chevrolet, Plymouth, DeSoto. Figuran todas excepto una.

-¿Cuál? -preguntó Vic.

-Tucker.

-Es extraño -dijo Vic.

-Quizás el vendedor tiene algún título personal -dijo Ragle-. Como «Norman G. Selkirk, Vendedor de Tucker», por ejemplo. Pero de cualquier modo te lo digo sólo a título de curiosidad. Margo preguntó:

-¿Por qué usas el apellido «Selkirk»?

-No lo sé -dijo él-. Lo he elegido al azar.

-No existe el azar -dijo Margo-. Freud ha demostrado que hay siempre una razón psicológica. Piensa en el nombre «Selkirk». ¿Qué te sugiere?

Ragle lo pensó.

-Quizá vi el nombre cuando examiné la guía telefónica.

Estas malditas asociaciones, pensó. Como en las pistas de los acertijos. Por mucho que lo intente uno, nunca se tiene control de ellas. Seguían gobernándolo.

-Lo tengo -dijo finalmente-. El hombre en el que se basó el libro *Robinson Crusoe*. Alexander Selkirk.

-No sabía que estuviera basado en nada -dijo Vic.

-Sí -dijo él-. Hubo un verdadero náufrago.

-Me pregunto cómo habrás pensado en eso -dijo Margo-. Un hombre que vive solo en una isla pequeña, que crea a su alrededor su propia sociedad, su propio mundo. Todos sus utensilios, sus ropas...

-Porque -dijo Ragle- yo mismo pasé un par de años en una isla así durante la segunda guerra mundial.

-¿Tienes alguna teoría sobre el asunto? -preguntó Vic.

-¿Sobre qué es lo que no anda bien? -Ragle señaló con la cabeza a Sammy, que estaba escuchando.

-Está bien -dijo Vic-. Ha venido siguiendo todo el asunto. ¿No es así, chaval?

-Sí -dijo Sammy.

Con un guiño a Ragle, Vic dijo a su hijo:

-Dinos qué es lo que no anda bien, entonces.

Sammy dijo:

-Están tratando de engañarnos.

-Me lo oyó decir a mí -dijo Margo.

-¿Quién trata de engañarnos? -preguntó Vic.

-El... enemigo -dijo Sammy después de titubear.

-¿Qué enemigo? -preguntó Ragle. Sammy se quedó pensando y finalmente dijo:

-El enemigo que nos rodea por todas partes. No sé sus nombres. Pero están por todas partes. Creo que son los Rojos.

Ragle le dijo al muchacho:

-¿De qué modo tratan de engañarnos?

Con toda confianza Sammy dijo:

-Nos tienen apuntados con sus rifles de engaño en el mismo centro.

Todos se echaron a reír. Sammy enrojeció y se puso a jugar con el plato del postre vacío.

-¿Sus rifles de engaño atómicos? -preguntó Vic.

-Bueno, he olvidado si son atómicos o no -murmuró Sammy.

-Nos ha tomado la delantera -dijo Ragle.

Después de la cena, Sammy se fue a su habitación. Margo fregó los platos en la cocina, y los dos hombres se quedaron en el salón. Casi en seguida sonó el timbre.

-Quizás es otra vez tu colega, la señora Keitelbein -dijo Vic dirigiéndose a la puerta. En la galería estaba Bill Black.

-Hola -dijo entrando en la casa-. Tengo algo para vosotros, compañeros. -Arrojó a Ragle un par de objetos que éste atrapó en el aire. Bolígrafos, y de buena calidad a juzgar por su aspecto-. Tengo un par para ti también -le dijo Black a Vic-. Una empresa del norte nos los envió por correo, pero nos está prohibido guardarlos. Va contra las normas municipales en relación con los obsequios. Hay que comerlos, fumarlos o beberlos el día que se reciben, de lo contrario no podemos aceptarlos.

-Pero está bien regalárnoslos -dijo Vic examinando los bolígrafos-. Bueno, gracias, Black. Puedo utilizarlos en la tienda.

Me pregunto si deberíamos decirle algo a Black, pensó Ragle. Se las compuso para cruzar la mirada con la de su cuñado. Pareció advertir allí una señal de asentimiento, de modo que dijo:

-¿Tienes un minuto?

-Supongo que sí -dijo Black.

-Queremos enseñarte algo -dijo Vic.

-Claro -dijo Black-. Veámoslo.

Vic iba ya en busca de las revistas, pero Ragle repentinamente dijo:

-Espera un minuto. -Le preguntó a Black-: ¿Has oído hablar de alguien llamada Marilyn Monroe?

Al oír eso, la cara de Black adquirió una extraña expresión de disimulo.

-¿Qué es esto? -preguntó arrastrando las palabras.

-¿Has oído hablar de ella o no?

-Claro que he oído hablar de ella -dijo él.

-Está mintiendo -dijo Vic-. Cree que es una broma y no quiere morder el anzuelo.

-Danos una respuesta sincera -dijo Ragle-. No se trata de ninguna broma.

-Por supuesto que he oído hablar de ella -dijo Black.

-¿Quién es?

-Es... -Black echó una mirada al otro cuarto para ver si Margo o Sammy podían oírlo-. Es una actriz de Hollywood.

Que me condenen, pensó Ragle.

-Quédate aquí -dijo Vic. Se fue y volvió con la revista ilustrada. Sosteniéndola de modo que Black no pudiera verla, preguntó-: ¿Cuál es considerada su mejor película?

-Ésa es una cuestión de opiniones -dijo Black.

-Nombra una, entonces.

Black dijo:

-*La Fierecilla Domada*.

Los dos, Ragle y Vic, examinaron el artículo, pero no se mencionaba en él que hubiera hecho la comedia de Shakespeare.

-Nombra otra -dijo Vic-. Ésa no figura en la lista.

Black hizo un gesto de irritación.

-¿Qué es esto? Yo no voy mucho al cine.

-De acuerdo con este artículo, está casada con un importante dramaturgo. ¿Cómo se llama? -dijo Ragle. Sin vacilar, Black contestó:

-Arthur Miller.

Bueno, decidió Ragle, ya es bastante.

-¿Por qué entonces nosotros no hemos oído hablar nunca de ella? -le preguntó a Black.

Resoplando por la nariz con mofa, Black dijo:

-No me culpéis a mí.

-¿Hace mucho que es famosa?

-No. No particularmente. Recordáis a Jane Russell. Esa enorme publicidad sobre *El Proscrito.*

-No -dijo Vic. Ragle también negó con la cabeza.

-De cualquier modo -dijo Black evidentemente perturbado, pero intentando ocultarlo-, tienen la maquinaria en marcha. Fabrican estrellas de la noche a la mañana. -Dejó de hablar y se acercó para ver la revista-. ¿Qué es esto? -preguntó-. ¿Puedo echarle una mirada o es algo secreto?

-Deja que la vea -dijo Ragle.

Después de haber examinado la revista, Black dijo:

-Bueno, hace unos años. Quizá ya se haya perdido de vista. Pero cuando Junie y yo salíamos juntos, antes de casarnos, recuerdo haber visto *Los caballeros las prefieren rubias,* la película que el artículo menciona.

En dirección a la cocina, Vic gritó:

-Eh, querida... Bill Black ha oído hablar de ella.

Margo apareció secando un plato azul.

-¿Sí? Bueno, supongo que eso lo aclara todo.

-¿Aclara qué? -preguntó Black.

-Teníamos una teoría sobre la que estábamos experimentando -dijo Margo.

-¿Qué teoría?

-Los tres teníamos la impresión de que algo no anda bien -dijo Ragle.

-¿Qué cosa? -dijo Black-. No comprendo lo que queréis decir.

Ninguno de ellos dijo nada.

-¿Qué más tenéis que mostrarme? -preguntó Black.

-Nada -dijo Ragle.

-Encontraron una guía telefónica -dijo Margo-. Junto con las revistas. Parte de una guía telefónica.

-¿Dónde encontrasteis todas estas cosas?

-¿A ti qué diablos te importa? -dijo Ragle.

-No me importa -dijo Black-. Es que pienso que habéis perdido el juicio. -Parecía cada vez más enfadado-. Echemos una mirada a esa guía telefónica.

Vic buscó la guía y se la dio. Black se sentó y la hojeó con la misma expresión frenética en la cara.

-¿Qué pasa con esto? -dijo-. Es de la región del norte. Estos números ya no se utilizan. -Cerró la guía de un golpe y la arrojó sobre la mesa; empezó a deslizarse al suelo, y Vic la abrió en el aire-. Me sorprendéis los tres -dijo Black-. Especialmente tú. Margo. -Estirando la mano, cogió la guía telefónica y se la arrebató a Vic; se puso de pie y empezó a avanzar en dirección de la puerta de entrada. -Os devolveré esto dentro de un día o dos. Quiero examinarlo para ver si puedo rastrear el nombre de algunos chicos con los que Junie fue a la Secundaria Cortez. Hay toda una bandada de ellos que no puede encontrar; probablemente ya se habrán casado; chicas en su mayoría. -La puerta de entrada se cerró tras él; se había marchado.

-Se ha alterado mucho -dijo Margo al cabo de un momento.

-Es difícil saber cómo interpretarlo -dijo Vic.

Ragle se preguntó si debería ir tras Bill Black y recuperar la guía telefónica. Pero aparentemente no servía de nada, de modo que no fue.

Ciego de ira, Bill Black abrió de un tirón la puerta de su casa, pasó corriendo junto a su esposa y cogió el teléfono.

-¿Qué ocurre? -preguntó Junie-. ¿Te has peleado con ellos? ¿Con Ragle? -Se le acercó mientras él marcaba el número de Lowery-. Dime lo que ha ocurrido. ¿Has aclarado algo con Ragle? Quiero saber lo que él ha dicho. Si dice que ha habido algo entre nosotros, es un mentiroso.

-Vete -le dijo él-. Por favor, Junie. Por amor de Dios. Éste es un asunto serio. -Se quedó mirándola colérico, hasta que ella se dio por vencida y se marchó.

-Hola. -En su oído sonó la voz de Lowery. Black se puso en cuclillas sosteniendo el auricular cerca de la boca para que Junie no pudiera oír.

-Estuve allí -dijo-. Tienen una guía telefónica, una actual o casi actual. La tengo yo ahora. Me las compuse para quitársela; todavía no sé cómo.

-¿Averiguaste dónde la consiguieron?

-No -admitió-. Me enfadé y me fui. Realmente fue demasiado cuando entré allí y me preguntaron «Eh, Black, ¿has oído hablar de una mujer llamada Marilyn Monroe?», para después ir en busca de un par de revistas viejas deterioradas por el tiempo y darme con ellas en la cara. Fueron unos minutos miserables. -Estaba todavía temblando y sudoroso; sosteniendo el teléfono con el hombro, logró sacar del bolsillo los cigarrillos y el encendedor. El encendedor se le fue de las manos y rodó fuera de su alcance; lo siguió con la mirada resignadamente.

-Entiendo -dijo Lowery-. No tienen a Marilyn Monroe. No encajaba.

-No -dijo él.

-Dices que las revistas y la guía telefónica estaban deterioradas por el tiempo.

-Sí -dijo él-. Mucho.

-Entonces deben de haberlas encontrado en un garaje o al aire libre. Creo que probablemente en ese viejo arsenal bombardeado que tenía el condado. Los escombros están todavía allí. Vosotros nunca los eliminasteis.

-¡No podemos! -dijo Black-. Es propiedad del condado; les corresponde a ellos. Y, de cualquier modo, allí no hay nada. Sólo bloques de cemento y el sistema de desagüe que se llevó los desperdicios R-A.

-Es mejor que consigas un camión municipal y algunos hombres para que pavimenten esos terrenos. Levantad una cerca.

-Hemos estado intentando obtener un permiso del condado -dijo-. De cualquier modo no creo que hayan encontrado el material allí. Si lo hicieron, y digo si, es porque alguien echó sal en el terreno.

-Lo enriqueció, quieres decir -dijo Lowery.

-Sí, con unas pocas pepitas.

-Quizá.

-De modo que si pavimentamos esos terrenos, quienes fueren que hayan sido, volverán a enriquecer el suelo más cerca de casa. ¿Y por qué Vic o Margo o Ragle iban a estar hurgando en esos terrenos? Están a media milla y... -En ese instante, recordó la petición de Margo. Eso posiblemente lo explicaba-. Quizá tengas razón -dijo-. Olvídalo. -O Sammy, el niño. Bueno, no importaba. Había recuperado la guía telefónica.

-No crees que hayan buscado nada en ella mientras la tuvieron, ¿no es cierto? -dijo Lowery-. Además de los números a los que intentaron llamar.

Black comprendió a qué se refería.

-Nadie se busca a sí mismo -dijo-. Eso es algo que uno jamás busca, el propio número.

-¿Tienes la guía ahí?

-Sí.

Librodot

-Lee lo que habría encontrado.

Manteniendo el teléfono en equilibrio, Bill Black volvió las gastadas páginas dañadas por el agua de la guía hasta que encontró la R. Allí estaba.

Ragle Gumm Inc. Rama 25	Kentwood	6 0457
De 5 de la tarde a 8 de la noche	Walnut	4 3965
Departamento de envíos	Roosevelt	2 1181
Primera Planta	Bridgefield	8 4290
Segunda Planta	Bridgefield	8 4291
Tercera Planta	Bridgefield	8 4292
Departamento de recepción	Walnut	4 3882
Emergencias	Sherman	1 9000

-Me pregunto qué habría ocurrido si lo hubiera encontrado -dijo Black.

-Sólo Dios lo sabe. Lo más probable es que entrara en un coma catatónico.

Black trató de imaginar la conversación si Ragle hubiera encontrado el número y hubiera llamado... a cualquiera de los números que figuraban bajo Ragle Gumm Inc. Rama 25. Qué fantástica conversación habría sido. Casi imposible de imaginar.

Seis

Al día siguiente, después de llegar a casa desde la escuela, Sammy Nielson llevó su detector de cristal que todavía no funcionaba bien, por el patio trasero, a la casa del club cerrada con llave.

Sobre la puerta de la casa del club había un cartel que su papá le había conseguido en la tienda. El hombre que pintaba los letreros se lo había hecho.

> *No se admiten nazis, comunistas, falangistas, peronistas, seguidores de hlinka y/o bela kun.*

Tanto su padre como su tío insistieron en que era el mejor cartel para él, de modo que lo clavó.

Con la llave abrió el candado que cerraba la puerta y llevó el cristal dentro. Después de haber entrado, echó el cerrojo tras de sí y, con una cerilla, encendió la lámpara de petróleo. Luego quitó los tapones de las mirillas que había en las paredes y observó un tiempo si alguno de los enemigos estaba por ahí merodeando.

No se veía a nadie. Sólo el patio trasero vacío. La ropa tendida en la cuerda en la casa de al lado. Triste humo gris de un incinerador.

Se sentó a la mesa, se puso los auriculares en la cabeza y empezó a tocar con la punta detectora el cristal. Cada vez, oyó ruidos parásitos. Una y otra vez lo tocó, y por fin oyó -o creyó oír- débiles vocecitas enronquecidas. De modo que dejó la punta detectora donde estaba, y empezó a recorrer lentamente el botón por la línea de sintonía. Una voz se separó de las demás, la voz de un hombre; pero demasiado débil como para que se pudieran entender las palabras.

Quizá necesito más antena, pensó.

Más alambre.

Dejando la casa del club -cerrada con llave-, recorrió el patio en busca de alambre. Metió la cabeza dentro del garaje. En el otro extremo estaba el banco de trabajo. Empezó por un extremo del banco, y cuando llegó al otro, había encontrado un gran rollo de alambre sin aislar que parecía de acero; probablemente era para colgar cuadros o una cuerda para ropa si su papá se hubiera resuelto alguna vez a colocarla.

No se opondrán a que lo coja, decidió.

Llevó el alambre para cuadros a la casa del club, trepó al techo y ató el alambre a la antena del detector de cristal. Con los dos alambres hizo una gran antena que se arrastraba varios metros.

Quizá debería estar levantada, pensó.

Encontró una pesada vara y ató a ella el extremo libre de la antena y subió luego la vara al techo de la casa. La antena colgaba. Así no servirá, pensó. Debería estar erguida.

Volviendo a la casa, subió las escaleras al primer piso. Una ventana daba sobre la parte plana del tejado; la abrió y en un instante estaba sobre el tejado.

Desde la planta baja, su madre gritó:

-Sammy, ¿no estarás subiéndote al tejado?

-No -gritó él a su vez. *Estoy* subido al tejado, se dijo haciendo mentalmente una fina distinción. La vara con la antena que colgaba de ella estaba sobre la parte inclinada del techo, pero yaciendo boca abajo y estirándose lentamente, pudo cogerla. ¿Dónde atarla?

El único sitio era la antena del televisor.

Ató el extremo de su antena a la barra de metal del mástil del televisor, y eso fue todo. Rápidamente se arrastró de nuevo al interior de la casa.

Pronto estuvo sentado a la mesa frente al detector de cristal, y recorrió con el botón la línea de sintonía.

Esta vez en los auriculares la voz del hombre podía escucharse claramente. Y un sinnúmero de otras voces parloteaban también; sus manos temblaban de excitación cuando intentó sintonizarlas por separado. De todas ellas eligió la que se oía más fuerte.

Se estaba desarrollando una cierta conversación. La había sorprendido a la mitad.

-...esos largos que parecen una barra de pan. Prácticamente se rompe uno los dientes al morderlos. No sé para qué sirven. Para las bodas, quizá, donde hay un montón de gente que no se conoce y se quiere hacer durar los comestibles...

El hombre hablaba tranquilamente, separando bien las palabras entre sí.

-...no la dureza, sino el anís. Está en todo, aun en los de chocolate. Hay una clase, blanca, con nuez adentro. Siempre me recuerdan esos cráneos blanqueados que se encuentran en el desierto... cráneos de serpiente de cascabel, de liebres, de pequeños mamíferos. Qué cuadro, ¿eh? Clavar los dientes en el cráneo de una serpiente de cascabel de cincuenta años... -El hombre rió, aún tranquilamente, casi un concreto ja-ja-ja-ja-. Bueno, eso es aproximadamente todo, León. Oh, otra cosa. ¿Sabes, eso que dijo tu hermano Jim acerca de las hormigas que andan más deprisa los días de calor? Lo he buscado y no he podido encontrar nada al respecto. Pregúntale si está seguro, porque he ido a mirar las hormigas por un par de horas desde la última vez que hablé contigo, y cuando hacía bastante calor parecían andar más o menos a la misma velocidad.

No lo pesco, pensó Sammy.

Sintonizó con el botón otra voz. Ésta hablaba animosamente.

-...CQ llamando a CQ; aquí, W384O-Y llamando a CQ; llamando a CQ; aquí, W384O-Y que pregunta ¿hay un CQ? ¿hay algún CQ? W384O-Y en busca de un CQ; CQ; ¿hay un CQ? Aquí W384O-Y llamando a CQ; CQ... -Y así seguía y seguía. De modo que siguió sintonizando.

La siguiente voz era tan monótona y lenta, que la abandonó casi inmediatamente.

-...no... otra vez... ¿Qué...?... a la... no, no lo creo...

Esto es un asco, pensó desilusionado. Pero de cualquier modo había logrado que funcionara.

Siguió intentándolo.

Chirridos y siseos lo hicieron parpadear. Luego un frenético ruido de pic-pic. El código, lo sabía. El código Morse. Probablemente de un barco que se hundía en el Atlántico mientras la tripulación trataba de remar a través de petróleo ardiente.

Lo que siguió fue mejor.

Librodot

-...a las 3.36 exactamente. Trataré de localizarlo por ti. -Un largo silencio-. Sí, trataré de localizarlo desde aquí. Tú limítate a quedarte sentado. -Silencio-. Sí, tú quédate sentado. ¿Me has entendido? -Silencio-. Muy bien, espéralo. ¿Cómo? -Un muy, muy largo silencio-. No, más probablemente a las 2.8. 2.8. ¿Lo has entendido? Al nordeste. Bien, bien. Perfecto.

Consultó su reloj Ratón Mickey. Eran casi las 3.36; su reloj no marchaba muy bien, de modo que no podía estar seguro.

Justo en ese momento, en el cielo sobre la casa del club, un remoto retumbo lo hizo estremecer. Al mismo tiempo la voz en sus auriculares dijo:

-¿Lo has comprendido? Sí, veo que cambia de dirección. Muy bien, eso es todo por esta tarde. Ya está lleno ahora. Sí. Muy bien. Afuera.

La voz cesó.

Perro caliente, se dijo Sammy. Espera que papá y tío Ragle oigan esto.

Quitándose los auriculares, salió corriendo de la casa del club, atravesó el patio y entró en la casa.

-¡Mamá! -gritó-. ¿Dónde está el tío Ragle? ¿Está trabajando en la sala?

Su madre estaba en la cocina frotando la mesa.

-Ragle ha ido al correo a enviar el formulario -dijo-. Hoy ha terminado temprano.

-¡Qué asco! -gritó Sammy desilusionado.

-Está bien, jovencito -dijo su madre.

-Oh -musitó-. He captado una nave cohete o algo por el estilo con mi detector de cristal; quería que lo escuchara. -Giró en un círculo sin saber qué hacer.

-¿Quieres que yo lo escuche? -dijo su madre.

-Bueno -dijo él a regañadientes. Salió de la casa y su madre lo siguió.

-Sólo puedo dos minutos -dijo ella-. Y luego volveré a casa; tengo mucho que hacer antes de la cena.

A las cuatro Ragle Gumm envió el paquete certificado de formularios por el correo central. Dos horas antes del fin del plazo, se dijo. Eso demuestra lo que soy capaz de hacer cuando es preciso.

Cogió un coche de alquiler de regreso a la manzana en que vivía; pero no bajó enfrente de su casa; bajó en la esquina, junto a la casa de dos plantas más bien vieja, pintada de gris, con una galería torcida.

No hay posibilidad de que Margo nos sorprenda, pensó. Todo lo que puede hacer es controlar la casa de al lado.

Subiendo el empinado tramo de peldaños, llamó a uno de los tres timbres de latón. Sonó a lo lejos, más allá de las cortinas de encaje de la puerta, del largo corredor de alto cielo raso.

Se aproximó una silueta. La puerta se abrió.

-Oh, señor Gumm -dijo la señora Keitelbein-. Olvidé decirle qué días se daban las clases.

-Es cierto -dijo él-. Pasaba por aquí y pensé subir la escalera y preguntárselo.

La señora Keitelbein dijo:

-La clase se da dos veces a la semana. A las dos los martes y a las tres los jueves. Es fácil de recordar.

Él preguntó con cautela:

-¿Ha tenido suerte hoy con las invitaciones a participar?

-No demasiada -dijo con una sonrisa torcida. Hoy no parecía tan cansada; llevaba una bata azul grisácea, tacones bajos; carecía de la fragilidad, del aura de la mujer que envejece sola cuidando de un gato histérico y leyendo novelas policiales. Hoy le recordaba las activas feligresas que atienden bazares de caridad. El tamaño de la casa, el número de timbres y buzones sugerían que conseguía cuando menos parte de sus ingresos como casera. Según parecía, había dividido su vieja casa en apartamentos separados.

-Entre paréntesis -dijo él-, ¿recuerda si alguien que yo pueda conocer se ha comprometido a venir? Me daría confianza conocer a alguien de la clase.

-Tendría que consultar mi cuaderno -dijo ella-. ¿Quiere usted pasar mientras lo busco?

-Claro -dijo él.

La señora Keitelbein fue por el corredor hasta la habitación del fondo. Cuando vio que no reaparecía, él la siguió.

El tamaño de la habitación lo sorprendió; era un amplio sitio vacío expuesto a corrientes de aire semejante a un auditorio, con un hogar que había sido convertido en una estufa de gas, una gran araña colgada del techo, sillas agrupadas en un extremo, una serie de puertas pintadas de amarillo a un lado y anchas ventanas altas al otro. Junto a una estantería, la señora Keitelbein sostenía un gran libro de la clase que usan los tenedores de libros.

-No lo encuentro -dijo de manera apaciguadora-. Lo tenía apuntado, pero con toda esta confusión... -Con un ademán señaló la desordenada habitación-. Estamos tratando de prepararla para la primera reunión. Las sillas, por ejemplo. No tenemos bastantes. Y necesitamos una pizarra... pero la escuela primaria nos ha prometido una. -De pronto, lo cogió por un brazo-. Escuche, señor Gumm -dijo-. Hay un pesado escritorio de roble que quiero subir del sótano. He estado intentando todo el día encontrar a alguien que venga a ayudar a Walter, mi hijo, a subirlo. Walter cree que dos hombres pueden hacerlo en unos pocos minutos. Intenté levantar un extremo, pero no pude.

-Lo haré con mucho gusto -dijo él. Se quitó la chaqueta y la colocó sobre el respaldo de una silla.

Un adolescente larguirucho y sonriente entró andando meciéndose a uno y otro lado; llevaba un jersey como los de los que alientan a los partidarios de un equipo de fútbol, vaqueros y mocasines de un negro brillante.

-Hola -dijo con timidez.

Después de presentarlos, la señora Keitelbein los condujo abajo por una escalera descorazonadoramente empinada a un sótano de cemento húmedo, cables desnudos, cuencos de fruta vacíos cubiertos de telarañas, muebles y colchones desechados y una anticuada bañera.

El escritorio de roble había sido arrastrado casi hasta el pie de las escaleras.

-Es un magnífico escritorio de roble -dijo la señora Keitelbein yendo de manera crítica de un lado a otro-. Quiero sentarme frente a él cuando no esté junto a la pizarra. Éste fue el escritorio de mi padre... el abuelo de Walter.

Walter dijo con ronca voz de tenor:

-Pesa unos cuarenta kilos. Distribuidos bastante regularmente, salvo que la parte posterior es más pesada, creo. Probablemente podemos inclinarlo para que pueda pasar la parte superior. Podemos meter bien las manos por debajo; yo lo cogeré primero de espaldas a él, y luego, cuando haya levantado mi extremo, usted puede meter las manos por debajo. ¿De acuerdo? -Él ya se había arrodillado junto a su extremo, llevando las manos hacia atrás para cogerlo-. Luego, cuando lo haya alzado, lo agarraré fuerte.

Desde los años pasados en activa vida militar, Ragle se enorgullecía de su agilidad física. Pero cuando hubo levantado su extremo del escritorio a la altura de la cintura, tenía la cara roja y jadeaba. El escritorio se meció cuando Walter lo aferró con fuerza. Inmediatamente Walter se dirigió a las escaleras; el escritorio se torció en las manos de Ragle cuando Walter empezó a subir.

Tres veces tuvieron que depositar el escritorio en las escaleras, una para que Ragle descansara, y dos porque la parte superior no pasaba y tuvieron que cogerlo de modo diferente. Por fin lo tuvieron arriba y lo entraron en la amplia habitación con corriente de aire; con un ruido seco, el escritorio bajó desde sus dedos rígidos, y eso fue todo.

-Le agradezco mucho su amabilidad -dijo la señora Keitelbein emergiendo del sótano y apagando la luz de las escaleras-. Espero que no se haya hecho daño ni nada de eso. Es más pesado de lo que pensé.

Su hijo lo miraba con la misma timidez de antes.

-¿Usted es el señor Gumm, el ganador del concurso? -preguntó.

-Sí -dijo Ragle. La bondadosa cara del muchacho se nubló de embarazo.

-Quizá no debería preguntarle esto, pero siempre quise preguntar a alguien que ganara un montón de dinero en un concurso... ¿cree que es cuestión de suerte o de ganar unos honorarios altos como los que cobra un abogado con recursos que ningún otro abogado tiene? ¿O como algunos viejos pintores cuyos cuadros valen millones?

-Hay que trabajar mucho -dijo Ragle-. Así es como yo lo veo. Le dedico de ocho a diez horas al día.

El muchacho asintió con la cabeza.

-Oh, sí. Entiendo lo que quiere decir.

-¿Cómo empezó? -le preguntó la señora Keitelbein.

-No lo sé. Lo vi en el periódico y envié un formulario rellenado. Eso fue hace casi tres años. Me dejé arrastrar por ello. Mis soluciones ganaron desde el principio.

-Las mías no -dijo Walter-. No gané una sola vez; he participado unas quince veces.

La señora Keitelbein dijo:

-Señor Gumm, antes de que se marche, hay algo que quiero darle. Espere aquí. -Fue de prisa a una habitación lateral-. Le servirá de ayuda.

El pensó: Probablemente un bizcocho o dos.

Pero cuando volvió tenía una calcomanía de brillantes colores.

-Para su coche -dijo tendiéndosela-. Va en la ventanilla trasera. Una pegatina de la DC; la mete en agua caliente y entonces el papel se desliza y aplica el emblema en la ventanilla del coche. -Le dirigió una gran sonrisa.

-No tengo coche en la actualidad -dijo él. La cara de ella expresó desánimo.

-Oh -dijo.

Con una estridente, aunque bien intencionada risotada, Walter dijo:

-Eh, quizá podría pegarla en la espalda de su chaqueta.

-Lo siento mucho -dijo la señora Keitelbein confusa-. Bueno, gracias de todos modos; deseo poder recompensarlo, pero no se me ocurre cómo. Intentaré que las clases resulten tan interesantes como sea posible. ¿Qué le parece?

-Magnífico -dijo él. Cogiendo la chaqueta, se dirigió al vestíbulo-. Tengo que marcharme -dijo-. La veré el martes, entonces. A las dos.

En un rincón de la habitación, sobre el asiento junto a una ventana, alguien había construido una maqueta. Ragle se detuvo para examinarlo.

-Vamos a utilizarla -dijo la señora Keitelbein.

-¿Qué es? -preguntó él. Parecía la representación de una fortificación militar: una plaza hueca en la que se veían soldados minúsculos en diversas tareas. Los colores eran pardo verdoso y gris. Al tocar el cañón del fusil que sobresalía de la parte superior, descubrió que era de madera tallada-. Muy real -dijo.

Walter dijo:

-Hicimos un montón de esas cosas. En las primeras clases, quiero decir. En las clases de DC del año pasado, cuando vivíamos en Cleveland. Mamá las trajo; creo que nadie más la quería. -Rió con su risa estridente otra vez. Era más nerviosa que falta de amabilidad.

-Ésa es una réplica del Fuerte de Mormon -dijo la señora Keitelbein.

-Que me condenen -dijo Ragle-. Esto me interesa. ¿Sabe usted?, estuve en la segunda guerra mundial; en el Pacífico.

-Recuerdo vagamente haber leído eso acerca de usted -dijo la señora Keitelbein-. Como que es usted semejante celebridad... de vez en cuando me encuentro con algún pequeño artículo sobre usted en las revistas. ¿No tiene una especie de récord como el más duradero ganador de concursos de los periódicos o la televisión?

-Supongo que sí -dijo él.

-¿Vio luchas muy duras en el Pacífico? -preguntó Walter.

-No -dijo él con franqueza-. Otro tío y yo estábamos tirados en un cacho de tierra con unas pocas palmeras, un cobertizo de hojalata, un transmisor de radio e instrumentos

meteorológicos. Él medía el tiempo y yo transmitía la información a la instalación de la marina a un par de centenares de millas al sur de donde nosotros nos encontrábamos. Eso nos llevaba como una hora al día. El resto del tiempo yo lo pasaba tendido tratando de calcular qué tiempo iba a hacer. Solía intentar predecirlo. Ésa no era nuestra tarea; todo lo que hacíamos era enviar las lecturas y ellos eran los que hacían las predicciones. Pero yo lo hacía bastante bien. Era capaz de mirar al cielo y eso, junto con las lecturas, me bastaba, de modo que casi siempre acertaba.

-Supongo que las condiciones del tiempo serían de la máxima importancia para la marina y el ejército -dijo la señora Keitelbein.

-Una tormenta podía hacer fracasar una operación de desembarco o dispersar un convoy de transporte de suministros. Cambiar el curso de la guerra.

-Quizás allí fue donde adquirió su práctica -dijo Walter-. Para el concurso. Apostando sobre el tiempo.

Al oír eso, Ragle se echó a reír.

-Sí -dijo-. Eso es lo que hacíamos él y yo; apostábamos. Yo decía que llovería a las nueve y él apostaba que no. Nos las compusimos para matar el tiempo de ese modo durante dos años. De ese modo, y bebiendo cerveza. Cuando nos traían nuestros suministros una vez al mes, nos dejaban una ración normal de cerveza... normal, calculábamos, para un pelotón. El único inconveniente era que no teníamos modo de enfriarla. Cerveza caliente día tras día. -Cómo lo transportaba a los viejos tiempos recordar todo eso. Doce, trece años atrás... Tenía treinta y tres años entonces. Era empleado de una lavandería cuando la notificación de reclutamiento apareció en el buzón.

-Eh, mamá -dijo Walter excitado-. Tengo una idea verdaderamente buena. ¿Y si el señor Gumm hablara en clase sobre sus experiencias militares? Eso les daría un sentimiento de participación; ya sabes, la inmediatez del peligro y todo eso. Probablemente recuerda mucho del entrenamiento que les dieron cuando eran soldados sobre seguridad y qué hacer bajo el fuego y en situaciones de emergencia.

Ragle dijo:

-Eso es aproximadamente todo; lo que ya te he dicho.

-Pero recuerda historias que los demás intercambiaban sobre incursiones aéreas y bombardeos -insistió Walter-. No tienen por fuerza que haberle ocurrido a usted.

Los chavales son todos iguales, pensó Ragle. Este chico hablaba como Sammy. Sammy tenía diez años; éste debía de tener dieciséis. Pero los dos le gustaban. Y lo tomó como un cumplido.

La fama, pensó. Ésta es mi recompensa por ser el más grande -o el más duradero- de los ganadores de los concursos de acertijos. Los niños entre los diez y los dieciséis años creen que soy alguien.

Lo divertía. Y dijo:

-Llevaré el uniforme completo de general cuando aparezca el martes.

Los ojos del muchacho se agrandaron; luego trató de ponerse rígido y parecer indiferente.

-¿No bromea? -preguntó-. ¿Uniforme completo de general? ¿Con cuatro estrellas?

-No tengas la menor duda -dijo él tan solemnemente como le fue posible. La señora Keitelbein sonrió y él le sonrió a su vez.

A las cinco y media, cuando la tienda se había ya cerrado y todo estaba guardado, Vic Nielson llamó a tres o cuatro de los cajeros.

-Escuchad -dijo. Toda la tarde había estado planeando esto. Las persianas estaban bajadas; los clientes se habían ido. En las cajas registradoras uno de los ayudantes del gerente había empezado a contar el dinero y colocar las cintas para el día siguiente-. Quiero que me hagáis un favor. Es un experimento psicológico. Sólo llevará treinta segundos. ¿De acuerdo? -Se dirigía en especial a Liz; ella era la poderosa entre los cajeros y si ella estaba de acuerdo, los demás probablemente también lo estarían.

-¿No podemos hacerlo mañana? -dijo Liz. Ya se había puesto el abrigo y había cambiado los zapatos de tacones bajos por otros de tacones altos. Con ellos parecía un majestuoso anuncio de zumo de pina en tres dimensiones.

Vic dijo:

-Mi esposa ha aparcado fuera y me espera. Si no estoy allí dentro de un minuto o dos, empezará a tocar la bocina. De modo que sabéis que esto no nos llevará mucho.

Los otros cajeros, de sexo masculino y bajitos, observaron a Liz para ver cuál era su reacción. Tenían puestos todavía sus delantales blancos y el lápiz detrás de la oreja.

-Muy bien -dijo ella. Agitando el dedo ante la cara de él, agregó-: Pero es mejor que estés diciendo la verdad; es mejor que salgamos en seguida de aquí.

Él se dirigió a la sección de frutas y verduras, cogió una bolsa de papel de una de las cestas y empezó a inflarla. Liz y los otros cajeros lo observaban aburridos.

-Lo que quiero que hagáis es esto -dijo obturando la bolsa llena de aire-. Voy a hacer explotar esta bolsa y luego os daré una orden. Quiero que hagáis exactamente lo que digo; no penséis en ello... sólo hacedlo cuando os lo indique. ¿Entendéis lo que digo?

Mascando un chicle que había sustraído del estante de caramelos y gomas de mascar, Liz dijo:

-Sí, entendemos. Vamos, haz explotar la bolsa y grita.

-Poneos frente a mí -dijo él. Los cuatro se mantuvieron de espaldas a la amplia puerta de cristal por la que se salía. Era la única puerta por la que cualquiera de ellos pasaba tanto para entrar como para salir de la tienda-. Muy bien -dijo y, levantando la bolsa, gritó-: ¡Corred! -Y luego la hizo explotar. Cuando gritó, los cuatro se sobresaltaron ligeramente. Cuando la bolsa explotó -su ruido en la tienda vacía fue espantoso-, los cuatro salieron disparados como liebres.

Ninguno de ellos corrió hacia la puerta. Formando un grupo corrieron directamente hacia la izquierda, hacia la erguida columna de sostén. Seis, siete, ocho pasos hacia ella... luego se detuvieron resollando y desconcertados.

-Bueno, ¿qué es esto? -preguntó Liz-. ¿De qué se trata? Dijiste que ibas a hacer explotar la bolsa primero, y luego lo que haces primero es vociferar la orden.

-Gracias, Liz -dijo él-. Está muy bien. Puedes ir a encontrarte con tu amigo.

Mientras salían de la tienda, los cajeros le dirigieron una mirada de desprecio.

El ayudante del gerente que contaba dinero y ponía las cintas le dijo:

-¿Era tu intención que también yo corriera?

-No -dijo él sólo escuchándolo a medias; estaba pensando en el experimento.

-Intenté meterme bajo la caja registradora -dijo el ayudante.

-Gracias -dijo él. Al salir de la tienda, cerró la puerta con llave y luego cruzó el aparcamiento hacia el Volkswagen.

Pero en el Volkswagen había un enorme pastor alemán negro que lo miraba mientras él se acercaba. Y el parachoques delantero tenía una gran abolladura. Y el coche necesitaba un lavado.

Hablando de experimentos psicológicos, se dijo. No era su coche. No era Margo. Había visto el VW entrar en el aparcamiento aproximadamente a la hora en que ella venía a buscarlo. El resto lo había suplido su mente.

Volvió a la tienda. Al acercarse, la puerta de cristal se abrió y el ayudante asomó la cabeza y dijo:

-Victor, tu esposa está al teléfono. Quiere hablar contigo.

-Gracias -dijo él cogiendo la puerta y yendo hacia el teléfono colgado de la pared.

-Querido -dijo Margo después de haber dicho él hola-. Siento no haber ido a buscarte. ¿Quieres que vaya todavía o prefieres venir en autobús? Si estás cansado, puedo ir, pero probablemente llegarías más rápido viniendo en autobús.

-Cogeré el autobús -dijo él.

-He estado en la casa del club de Sammy, escuchando su detector de cristal. ¡Es fascinante! -dijo Margo.

-Magnífico -dijo él dispuesto a colgar-. Te veré luego.

-Escuchamos toda clase de emisiones.

Después de dar las buenas noches al ayudante se dirigió a la esquina y cogió un autobús. Pronto estuvo camino de su casa junto con compradores y empleados, viejas señoras y escolares.

Una ordenanza municipal prohibía fumar en un sitio público, pero se sentía lo bastante perturbado como para encender un cigarrillo. Abriendo la ventanilla que tenía al lado, se las compuso para hacer salir el humo fuera y no lanzarlo sobre la mujer junto a él.

Mi experimento ha sido un éxito, se dijo. Mejor de lo que esperaba.

Había supuesto que los empleados se dispersarían en varias direcciones, uno hacia la puerta, otro hacia la pared, un tercero hacia otra parte. Eso habría dado apoyo a su teoría de que esta situación en que se encontraban era en cierto modo episódica. De que una buena parte de sus vidas había transcurrido en otro sitio, y en otro sitio que ninguno de ellos recordaba.

Pero... cada cual debió haber tenido sus propios reflejos. No todos el mismo. Todos se habían precipitado en la misma dirección. Había sido la dirección errada, pero había sido uniforme. Habían actuado como grupo, no como individuos.

Eso significaba simplemente que las experiencias previas y fundamentales de los cuatro habían sido similares.

¿Cómo era eso posible?

Su teoría no lo explicaba.

Y, mientras fumaba el cigarrillo y maniobraba para que el humo saliera por la ventanilla del autobús, no le fue posible concebir otra teoría.

Excepto, advirtió, alguna explicación mediocre; por ejemplo, que los cuatro cajeros hubieran desempeñado juntos algún tipo de función. Podrían haber vivido juntos en alguna pensión o comido en el mismo café durante un período de años, o asistido a la misma escuela...

Tenemos un montón de goteras en nuestra realidad, se dijo. Una gota aquí, un par de gotas en ese rincón. Una mancha de humedad que va formándose en el cielo raso. Pero ¿cuál era su fin? ¿Qué significaba?

Trató de poner su mente en un orden racional. ¿Cómo llegué a esto?, se preguntó. Comí demasiadas lasañas y abandoné la mesa de poker en la que tenía una mano pasable, para tomar una píldora en el cuarto de baño.

¿Hubo algo antes?

No, decidió. Antes estaba en un universo soleado. Los niños jugaban, las vacas mugían, los perros meneaban la cola. Los hombres cortaban el césped, la tarde del domingo, mientras miraban el partido de fútbol por la televisión. Podríamos haber seguido así para siempre. Sin advertir nada.

Con excepción, pensó, de la alucinación de Ragle.

Y ¿cuál fue esa alucinación?, se preguntó. Ragle nunca llegó a decírselo claramente.

Pero tiene relación con mi experiencia, se dijo. De algún modo, de cierta forma. Ragle se descubrió atisbando a través de la realidad. Agrandando el agujero. O quizá se enfrentó con ese boquete agrandado, una gran herida.

Podemos sumar todo lo que sabemos, se dijo, pero nada nos indica, salvo que algo no va bien. Y eso lo sabemos desde el principio. Los indicios de que disponemos no nos dan la solución; sólo nos demuestran hasta qué punto hay algo que no va bien.

Creo, sin embargo, que hemos cometido un error al permitir que Bill Black se marchara con esa guía telefónica.

Y ¿qué deberíamos hacer ahora?, se preguntó. ¿Llevar a cabo más experimentos psicológicos?

No. Uno le indicaba ya bastante. El que había llevado a cabo involuntariamente en el cuarto de baño. Aun este último había hecho más daño que bien, había introducido confusión más que verificación.

Que no me confunda más, pensó. Estoy lo bastante desconcertado como para que me dure el resto de la vida. ¿Qué sé yo de cierto? Quizá Ragle tiene razón: tendríamos que echar mano de los grandes libros de filosofía y empezar a estudiar duro al obispo Berkeley y a todos los demás... no recordaba lo bastante como para saber siquiera los nombres de los filósofos.

Quizá, pensó, si entrecierro los ojos lo bastante como para captar sólo una línea de luz y me concentro a fondo en el autobús, en las compradoras viejas y pesadas con sus abultadas bolsas y las escolares que parlotean y los empleados que leen el periódico de la tarde y el conductor de cuello rojo, quizá todos ellos desaparezcan. El asiento chirriante sobre el que estoy sentado. Los apestosos humos cada vez que el autobús arranca. Las sacudidas. Los balanceos. Los anuncios en las ventanillas. Quizá todo se desvanezca.

Frunciendo los ojos intentó eliminar la presencia del autobús y los pasajeros. Lo intentó durante diez minutos. Su mente se sumió en un estado de estupor. El ombligo, pensó confusamente. Concentración en un único punto. Eligió el timbre eléctrico al otro lado del autobús. Vete, pensó. Desvanécete.

Desvanécete.

Desvanece

Desva

Des

D

...

Con un sobresalto, despertó. Se había dejado arrastrar a la deriva.

Autohipnosis, pensó. Había cabeceado y se había adormilado como los demás pasajeros que lo rodeaban. Las cabezas meciéndose a uno y otro lado, al compás del movimiento del autobús. Izquierda, derecha. Adelante. Atrás. Derecha. Izquierda. El autobús se detuvo en un semáforo. Las cabezas permanecieron en un ángulo fijo.

Atrás, al arrancar el autobús.

Adelante, al detenerse.

Desvanecerse.

Desva

Des

Y entonces, a través de sus ojos semicerrados, vio que los pasajeros se desvanecían.

¡Mira!, pensó. Qué agradable era.

No. No era un desvanecimiento en absoluto.

El autobús y los pasajeros no se habían desvanecido para nada. En todo el autobús había empezado a tener lugar un cambio y, como el experimento en la tienda, no era lo esperado; no era lo que él había querido.

Maldita sea, pensó. ¡Desvanécete!

Las paredes del autobús se volvieron transparentes. Veía la calle, la acera, las tiendas. Delgados puntales de apoyo, el esqueleto del autobús. Vigas maestras de metal, una caja hueca vacía. No había otros asientos. Sólo una franja, una extensa plancha sobre la que había apoyadas formas erguidas sin rasgos precisos, como espantapájaros. No tenían vida. Los espantajos se mecían adelante, atrás, adelante, atrás. Delante de él vio al conductor; el conductor no había cambiado. El cuello rojo. Espaldas fuertes, anchas. Conducía un autobús hueco.

Los hombres huecos, pensó. Debimos haber consultado poesías.

Era la única persona en el autobús fuera del conductor.

El autobús avanzaba realmente. Avanzaba por la ciudad, desde la sección de los autobuses a la sección residencial. El conductor lo estaba llevando a casa.

Cuando volvió a abrir los ojos plenamente, toda la gente que cabeceaba había vuelto. Las compradoras. Los empleados. Las escolares. El ruido y los olores y el parloteo.

Nada funciona bien, se dijo.

El autobús tocó la bocina ante un coche que salía de un aparcamiento. Todo había vuelto a la normalidad.

Experimentos, pensó. ¿Y si hubiera caído a la calle? Con miedo pensó: ¿Y si hubiera dejado de existir, además?

¿Es esto lo que Ragle vio?

Siete

Cuando llegó a casa, no había un alma en ella.

Por un instante, lo sobrecogió el pánico. No, pensó.

-¡Margo! -llamó.

Todas las habitaciones estaban desiertas. Fue de un lado a otro, tratando de mantener la calma.

Y luego advirtió que la puerta de atrás estaba abierta.

Saliendo al patio trasero, miró a su alrededor. No había aún señal de ellos. Ragle, Margo o Sammy; ninguno de ellos.

Descendió por el sendero, más allá de la cuerda de la que colgaba la ropa, hacia la casa del club de Sammy, construida contra la cerca.

Tan pronto como llamó a la puerta, una mirilla se abrió y apareció el ojo de su hijo.

-Oh, hola, papá -dijo Sammy. En seguida se descorrió el cerrojo y mantuvo la puerta abierta para que él pasara.

Dentro de la casa del club, Ragle estaba sentado a la mesa con los auriculares en la cabeza. Margo estaba sentada a su lado con un gran bloc de papel delante. Los dos habían estado escribiendo; hoja tras hoja estaban cubiertas de anotaciones rápidas.

-¿Qué sucede? -preguntó Vic. Margo dijo:

-Estamos vigilando.

-Ya lo veo -dijo él-. Pero ¿qué estáis controlando?

Ragle, con los auriculares todavía en la cabeza, se volvió y, con un resplandor en la mirada, dijo:

-Los estamos captando.

-¿A quiénes? -preguntó Vic-. ¿Quiénes son ellos?

-Ragle dijo que podía llevar años averiguarlo -dijo Margo con la cara animada y los ojos brillantes. Sammy estaba inmóvil, en estado de trance extático; los tres estaban en un estado que él no había visto nunca antes-. Pero tenemos un modo de oírlos -dijo ella-. Y ya hemos empezado a tomar notas. Mira. -Empujó hacia él el bloc de papel-. Todo lo que están diciendo; lo apuntamos todo.

-¿Operadores radioaficionados? -preguntó Vic.

-Eso -dijo Ragle-, y comunicación entre las naves y su campo; evidentemente hay uno muy cerca de aquí.

-Naves -repitió Vic como un eco-. ¿Te refieres a naves transoceánicas?

Ragle señaló hacia arriba.

Dios, pensó Vic. Y sintió entonces la misma tensión y entusiasmo. El frenesí.

-Cuando pasan por arriba -dijo Margo-, se los oye fuerte y claro. Durante un minuto. Luego se desvanecen. Los oímos hablar, no sólo señales, sino conversaciones. Bromean mucho.

-Grandes bromistas -dijo Ragle-. Chistes todo el tiempo.

-Déjame escuchar -dijo Vic.

Cuando se hubo sentado a la mesa, Ragle le pasó los auriculares y se los ajustó en la cabeza.

-¿Quieres que los sintonice? -preguntó-. Yo te los sintonizo y tú escuchas. Cuando llegue una señal fuerte y clara, me lo dices. Dejaré el botón en ese punto.

En seguida llegó una señal. Un hombre estaba dando instrucciones acerca de cierto proceso industrial. Él escuchó y luego dijo:

-Decidme a qué conclusión habéis llegado. -Se sentía demasiado impaciente para escuchar; la voz siguió hablando, monótona-. ¿Qué podéis decir?

-Todavía nada -dijo Ragle, sin pérdida alguna de satisfacción-. Pero ¿no comprendes? *Sabemos que están allí.*

-Eso lo sabíamos ya -dijo Vic-. Cada vez que pasaban volando.

Tanto Ragle como Margo -y también Sammy- parecieron un tanto desconcertados. Al cabo de un momento, Margo miró a su hermano. Ragle dijo:

-Es un concepto difícil de expresar.

Desde fuera de la casa del club, una voz llamó:

-...¡eh, gente! ¿Dónde estáis?

Margo levantó la mano a modo de advertencia. Escucharon.

Alguien los estaban buscando en el patio. Vic oyó pasos en el sendero. Y luego, la voz otra vez, más cercana en esta ocasión:

-¿Dónde está la gente?

Despacio, Margo dijo:

-Es Bill Black.

Sammy descubrió una mirilla. Bill Black estaba en medio del sendero, evidentemente, buscándolos. Tenía en la cara una expresión de agravio y desconcierto. Sin duda había entrado en la casa al encontrarla abierta y abandonada.

-Me pregunto qué quiere -dijo Margo-. Quizá si nos quedamos quietos y callados, se marchará. Probablemente quiere que cenemos con ellos o que salgamos juntos a algún sitio.

Esperaron.

Bill Black se paseó sin rumbo, pateando la hierba.

-¡Eh, gente! -llamó-. ¿Dónde diablos estáis?

Silencio.

-Realmente me sentiría tonta si nos coge aquí escondidos -dijo Margo con una risa nerviosa-. Es como si fuéramos chiquillos o algo por el estilo. Tiene un aspecto gracioso estirando de ese modo el cuello tratando de situarnos. Como si nos estuviéramos escondiendo en un pastizal.

Sobre la pared de la casa del club había un fusil de juguete que Vic le había regalado a su hijo en Navidad. De él sobresalían aletas y espirales y la caja lo había descrito como «arma robot cohete del siglo XXIII capaz de destruir montañas». Sammy lo estuvo disparando por ahí unas pocas semanas y luego el resorte se había roto y el fusil había ido a parar a la pared, como un trofeo, para asustar por su sola presencia.

Vic cogió el fusil. Abrió la puerta de la casa del club y salió bruscamente al patio. De espaldas a él, Bill Black llamaba:

-¡Eh, gente! ¿Dónde estáis?

Vic se agachó y levantó el arma apuntando a Black.

-Eres hombre muerto -dijo.

Al darse la vuelta, Black vio el fusil. Palideció y levantó a medias los brazos. Luego advirtió la casa del club, y a Ragle, Margo y Sammy que espiaban, y las aletas y las espirales y el brillante esmalte del fusil. Bajó los brazos y dijo:

-Ja-ja.

-Ja-ja -dijo Vic.

-¿Qué estabais haciendo? -preguntó Black. Desde dentro de la casa de los Nielson apareció Junie Black. Bajó lentamente los peldaños de la galería para unirse a su marido; tanto ella

como Bill fruncieron el entrecejo y se acercaron una al otro. Ella le rodeó la cintura con el brazo. Black, entonces, no dijo nada.

-Hola -dijo Junie.

Margo salió de la casa del club.

-¿Qué estabais haciendo? -le preguntó a Junie con una voz ante la que cualquier mujer se estremecería-. ¿Sintiéndoos como en casa en nuestra propia casa?

Los Black se quedaron mirándolos.

-Oh, vamos -dijo Margo cruzándose de brazos-. Poneos cómodos, como si estuvierais en vuestra casa.

-Tómalo con calma -dijo Vic.

Su esposa dijo:

-Sí, sencillamente han entrado. En cada una de las habitaciones, supongo. ¿Qué les ha parecido? -Le preguntó a Junie-: ¿Las camas estaban bien hechas? ¿Había polvo en las cortinas? ¿Has encontrado algo que te gustara?

Ragle y Sammy salieron de la casa del club y se unieron a Vic y su esposa. Los cuatro encararon a Bill y Junie Black. Por fin Black dijo:

-Me disculpo por haber invadido vuestra propiedad. Nos preguntábamos si os gustaría ir a jugar a los bolos con nosotros esta noche.

Junto a su esposo, Junie sonreía como una idiota. Vic sentía un poco de lástima por ella. Evidentemente no tenía idea de que hubiera podido ofender a alguien; lo más probable era que ni siquiera hubiera sido consciente de haber cometido una transgresión. Con su jersey y pantalones de algodón azul y el pelo recogido con una cinta, tenía aspecto gracioso e infantil.

-Lo siento -dijo Margo-. Pero no deberíais irrumpir en casas ajenas, lo sabes, Junie.

Junie retrocedió intimidada.

-Yo... -murmuró.

-He pedido disculpas -dijo Black-. ¿Qué queréis, por amor de Dios? -Parecía igualmente perturbado.

Vic tendió la mano y se las estrecharon. Todo había terminado.

-Quédate, si quieres -le dijo Vic a Ragle, señalando la casa del club-. Nosotros entraremos para preparar la cena.

-¿Qué tenéis ahí? -preguntó Black-. Es decir, si no es asunto que me incumba, decídmelo. Pero, la verdad, estáis de un humor muy grave.

Sammy tomó la palabra:

-Vosotros no podéis entrar en el club.

-¿Por qué no? -preguntó Junie.

-No sois miembros -dijo Sammy.

-¿Podemos asociarnos? -preguntó Junie.

-No -dijo Sammy.

-¿Por qué no?

-Simplemente no podéis -dijo Sammy mirando a su padre.

-Así es -dijo Vic-. Lo siento.

Él y Margo y los Black subieron los peldaños que conducían a la galería trasera de la casa.

-No hemos cenado -dijo Margo aún tensa de hostilidad.

-No era que quisiéramos ir a jugar a los bolos en seguida -protestó Junie-. Sólo queríamos proponerlo antes de que hicierais otros planes. Mirad, muchachos, si no habéis empezado a cenar, ¿por qué no venís y coméis con nosotros? Tenemos una pierna de cordero, y hay un montón de guisantes congelados y Bill ha traído un kilo de helado al volver de la oficina. -Apelaba a Margo con trémula ansiedad-. ¿Qué decís?

-Gracias -dijo Margo-, quizás otro día.

Bill Black no parecía haberse calmado del todo: se mantenía apartado, digno y algo frío.

-Sabéis que siempre sois bienvenidos en casa -dijo. Condujo a su esposa hacia la puerta de entrada-. Si queréis ir a jugar a los bolos con nosotros, dejaos caer a eso de las ocho. Si no... -Se encogió de hombros-. Bueno, no pasará nada.

-Ya nos veremos -gritó Junie mientras Bill se la llevaba casi a rastras fuera de la casa-. Espero que vengáis. -Les dirigió una sonrisa anhelante y luego la puerta se cerró tras ellos.

-Vaya píldora -dijo Margo. Abrió el grifo de agua caliente y llenó de agua la tetera.

Vic dijo:

-Se podría edificar toda una técnica psicológica a partir de cómo actúa la gente antes de tener tiempo de pensar.

Mientras preparaba la cena, Margo dijo:

-Bill Black se limita a ser racional, según parece. Levantó los brazos hasta que vio que era un fusil de juguete, y luego los bajó.

-¿Te parece lógico que se le ocurriera venir a merodear justo en ese momento? -dijo Vic.

-Uno de los dos está siempre presente. Tú ya sabes cómo son.

-Es cierto -dijo él.

En la casa del club, con el cerrojo echado, Ragle Gumm estaba sentado con los auriculares puestos, vigilando una fuerte señal y tomando notas ocasionales. A lo largo de los años, mientras trabajaba en el concurso, había desarrollado excelentes sistemas de anotación rápida, todos ellos propios; mientras escuchaba, no sólo llevaba a cabo un registro permanente de lo que oía, sino que, además, apuntaba comentarios, ideas y reacciones propias. Su bolígrafo -el que Bill Black le había regalado- volaba. Observándolo, Sammy dijo:

-Escribes muy rápido, tío Ragle. ¿Puedes leerlo después?

-Sí -dijo él.

La señal, sin la menor duda, provenía del campo de aterrizaje cercano. Había llegado a conocer hasta la voz del operador. Lo que quería averiguar era la naturaleza del tráfico que llegaba al campo y salía de él. ¿Dónde se dirigían?

Pasaban por encima de ellos a una velocidad tremenda. ¿A qué velocidad? ¿Por qué nadie en la ciudad tenía noticia de estos vuelos? ¿Era una instalación militar secreta, unas naves experimentales que el público ignoraba? Misiles de reconocimiento... aparatos de rastreo...

-Apuesto a que contribuiste a descifrar el código japonés durante la segunda guerra mundial -dijo Sammy.

Cuando oyó al niño decir eso, Ragle, una vez más, tuvo una súbita y total sensación de futilidad. Encerrado en el club de un niño con auriculares en la cabeza... escuchando radioaficionados e instrucciones él mismo como un escolar.

Debo de estar loco, se dijo.

Soy el hombre que supuestamente ha luchado en una guerra. Tengo cuarenta y seis años, se supone que ya soy un adulto.

Sí, pensó. Y soy un hombre que se está en casa ganándose la vida rellenando los formularios de «¿Dónde estará la próxima vez el hombrecito verde?». Acertijos del concurso de un periódico. Mientras otros adultos tienen empleos, esposas, hogares propios.

Soy... un psicótico retardado. Alucinaciones. Sí, pensó. Loco. Infantil y lunático. ¿Qué estoy haciendo aquí sentado? Fantaseando en el mejor de los casos. Soñando con cohetes que pasan disparados por encima de mí, ejércitos y conspiraciones. Paranoia.

Una psicosis paranoide. Imaginando que soy el centro de un vasto esfuerzo por parte de millones de hombres y mujeres que implica una inversión de miles de millones de dólares y un trabajo infinito... un universo que gira a mi alrededor. Cada molécula actúa teniéndome en cuenta. Una radiación hacia el exterior con importancia... para las estrellas. Ragle, Gumm, el objeto de todo el proceso cósmico, desde el principio hasta la entropía final. Toda materia y espíritu tiene como fin tenerme en su centro.

-Tío Ragle ¿crees que puedes descifrar su código, como el código japonés? -dijo Sammy.

Con vehemencia, contestó:

-No hay ningún código. Hablan como todo el mundo. Se trata de algún hombre en una torre de control que observa el aterrizaje de los aviones militares. -Se volvió hacia el muchacho que lo observaba con gran intensidad-. Un tipo que ha cumplido ya los treinta, que juega al billar una vez por semana y se divierte con la televisión. Como nosotros.

-Uno de los enemigos -dijo Sammy.

Con rabia, Ragle dijo:

-Deja ya de hablar de ese modo. ¿Por qué dices eso? Tienes todo eso en la mente. -Es culpa mía, admitió. Yo se lo puse allí.

En sus auriculares, la voz dijo:

-...muy bien, LF-3488. Lo tengo apuntado en forma correcta. Puedes seguir adelante. Sí, debes estar prácticamente encima.

La casa del club tembló.

-Ahí pasa uno -dijo Sammy con excitación. La voz continuó:

-...enteramente claro. No, está bien. Estás volando sobre él ahora…

Él, pensó Ragle.

-...allí abajo -dijo la voz-. Sí, estás viendo abajo al mismo Ragle Gumm. Muy bien, contamos contigo. Adelante.

Las vibraciones se aquietaron.

-Se ha ido -dijo Sammy-. Quizá aterrizó.

Dejando a un lado los auriculares, Ragle Gumm se puso de pie.

-Escucha tú un rato -dijo.

-¿Dónde vas? -preguntó Sammy.

-A dar un paseo -dijo Ragle. Abrió la puerta del club y salió afuera, al fresco y puro aire de la tarde.

La luz de la cocina de la casa... su hermana y su cuñado en la cocina. Preparando la cena.

Me marcho, se dijo Ragle. Me voy de aquí. Tuve intención de hacerlo antes. Ahora no puedo esperar.

Descendiendo con cuidado por el sendero, sorteó la casa y llegó a la galería; entró en la casa y fue a su habitación sin que Vic o Margo lo oyeran. Allí, recogió todo el dinero que pudo encontrar en los cajones de la cómoda, los bolsillos de la ropa, sobres cerrados y suelto en un pote. Después de ponerse un abrigo abandonó la casa por la puerta delantera y caminó rápido por la acera.

A poco más o menos una manzana de distancia, se acercó un coche de alquiler. Él agitó los brazos y el coche se detuvo.

-Lléveme a la estación de autobuses Greyhound -le dijo al conductor.

-Sí, señor Gumm -dijo el conductor.

-¿Me reconoce? -Aquí vamos otra vez, la proyección de la personalidad infantil paranoide: el yo infinito. Todos conscientes de mí, pensando en mí.

-Claro -dijo el conductor al poner en marcha el coche-. Usted es el ganador de ese concurso. Vi su retrato en el periódico y me dije: Vaya, ese tío vive aquí en la ciudad. Quizás algún día lo recoja en el coche.

De modo que era natural, pensó Ragle. La extraña confusión de la realidad y su insania. Fama genuina más la fama fantaseada.

Cuando los conductores de los coches de alquiler me reconocen, decidió, probablemente no es que lo tenga en la mente. Pero cuando los cielos se abren y Dios me llama por mi nombre... es entonces que la psicosis se apodera de mí.

No es fácil distinguir entre ambas cosas.

El coche avanzó por las calles oscuras, dejando atrás casas y tiendas. Por fin, en la sección comercial del centro, se acercó a un edificio de cinco pisos y se detuvo.

-Aquí estamos, señor Gumm -dijo el conductor, disponiéndose a saltar fuera del coche para abrir la portezuela.

Librodot

Buscando la billetera en el abrigo, Ragle salió del coche. Miró el edificio mientras el conductor iba a coger el billete.

A la luz de la calle, el edificio le resultaba familiar. Aun de noche lo reconoció.

Era el edificio de la *Gazette*.

Volviendo al coche, dijo:

-Quiero ir a la estación de autobuses Greyhound.

-¿Cómo? -dijo el conductor estupefacto-. ¿Es eso lo que me dijo? Que me condenen... claro que es eso lo que me dijo. -Volvió a entrar en el coche de un salto y puso nuevamente el motor en marcha-. Claro, lo recuerdo. Pero empezamos a conversar sobre el concurso y yo empecé a pensar en el periódico. -Mientras conducía volvió la cabeza y le sonrió-. Lo tengo tan relacionado con la *Gazette* en mi mente... qué tonto soy.

-Está bien -dijo Ragle.

Siguieron y siguieron adelante. Finalmente perdió la noción de las calles que recorrían.

No tenía idea de dónde se encontraban; a la derecha se alzaban cercanas las nocturnales formas de fábricas cerradas y lo que parecían raíles de tren. Varias veces el coche vaciló al pasar sobre los raíles. Vio terrenos baldíos... un distrito industrial sin iluminación alguna.

¿Qué diría el conductor si le pidiera que me llevara fuera de la ciudad?, se preguntó Ragle.

Inclinándose hacia delante, tocó al conductor en el hombro.

-¡Eh! -dijo.

-Sí, señor Gumm -dijo el conductor.

-¿Y si me llevara fuera de la ciudad? Olvidemos el autobús.

-Lo siento, señor -dijo el conductor-. No me es posible salir a la carretera. Hay una disposición que lo impide. Somos transportistas municipales; no podemos competir con las líneas de autobuses. Es una ordenanza.

-Debería poder hacer unos pocos dólares extra bajo mano. Un viaje de cuarenta millas con el taxímetro en marcha... Apuesto que lo ha hecho con ordenanza o sin ella.

-No, no lo he hecho nunca -dijo el conductor-. Otros quizá sí, pero no yo. No quiero perder el permiso. Si la vigilancia de autopistas pesca a un coche de alquiler municipal en la carretera inmediatamente lo detiene, y si hay una cuenta en el taxímetro, ¡bam!, ahí va el permiso del conductor. Un permiso de cincuenta dólares. Y la manera en que se gana uno la vida.

Ragle se dijo: ¿Se propone impedirme abandonar la ciudad? ¿Es éste un plan de su parte?

Otra vez mi locura, pensó.

¿Lo era?

¿Cómo puedo saberlo? ¿Qué pruebas tengo?

Una luz de neón azul colgaba en el centro de un ilimitado campo llano. El coche se acercó a ella y se detuvo junto a un bordillo.

-Aquí estamos -dijo el conductor-. Ésta es la estación de autobuses.

Abriendo la portezuela, Ragle salió a la acera. El letrero no decía Greyhound; decía:

LÍNEAS NONPAREIL COACH.

-¡Eh! -dijo sobresaltado-. Dije Greyhound.

-Esto es Greyhound -dijo el conductor-. Como si lo fuera. Es la línea de autobuses. No existe Greyhound aquí. Para una ciudad de este tamaño, el estado sólo permite una línea. Nonpareil llegó aquí hace años, antes que Greyhound. Greyhound intentó comprarla, pero no quisieron vender. Luego Greyhound intentó...

-Está bien -dijo Ragle. Pagó la tarifa, dio una propina al conductor y se dirigió por la acera al edificio de ladrillos cuadrados, el único edificio en millas a la redonda. A los lados crecían malezas. Malezas y botellas rotas... papeles esparcidos. Una región desierta, pensó. Al lado de la ciudad. A lo lejos podía ver el cartel de una gasolinera y, más allá, las luces de la calle. Nada más. El aire de la noche lo hizo estremecerse al abrir la puerta de madera y entrar en la sala de espera. Una ráfaga de estruendoso sonido distorsionado y un aire triste y fatigado lo

golpearon. La sala de espera, atestada de gente, lo enfrentó. Los bancos habían sido ya ocupados por marineros que dormían, desanimadas mujeres encintas de aspecto agotado, viejos de abrigo, vendedores con sus maletines de muestras, niños arropados estremecidos y quejosos. Una larga cola se interponía entre él y la taquilla. Le era posible ver, sin avanzar ya más, que la cola no se movía.

Cerró la puerta y se sumó a los que formaban la cola. Nadie le prestó atención. Esta vez desearía que mi psicosis fuera cierta, se dijo. Me gustaría que todo esto girara a mi alrededor, cuando menos, al punto que la taquilla me fuera accesible.

¿Con qué frecuencia, se preguntó, salen los autobuses de la línea Nonpareil?

Encendió un cigarrillo e intentó ponerse cómodo. Apoyándose contra la pared, podía aliviar algo del peso que soportaban sus piernas. Pero el alivio así obtenido no era mucho. ¿Cuánto tiempo estaré aquí atrapado?, se preguntó.

Media hora más tarde, había avanzado sólo unos pocos centímetros. Y nadie había abandonado la taquilla. Estirando el cuello, trató de ver al empleado tras la ventanilla. No pudo. Una mujer mayor y corpulenta de abrigo negro ocupaba el primer lugar de la fila; le daba la espalda y él supuso que estaba empeñada en la compra de su billete. Pero no terminaba. La transacción no llegaba a consumarse. Tras ella un hombre delgado de edad mediana vestido con un traje cruzado mordisqueaba un palillo de dientes y parecía aburrido. Tras él una joven pareja cuchicheaba entre sí concentrados en su conversación. Después la cola se fundía en sí misma, y sólo le era posible distinguir la espalda del hombre que tenía delante.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos estaba todavía en el mismo sitio. ¿Puede un lunático perder el juicio?, se preguntó. ¿Qué es necesario para comprar un billete en la línea Nonpareil? ¿Me estaré aquí para siempre?

Un miedo creciente empezó a invadirlo. Quizá permanecería en esta cola hasta morir. Una realidad inalterable... el mismo hombre delante de él, el mismo joven soldado detrás, la misma mujer desdichada de mirada vacía sentada en el banco frente a él.

Detrás de él, el joven soldado se movía agitado, chocó contra él y susurró:

-Lo siento, compañero.

Él respondió con un gruñido.

El soldado se cogió una mano con la otra e hizo resonar los nudillos. Se humedeció los labios y luego le dijo a Ragle:

-Eh, compañero, ¿puedo pedirle un favor? ¿Me guarda el puesto en la cola? -Antes que Ragle pudiera responder, el soldado se volvió hacia la mujer que tenía detrás-. Señora, tengo que asegurarme que mi compañero se encuentra bien. ¿Puedo volver aquí sin perder mi puesto en la cola?

La mujer asintió con la cabeza.

-Gracias -dijo el soldado, y se abrió paso entre la gente hacia el rincón de la sala de espera.

En el rincón, otro soldado estaba sentado con las piernas separadas y la cara apoyada en una rodilla y los brazos colgantes. Su camarada se dejó caer a su lado, lo sacudió y empezó a hablarle de modo perentorio. El soldado doblado sobre sí levantó la cabeza, y Ragle vio los ojos turbios y la boca torcida y fláccida del borracho.

Pobre tío, se dijo. Ha estado de juerga. Durante sus días en el servicio militar varias veces él mismo se había encontrado en una lóbrega estación de autobuses con resaca intentando volver a la base.

El soldado volvió de prisa a su sitio en la cola. Agitado, se tironeó del labio, miró a Ragle y dijo:

-Esta cola no se mueve ni un poquito. Creo que debo de haber estado aquí de pie desde las cinco de esta tarde. -Tenía una cara joven y suave, atormentada ahora por la ansiedad-. Tengo que volver a mi base -dijo-. Phil y yo tenemos que estar a las ocho, de lo contrario, se nos considerará ausentes sin licencia.

A Ragle le pareció que tendría dieciocho o diecinueve años. Rubio, algo delgado. Era evidente que él era de los dos el que resolvía los problemas.

-¡Vaya dificultad! -dijo Ragle-. ¿Está muy lejos vuestra base?

-Es el campo de aviación al extremo de la autopista -dijo el soldado-. La base de misiles, en realidad. Era antes un campo de aterrizaje.

Ragle pensó: Dios mío. Donde esas naves despegan y aterrizan.

-¿Habéis estado visitando los bares de por aquí? -preguntó en un tono tan indiferente como le fue posible. El soldado dijo:

-Diablos, no, no en este insignificante pueblo. -Su disgusto era enorme-. No, hemos recorrido todo el camino desde la Costa; tuvimos un permiso de una semana. En coche.

-En coche -repitió Ragle-. Bueno, ¿por qué estáis aquí?

El joven soldado replicó:

-Phil es el que conduce; yo no sé hacerlo. Y no ha recobrado la sobriedad. No es más que un viejo coche de mala muerte. Lo hemos abandonado. No podemos quedarnos esperando que se despeje. De cualquier modo, necesita un neumático nuevo. Ha quedado en la carretera con una rueda pinchada. Sólo vale unos cincuenta dólares; es un Dodge del 36.

-Si tuvieras a alguien que supiera conducir -dijo Ragle-, ¿irías en coche?

Yo sé conducir, estaba pensando.

El soldado, mirándolo fijamente, preguntó:

-¿Y la rueda?

-Yo contribuiré a ese gasto -dijo él. Cogiendo al soldado por el brazo, se lo llevó de la cola y lo condujo por la sala de espera hasta su compañero, que seguía doblado sobre sí mismo-. Quizá sería mejor dejarlo aquí hasta que pongamos el coche en marcha -dijo. No parecía que el soldado, Phil, pudiera andar muy lejos o muy bien. Sólo parecía entender muy vagamente dónde se encontraba.

A él, el soldado le dijo:

-Eh, Phil, este tío va a conducir. Dame las llaves.

-¿Eres tú, Wade? -gruñó Phil desde su estado de coma.

Wade se puso en cuclillas y hurgó en los bolsillos de su compañero.

-Aquí están -dijo al encontrar las llaves, y se las dio a Ragle-. Escucha -le dijo a Phil- Quédate aquí. Volveremos donde está el coche para hacerlo funcionar; volveremos a recogerte. ¿De acuerdo? ¿Lo has entendido?

Phil asintió con la cabeza.

-Vamos -le dijo Wade a Ragle. Cuando abrieron la puerta y salieron de la sala de espera a la oscura calle fría, Wade dijo-: Espero que el hijo de puta no se asuste y se escape corriendo de allí; no lo encontraríamos nunca.

Qué oscuro estaba todo. Ragle apenas podía ver el pavimento resquebrajado e invadido por la hierba bajo sus zapatos cuando él y Wade se pusieron en camino.

-¿No es esto el quinto infierno? -dijo Wade-. Siempre instalan las estaciones de autobuses entre las chabolas, si la ciudad es lo bastante grande como para tener chabolas y, si no, las instalan en el quinto infierno, como aquí. -Siguió andando mientras pisaba variados escombros que ninguno de los dos conseguía ver-. Está verdaderamente oscuro -dijo-. ¿Que han puesto, un farol cada dos millas?

A sus espaldas, un grito ronco hizo que los dos se detuvieran. Ragle se volvió y vio a la luz de neón azul del cartel de las líneas Nonpareil Coach, al otro soldado. Había salido tras ellos con paso vacilante de la sala de espera; ahora se inclinaba a un lado y al otro gritando tras ellos, andando unos pocos pasos y deteniéndose para dejar en el suelo las dos maletas que arrastraba.

-Oh, Dios -dijo Wade-. Tenemos que volver. Si no caerá de bruces y jamás lo encontraremos. -Empezó el camino de regreso, y Ragle no tuvo otro remedio que seguirlo-. Dormirá toda la noche en este terreno baldío.

Cuando llegaron junto al soldado, éste agarró a Wade, se apoyó contra él y dijo:

-Os habéis marchado y me habéis dejado.

-Tienes que quedarte aquí -dijo Wade-. Quédate aquí con el equipaje mientras nosotros vamos a buscar el coche.

-Yo tengo que conducir -dijo Phil.

Con gran detalle, Wade volvió a explicarle cuál era la situación. Ragle, paseándose por las inmediaciones, se preguntaba si podría soportarlo. Finalmente, Wade cogió una de las maletas y se puso en camino. A Ragle, le dijo:

-Vamos. Coja la otra maleta o nunca volveremos a verla.

-Alguien debe de haberme atropellado -musitó Phil.

Avanzaron tropezando una y otra vez. Ragle perdió la noción del tiempo y del espacio; la luz de un farol creció, pasó sobre ellos inundándolos temporalmente con brillante luz amarilla, y luego murió tras ellos. La próxima creció a su vez. Atravesaron el terreno baldío, y en su lugar apareció el edificio cuadrado de una fábrica inerte. Él y sus dos compañeros pasaron trabajosamente por múltiples vías, una detrás de la otra. A su derecha, unos bloques de cemento se alzaron a la altura del hombro. Phil tropezó con uno de ellos y descansó contra él con la cabeza sepultada en el brazo; era evidente que se había quedado profundamente dormido.

Delante de ellos, junto al bordillo, un coche atrajo la atención de Ragle.

-¿Es ése? -preguntó.

Los dos soldados miraron el coche.

-Creo que sí -dijo Wade con entusiasmo-. Eh, Phil, ¿no es ése el coche?

-Claro -dijo Phil.

El coche se inclinaba a un lado. Tenía una rueda pinchada. De modo que lo habían encontrado.

-Ahora tenemos que conseguir un neumático -dijo Wade al tiempo que arrojaba las dos maletas a la parte trasera del coche-. Pongamos el gato debajo, saquemos la rueda y veamos qué tamaño de neumático necesita.

En el portaequipajes él y Ragle encontraron un gato. Phil, entretanto, se había alejado; lo vieron a unos metros de distancia, con la cabeza echada atrás; mirando el cielo.

-Se quedará así durante una hora -dijo Wade, mientras subían al coche con el gato-. Hay una Estación Texaco algo más atrás; la pasamos un poco antes del pinchazo. -Mostrando habilidad y experiencia, sacó la rueda y la hizo rodar hasta la acera. Ragle lo siguió-. ¿Dónde está Phil? -preguntó Wade mirando alrededor.

No se veía a Phil por ninguna parte.

-Maldito sea -dijo Wade-. Seguramente se ha puesto a deambular.

Ragle dijo:

-Vayamos a la gasolinera. Yo no tengo toda la noche ni tampoco vosotros.

-Eso es un hecho -dijo Wade-. Bueno -dijo filosóficamente-, quizá volverá y se dejará caer en el coche, y allí lo encontraremos al volver. -Empezó a hacer rodar la rueda a bastante velocidad.

Cuando llegaron a la gasolinera, ésta estaba a oscuras. El propietario la había cerrado y se había marchado a casa.

-Que me condenen -dijo Wade.

-Quizás hay otra estación cerca -dijo Ragle.

-No recuerdo otra -dijo Wade-. Vaya suerte. -Parecía aturdido, incapaz de encontrar otra solución.

-Ven -dijo Ragle-. Vamos.

Al cabo de largo rato de trabajoso caminar, vieron delante de ellos el cuadrado blanco, rojo y azul de una Estación Standard.

-Amén -dijo Wade-. Sabe usted -le dijo feliz a Ragle-, venía rezando por el camino como un hijo de puta. Y aquí está. -Hizo rodar la rueda más y más rápido lanzando un grito de triunfo-. ¡Vamos! -instó animoso a Ragle.

En la estación un joven limpio con el uniforme blanco almidonado de la compañía los observaba sin interés.

-Eh, muchacho -dijo Wade abriendo la puerta de la gasolinera de un empujón-. ¿Quieres vendernos un neumático? Rápido.

-¿Para qué es? -le preguntó a Wade.

-Un sedán Dodge del 36 -dijo Wade.

El muchacho iluminó el neumático con una linterna tratando de leer el tamaño. Luego cogió un cuaderno de notas con pesadas anillas y examinó las hojas impresas. A Ragle le pareció que estudiaba cada página cuando menos cuatro veces, volviéndolas primero a un lado y después a otro. Finalmente cerró el cuaderno y dijo:

-No puedo serles de ninguna ayuda.

-¿Qué sugieres entonces? -dijo Ragle con paciencia-. Este soldado y su compañero tienen que volver a su base o serán considerados ausentes sin permiso.

El empleado de la gasolinera se rascó la nariz con el lápiz y luego dijo:

-Hay un taller de recauchutaje a unas cinco millas por la autopista.

-No podemos andar cinco millas -dijo Ragle. El empleado dijo:

-Tengo mi camioneta Ford aparcada allí. -Señaló con el lápiz-. Uno de ustedes se queda aquí y dejan aquí la rueda. Y el otro puede ir en la camioneta hasta la autopista. Es una Estación Seaside. Junto a la primera luz. Vuelvan con el neumático y yo lo colocaré. Les costará seis dólares colocarla. -Cogió un juego de llaves del armario y se lo dio a Ragle-. Y ya que va allí -dijo-, hay un restaurante que permanece abierto toda la noche al otro lado de la autopista. ¿Quiere traerme un bocadillo de jamón frito y queso y un zumo?

-¿Alguna clase de zumo especial? -dijo Ragle.

-De piña, creo. -Le dio a Ragle un billete de un dólar.

-Yo me quedaré aquí -dijo Wade-. Vuelva pronto -le gritó después.

-Muy bien -dijo Ragle.

Unos pocos minutos después había llevado la camioneta marcha atrás hasta la calle desierta. Luego fue en la dirección que el empleado había indicado. Por fin vio las luces de la autopista.

Qué situación, se dijo.

Ocho

El joven de pantalones cortos y camiseta puso el extremo de una cinta en el carrete. Hizo girar el carrete hasta que la cinta quedó enganchada, y luego presionó el botón que la ponía en funcionamiento. En la pantalla de dieciséis pulgadas apareció una imagen. El joven se sentó en el borde de la cama a mirar.

Primero se vio una autopista dividida en seis carriles con pavimento de cemento blanco. En la franja divisoria central crecían arbustos y hierba. A cada lado de la autopista, se podían ver carteles que anunciaban productos al por menor. Por la autopista circulaban coches. Uno de ellos cambió de carril. Otro disminuyó la velocidad para coger una salida.

Apareció una camioneta Ford de color amarillo.

Desde el altavoz del aparato que hacía girar la cinta, una voz dijo:

-Ésta es una camioneta Ford de 1952.

-Sí -dijo el joven.

La camioneta, vista ahora de lado, mostró su perfil. Luego avanzó hacia la pantalla. El joven la observó de frente.

Caía la noche. Las luces delanteras de la camioneta se encendieron. El joven la observó de frente, de lado, de atrás, en particular sus luces traseras.

La luz del día volvió a la pantalla. La camioneta avanzó bajo el sol. Cambió de carril.

-El código de circulación requiere que el conductor haga una señal con la mano cuando se cambia de carril -dijo la voz.

-Exacto -dijo el joven.

La camioneta se detuvo en el arcén de grava de la autopista.

-El código de circulación requiere que cuando un vehículo se detiene, el conductor haga una señal con la mano -dijo la voz.

El joven se puso de pie y fue a rebobinar la cinta.

-Eso me lo sé al dedillo -se dijo. Rebobinó la cinta y puso otro carrete. Mientras lo estaba ensartando, sonó el teléfono. Desde el sitio en que se encontraba, gritó-: Hola.

El timbre se detuvo y desde la pared, una voz apagada que no reconoció, dijo:

-Está todavía en la cola.

-Muy bien -dijo el joven.

Se oyó el sonido del teléfono al desconectarse. El joven terminó de ensartar la cinta y la puso en movimiento.

En la pantalla apareció la imagen de un hombre de uniforme. Botas, pantalones pardos metidos en las botas, cinturón de cuero, pistola en la pistolera, camisa de lona parda, corbata que le sobresalía en el cuello, pesada chaqueta parda, gorra con visera, gafas de sol. El hombre de uniforme giró, exhibiéndose desde diversos ángulos. Luego subió a una motocicleta, dio vida al motor con un golpe de pie y se alejó estruendoso.

La pantalla lo mostró a la carrera.

-Magnífico -dijo el joven de pantalones cortos y camiseta. Cogió la máquina de afeitar eléctrica, la puso en funcionamiento y, observando la pantalla, terminó de afeitarse.

El patrullero de la autopista en la pantalla empezó a perseguir un coche. Al cabo de un momento lo alcanzó y le hizo señas de que se detuviera a un lado de la carretera. El joven, mientras se afeitaba reflexivamente, estudiaba la expresión de la cara del patrullero.

El patrullero dijo:

-Muy bien, ¿puedo ver su permiso de conducir, por favor?

El joven dijo:

-Muy bien, ¿puedo ver su permiso de conducir, por favor?

La portezuela del coche capturado se abrió y salió un hombre de edad mediana de camisa blanca y pantalones sin planchar, rebuscando en su bolsillo.

-¿Qué ocurre, oficial? -dijo.

El patrullero dijo:

-¿Es usted consciente de que ésta es una zona de velocidad limitada, señor?

-¿Es usted consciente de que ésta es una zona de velocidad limitada, señor? -dijo el joven.

El conductor dijo:

-Claro, iba sólo a noventa, como decía el cartel. -Le dio su billetera al patrullero, que la cogió y examinó el carné. En la pantalla apareció un primer plano del carné. Permaneció en ella hasta que el joven terminó de afeitarse, se puso en la cara una loción suavizante, se enjuagó la boca con un desinfectante, se roció bajo los brazos con desodorante y empezó a buscar su camisa. Luego el carné se desvaneció.

-Tiene el carné caducado, señor -dijo el patrullero. Mientras sacaba la camisa del perchero, el joven dijo:

-Tiene el carné caducado, señor.

El teléfono sonó. Fue de un salto al aparato de la cinta, apretó el botón que lo inmovilizaba y dijo:

-Hola.

Desde la pared la voz apagada dijo:

-Ahora está hablando con Wade Schulmann.

-Muy bien -dijo el joven.

Librodot

El teléfono se desconectó. Puso de nuevo en funcionamiento la cinta, esta vez haciéndola avanzar de prisa. Cuando la detuvo y la hizo funcionar nuevamente el patrullero caminaba alrededor de un coche y le decía a la señora que lo conducía:

-¿Puede, por favor, apretar con el pie el pedal del freno?

-No sé a qué viene todo esto -dijo la conductora-. Tengo prisa y esta ridiculez me incomoda. Sé algo de leyes, además.

El joven se ajustó la corbata, se abrochó el pesado cinturón de cuero y acomodó en él la pistola y la cartuchera.

-Lo siento, señor -dijo al ponerse la gorra con visera-. Lleva las luces de atrás apagadas. No está permitido conducir sin ellas. Tendrá que aparcar su coche. ¿Puedo ver su permiso?

Mientras se estaba poniendo la chaqueta, el teléfono volvió a sonar.

-Hola -dijo mirándose al espejo.

-Va andando hacia el coche con Wade Schulmann y Phil Burns -dijo la voz apagada.

-Está bien -dijo el joven. Yendo al aparato de la cinta, la detuvo en un fragmento que mostraba un primer plano frontal del patrullero y luego, en el espejo, se comparó con él. Muy bien, decidió.

-Ahora están entrando en la Estación Standard -dijo la voz apagada-. Prepárate para partir.

-Estoy en camino -dijo. Cerró la puerta tras de sí y subió por la rampa de cemento hasta donde estaba la motocicleta aparcada. Subiendo a ella, saltó con todo el peso de su cuerpo sobre el pedal de arranque. El motor arrancó. Llevó la moto hasta la calle, encendió la luz, presionó el embrague, la puso en marcha y soltó el embrague al dar gasolina al motor. Con fuerte estruendo avanzó; se aferró falto de experiencia hasta que hubo alcanzado velocidad y luego se relajó y se acomodó en el asiento. En el primer cruce, dobló a la derecha, hacia la autopista.

Había ya llegado a la autopista cuando se dio cuenta de que se había olvidado de algo. ¿Qué era? Alguna parte de su uniforme.

Las gafas de sol.

¿Las llevaba él de noche? Mientras avanzaba por la autopista dejando atrás coches y camiones, trató de recordarlo. Quizá para evitar encandilarse con las luces delanteras de los coches que se acercaban. Sosteniéndose del manillar con una mano, metió la otra en el bolsillo de la chaqueta. Allí estaban. Las sacó y se las ajustó sobre la nariz, Qué oscuridad con las gafas puestas. Por un momento no vio nada, sólo negrura.

Quizá fuera un error.

Quitándose las gafas de sol, hizo la prueba de mirar la carretera a través de ellas y luego sin ellas. A su izquierda un vehículo de gran tamaño avanzaba a la par de él. Apenas le prestó atención. Un remolque con un coche que lo llevaba; aceleró su moto para dejarlo atrás. El remolque aceleró a su vez.

Maldita sea, se dijo. Había olvidado algo, en efecto. Los guantes. Sus manos desnudas, una asida al manillar de la moto, la otra sosteniendo las gafas de sol, se le estaban entumeciendo de frío.

¿Había tiempo de volver atrás? No, decidió.

Esforzándose, intentó ver señales de la camioneta Ford amarilla. Entraría en la autopista donde estaba la señal luminosa.

A la izquierda, el remolque se le había adelantado. Cobró conciencia de que iba gradualmente entrando en su carril. Dios, pensó. Guardando las gafas de sol, condujo la motocicleta al carril de su derecha. Sonó una bocina; había un coche directamente a su derecha. De nuevo se desvió bruscamente. En el mismo momento, el remolque lo rozó. Su mano voló de prisa hacia la bocina. ¿Qué bocina? ¿Tenían bocinas las motos? Sirenas. Se inclinó para hacer sonar la sirena.

Cuando la sirena ululó, el remolque dejó de presionarlo.

Volvió a su propio carril. Y el coche a su derecha le cedió más espacio.

Al advertirlo, cobró más confianza.

Cuando divisó la camioneta Ford amarilla, había empezado a disfrutar de su tarea.

Tan pronto como oyó la sirena tras él, Ragle se dio cuenta de que habían decidido atraparlo. No redujo la velocidad. Pero tampoco aceleró. Esperó hasta estar seguro de que era una moto y no un coche lo que tenía detrás. Y sólo veía uno de ellos.

Ahora tengo que hacer uso de mi sentido del tiempo y el espacio, se dijo. Mi magistral talento.

Observó la estructura del tránsito a su alrededor, las posiciones y las velocidades de los coches. Luego, cuando la tuvo asimilada, dobló bruscamente al carril de la izquierda, entre dos coches. El de atrás disminuyó la marcha; no tenía otra opción. Sin complicaciones había hecho penetrar la camioneta en una densa línea de tránsito. Luego, en rápida sucesión, fue avanzando hasta ponerse delante de un macizo camión con remolque que lo ocultaba a todo lo que viniera por detrás. Entretanto, la sirena seguía ululando. Ahora no le era posible saber con exactitud dónde se encontraba la moto. Y, pensó, indudablemente me ha perdido de vista.

Entre el gran camión y el sedán que tenía delante, era imposible que sus luces traseras se vieran. Y, de noche, el poli sólo tenía las luces traseras para guiarse.

De pronto la motocicleta pasó disparada por el carril a su derecha. El poli volvió la cabeza y lo identificó. Pero no podía acercarse a la camioneta; tenía que seguir adelante. El tránsito no se había detenido. Los conductores no podían saber quién era el perseguido; creían que la moto tenía intención de ir aún más lejos.

Ahora me esperará, previo Ragle. De inmediato cambió de carril, dirigiéndose al izquierdo, de modo que hubo dos carriles de tránsito entre él y la motocicleta. Se detendrá en el arcén. Ragle disminuyó la marcha para que los que venían detrás se vieran obligados a pasar a la derecha. El tránsito a su derecha se puso denso. Por un momento vio la motocicleta aparcada en el arcén de grava. El poli, de uniforme, miraba atrás. No vio la camioneta y, un momento más tarde, Ragle estaba a salvo. Lo había dejado atrás. Entonces aceleró; por primera vez salió disparado por delante del resto del tránsito.

Pronto vio la señal luminosa que esperaba.

Pero no vio la Estación Seaside que, le habían dicho, debía buscar.

Es raro, pensó.

Es mejor que salga de la autopista, se dijo. De ese modo, no podrán quererme hacer parar otra vez. Sin duda he violado algún reglamento; este camión no tiene el reflector del color adecuado en el parachoques trasero o algún otro detalle semejante. Cualquier cosa sirve de excusa para que la maquinaria entre en movimiento y todas las fuerzas puedan cerrarse sobre mí.

Sé que es mi psicosis, se dijo, pero aun así no quiero ser atrapado.

Haciendo una señal con la mano, abandonó la autopista. La camioneta entró pesadamente en un sendero de tierra en medio de un pastizal. Tan pronto como el coche se paró, apagó las luces del motor. Nadie me verá, se dijo. Pero ¿dónde diablos me encuentro? Y ¿qué hacer ahora?

Estirando el cuello, buscó en vano alguna señal de la Estación Seaside. La travesía junto a la luz, se desvanecía en la oscuridad, sólo iluminada unos pocos metros. Allí no había nada. Un camino secundario. Éste es el gran camino que conduce fuera de la ciudad.

A lo lejos, autopista arriba, se divisaba un letrero de neón coloreado.

Iré hasta allí, decidió. Aunque ¿puedo correr el riesgo de volver a la autopista?

Esperó hasta que, al mirar atrás, vio que avanzaba un denso tránsito. Entonces, forzando el motor, se lanzó a la carretera una fracción de segundo por delante del tránsito. Si algún poli se acercaba, sólo vería una luz trasera más entre todas las demás.

Un momento más tarde, Ragle vio que el cartel de neón era el de una taberna a la vera de la carretera. Un breve resplandor cuando estuvo al alcance de la vista; el aparcamiento, la grava. Un alto letrero vertical: LAS PARRILLAS Y BEBIDAS DE FRANK.

Las ventanas iluminadas de un edificio pentagonal de estuco de una sola planta, bastante moderno. Unos pocos coches aparcados. Hizo una señal y salió de la autopista para entrar en el aparcamiento. La camioneta se detuvo justo a tiempo. A medio metro de la pared del restaurante. Temblando, puso la primera y sorteó con la camioneta el edificio, perdiéndose de vista en la parte posterior, entre cubos de basura y pilas de cajas junto a la entrada de servicio. A donde llegaban sin duda los camiones de reparto.

Después de bajar de la camioneta, retrocedió para comprobar si era posible verla. No, no desde la autopista. No por un coche que pasara. Y si alguien preguntaba, no tenía más que negar toda relación con la camioneta. ¿Cómo podían probar que había llegado en ella? Vine andando, diría. O alguien me recogió hasta aquí; alguien que se desvió en el cruce.

Abriendo de un empujón la puerta del restaurante, entró. Quizá sepan dónde está la Estación Seaside, se dijo. Éste es probablemente el sitio donde debo comprar el bocadillo de jamón frito y el zumo de fruta.

De hecho, pensó, estoy seguro. Hay demasiada gente dentro. Como la estación de autobuses. La misma estructura.

La mayoría de los reservados estaban ocupados por parejas. Y junto a la barra en forma de círculo del centro, había hombres que cenaban o bebían. El sitio olía a hamburguesas que estaban friéndose; un tocadiscos automático bramaba en un rincón.

No había coches suficientes en el aparcamiento como para dar cuenta de este gentío.

Hasta el momento no lo habían observado. Cerró la puerta despacio sin entrar, y luego se alejó andando de prisa a través del terreno, sorteó el edificio, y fue en busca de la camioneta aparcada.

Demasiado grande. Demasiado moderno. Demasiado iluminado. Demasiado lleno de gente. ¿Es ésta la última etapa de mi dolencia mental? Sospechar de la gente... de los grupos y de la actividad humana, el color, la vida y el ruido. Los evito, pensó. Perversamente. Buscó la oscuridad.

De vuelta en la oscuridad, buscó el camino a tientas hasta la camioneta, puso en marcha el motor y luego, con las luces todavía apagadas, retrocedió hasta que la camioneta estuvo frente a la autopista. Aprovechando un hueco en el tránsito, se colocó en el primer carril. Una vez más, se encontró en movimiento, alejándose de la ciudad, en un vehículo ajeno. El de un empleado que atendía una gasolinera, a quien no había visto nunca antes en su vida. Le estoy robando la camioneta, advirtió. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Sé que están conspirando contra mí. Los dos soldados, el empleado. Haciendo planes contra mí. También la estación de autobuses. El conductor del taxi. Todo el mundo. No puedo confiar en nadie. Me enviaron en esta camioneta para que el primer poli de la autopista que se cruzara conmigo pudiera atraparme. Probablemente el extremo trasero de la camioneta se ilumina y dice ESPÍA RUSO. Una especie de «golpéame» paranoico, pensó.

Sí, pensó. Soy el hombre que lleva en la espalda el letrero GOLPÉAME. Por mucho que lo intente, nunca puede girar lo bastante de prisa como para verlo. Pero su intención le indica que ahí lo tiene. Observa a la otra gente y estima sus acciones. Deduce a partir de lo que hacen. Deduce que allí está el cartel porque los ve hacer cola para golpearlo.

No entraré en ningún sitio brillantemente iluminado. No iniciaré conversaciones con gente que no conozca. Cuando se trata de mí, no existen verdaderos desconocidos; todo el mundo me conoce. Soy ya un amigo, ya un enemigo...

Un amigo, pensó. ¿Quién? ¿Dónde? ¿Mi hermana? ¿Mi cuñado? ¿Los vecinos? Confío en ellos como en el que más. Pero no lo suficiente.

De modo que aquí estoy.

Siguió conduciendo. Ya no se divisaron más luces de neón. La tierra, a un lado y otro de la autopista, yacía oscura y sin vida. El tránsito había disminuido. Sólo una ocasional luz delantera resplandecía ante él desde el tránsito que avanzaba al otro lado de la franja divisoria.

Solo.

Al mirar hacia abajo, notó que la camioneta tenía una radio en el tablero de instrumentos. Reconoció el dial que se deslizaba de lado. Los dos botones.

Si la enciendo, los escucharé hablar sobre mí.

Estiró la mano, vaciló y luego encendió la radio. La radio empezó a zumbar. Gradualmente las válvulas fueron calentándose; poco a poco fueron apareciendo sonidos, parásitos en su mayoría. Mientras conducía, ajustó el volumen.

-...después -dijo una voz chirriante.

-...no -dijo otra voz.

-...lo posible.

-...de acuerdo -Una serie de sonidos explosivos.

Están llamando de un lado y otro, se dijo Ragle. Las ondas del éter llenas de alarma. ¡Ragle Gumm se nos ha escapado! ¡Se ha escurrido!

La voz chirrió:

-...más experimentado.

Ragle pensó: La próxima vez enviad un equipo más experimentado. Puñado de aficionados.

-...lo mismo daría... ya no...

Lo mismo daría darnos por vencidos, completó Ragle la frase. Ya no tiene sentido seguirle la pista. Es demasiado astuto. Demasiado sagaz.

La voz chirrió:

-...dice Schulmann.

Ése podría ser el comandante Schulmann, se dijo Ragle. El comandante supremo con sede en Ginebra. Que planea la estrategia secreta de alto nivel para sincronizar los movimientos militares de alcance mundial, de modo que converjan todos sobre esta camioneta. Flotas enteras de buques de guerra que navegan hacia mí. Cañones atómicos. Las medidas habituales.

La voz chirriante se volvió demasiado exasperante; apagó la radio. Como ratones. Ratones plañideros que chillan aquí y allá... la piel se le erizaba.

De acuerdo con el indicador, había viajado unos cuarenta kilómetros. Una gran distancia. Ninguna ciudad. Ninguna luz. Ni siquiera tránsito ahora. Sólo la carretera delante, la franja divisoria a su izquierda. El pavimento iluminado por los faros.

Oscuridad, la planicie de los campos. Arriba, las estrellas.

¿Ni siquiera granjas? ¿Letreros?

Dios, pensó. ¿Qué sucedería si tuviera aquí un accidente? ¿Dónde estoy? *¿Estoy en algún sitio?*

Quizá no me estoy moviendo. Atrapado en un lugar intermedio. Las ruedas de la camioneta giran sobre la grava... giran inútilmente, para siempre. La ilusión de movimiento. Ruido de motor, ruido de ruedas, luces delanteras sobre el pavimento. Pero sólo inmovilidad.

Y, sin embargo, se sentía demasiado intranquilo como para parar la camioneta. Como para salir y explorar. Al diablo con eso, pensó. Cuando menos, aquí en el camión estaba a salvo. Algo a su alrededor. Una concha de metal. Un tablero de instrumentos delante de él, un asiento debajo. Diales, pedales, botones.

Mejor que el vacío de afuera.

Y entonces, lejos a la derecha, vio una luz. Y un poco más tarde, un letrero resplandeció ante las luces delanteras. Señalaba una travesía. El camino se bifurcaba a la derecha y a la izquierda.

Disminuyendo la velocidad, giró por el camino de la derecha.

Se veía a la luz un pavimento estrecho y quebrado. La camioneta rebotó y se balanceó; disminuyó la velocidad. Un camino abandonado. Sin reparar. Las ruedas delanteras de la camioneta cayeron en un bache; cambió a segunda y casi se detuvo. Por poco no se le rompió la dirección. Con cuidado, avanzó. El camino se torcía y empezó a ascender.

Ahora había a su alrededor colinas y densas malezas. Una rama de árbol bajo las ruedas; la oyó quebrarse. Una criatura de piel blanca se escabulló frenética. Dio la vuelta para esquivarla, y las ruedas de la camioneta giraron sobre el barro. Aterrorizado, giró violentamente el volante. La pesadilla de unos momentos antes... atrapado y las ruedas girando en falso, hundiéndose en el terreno suelto y desmoronadizo.

Cambiando a primera, hizo que la camioneta ascendiera la colina espantosamente empinada. Ahora el asfalto se había convertido en tierra apisonada. Profundos baches dejados por vehículos anteriores. Algo rozó el techo de la camioneta; él se agachó involuntariamente. Las luces delanteras iluminaron el follaje, que se derramaba sobre el camino mientras la camioneta apuntaba hacia el borde de una bajada. Luego el camino se torcía bruscamente hacia la izquierda; giró con fuerza el volante. Una vez más apareció el camino, atravesado por plantas que se habían arrastrado sobre él. El camino se hizo más estrecho; apretó el freno al tambalearse la camioneta sobre un bache.

En la siguiente curva, la camioneta erró el borde del camino. Las dos ruedas derechas giraron en falso sobre las plantas; la camioneta dio la vuelta y él pisó con fuerza los frenos, parando el motor. La camioneta quedó ladeada. Se palpó, deslizándose de debajo del volante; estirando la mano, logró agarrar la manija de la portezuela. La camioneta se alzó, gruñó y luego permaneció inmóvil, medio volcada.

Esto es todo, se dijo.

Al cabo de unos instantes, pudo abrir la portezuela y salir.

Las luces delanteras brillaban en los árboles y los arbustos. Por encima, el cielo. El camino casi se perdía al ascender todavía más. Volviéndose, Ragle miró hacia abajo. A lo lejos, pudo ver la línea de luces, la autopista. Pero ningún pueblo, ninguna vivienda humana. El borde de la colina cortaba las luces, las podaba.

Empezó a ascender por el camino, guiándose más por el tacto que por la vista. Cuando su pie derecho pisaba alguna planta, se dirigía a la izquierda. El rayo de radar, se dijo. Mantener el curso o salir disparado de cabeza.

En el follaje bullían diversas criaturas. Las oía escabullirse cuando él se aproximaba. Indefensas, pensó, o no huirían tan de prisa.

De pronto, perdió pie; tropezando, consiguió mantenerse erguido. El camino se había nivelado. Resollando, se detuvo. Había llegado a la cima de la colina.

A su derecha, brillaba una luz. Una casa; apartada del camino. Una casa de campo. Evidentemente ocupada. Las ventanas estaban iluminadas.

Avanzó hacia ella por un sendero de tierra hasta una cerca. Tanteando, llegó a un portón. Al fin, logró abrirlo. El sendero, dos surcos profundos, conducía a la casa. Por último, después de caer varias veces, chocó contra peldaños de piedra.

La casa. Había llegado.

Con los brazos extendidos, subió los peldaños hasta la galería. Sus manos tantearon hasta que sus dedos se cerraron sobre una anticuada campanilla.

Tocó la campanilla y esperó jadeando, estremecido en el frío de la noche.

La puerta se abrió y una mujer de edad madura, descolorida y con el pelo castaño se quedó mirándolo. Llevaba pantalones y una camisa a cuadros rojos y castaños y botas atadas en los tobillos. *La señora Keitelbein,* dijo su mente. Es ella. Pero no era ella. La miró fijamente y ella lo miró fijamente a su vez.

-¿Sí? -dijo. Tras ella, en la sala, alguien más, un hombre, trataba de ver quién era él-. ¿Qué desea? -preguntó ella.

Ragle dijo:

-Se me ha estropeado el coche.

-Oh, pase -dijo la mujer. Mantuvo la puerta abierta para darle paso-. ¿Se ha lastimado? ¿Está solo? -Salió a la galería para ver si había alguien más allí.

-Sólo yo -dijo él. Muebles de arce... una silla baja, una mesa, un banco largo con una máquina de escribir portátil sobre él. Un hogar. Tablas anchas, vigas en el techo-. Bonito -dijo, yendo hacia el hogar.

Un hombre con un libro abierto en la mano.

-Puede utilizar nuestro teléfono -dijo-. ¿Cuánto tuvo que andar?

-No demasiado -dijo él. El hombre tenía una cara blanda, amplia, suave como la de un niño. Parecía mucho más joven que la mujer, quizá su hijo. *Como Walter Keitelbein*, pensó. Asombrosa semejanza. Por un momento...

-Tuvo suerte en encontrarnos -dijo la mujer-. La nuestra es la única casa ocupada de la colina. Todos los demás no vuelven hasta el verano.

-Entiendo -dijo él.

-Nosotros permanecemos aquí todo el año -le dijo el joven.

La mujer dijo:

-Yo soy la señora Kesselman. Y éste es mi hijo.

Ragle se quedó mirándolos fijamente a los dos.

-¿Qué ocurre? -preguntó la señora Kesselman.

-Me pareció... reconocer el apellido -dijo Ragle. ¿Qué significaba eso? Pero definitivamente la mujer no era la señora Keitelbein. Y el joven no era Walter. De modo que el hecho de que se parecieran no quería decir nada.

-¿Adónde iba para haber tomado este camino? -preguntó la señora Kesselman-. Éste es un montículo de tierra abandonado de la mano de Dios cuando todo el mundo está fuera. Sé que debe de sonar paradójico que yo lo diga, puesto que vivimos aquí.

-Estoy buscando a un amigo -dijo Ragle. Eso pareció satisfacer a los Kesselman. Los dos asintieron con la cabeza.

-Mi coche se salió del camino y volcó en una de esas curvas -dijo Ragle.

-Oh, Dios -dijo la señora Kesselman-. Qué terrible. ¿Se deslizó fuera del camino? ¿Cayó al barranco?

-No -respondió él-. Pero tendrá que ser remolcado. Tengo miedo de volver a él y que se deslice todavía más abajo.

-Por nada del mundo debe usted volver a él -dijo la señora Kesselman-. Ha habido casos de coches que se han deslizado del camino y han caído hasta el fondo del barranco. ¿Quiere telefonear a su amigo para decirle que se encuentra bien?

-No sé su número.

-¿No puede buscarlo en la guía? -preguntó el joven Kesselman.

-No sé su nombre -dijo Ragle-. Ni siquiera si es un hombre. -O, pensó, ni siquiera si existe.

Los Kesselman sonrieron confiados. Suponiendo, por supuesto, que lo que decía no era tan críptico como parecía.

-¿Querría llamar a la grúa? -dijo la señora Kesselman. Pero su hijo tomó la palabra.

-Nadie va a enviar aquí una grúa de noche -dijo-. Lo hemos comprobado con múltiples garajes. Sencillamente no se mueven.

-Es cierto -dijo la señora Kesselman-. Oh, Dios. Esto es un problema. Siempre temimos que nos ocurriera a nosotros. Pero nunca nos ocurrió. Claro que nosotros conocemos el camino muy bien, al cabo de tantos años.

El joven Kesselman dijo:

-Yo lo llevaría con gusto a la casa de su amigo si tiene idea de dónde es. O podría llevarlo de nuevo a la autopista, o a la ciudad. -Miró a su madre y ella mostró su aprobación con un movimiento de cabeza.

-Eso es muy amable de su parte -dijo Ragle. Pero no quería marcharse; estaba cerca del hogar calentándose y disfrutando de la paz reinante en la habitación. Le parecía que en algunos aspectos estaba en la casa más civilizada en que hubiera estado nunca desde que tuviera memoria. Los grabados en las paredes. La ausencia de desorden. Nada de objetos inútiles. Y todo dispuesto con gusto, los libros, los muebles, las cortinas... todo satisfacía su

intenso sentido innato del orden. Su conciencia de las estructuras. Aquí existe un verdadero equilibrio estético, decidió. Ésa es la causa por la que resulta tan apaciguador este ambiente.

La señora Kesselman esperaba que él hiciera o dijera algo. Como él continuaba junto al hogar, dijo:

-¿Le gustaría beber algo?

-Sí -dijo él-. Gracias.

-Veré qué hay -dijo la señora Kesselman-. Con su permiso. -Salió de la habitación. Su hijo se quedó.

-Hace bastante frío afuera -dijo el hijo.

-Sí -dijo Ragle.

Con torpeza, el joven le tendió la mano.

-Me llamo Garret -dijo. Se estrecharon la mano-. Me dedico a la decoración de interiores.

Eso explicaba el buen gusto demostrado en la habitación.

-Esto es muy bonito -dijo Ragle.

-¿A qué se dedica usted? -le preguntó Garret Kesselman.

-Mi trabajo se relaciona con los periódicos -dijo Ragle.

-Oh, que me condenen -dijo Garret-. ¿En serio? Debe ser fascinante. Cuando estaba en el colegio seguí dos cursos sobre periodismo.

La señora Kesselman volvió con una bandeja sobre la que había tres pequeños vasos y una botella de forma poco corriente.

-Whisky de malta de Tennessee -dijo colocando la bandeja sobre la mesita de café con superficie de cristal-. De la destilería más antigua del país. Jack Daniels, etiqueta negra.

-Nunca oí hablar de él -dijo Ragle-, pero suena exquisito.

-Es un whisky excelente -dijo Garret dándole a Ragle un vaso de la bebida-. Parecido al whisky canadiense.

-Habitualmente, soy bebedor de cerveza -dijo Ragle. Probó el whisky de malta y le pareció bien-. Magnífico -dijo.

Luego, ninguno de los tres dijo nada.

-No parece momento oportuno para salir en busca de alguien -dijo la señora Kesselman, cuando Ragle hubo terminando de beber su vaso de whisky y se estaba sirviendo un segundo-. La mayoría de la gente emprende el ascenso de esta colina de día. -Se sentó frente a él. Su hijo se apoyó en el brazo del diván.

-Tuve una pelea con mi esposa, y ya no pude seguir soportándolo. Tuve que marcharme -dijo Ragle.

-Qué lástima -dijo la señora Kesselman.

-Ni siquiera me detuve a recoger mi ropa -dijo Ragle-. Sin objetivo alguno en mente, sencillamente me marché. Luego me acordé de este amigo y pensé que podría alojarme en su casa por un tiempo hasta que lograra reorientarme. No lo he visto en años. Probablemente hace mucho que se mudó. Es terrible cuando se rompe un matrimonio. Parece el fin del mundo.

-Sí -convino la señora Kesselman.

Ragle dijo:

-¿Y si me dejaran pasar la noche aquí?

Se miraron entre sí. Embarazados, los dos empezaron a contestar a la vez. Lo sustancial de la respuesta era no.

-Tengo que quedarme en algún sitio -dijo Ragle. Metió la mano en el bolsillo y buscó la billetera. La sacó, la abrió y contó el dinero que había en ella-. Llevo unos doscientos dólares conmigo -dijo-. Puedo pagarles de acuerdo con los inconvenientes que les cause. Dinero a cambio de inconvenientes.

La señora Kesselman dijo:

-Denos tiempo de hablarlo. -Poniéndose de pie, hizo una seña a su hijo. Los dos desaparecieron en la habitación contigua; la puerta se cerró tras ellos.

Tengo que quedarme aquí, se dijo Ragle. Se sirvió otro vaso de whisky de malta y volvió con él junto al hogar para estar al calor.

Esa camioneta, pensó. Con su radio. Debe de haberles pertenecido; de otro modo, no habría tenido radio. El muchacho de la Estación Standard... él los representaba.

Una prueba, se dijo Ragle. La radio es una prueba. No está en mi mente. Es un hecho.

Por sus actos los conoceréis, pensó. Y sus actos consisten en que se comunican por radio.

La puerta se abrió y los Kesselman volvieron.

-Lo hemos hablado -dijo ella sentándose en el diván frente a Ragle. Su hijo permaneció en pie junto a ella con aspecto grave-. Resulta evidente que se encuentra usted en apuros. Le permitiremos que se quede, pues vemos claramente que está en alguna situación desdichada. Pero queremos que sea sincero con nosotros, y creemos que no lo ha sido. Hay más en su situación de lo que nos ha dicho hasta ahora.

-Tienen razón -dijo Ragle.

Los Kesselman intercambiaron una mirada.

-Estuve yendo en el coche de un sitio a otro con la intención de suicidarme -dijo Ragle-. Quería acelerar y abandonar el camino. Estrellarme en la zanja. Pero no tuve valor.

Los Kesselman se quedaron mirándolo horrorizados.

-Oh, no -dijo la señora Kesselman. Se puso de pie y avanzó hacia él-. Señor Gumm...

-Mi apellido no es Gumm -dijo Ragle. Pero era evidente que lo habían reconocido. Lo habían reconocido desde el principio.

Todo el mundo en el universo me conoce. No debería sorprenderme. De hecho, no estoy sorprendido.

-Yo sabía quién era -dijo la señora Kesselman-, pero no quería cohibirlo si no se sentía inclinado a decírnoslo.

Garret dijo:

-Si no te importa que lo pregunte: ¿quién es el señor Gumm? Supongo que debería saberlo, pero no lo sé.

Su madre dijo:

-Querido, éste es el señor Gumm, que gana siempre el concurso de la *Gazette*. Recuerda la película que vimos sobre él la semana pasada por televisión. -A Ragle le dijo-: Oh, lo sé todo de usted. En 1937 intervine en el concurso Old Gold. Llegué hasta el final; resolví correctamente todos los acertijos.

-Aunque hizo trampa -dijo su hijo.

-Sí -dijo la señora Kesselman-. Una amiga y yo solíamos salir a la hora de la comida con cinco dólares que reuníamos entre las dos y comprábamos una hoja volante con información sobre los caballos a un viejito vendedor de periódicos que nos la deslizaba por debajo del mostrador.

Garret dijo:

-Espero que no tenga inconveniente en dormir en el sótano. No es en realidad un sótano; lo convertimos en cuarto de juegos hace unas semanas. Hay allí un cuarto de baño y una cama... los venimos utilizando como cuarto de huéspedes para las personas que no podían volver a su casa en el mismo día.

-No tiene usted ya intención de... de acabar consigo mismo, ¿no es cierto? -preguntó la señora Kesselman-. ¿Se le ha ido eso de la mente?

-Sí -dijo Ragle.

Con alivio, ella dijo:

-Me alegro mucho. Como colega que participa en concursos, lo habría tomado muy a mal. Todos esperamos que siga ganando.

-Figúrate -dijo Garret-. Pasaremos a la historia como las personas que impidieron a -tropezó con el apellido- al... señor Gumm ceder al impulso de autodestrucción. Nuestros nombres estarán vinculados con el suyo. La fama.

-La fama -convino Ragle.

Se sirvió otra ronda de whisky de malta de Tennessee. Los tres se quedaron sentados en la sala bebiendo y mirándose entre sí.

Nueve

Sonó el timbre. Junie Black dejó caer la revista que estaba leyendo y se puso de pie para atender a quien fuera.

-Telegrama para el señor William Black -dijo el muchacho con el uniforme de la Western Union-. Firme aquí, por favor. -Le dio un lápiz y un cuaderno; ella firmó y recibió el telegrama.

Después de cerrar la puerta, le llevó el telegrama a su marido.

-Para ti -dijo-. Un telegrama. Bill Black lo abrió, se volvió de modo que su esposa no pudiera leerlo por encima de su hombro y miró el contenido.

MOTO PERDIÓ CAMIONETA. GUMM PASÓ PARRILLA. DECIDE

Nunca envíes a un niño a realizar el trabajo de un hombre, se dijo Bill Black. Tu decisión vale tanto como la mía. Consultó su reloj de pulsera. Las nueve y media de la noche. Se hacía cada vez más tarde. Era demasiado tarde ahora.

-¿Qué dice? -preguntó Junie.

-Nada -dijo él. Me pregunto si lo encontrarán, pensó. Porque si no lo encuentran, algunos de nosotros estaremos muertos mañana a esta hora. Dios sabe cuántos miles de muertos. Nuestras vidas dependen de Ragle Gumm. De él y su concurso.

-Es una catástrofe -dijo Junie-. ¿No es cierto? Lo sé por tu expresión.

-Negocios -dijo él-. Negocios municipales.

-Oh, ¿de veras? -dijo ella-. No me mientas. Apuesto a que tiene algo que ver con Ragle. -Súbitamente le arrebató el telegrama y salió corriendo de la habitación con él-. ¡Así era, en efecto! -gritó mientras leía el telegrama-. ¿Qué has hecho? ¿Has contratado a alguien para que lo matara? Sé que ha desaparecido; estaba hablando con Margo por teléfono y ella dice...

Él se las compuso para recobrar el telegrama.

-No tienes la menor idea de lo que esto significa -dijo con gran control.

-Sé lo que significa. Tan pronto como Margo me dijo que Ragle había desaparecido...

-Ragle no desapareció -dijo él, casi agotado ya su gran control-. Se ha marchado.

-¿Cómo lo sabes?

-Lo sé -respondió él.

-Lo sabes porque eres el responsable de su desaparición.

En cierto sentido, pensó Bill Black, tiene razón. Soy responsable porque cuando él y Vic salieron de ese club, creí que estaban de broma.

-De acuerdo -dijo-, soy el responsable.

Los ojos de ella cambiaron de color. Las pupilas se le hicieron pequeñas.

-Oh, te odio -dijo sacudiendo la cabeza-. Me gustaría cortarte el cuello.

-Adelante -dijo él-. Quizá no sería mala idea.

-Me voy al lado -dijo Junie-. Voy a decirles a Vic y a Margo que tú eres el responsable. -Se fue de prisa hacia la puerta de entrada; él la siguió y la sujetó-. Suéltame -dijo ella intentando librarse de él-. Les diré que Ragle y yo estamos enamorados, y que si sobrevive a tu maligno...

-Siéntate -dijo él-. Estáte quieta. -Y luego pensó nuevamente en que Ragle no estaría allí para resolver el acertijo de mañana. Entonces el pánico empezó a dominarlo-. Tengo ganas de esconderme en el ropero -le dijo a su esposa-. No, tengo ganas de cavar una cueva bajo el piso. Hasta el fondo.

-Culpa infantil -dijo Junie con desprecio.

Bill Black dijo:

-Miedo. Puro miedo.

-Estás avergonzado.

-No -dijo él-. Miedo infantil. Miedo adulto.

-Miedo adulto -dijo Junie con un resoplido-. No existe semejante cosa.

-Sí que existe -dijo él.

Garret dejó una toalla de baño limpia, plegada sobre un brazo de la silla y, con ella, una esponja y una pastilla de jabón en su envoltorio.

-Tendrá que pasarse sin pijama -dijo-. El cuarto de baño está detrás de esa puerta. -Abrió una puerta y Ragle vio al otro extremo de un corredor estrecho, semejante al pasillo de un barco, un cuarto de baño pequeño como un ropero.

-Magnífico -dijo Ragle. La bebida le había dado sueño-. Gracias -dijo-. Lo veré mañana.

-Hay muchos libros y revistas en el mismo cuarto de juego -dijo Garret-. Y hay un juego de ajedrez y otros. Aunque ninguno es para jugar solo.

Se marchó. Ragle oyó sus pasos al subir la escalera a la planta baja. La puerta en lo alto de la escalera se cerró.

Sentándose en la cama, Ragle se quitó los zapatos y los dejó caer al suelo. Luego los cogió con un dedo cada uno, los levantó y buscó un sitio donde ponerlos. Vio una estantería, a lo largo de la pared, sobre la que había una lámpara, un reloj de cuerda y una pequeña radio de plástico.

Tan pronto como hubo visto la radio, volvió a ponerse los zapatos, se abotonó la camisa y salió apresurado del cuarto hacia las escaleras.

Casi me engañan. Pero se traicionaron. Subió los peldaños de dos en dos y abrió la puerta en lo alto de un empujón. Sólo poco más o menos un minuto desde que Garret Kesselman lo había precedido. Ragle se quedó en el vestíbulo escuchando. Desde la distancia llegaba la voz de la señora Kesselman.

Se está poniendo en contacto con ellos. Los está llamando por teléfono o les envía un mensaje por radio. Una u otra cosa. Haciendo el menor ruido posible, avanzó por el vestíbulo en dirección a la voz. El vestíbulo, a oscuras, terminaba en una puerta abierta a medias. Por ella se derramaba la luz sobre el vestíbulo, y, cuando se acercó más, vio el interior de un comedor.

Vestida con bata y en zapatillas, con el pelo recogido en un turbante, la señora Kesselman le estaba dando de comer a un perrillo negro de un plato que había en el suelo. Tanto ella como el perro se sobresaltaron cuando Ragle abrió la puerta de un empujón. El perro retrocedió y empezó a ladrar en un rápido *staccato*.

-Oh -dijo la señora Kesselman-. Me ha dado un susto. -En una mano tenía una caja con bizcochos para perro-. ¿Necesitaba algo?

Ragle dijo:

-Hay una radio abajo en mi cuarto.

-Sí -dijo ella.

-Así es como ellos se comunican -dijo Ragle.

-¿Quiénes?

-Ellos -dijo él-. No sé quiénes son, pero me rodean por todas partes. Son los que me persiguen. -Y usted y su hijo, pensó, son dos de ellos. Por poco me atrapan. Lástima que olvidaron esconder la radio. Pero lo más probable es que no hayan tenido tiempo.

Garret apareció a la entrada del vestíbulo.

-¿Todo va bien? -preguntó con voz preocupada.

Su madre le respondió:

-Querido, cierra la puerta para que pueda hablar con el señor Gumm a solas, ¿quieres?

-Lo quiero aquí -dijo Ragle. Avanzó hacia Garret, que parpadeó y dio un paso atrás, batiendo los brazos desvalido. Cerrando la puerta, Ragle dijo-: No tengo cómo saber si han

llamado para decir que estoy aquí. Debo optar por la posibilidad de que no hayan tenido tiempo.

No tengo otro sitio a dónde ir, pensó. Desde luego, no esta noche.

-¿Qué significa todo esto? -dijo la señora Kesselman. Agachándose, volvió a dar de comer al perro. El perro, después de dirigir unos pocos ladridos más a Ragle, volvió a su comida-. Dice que un grupo de personas lo persigue y que nosotros formamos parte de ese grupo. Entonces eso del suicidio es una invención.

-Es una invención -convino él.

-¿Por qué lo persiguen? -preguntó Garret.

Ragle dijo:

-Porque soy el centro del universo. Cuando menos, eso es lo que he deducido de sus acciones. Actúan como si lo fuera. Sólo tengo eso sobre lo cual basarme. Se han tomado un montón de molestias para construir un mundo falso a mi alrededor con el fin de mantenerme apaciguado. Edificios, coches, una ciudad entera. Con aspecto del todo natural, pero completamente irreal. La parte que no comprendo es el concurso.

-Oh -dijo la señora Kesselman-, su concurso.

-Evidentemente, desempeña un papel fundamental para ellos -dijo Ragle-. Eso me desconcierta. ¿Lo sabe usted?

-Yo no sé más que usted -dijo la señora Kesselman-. Por supuesto, siempre hemos oído decir que esos grandes concursos son algo fraguado... pero con excepción de los habituales rumores...

-Quiero decir -dijo Ragle-, ¿sabe en qué consiste realmente el concurso?

Ninguno de los dos respondió. La señora Kesselman, de espaldas a él, siguió dándole de comer al perro. Garret se sentó en una silla y cruzó las piernas; se apoyó en el respaldo con las manos cogidas entre sí detrás de la cabeza, intentando parecer sereno.

-¿Sabe lo que estoy haciendo realmente cada día? -preguntó Ragle-. ¿Cuándo supuestamente calculo a qué sitio irá la próxima vez el hombrecito verde? Debo de estar haciendo otra cosa. Ellos lo saben, pero yo no.

Los dos Kesselman guardaron silencio.

-¿Ya habían llamado? -les preguntó Ragle.

Garret se estremeció con inquietud. La señora Kesselman pareció algo afectada, pero siguió dándole de comer al perro.

-¿Puedo examinar la casa? -preguntó Ragle.

-Claro -dijo la señora Kesselman irguiéndose-. Mire, señor Gumm. Hemos hecho lo que pudimos por darle alojamiento. Pero... -Con un gesto frenético, explotó-. Con toda honestidad, nos ha alterado usted tanto, que apenas sabemos lo que estamos haciendo. Nunca lo habíamos visto antes en la vida. Está usted loco... ¿es eso? Quizá lo esté: desde luego está actuando como si lo estuviera. Ojalá no hubiera venido aquí; ojalá... -Vaciló-. Bueno, había empezado a decir: ojalá se hubiera despeñado usted con su coche. No es justo que nos cause todas estas molestias.

-Es cierto -murmuró Garret.

¿Estoy cometiendo un error?, se preguntó Ragle.

-Explique lo de la radio -dijo en voz alta.

-No hay nada que explicar -dijo la señora Kesselman-. Es una radio corriente de cinco válvulas que compré después de la segunda guerra mundial. Ha estado años allí abajo. Ni siquiera sé si funciona. -Ahora parecía enfadada. Las manos le temblaban y la cara se le había puesto tensa, contraída de cansancio-. Todo el mundo tiene radio. Aun dos o tres.

Ragle abrió todas las puertas del comedor. Una de ellas daba a un ropero de almacenaje, con estanterías y arcones. Dijo:

-Quiero examinar la casa. Métanse aquí para no tener que preocuparme por lo que hagan mientras tanto. -En la cerradura había una llave.

-Por favor -empezó a decir la señora Kesselman, mirándolo colérica y de manera casi desarticulada.

-Sólo unos minutos -dijo él.

Se miraron entre sí. La señora Kesselman hizo un gesto de resignación y luego entraron sin decir palabra en el ropero. Ragle lo cerró con la llave y se la puso en el bolsillo.

Ahora se sentía mejor.

Junto a su plato, el perro negro lo observaba con atención. ¿Por qué me observa?, se preguntó. Y entonces notó que el perro había terminado su comida y tenía esperanzas de que él le diera más. El paquete seguía sobre la larga mesa donde la señora Kesselman lo había dejado; echó algunos bizcochos más en el plato y el perro siguió comiendo.

Desde dentro del ropero, la voz de Garret era distintamente audible:

-...enfrentarnos a él. Es un chiflado.

Ragle dijo:

-No soy un chiflado. He observado cómo esto va creciendo paso a paso. Cuando menos, he cobrado conciencia de ello paso a paso.

La señora Kesselman le dijo a través de la puerta cerrada:

-Mire, señor Gumm. Es evidente que usted cree en lo que dice. Pero ¿no ve lo que está haciendo? Porque cree que todos están contra usted, obliga a todos a que lo estén.

-Como nosotros.

Hay mucha verdad en lo que dicen, pensó. Ragle, inseguro, dijo:

-No puedo correr riesgos.

-Tiene que correr un riesgo con alguien -le dijo la señora Kesselman-. De otro modo no podrá seguir viviendo.

-Examinaré la casa y luego decidiré -dijo Ragle. La voz de la mujer, controlada y civilizada, prosiguió:

-Al menos llame a su familia y dígales que se encuentra bien. Para que no se preocupen por usted. Probablemente deben de estar muy alterados.

-Debe permitirnos que nosotros los llamemos -dijo Garret-. Para que no se nos adelanten y llamen a la policía o algo por el estilo.

Ragle abandonó el comedor. Primero inspeccionó el salón. Todo parecía en orden. ¿Qué pretendía encontrar? El mismo viejo problema... no lo sabría hasta que lo encontrara. Y quizás aun entonces no tendría certeza de que fuera eso.

Sobre la pared, más allá de una pequeña espineta, había un teléfono de plástico de color rosa brillante con una cuerda rizada también de plástico. Y de pie, en la estantería, la guía telefónica. Cogió la guía.

Era la misma guía telefónica que Sammy había encontrado en el terreno baldío. La abrió. Escritos con lápiz rojo, bolígrafo y pluma había números y nombres en la primera página en blanco. Direcciones, anotaciones de fechas, ocasiones, acontecimientos... la guía telefónica actual que utilizaba la gente de esta casa. Números de Walnut, Sherman, Kentfield, Devonshire.

El número del teléfono colgado en la pared era de Kentfield.

De modo que eso lo aclaraba.

Llevando la guía, atravesó la casa de vuelta al comedor. Cogió la llave y abrió la puerta del ropero, de par en par.

El ropero estaba vacío. Un gran boquete había sido abierto en la pared del fondo, un contorno todavía caliente de madera y yeso a través del cual se veía uno de los dormitorios. Habían abierto un pasaje en cuestión de minutos. En el suelo, junto al boquete, había dos pequeñas puntas semejantes a las de un taladro; una de ellas estaba doblada, dañada y rota. No era del tamaño adecuado. Demasiado pequeña. Y la otra, probablemente no había sido probada; habían encontrado la del tamaño adecuado y terminado la tarea; se habían escapado con tanta prisa, que olvidaron estas partes de la herramienta cortante.

Librodot

Sosteniendo las puntas del taladro en la palma de la mano, vio que no se parecían a nada que hubiera visto antes. En toda la vida.

Mientras habían estado hablando razonable y racionalmente, habían estado cortando el fondo del ropero.

Me superan por mucho, se dijo. Lo mismo daría que me diera por vencido.

Hizo una inspección superficial de la casa. No había señales de ellos. La puerta trasera batía al viento del atardecer. Se habían ido. Abandonando la casa por completo. Sentía el vacío. Sólo él y el perro. Ni siquiera el perro; no había ahora el menor indicio de él. El perro se había marchado con ellos.

Podía lanzarse al camino; probablemente en algún sitio de la casa habría una linterna que pudiera coger. Habría quizás un abrigo grueso que pudiera ponerse. Con suerte, podría andar un buen trecho antes que los Kesselman tuvieran tiempo de volver con refuerzos. Podía esconderse en el bosque, esperar hasta que se hiciera de día. Intentar llegar a la autopista... intentar viajar en autostop hasta el pie de la colina, por muchos que fueran los kilómetros.

Qué perspectiva tan desconsoladora. Se estremecía ante ella; necesitaba descanso y sueño, no seguir andando.

O... podría quedarse en la casa y, en el tiempo que le quedara, explorarla tan cabalmente como le fuera posible. Enterarse de tanto como le fuera posible antes de que se lo llevaran a remolque otra vez.

Si tenía que ser de un modo u otro, prefería lo último.

Volvió a la sala. Esta vez abrió cajones y armarios y miró dentro de los objetos corrientes, como el televisor que había en un rincón.

Sobre el televisor, montado en un marco de caoba, había una grabadora. La puso en funcionamiento, y una cinta, introducida ya en el mecanismo, comenzó a moverse. Al cabo de unos instantes, la pantalla del televisor se iluminó. La cinta, según advirtió, era no sólo para audio, sino también para video. Retrocediendo, miró la pantalla.

En la pantalla del televisor apareció Ragle Gumm, primero de frente, y luego de perfil. Ragle Gumm se paseaba por una calle residencial bordeada de árboles, dejando atrás coches aparcados, prados. Luego un primer plano de su cara.

Desde el altavoz del televisor una voz dijo:

-Éste es Ragle Gumm.

En la pantalla Ragle Gumm ahora estaba echado en una tumbona en el patio trasero de una casa, con una camisa de deporte hawaiana y pantalones cortos.

-Oiréis un fragmento de su estilo de conversación -dijo la voz. Y luego Ragle oyó su propia voz-: *...llegaré antes que vosotros* -dijo Ragle Gumm-. *De otro modo, podéis hacerlo mañana. ¿De acuerdo?*

Me tienen en blanco y negro, pensó Ragle. En colores, a decir verdad.

Paró la cinta. La imagen permaneció inmóvil. Luego apagó el aparato y la imagen fue reduciéndose rápidamente hasta convertirse en un punto luminoso para desaparecer luego por completo.

No es de sorprender que todos me reconozcan. Han sido entrenados.

Cuando empiece a imaginar que estoy loco, recordaré este aparato. Este programa de entrenamiento de identificación cuyo tema soy yo.

Me pregunto cuántas cintas como ésta habrá, y cuántos aparatos en cuántas casas. En zonas de qué extensión. En cada casa. En cada calle. En cada ciudad, quizá.

¿En el mundo entero?

Oyó a lo lejos el ruido de un motor. Eso lo puso en movimiento.

Ya no falta mucho, advirtió. Abrió la puerta de entrada, y el ruido aumentó. En la oscuridad debajo de él, luces gemelas resplandecían y luego se interrumpían otra vez.

Pero ¿cuál es el fin de esto?, se preguntó. ¿Quiénes son?

¿Cómo son realmente las cosas? Tengo que ver...

Corriendo por toda la casa, revisó un objeto tras otro, una habitación tras otra. Muebles, libros, alimentos en la cocina, artículos personales en los cajones, las ropas colgadas en los roperos... ¿qué sería lo más significativo?

En la galería trasera, se detuvo. Había llegado al extremo de la casa. Una lavadora, una fregona colgada de una cuerda, un paquete de jabón en polvo, una pila de revistas y periódicos.

Cogió unos cuantos de la pila, dejándolos caer, abriéndolos al azar.

La fecha de un periódico hizo que cesara la búsqueda; se quedó con él en la mano.

Diez de mayo de 1997.

Casi cuarenta años en el futuro.

Miró los titulares. Un montón de trivialidades sin sentido aisladas: un asesinato, una emisión de bonos con el fin de obtener fondos para aparcamientos, la muerte de un famoso científico, una rebelión en la Argentina.

Y, cerca de la parte inferior de la página, el titular:

DEPÓSITOS MINERALES VENUSINOS SON OBJETO DE DISPUTA

Litigio en el sistema de tribunales internacional sobre la posesión de propiedades en Venus... leyó tan de prisa como pudo y luego dejó caer los periódicos y examinó las revistas.

Un ejemplar del *Time* del 7 de abril de 1997. Lo enrolló y se lo metió en un bolsillo de los pantalones. Más ejemplares del *Time*; los revisó abriéndolos e intentando devorar los artículos todos a la vez, intentando captar y retener algo. Modas, puentes, pintura, medicina, hockey sobre hielo: todo, el mundo del futuro expuesto en cuidada prosa. Sumarios concisos de cada rama de la sociedad que no tenía existencia todavía...

Que *había* cobrado existencia. Que existía ahora.

Era una revista actual. Era el año 1997, no 1959.

Desde fuera, en el camino, el ruido de un vehículo que se detenía hizo que cogiera el resto de las revistas. Tenía los brazos llenos de ellas... Empezó a abrir la puerta trasera para salir al patio.

Voces. En el patio había algunos hombres; resplandeció una luz. Las revistas que llevaba en los brazos dieron contra el suelo y la mayor parte de ellas fue a parar a la galería. Se arrodilló para recogerlas.

-Allí está -dijo una voz, y la luz fue en su dirección deslumbrándolo. Se movió de manera tal, que la tuvo a sus espaldas; levantó uno de los ejemplares de *Time* y miró su portada.

En la portada de *Time*, del 14 de enero de 1996, estaba su retrato. Una pintura en colores. Con la leyenda debajo:

RAGLE GUMM: EL HOMBRE DEL AÑO

Sentándose en la galería, abrió la revista y encontró el artículo. Aparecían fotografías de él cuando bebé. Su madre y su padre. Cuando niño en la escuela primaria. Volvió las páginas frenético. Él como era ahora, después de la segunda guerra mundial o la guerra que fuere en la que había luchado... con uniforme militar sonriendo a la cámara.

Una mujer que fue su primera esposa.

Y luego una vista panorámica, las torres y minaretes semejantes a los de una ciudad, claramente recortados, de una instalación industrial.

La revista le fue arrancada de las manos. Levantó la vista y vio con asombro que los hombres que lo estaban levantando y sacando de la galería llevaban familiares monos parduscos.

-Cuidado con ese portón -dijo uno de ellos.

Atisbo árboles oscuros, hombres que pisaban macizos de flores, aplastando plantas bajo los pies, linternas que iluminaban el sendero de piedra que iba del patio al camino. Y, en el

camino, camiones aparcados con el motor ruidosamente en marcha y las luces delanteras encendidas. Camiones de servicio de color verde oliva de tonelada y media. También le eran familiares. Como los monos parduscos.

Camiones municipales. Hombres del servicio de mantenimiento municipal.

Y entonces uno de los hombres le acercó algo a la cara, un globo de plástico que el hombre apretó con los dedos. El globo reventó y se convirtió en gases.

Sostenido por cuatro hombres, Ragle Gumm no tuvo más remedio que inhalar esos gases. Una linterna vertió gases amarillos y resplandor sobre su cara; cerró los ojos.

-No le hagáis daño -murmuró una voz-. Tened cuidado con él.

Bajo el cuerpo sintió el frío y la humedad del suelo de metal del camión. Como si lo hubieran cargado en un tanque frigorífico, pensó. Un producto del campo llevado a la ciudad. Con el fin de que esté disponible para el mercado del día siguiente.

Diez

La abundante luz de la mañana llenaba su dormitorio de un blanco resplandor.

-Bajaré las persianas -dijo una voz. La reconoció y abrió los ojos. Victor Nielson estaba junto a las ventanas bajando las persianas.

-He regresado -dijo Ragle-. No he estado en sitio alguno. No he dado un solo paso. -Recordó la carrera, la subida cuesta arriba a través de las malezas-. He llegado alto -dijo-. Casi hasta la cima. Pero luego me hicieron rodar cuesta abajo. -¿Quiénes?, se preguntó. Dijo en voz alta-: ¿Quién me trajo aquí?

Vic dijo:

-Un conductor de taxi corpulento. Debía pesar más de cien kilos. Te entró por la puerta principal y te tendió en el diván. -Al cabo de un momento agregó-: Te costó o me costó a mí, según quién sea el que se haga cargo de la cuenta, once dólares.

-¿Dónde me encontraron?

-En un bar -dijo Vic.

-¿Qué bar?

-Nunca había oído hablar de él. En las afueras de la ciudad. En el extremo norte. El extremo industrial, junto a las vías y los almacenes de carga.

-Trata de recordar el nombre del bar -dijo Ragle. Le parecía importante; no sabía por qué.

-Puedo preguntárselo a Margo -dijo Vic-. Estaba levantada; los dos estábamos levantados. Espera un minuto.

-Salió de la habitación. Al cabo de un instante, apareció Margo a los pies de su cama.

-Era un bar llamado Parrilla de Frank -dijo.

-Gracias -dijo Ragle.

-¿Cómo te sientes? -preguntó ella.

-Mejor.

-¿Quieres que te prepare algo para comer?

-No -dijo él-. Gracias.

-Por cierto, estabas repleto. No de cerveza, tenías los bolsillos llenos de patatas fritas en grasa -dijo Vic.

-¿Algo más? -preguntó Ragle. Debía haber algo más; recordaba haberlos llenado de algo que le parecía valioso; algo que le era vital conservar y llevar consigo.

-Sólo una servilleta de papel de la Parrilla de Frank -dijo Margo.

-Y un montón de dinero suelto. Monedas de veinticinco y diez centavos -dijo Vic.

-Yo estaba... -dijo-. Creo... -Algo acerca de una guía. Una guía telefónica-. Recuerdo un nombre -dijo-. Jack Daniels.

-Ése era el nombre del conductor -dijo Vic.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Margo.

-Ragle lo llamaba continuamente por ese nombre -dijo Vic.

-Y..., ¿los camiones municipales de mantenimiento? -preguntó Ragle.

-No los mencionaste -dijo Margo-. Pero no es difícil entender por qué piensas en ellos.

-¿Por qué? -preguntó él. Ella levantó la persiana.

-Han estado allí fuera desde el alba, desde antes de las siete. El ruido probablemente te afectó inconscientemente y se te introdujeron en el pensamiento.

Incorporándose, Ragle miró por la ventana. Aparcados junto al bordillo de enfrente, había dos camiones municipales color verde oliva. Una cuadrilla de obreros municipales vestidos con mono parduzco habían empezado a levantar la calle; el estrépito de sus taladradoras lo exasperaba, y se dio cuenta de que venía oyendo el ruido desde hacía algún tiempo.

-Parece que han venido para quedarse -dijo Vic-. Debe de ser una avería de la cañería.

-Siempre que levantan la calle me pongo nerviosa -dijo Margo-. Me da miedo que se marchen y dejen el agujero abierto. Sin terminar.

-Saben lo que hacen -dijo Vic. Saludando con la mano a Margo y a Ragle, se marchó al trabajo.

Más tarde, después de haberse levantado tembloroso de la cama, lavado, afeitado y vestido, Ragle Gumm fue a la cocina y se preparó un vaso de zumo de tomate y un huevo pasado por agua sobre una tostada sin mantequilla.

Sentado a la mesa, bebió un poco del café que Margo había dejado en el fuego. No sentía deseos de comer. A la distancia, podía oír el drapapapapapa de las taladradoras. Me pregunto cuánto durará eso, se dijo.

Encendió un cigarrillo y luego recogió el periódico de la mañana. Vic y Margo lo habían entrado y lo dejaron en la silla junto a la mesa para que él pudiera encontrarlo.

La textura del periódico le produjo repugnancia. Apenas podía soportar tenerlo en la mano.

Lo dobló por las primeras hojas y miró la página del acertijo. Allí estaban, como siempre, los nombres de los ganadores. El suyo, en el recuadro especial. En toda su gloria.

-¿Qué tal hoy el concurso? -preguntó Margo desde la otra habitación. Vestida con pantalones ajustados y una camisa blanca de algodón de Vic, había empezado a limpiar de polvo el televisor.

-Más o menos como siempre -dijo él. Ver su nombre en la página del periódico le produjo inquietud e incomodidad, y las náuseas que había sentido por la mañana temprano, le volvieron-. Cosa rara -le dijo a su hermana-. Ver el propio nombre impreso. De pronto puede resultar enervante. Una descarga.

-Nunca he visto mi nombre impreso -dijo ella-. Excepto en alguno de esos artículos que escriben sobre ti.

Sí, pensó él. Artículos sobre mí.

-Soy bastante importante -dijo dejando a un lado el periódico.

-Oh, lo eres -convino Margo.

-Tengo la sensación -dijo él- de que lo que hago afecta a la raza humana.

Ella se irguió y dejó de quitar el polvo.

-Qué cosa tan extraña dices. No veo realmente... -Se interrumpió-. Después de todo, un concurso es sólo un concurso.

Yendo a su habitación, se dispuso a preparar sus cartas, gráficos, cuadros y maquinarias. Poco más o menos una hora más tarde estaba inmerso en la solución del acertijo del día.

A mediodía, Margo golpeó a su puerta cerrada.

-Ragle -le preguntó-, ¿se te puede interrumpir? Simplemente dilo si no es posible.

Él abrió la puerta, contento de disfrutar de un recreo.

-Junie Black quiere hablar contigo -dijo Margo-. Jura que sólo será un minuto; le dije que no habías terminado. -Hizo un movimiento y Junie Black apareció desde el salón-. Vestida de gala -dijo Margo mirándola.

Librodot

-Voy al centro de compras -explicó Junie. Llevaba un vestido rojo de lana, medias y zapatos de tacones altos, y un abrigo corto sobre los hombros; se había peinado cuidadosamente y maquillado en abundancia. Tenía los ojos muy oscurecidos y las pestañas largas y dramáticas-. Cierra la puerta -le dijo a Ragle entrando en su habitación-. Quiero hablar contigo.

Él cerró la puerta.

-Escucha -dijo Junie-. ¿Te encuentras bien?

-Sí -dijo él.

-No me importa lo que diga Margo ni lo que diga nadie -dijo Junie-. Tengo una cita con un abogado esta tarde a las dos y media. Quiero dejar a Bill, por eso voy a verlo. Y luego tú y yo podemos estar juntos por el resto de la vida sin que nadie se entrometa. Y si intenta una vez más aplicar sus tácticas criminales, llamaré a la policía.

Cogiendo su bolso, abrió la puerta que daba al vestíbulo.

-¿Te marchas? -preguntó él algo confuso al verse en el reflujo de un remolino.

-Tengo que ir al centro -dijo ella. Miró el vestíbulo de un extremo al otro e hizo luego la pantomima de un beso apasionado-. Intentaré telefonearte más tarde -susurró, inclinándose hacia él-. Y te diré lo que ha dicho el abogado. -La puerta se cerró tras ella, y oyó los pasos apresurados con los que se marchaba. Luego, afuera, un coche se ponía en marcha. Se había ido.

-¿Qué ha sido todo eso? -preguntó Margo desde la cocina.

-Está alterada -dijo él con vaguedad-. Ha tenido una disputa con Bill.

Margo dijo:

-Si eres importante para toda la raza humana, tendrías que poder conseguir algo mejor que ella.

-¿Le dijiste a Bill Black que yo me había marchado? -le preguntó él.

-No. Pero se lo dije a ella. Apareció después de haberte ido. Le dije que estaba demasiado preocupada por tu paradero como para que me importara lo que ella tuviera que decir. De cualquier manera creo que sólo era una excusa para verte; en realidad no quería hablar conmigo. -Secándose las manos con una toalla de papel, dijo-: Estaba muy bonita en este momento. Realmente es atractiva físicamente. Pero es tan juvenil. Como algunas de las compañeras de juego de Sammy.

Él apenas escuchaba lo que le decía. Le dolía la cabeza y se sentía más indispuesto y confuso que antes. Ecos de la noche...

Afuera, los obreros del mantenimiento municipal se apoyaban en sus palas, fumaban cigarrillos y parecían demorarse en la vecindad de la casa.

¿Me están espiando?, se preguntó Ragle.

Sentía una fuerte aversión refleja por ellos; lindaba con el miedo. Y no sabía por qué. Trataba de evocar, de recordar lo que le había sucedido. Los camiones de color verde oliva... la carrera, el esfuerzo de haberse arrastrado. En algún momento, el intento de esconderse. Y algo valioso que había encontrado, pero que había perdido o le habían quitado...

Once

A la mañana siguiente Junie Black lo llamó por teléfono.

-¿Estás trabajando? -le preguntó.

-Yo siempre estoy trabajando -le respondió Ragle.

-Bien, he hablado con el señor Hempkin, mi abogado. -El tono de su voz le indicó que tenía intención de entrar en detalles-. Qué asunto tan engorroso -se quejó con un suspiro.

-Hazme saber el resultado -dijo él, que deseaba volver a la resolución del acertijo. Pero como siempre, quedó atrapado en la trampa que ella le tendía. Envuelto en sus problemas

elaborados e histriónicos-. ¿Qué ha dicho? -preguntó. Después de todo, tenía que tomárselo en serio; si ella llevaba el caso a los tribunales, quizá le llamasen como testigo.

-Oh, Ragle -dijo ella-, tengo tanta necesidad de verte. Quiero tenerte conmigo. Cerca de mí. Esto es tan penoso...

-Dime lo que ha dicho.

-Que todo dependía de lo que sintiera Bill. Qué lío. ¿Cuándo puedo verte? Tengo miedo de ir a tu casa. Margo me echó la peor mirada que nadie me echara nunca en la vida. ¿Se cree que ando detrás de tu dinero o qué? ¿O sólo es su mente retorcida?

-Dime lo que ha dicho.

-No me gusta hablarlo contigo por teléfono. ¿Por qué no vienes un rato? ¿O Margo sospecharía? ¿Sabes Ragle?, me siento mucho mejor ahora que he tomado una decisión. Contigo puedo ser yo misma y no quedar paralizada artificialmente por toda clase de dudas. Éste es el momento más importante de mi vida, Ragle. Es verdaderamente solemne. Como una iglesia. Cuando me desperté esta mañana, sentí como si hubiera despertado en una iglesia y este espíritu sagrado me rodeara por todas partes. Y me pregunté qué sería este espíritu, y no tardé en identificarlo contigo. -Y guardó silencio entonces, a la espera de que él contribuyera con algo.

-¿Y ese asunto de la Defensa Civil? -dijo él.

-¿Qué pasa? Me parece una buena idea.

-¿Estarás ahí?

-No -dijo ella-. ¿Qué quieres decir?

-Creí que ésa era la idea.

-Ragle -dijo ella con exasperación-, ¿sabes?, a veces eres tan misterioso... No puedo seguirte.

Él se dio cuenta entonces de que había cometido un error. Sólo podía descartar el tema de las clases sobre Defensa Civil. Imposible tratar de explicarle lo que había querido decir y lo que había pensado cuando la señora Keitelbein se dirigió a él.

-Mira, Junie -dijo-, tengo muchos deseos de verte, tanto como tú lo tienes de verme a mí. Es muy posible que más. Pero tengo que terminar este maldito acertijo.

-Ya lo sé -dijo ella-. Tienes tus responsabilidades. -Lo dijo con resignación-. ¿Y qué te parece esta noche, después de que hayas enviado el formulario?

-Intentaré llamarte -dijo. Pero su marido estaría en casa, de modo que no resultaría-, Quizás hoy más tarde -dijo-. Tarde por la tarde. Creo que hoy podré terminar temprano de rellenar el formulario. -Había tenido suerte con él hasta el momento.

-No -dijo ella-. No estaré en casa esta tarde. Comeré con una vieja amiga. Lo siento, Ragle. Tengo tantas cosas que decirte y que hacer contigo. Tenemos toda una vida por delante. -Ella siguió hablando; él escuchaba. Por fin ella se despidió y él colgó sintiéndose frustrado.

Qué difícil era comunicarse con ella.

Cuando volvía a su habitación, el teléfono volvió a sonar.

-¿Quieres que conteste yo? -preguntó Margo desde la otra habitación.

-No -dijo él-. Probablemente es para mí. -Levantó el auricular esperando oír la voz de Junie. Pero en cambio, una voz extraña de mujer mayor preguntó insegura:

-¿Está... el señor Gumm?

-Al habla -dijo él. La desilusión hizo que hablara con aspereza.

-Oh, señor Gumm. Me pregunto si recordaba usted la clase de Defensa Civil.

-La recordaba -mintió él-. Hola, señora Keitelbein. -Endureciéndose, dijo-: Señora Keitelbein, siento tener que...

Ella lo interrumpió:

-Es esta tarde. Hoy es martes. A las dos.

-No puedo ir -dijo él-. Estoy empantanado en el trabajo del concurso. En otra ocasión.

Librodot

-Oh, Dios -dijo ella-. Pero, señor Gumm, me adelanté y les he contado todo acerca de usted. Están ansiosos por oírlo hablar acerca de la segunda guerra mundial. Los he llamado, uno por uno, y están todos muy entusiasmados.

-Lo siento -dijo él.

-Esto es una calamidad -dijo ella sencillamente abrumada-. Quizá podría venir y no hablar; si pudiera estar en la clase y sólo respondiera preguntas. ¿No cree que podría tener tiempo para eso? Walter podría ir a recogerlo en su coche; y sé que puede llevarlo luego de vuelta a su casa. La clase sólo dura una hora a lo sumo, de modo que en total sólo harían falta una hora y quince minutos en el peor de los casos.

-No tiene que llevarme y traerme en coche -dijo Ragle-. Sólo vivo a media manzana de distancia.

-Oh, así es -dijo ella-. Solamente está media calle arriba. Entonces, sin duda, podría hacerlo; por favor, señor Gumm... como un favor especial para mí.

-Está bien -dijo él. No era tan importante. Poco más o menos una hora.

-Muchas gracias. -El alivio y la gratitud le inundaban la voz-. Realmente se lo agradezco.

Después de colgar, él se puso a trabajar inmediatamente en su formulario. Sólo tenía un par de horas para llevarlo al correo, y como siempre, lo dominaba la sensación de que tenía que ser enviado por fuerza.

A las dos subió los escalones torcidos y sin pintar de la galería de la casa de los Keitelbein y tocó el timbre. Al abrir la puerta, la señora Keitelbein dijo:

-Bienvenido, señor Gumm.

Más allá de ella, podía divisar una confusa colección de señoras con vestidos floreados y unos pocos hombres mal definidos de delgado aspecto; todos lo miraban y comprendió que habían estado haciendo tiempo mientras lo esperaban. Ahora la clase podría comenzar. Aun aquí, advirtió. Mi importancia. Pero no le produjo satisfacción alguna. La única persona que era importante para él faltaba. Pero no tenía ningún derecho sobre Junie Black.

La señora Keitelbein lo condujo junto a su escritorio, el macizo y viejo escritorio de madera que él y Walter habían subido desde el sótano. Ella había dispuesto una silla para él, de modo que quedara frente a la clase.

-Aquí -dijo señalando la silla-. Siéntese aquí. -Se había vestido para la clase; la larga falda de seda y la blusa con flecos y encajes le recordaron las graduaciones escolares y los recitales de música.

-Muy bien -dijo él.

-Antes que le pregunten nada -dijo ella-, creo que comentaré con ellos algunos aspectos de la Defensa Civil, para adelantar. -Le palmeó el brazo-. Ésta es la primera vez que tenemos una celebridad en nuestras reuniones. -Sonriendo, se sentó al escritorio y golpeó sobre él para establecer el orden.

Las señoras y los caballeros anónimos guardaron silencio. Se habían sentado en las primeras filas de las sillas plegables que Walter había colocado. Él se había situado en una silla al fondo del salón cerca de la puerta. Llevaba un jersey, pantalones y corbata, y saludó formalmente a Ragle con la cabeza.

Debí haberme puesto la chaqueta, pensó Ragle. Había salido en mangas de camisa y ahora se sentía incómodo.

-En nuestra última clase -dijo la señora Keitelbein plegando las manos ante ella sobre el escritorio-, alguien planteó la cuestión de la imposibilidad de interceptar todos los misiles enemigos en caso de un ataque a gran escala a América. Eso es totalmente cierto. Sabemos que no podríamos derribar todos los misiles. Un porcentaje de ellos seguiría viaje. Ésta es la espantosa verdad, y tenemos que enfrentarnos a ella y actuar en consecuencia.

Los hombres y las mujeres -respondían como un cuerpo, imágenes recíprocas los unos de los otros- asumieron una expresión sombría.

-Si la guerra estallara -dijo la señora Keitelbein-, nos enfrentaríamos en el mejor de los casos con una devastación terrible. Muertos y agonizantes por decenas de millones. Ciudades en escombros, lluvia radiactiva, cosechas contaminadas, el plasma germinativo de las futuras generaciones irreversiblemente dañado. En el mejor de los casos, estaríamos ante un desastre nunca visto antes en la Tierra. Los fondos que nuestro gobierno destina a la defensa, que nos parecen tan pesada carga, serían como una gota derramada en el mar comparados con esta catástrofe.

Lo que dice es verdad, se dijo Ragle. Mientras la escuchaba, empezó a imaginar la muerte y el sufrimiento... oscuras hierbas en las ruinas de las ciudades, metales corroídos y huesos esparcidos por una planicie de cenizas sin contorno. Ninguna vida, ningún sonido...

Y experimentó entonces, sin previa advertencia, una espantosa sensación de peligro. Su cercana presencia, su realidad, lo apabulló. Al caer sobre él, emitió un gemido y saltó a medias de su silla. La señora Keitelbein hizo una pausa. Simultáneamente, todos volvieron la vista hacia él.

Malgastando mi tiempo, pensó. Acertijos de periódicos. ¿Cómo pude escaparme hasta ahora de la realidad?

-¿Se siente mal? -preguntó la señora Keitelbein.

-Estoy... bien -dijo él.

Uno de los miembros de la clase levantó la mano.

-¿Sí, señora F.? -dijo la señora Keitelbein.

-Si los soviéticos enviaran sus misiles en un amplio grupo, ¿no podrían nuestros misiles antimisiles, mediante la utilización de cabezas termonucleares, derribar un más alto porcentaje que si los enviaran en pequeñas olas sucesivas? Por lo que dijo usted la semana pasada...

-Buena observación -dijo la señora Keitelbein-. De hecho, podríamos agotar nuestros misiles antimisiles durante las primeras horas de guerra y descubrir luego que el enemigo no proyectaba ganar con un vasto ataque único análogo al ataque japonés a Pearl Harbour, sino más bien a ganar mediante una especie de «desgaste» por bombas de hidrógeno durante un período de años de ser necesario.

Una mano se levantó.

-¿Sí, señorita P.? -dijo la señora Keitelbein.

Una porción borrosa se destacó, una mujer que decía:

-Pero, ¿podrían sostener los soviéticos un ataque tan prolongado? Durante la segunda guerra mundial ¿no comprobaron los nazis que su economía no podía permitir las diarias pérdidas de los bombarderos pesados en sus continuas incursiones sobre Londres?

La señora Keitelbein se volvió a Ragle.

-Quizá el señor Gumm podría responder eso -dijo. Por un momento Ragle no se dio cuenta de que se había dirigido a él. De pronto vio que lo miraba.

-¿Cómo? -preguntó.

-Explíquenos el efecto que tuvieron las pérdidas de bombarderos pesados para los nazis -dijo ella-. En las incursiones sobre Inglaterra.

-Yo estuve en el Pacífico -dijo él-. Lo siento, no sé nada sobre el Escenario Europeo. -No le era posible recordar nada de la guerra en Europa; nada había en su mente sino la sensación de amenaza inmediata. Había desalojado todo lo demás vaciándolo. ¿Por qué estoy aquí sentado?, se preguntaba. Debería estar... ¿en dónde?

Andando por un pastizal campestre con Junie Black... tendiendo una manta en la caliente y seca ladera de la colina entre los olores de la hierba y el sol de la tarde. No, no allí. ¿También eso ha desaparecido? Hueca forma exterior en lugar de sustancia; el sol no brilla en realidad, el día no es en realidad cálido en absoluto, sino frío, gris y llueve, llueve en silencio, la maldecida ceniza de Dios lo va cubriendo todo. No hay hierba, sino fragmentos chamuscados y rotos. Estanques de agua contaminada...

Iban mentalmente en pos de ella por una hueca ladera marchita. Ella menguaba, desaparecía. El esqueleto de la vida, blanco espantajo frágil en forma de cruz. Sonriendo.

Vacío en lugar de ojos. El mundo entero, pensó, puede verse a través de él. Estoy dentro mirando afuera. Atisbando por una rendija y viendo... el vacío. Viendo sus ojos.

-Tengo entendido -dijo la señora Keitelbein en respuesta a la señorita P. -que las pérdidas alemanas en pilotos experimentados fueron más graves que las pérdidas en aviones. Podían construir otros para reemplazar los derribados, pero llevaba meses entrenar a un nuevo piloto. Esto ilustra un cambio que nos aguarda en la próxima guerra, la primera guerra de hidrógeno; los misiles no estarán tripulados, por tanto, no habrá escasez de pilotos experimentados. Los misiles no dejarán de llegar simplemente porque no haya quienes los conduzcan. En tanto existan fábricas, los misiles seguirán llegando.

Sobre su escritorio, ante ella, había una hoja mimeografiada. Ragle se dio cuenta de que había estado leyéndola. Un programa preparado por el gobierno.

Es el gobierno el que habla, se dijo. No sencillamente una mujer madura que quiere hacer algo útil. Éstos son hechos, no la opinión de una sola persona.

Ésta es la realidad.

Y, pensó, yo estoy en ella.

-Tenemos algunas maquetas para enseñarles -dijo la señora Keitelbein-. Mi hijo Walter las hizo... Muestran varias instalaciones vitales. -Hizo una seña a su hijo y éste se puso de pie y se acercó a ella.

-Si este país ha de sobrevivir a la próxima guerra -dijo Walter con juvenil voz de tenor - tendrá que aprender un nuevo modo de producción. La fábrica tal como hoy la conocemos será borrada de la faz del globo. Habrá nacido una red industrial subterránea.

Por un momento desapareció de la vista; había ido a una habitación lateral. Cuando volvió, traía una maqueta de gran tamaño que puso delante de todos en el escritorio de su madre.

-Esto muestra el proyecto de un sistema de fábrica -dijo-. Se construirá poco más o menos a una milla de profundidad, a salvo de los ataques.

Todo el mundo se puso de pie para verlo. Ragle volvió la cabeza y vio sobre el escritorio una plaza con torrecillas y capiteles, réplicas de edificios, los minaretes de una empresa industrial. Qué familiar me resulta, pensó. Y los dos, la señora Keitelbein y Walter inclinados sobre ella... esa escena se había dado antes, en algún sitio en el pasado.

Poniéndose de pie, la miró más de cerca.

La página de una revista. Una fotografía, no una maqueta; una fotografía del original, del que éste era una réplica.

¿Existía una fábrica semejante?

Viendo la intensidad de su atención, la señora Keitelbein dijo:

-Una réplica muy convincente, ¿no le parece, señor Gumm?

-Sí -dijo él.

-¿Ha visto antes algo semejante?

-Sí -dijo él.

-¿Dónde? -preguntó la señora Keitelbein. Casi lo sabía. Tenía casi la respuesta.

-¿Cómo le parece que se puede hacer una fábrica semejante? -preguntó la señorita P.

-¿Qué piensa, señor Gumm? -preguntó la señora Keitelbein. Él dijo:

-Posiblemente... con lingotes de aluminio. -Eso parecía ser cierto-. Con casi cualquier mineral, metal, plástico o fibra fundamental -dijo.

-Estoy orgulloso de esta maqueta -dijo Walter.

-Tienes motivo de estarlo -dijo la señorita P.

Ragle pensó: Conozco eso pulgada por pulgada. Cada edificio y vestíbulo. Cada oficina.

He estado allí dentro, se dijo. Muchas veces.

Después de la clase de Defensa Civil, no volvió a su casa. En cambio, cogió un autobús y bajó en el centro, en el barrio comercial más importante.

Caminó durante algún tiempo. Y entonces, delante de él vio un amplio aparcamiento y un edificio con un cartel en el que se leía SUPERMERCADO CENTAVO FELIZ. Qué lugar tan inmenso, pensó.

Cuatro camiones interestatales habían retrocedido hasta la zona de carga. Unos hombres con delantales de tela cargaban carretillas con cartones de productos enlatados, botes de mayonesa, cestos de fruta y verduras frescas, sacos de harina y azúcar. Una rampa compuesta de rodillos giratorios permitía que las cajas más pequeñas, las de latas de cerveza por ejemplo, pudieran deslizarse desde el camión a la tienda.

Debe de ser divertido, pensó. Tirar cajas sobre la rampa y verlas bajar, atravesar la zona de descarga y entrar por la puerta abierta. Donde sin duda alguien se las lleva y las almacena. Proceso invisible en el otro extremo... quien las recibe, sin que nadie lo vea, trabajando sin cesar.

Encendió un cigarrillo y echó a andar.

Las ruedas de los camiones tenían un diámetro igual a su altura o casi. Debe dar a quien conduce uno de esos vehículos interestatales una sensación de poder. Observó las tarjetas de licencia adheridas a la puerta trasera del primer camión. A través de las Rocosas, pasando por las salinas de Utah hacia el desierto de Nevada... nieve en las montañas, resplandeciente aire cálido en las planicies. Insectos que revientan contra los parabrisas. Un millar de moteles con servicio para automóviles, gasolineras, carteles. Constantemente colinas a la distancia. La seca monotonía de la ruta.

Pero satisface estar en movimiento. La sensación de ir a algún sitio. El cambio físico de lugar. Una ciudad diferente cada noche.

Aventura. Romance con alguna camarera solitaria en un café a la vera del camino, una mujer hermosa que anhela ver una gran ciudad, vivir una gran vida. Una mujer de ojos azules con bonito pelo y bonitos dientes, alimentada y criada por un paisaje campestre imperturbable.

Yo tengo mi propia camarera. Junie Black. Mi propia aventura en la sombría actividad del robo de una esposa. En el estrecho ambiente de las pequeñas casas, con el coche aparcado bajo la ventana de la cocina, ropas colgadas en el patio, incontables recados mediocres que la mantienen ocupada hasta que nada queda, salvo la preocupación de lo que hay que hacer, las cosas que deben estar listas.

¿No es eso suficiente? ¿No estoy satisfecho?

Quizás ésa es la razón por la que siento esta aprensión. La ansiedad producto del temor de que Bill Black aparezca con una pistola y me dispare un balazo por hacer el tonto con su esposa. Sorprenderme una tarde abrazado a ella entre el lavado y el prado y la compra. Mi culpa transformada... la fantasía de la condena como justo pago por mis transgresiones. Aun siendo éstas una bagatela.

Cuando menos, pensó, eso es lo que diría el psicólogo. Eso es lo que todas las esposas, habiendo leído a Harry Stack Sullivan y Karen Horney, declararían. O quizá sea mi hostilidad hacia Black. La ansiedad se considera una transformación de la hostilidad reprimida. Mis problemas domésticos proyectados hacia fuera sobre la pantalla del mundo. Y la maqueta de Walter. Debo de querer vivir en el futuro. Porque la maqueta es un modelo de una cosa en el futuro. Y cuando la vi, me pareció perfectamente natural.

Andando hasta la fachada del supermercado, pasó por la célula fotoeléctrica y las puertas se abrieron de par en par para recibirlo. Más allá de las cajas, en el departamento de frutas y verduras, estaba Vic Nielson junto al depósito de cebollas; separaba afanosamente las cebollas en mal estado del resto y las tiraba a un cubo de zinc.

-Hola -dijo Ragle acercándosele.

-Oh, hola -dijo Vic. Siguió con las cebollas-. ¿Has terminado con el acertijo de hoy?

-Sí -dijo él-. Está en el correo.

-¿Cómo te encuentras hoy?

-Mejor -dijo Ragle. Había pocos clientes en ese momento, de modo que agregó-: ¿Puedes salir?

-Un minuto nada más -dijo Vic.

-Vayamos a algún sitio donde podamos hablar -dijo Ragle.

Vic se quitó el delantal y lo dejó junto al cubo de zinc. Él y Ragle pasaron por las cajas y les dijo a los encargados que volvería dentro de diez o quince minutos. Luego los dos abandonaron la tienda y cruzaron el aparcamiento hasta la acera.

-¿Qué te parece si vamos al American Diner Café? -preguntó Vic.

-Perfecto -dijo Ragle. Siguió a Vic, que salía a la calle, al agresivo tránsito de la tarde avanzada; como siempre, Vic no vaciló en competir con coches de dos toneladas por el derecho de paso-. ¿No te atropellan nunca? -preguntó al pasar un Chrysler tan cerca de ellos que sus tubos de escape les calentaron las pantorrillas.

-Hasta ahora no -contesto Vic con las manos en los bolsillos.

Al entrar en el café, Ragle vio un camión verde oliva del servicio municipal aparcado en las cercanías.

-¿Qué ocurre? -preguntó Vic al ver que Ragle se detenía.

Ragle dijo:

-Mira. -Y señaló.

-¿Y qué?

-Detesto esas cosas -dijo-. Esos camiones municipales. -Probablemente la cuadrilla de obreros municipales que cavaban la calle frente a la casa, lo habían visto ir a casa de los Keitelbein-. Olvida el café -dijo-. Hablaremos en la tienda.

-Como quieras -dijo Vic-. Tengo que volver allí tarde o temprano de cualquier modo. -Cuando volvieron a cruzar la calle, preguntó-: ¿Qué tienes contra el municipio? ¿Tiene algo que ver con Black?

-Es posible -dijo él.

-Margo dijo que Junie apareció ayer después de haber ido yo al trabajo. Muy bien vestida. Y diciendo algo acerca de un abogado.

Sin contestar, Ragle entró en la tienda. Vic lo siguió.

-¿Dónde podemos ir? -preguntó Ragle.

-Aquí. -Con una llave, Vic abrió la cámara de cambio de cheques en el extremo de la tienda, junto al departamento de bebidas alcohólicas. En la cámara, Ragle encontró un par de taburetes, nada más. Vic cerró la puerta tras ellos, y se dejó caer en uno de los taburetes-. La ventana está cerrada -dijo señalando la ventanilla por donde se cambiaban los cheques-. Nadie puede oírnos. ¿Qué querías decirme?

-No tiene nada que ver con Junie -dijo Ragle sentado en el taburete frente a su cuñado-. No tengo ninguna historia sórdida que contarte.

-Eso está muy bien -dijo Vic-. No estoy de humor para eso. Estás distinto desde que el taxista te trajo hasta la puerta. Es difícil de precisar, pero Margo y yo hablamos de ello anoche después de haber ido a la cama.

-¿Qué decidisteis?

Vic dijo:

-Pareces más controlado.

-Supongo que así es.

-O más sereno.

-No -dijo-. No estoy más sereno.

-No te golpearon, ¿no es cierto? En ese bar.

-No -dijo él.

-Eso fue lo primero que se me ocurrió cuando Daniels, el taxista, te dejó caer en el diván. Pero no tenías ninguna marca. Y si te hubieran golpeado lo sabrías; lo sentirías y lo verías. A mí me golpearon una vez, hace años. Transcurrieron meses antes de que me repusiera. Una cosa así dura.

-Sé que por poco me escapo -dijo Ragle.

-¿De qué?

-De aquí. De ellos.

Vic levantó la cabeza.

-Estuve a punto de superar el borde y ver las cosas tal como son. No tal como las han dispuesto para nuestro beneficio. Pero entonces me atraparon y ahora he regresado. Y lo han dispuesto todo de modo tal, que no recuerdo con bastante claridad como para que me sirva de nada. Pero...

-¿Pero qué? -dijo Vic. A través de la ventanilla de cambio de cheques mantenía la mirada sobre la tienda, las estanterías, las cajas registradoras y la puerta.

-Sé que no pasé nueve horas en la Parrilla de Frank. Creo que estuve allí... tengo una imagen del lugar. Pero durante largo rato estuve en otro sitio antes, y después en un lugar elevado, en una casa. Haciendo algo, con alguna gente. Fue en esa casa donde me cayó en las manos lo que fuere que haya sido. Y eso es todo cuanto puedo detallar. El resto se ha perdido para siempre. Hoy alguien me enseñó una réplica de algo, y creo que en la casa vi una fotografía de la cosa, la misma cosa. Luego el municipio trajo los camiones...

Se interrumpió.

Ninguno de los dos dijo nada.

-¿Estás seguro de que no es más que miedo de que Bill descubra lo que hay entre tú y Junie? -dijo Vic.

-No -replicó Ragle-. No es eso.

-Está bien -dijo Vic.

-Esos grandes vehículos interestatales allí fuera -dijo Ragle-. Recorren grandes distancias, ¿no es así? Más que ningún otro tipo de vehículo.

-No tanto como un avión de propulsión a chorro o un vapor o un tren de largo recorrido -dijo Vic-. Pero a veces recorren algunos miles de kilómetros.

-Eso es ya lo bastante lejos -dijo Ragle-. Mucho más que el sitio al que llegué esa noche.

-¿Estarías entonces fuera?

-Creo que sí -dijo Ragle.

-¿Y el concurso?

-No lo sé.

-¿No deberías proseguir con él?

-Sí.

-Tienes problemas -dijo Vic.

-Sí -dijo él-. Pero quiero hacer la prueba otra vez. Sólo que esta vez sé que no puedo simplemente echar a andar hasta salirme fuera. No me dejarán hacerlo; volverán a traerme cada vez.

-¿Qué vas a hacer, meterte en un barril y hacerte empaquetar con el material en mal estado que se devuelve al fabricante?

-Sugiéreme algo. Los ves cargar y descargar todo el tiempo; yo nunca los había visto hasta hoy -dijo Ragle.

-Todo lo que sé es que cargan en los camiones el material en el sitio donde se fabrica, se produce o se cultiva; no sé con qué eficacia los inspeccionan, cuántas veces se abren las puertas o cuánto tiempo tendrías que permanecer encerrado. Quizá tendrías que permanecer aparcado en algún despoblado durante un mes. O quizá limpien los camiones en cuanto salen de aquí.

-¿Conoces a alguno de los conductores?

Vic se quedó pensando.

-No -dijo finalmente-. En realidad, ni siquiera los veo, son sólo nombres. Bob, Mike, Pete, Joe.

-No se me ocurre qué otra cosa hacer -dijo Ragle. Y voy a hacer la prueba una vez más, pensó. Quiero ver esa fábrica; no una fotografía o la maqueta, sino la cosa en sí. La *Ding an sich,* como decía Kant-. Es una lástima que no te interese la filosofía -le dijo a Vic.

-A veces me interesa -dijo Vic-. No en este momento, sin embargo. ¿Te refieres a problemas como qué son realmente las cosas? La otra noche, al volver a casa en autobús, tuve un atisbo de cómo son realmente las cosas. Vi a través de la ilusión. Los demás no eran sino

Librodot

espantajos apoyados en sus asientos. El autobús mismo... -Hizo un movimiento de barrido con las manos-. Una concha vacía, sólo algunos soportes verticales además de mi asiento y el asiento del conductor. Un conductor real, sin embargo. Que realmente me estaba conduciendo a casa. Sólo a mí.

Ragle metió la mano en el bolsillo y sacó la pequeña caja de metal que llevaba consigo. Abriéndola, se la presentó a Vic.

-¿Qué es esto? -preguntó Vic.

-La realidad -dijo Ragle-. Te he dado lo que es real.

Vic cogió una de las tiras de papel y leyó lo que había escrito en ella.

-Esto dice «fuente» -dijo-. ¿Qué significa?

-Debajo de todo -dijo Ragle-. La palabra. Quizás es la palabra de Dios. El verbo. El logos. «En el principio era el Verbo». No me lo explico. Todo lo que sé es lo que veo y lo que me acontece. Creo que vivimos en otro mundo y no en el que vemos, y me parece que por un momento supe exactamente cuál era ese otro mundo. Pero lo he perdido desde entonces. Desde aquella noche. El futuro, quizá.

Devolviéndole la caja de palabras, Vic dijo:

-Quiero que veas algo. -Señaló fuera de la ventanilla de cambio de cheques, y Ragle miró-. Las cajas registradoras -dijo Vic-. La chica alta y corpulenta de jersey negro. La chica de pechos grandes.

-La he visto antes -dijo Ragle-. Cañón. -Observó a la chica mientras ésta marcaba artículos en la caja registradora; mientras trabajaba, sonreía alegremente, una amplia sonrisa resplandeciente de dientes blancos y regulares-. Creo que incluso me la presentaste una vez.

-Quiero preguntarte algo muy en serio. Puede que esto suene como una observación de mal gusto, pero lo digo en el más importante de los sentidos. ¿No crees que podrías solucionar mejor tus problemas en esa dirección que en ninguna otra? Liz es inteligente... al menos tiene más en el coco que Junie Black. Es atractiva. Y no está casada. Tienes dinero bastante y eres lo bastante famoso como para que le intereses. El resto depende de ti. Invítala a pasear un par de veces y entonces volveremos a conversar sobre esto.

-No creo que sirva de nada -dijo Ragle.

-Eso te interesa de veras, ¿no es cierto?

-Eso siempre me ha interesado -dijo Ragle-. Eso en particular.

-Perfectamente -dijo Vic-. Si estás seguro, punto final. ¿Qué quieres hacer? ¿Tratar de apoderarte de uno de esos camiones?

-¿Podríamos hacerlo?

-Podríamos intentarlo.

-¿Quieres venir conmigo? -preguntó Ragle.

-Muy bien -dijo Vic-. Me gustaría ver lo que haya por ver; seguro, me gustaría echar una miradita por fuera.

-Dime entonces -dijo Ragle- cómo deberíamos proceder para apoderarnos de uno de los camiones. Ésta es tu tienda; lo dejo en tus manos.

A las cinco Bill Black oyó los camiones de servicio que aparcaban debajo de la ventana de su oficina. En seguida su interfono emitió un zumbido y su secretaria dijo:

-El señor Neroni quiere verlo, señor Black.

-Quiero hablar con él -dijo Black. Abrió la puerta de su despacho. Al cabo de un momento apareció un hombre alto y musculoso de cabello oscuro, todavía con mono parduzco y zapatos de trabajo-. Pase -le dijo Black-. Dígame lo que ha ocurrido hoy.

-He tomado notas -dijo Neroni, poniendo un carrete de cinta sobre el escritorio-. Para mantener un registro permanente. Y hay una cinta de video, pero no ha salido bien. El personal del teléfono dice que recibió una llamada de su esposa a las diez aproximadamente. Nada de particular en ella, salvo que aparentemente pensaba que se encontraría con su esposa en la clase que da sobre Defensa Civil. Ella le dijo que tenía una cita con una amiga en el

centro comercial. Entonces la mujer que dirige la clase de Defensa Civil lo llamó para recordarle que era a las dos de esta tarde. La señora Keitelbein.

-No -dijo Black-. La señora Kesselman.

-Una mujer madura con un hijo adolescente.

-Exacto -dijo Black. Recordaba haber conocido a los Kesselman varios años atrás, cuando se había planeado toda la situación. Y la señora Kesselman había aparecido recientemente con el cuaderno y los folletos acerca de la Defensa Civil-. ¿Fue a la clase de Defensa Civil?

-Sí. Despachó los formularios por correo y luego fue a esa casa.

A Black no le habían dicho nada acerca de la clase de Defensa Civil; no tenía idea de cuál pudiera ser su propósito. Pero los Kesselman no recibían instrucciones de nadie que estuviera en su departamento.

-¿Se hizo alguien cargo de la clase de Defensa Civil? -preguntó Black.

-No que yo sepa -dijo Neroni.

-No importa -dijo él-. Ella misma las da, ¿no es cierto?

-Así lo creo. Cuando él tocó el timbre, fue ella la que abrió la puerta. -Al llegar a ese punto, Neroni frunció el entrecejo-. ¿Está seguro de que hablamos de la misma persona, la señora Keitelbein?

-Algo así. -Tenía los nervios de punta. La conducta de Ragle durante los últimos días lo crispaba de continuo; la sensación de tambaleante equilibrio conseguido día a día no había desaparecido con el regreso de Ragle.

Ahora sabemos que puede escapar, pensó Black. A pesar de todo, podemos perderlo. Puede ir recobrando gradualmente la cordura, trazar planes y llevarlos a cabo; no lo sabremos hasta que sea demasiado tarde o casi demasiado tarde.

La próxima vez probablemente no lograremos encontrarlo. Si no la próxima vez, entonces la siguiente. Definitivamente.

Esconderme profundamente en el ropero no me pondrá a salvo. Sepultarme bajo las ropas, en la oscuridad, invisible... de nada me servirá.

Doce

Cuando Margo llegó al aparcamiento, no vio ni rastro de su marido. Apagó el motor del Volkswagen, y permaneció sentada un rato observando las puertas de cristal de la tienda.

Habitualmente, a esta hora suele estar listo para partir, se dijo.

Salió del coche y avanzó por el aparcamiento hacia la tienda.

-Margo -la llamó Vic. Llegó de la parte trasera de la tienda, donde estaban las plataformas de carga. Su modo de andar y la tensión que mostraba en la cara le indicaron que algo había ocurrido.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó ella-. ¿No te has ofrecido a trabajar el domingo, espero? -Ése había sido un motivo de disputa entre ellos por años.

Vic la cogió del brazo y la condujo de nuevo al coche.

-No vuelvo a casa contigo. -Abriendo la portezuela, la metió en el coche; él entró tras ella, cerró la portezuela y subió el cristal de las ventanillas.

Detrás de la tienda, junto a la plataforma, un gigantesco camión de dos secciones empezó a avanzar hacia el Volkswagen. ¿Nos va a atropellar ese monstruo?, se preguntó Margo. Con sólo que ese parachoques nos toque, no quedará nada del coche ni de nosotros.

-¿Qué está haciendo ese conductor? -le preguntó a Vic-. No creo que sepa cómo llevarlo. Y los camiones no deben utilizar esta salida, ¿no es así? Creí que me habías dicho...

Interrumpiéndola, Vic dijo:

-Escucha. Es Ragle el que está en ese camión. Ella se quedó mirándolo fijamente. Luego alzó la vista hacia la cabina. Ragle la estaba saludando con la mano.

-¿Cómo que no vienes a casa conmigo? -preguntó-. ¿Quieres decir que irás con esa cosa gigantesca a casa y lo aparcarás fuera? -Vio mentalmente el camión aparcado en el sendero de su garaje anunciando al vecindario que su marido trabajaba en el supermercado-. Escucha -dijo-, no permitiré que vayas a casa en uno de esos camiones; lo digo en serio.

-No iré a casa en él -dijo-. Tu hermano y yo saldremos de viaje. -La rodeó con el brazo y la besó-. No sé cuándo regresaremos. No te preocupes por nosotros. Hay un par de cosas que quiero que hagas...

Ella lo interrumpió:

-¿Los dos os marcháis? -Eso no tenía sentido para ella-. Dime de qué se trata todo esto -dijo.

-Lo principal que quiero que hagas -dijo Vic- es decirle a Bill Black que Ragle y yo estamos trabajando aquí en la tienda. No le digas nada más; no le digas que nos hemos marchado y no le digas cuándo ni cómo nos hemos marchado. ¿Entiendes eso? A cualquier hora que los Black aparezcan en casa y pregunten dónde está Ragle, di que hablaste con él aquí en la tienda. Aunque sean las dos de la mañana. Di que le pedí que me ayudara a hacer un inventario para un balance sorpresa.

-¿Puedo preguntarte algo? -dijo ella en la esperanza de obtener cuando menos una mínima información; era evidente que él no tenía intención de decirle mucho más-. ¿Estaba Ragle con Junie Black la otra noche cuando el taxista lo trajo hasta la puerta?

-Dios, no.

-¿Te lo llevas a algún sitio para que Bill Black no lo encuentre y lo mate?

Vic se quedó mirándola.

-Sigues la pista errada, cariño. -Volvió a besarla, la apretó contra sí y abrió la portezuela del coche-. Di adiós a Sammy por nosotros. -Volviéndose hacia el camión, gritó-: ¿Cómo? -Luego, inclinándose sobre el Volkswagen, dijo-: Ragle dice que le digas a Lowery, el del periódico, que ha encontrado un concurso que paga mejor. -Sonriéndole, corrió hacia el camión; lo oyó subir a la cabina junto a su hermano, y luego su cara apareció junto a la de Ragle.

-Hasta pronto -le gritó Ragle. Los dos, él y Vic, la saludaron con la mano. Bramando y escupiendo, soltando gases negros por el tubo de escape, el camión salió del aparcamiento a la calle. Los coches disminuyeron la velocidad para darle paso; el camión trazó una laboriosa y torpe curva hacia la derecha y luego desapareció más allá de la tienda. Durante largo tiempo ella oyó su pesada vibración mientras cobraba velocidad hasta desaparecer.

Han perdido el juicio, pensó con tristeza. Con reflexivo propósito metió la llave de contacto en el Volkswagen y puso en marcha el motor. A su espalda, su zumbido oscureció los últimos ruidos del camión.

Vic está tratando de salvar a Ragle, se dijo. Está intentando llevarlo a un sitio seguro. Sé que Junie ha consultado a un abogado. ¿Tienen intención de casarse? Quizá Bill no quiera concederle el divorcio.

Qué espantosa perspectiva, tener a Junie Black como cuñada.

Meditando sobre eso, fue conduciendo lentamente hacia su casa.

Mientras el camión avanzaba junto con el tránsito de las últimas horas de la tarde, Vic le dijo a su cuñado:

-¿No crees que estos grandes vehículos se desvanecen después de haberse alejado una milla de la ciudad?

-Es preciso traer la comida desde fuera. Lo mismo que haríamos nosotros si quisiéramos mantener un zoológico. -Exactamente lo mismo, pensó-. Me parece que esos hombres que descargan potes de verduras en vinagre, langostinos y toallas de papel son la conexión entre nosotros y el mundo real. Parece tener sentido, ¿no? ¿De qué otro modo podemos seguir adelante?

-Espero que pueda respirar ahí atrás -dijo Vic refiriéndose al conductor. Habían esperado a que los otros se marcharan dejando a éste. Mientras Ted, el conductor, estaba dentro apilando cajas de cartón en una carretilla, él y Ragle habían cerrado las gruesas puertas de metal y les habían echado cerrojo. Les había llevado quizás un minuto luego subir a la cabina y empezar a calentar el motor diesel. Mientras lo estaban haciendo, había llegado Margo en el Volkswagen.

-Mientras no sea un camión frigorífico -dijo Ragle. O así lo había dicho Vic mientras esperaban que los demás camiones se marcharan.

-¿No te habría parecido mejor que lo hubiéramos dejado en la tienda? Nadie mira nunca algunos de los almacenes traseros.

-Tengo el presentimiento de que hubiera salido en seguida. No me preguntes por qué -dijo Ragle.

Vic no le preguntó por qué. Mantuvo la mirada sobre la carretera. Habían salido del centro comercial. El tránsito era menos denso. Las tiendas dieron lugar a un barrio residencial, pequeñas casas modernas de una planta, con altas antenas de televisión y ropa colgada a secar en cuerdas, altas cercas de secuoya, coches aparcados en los senderos de los garajes.

-Me pregunto dónde nos detendrán -dijo Ragle.

-Quizá no lo hagan.

-Lo harán -dijo él-. Pero quizás hayamos salido ya fuera para entonces.

Al cabo de un tiempo, Vic dijo:

-Piénsalo. Si esto no resulta, nos acusarán de secuestro y a mí me echarán del departamento de productos y a ti probablemente te exijan renunciar al concurso «¿Dónde estará la próxima vez el hombrecito verde?».

Las casas se hicieron más escasas. El camión pasó por gasolineras, cafés deslucidos, puestos de helados y moteles... como si, pensó Ragle, ya hubiéramos recorrido mil millas y estuviéramos entrando en una ciudad extraña. Nada es tan ajeno, tan tétrico y hostil como la franja de gasolineras -gasolineras de tarifa reducida- y moteles en los límites de la propia ciudad. No es posible reconocerla. Y, al mismo tiempo, es preciso estrecharla contra el pecho. No sólo por una noche, sino en tanto se intente vivir donde uno vive.

Pero nosotros no tenemos intención de seguir viviendo aquí. Nos marchamos. Para siempre.

¿Llegué tan lejos antes?, se preguntó. Habían llegado ahora a campo abierto. Una última intersección, una carretera menor que servía a industrias situadas en una zona fuera de la ciudad propiamente dicha. Las vías del ferrocarril... vio un tren de carga infinitamente largo en reposo. Los depósitos de sustancias químicas suspendidos en torres sobre las fábricas.

-Nada igual -dijo Vic-. Especialmente a la puesta de sol.

El tránsito ahora estaba constituido por otros camiones y muy pocos coches.

-Allí está tu parrilla -dijo Vic.

A la derecha, Ragle vio el cartel Parrillas y Bebidas de Frank. De aspecto bastante moderno. Limpio, sin duda. Coches nuevos en el aparcamiento. El camión pasó retumbando junto a él. El sitio quedó atrás.

-Bien, vas más lejos esta vez -dijo Vic. Por delante de ellos, la autopista avanzaba hacia una cadena de colinas. Hacia lo alto, pensó Ragle. Quizá, de algún modo, fui allí arriba, hasta la cima. Traté de caminar entre esos picos. ¿Pude haber estado tan borracho?

No es de extrañar que no lo haya logrado.

Avanzaron más y más. El paisaje campestre se hizo monótono. Campos, colinas, nada con rasgos propios, con carteles de anuncios de vez en cuando. Y luego, sin previo aviso, las colinas se aplanaron y se encontraron avanzando por un largo declive recto.

-Esto es lo que me da escalofríos -dijo Ragle-. Conducir este inmenso vehículo por una pendiente tan larga.

Ya había disminuido la velocidad lo bastante como para parar la masa del camión. Cuando menos, no llevaban carga alguna; la masa era lo bastante pequeña como para que él, con su

Librodot

limitada experiencia, pudiera controlarla. Mientras habían estado calentando el motor, había aprendido el funcionamiento de la caja de cambios.

-De cualquier modo -le dijo Ragle a Vic-, tenemos una bocina que suena fuerte como todos los demonios. -La tocó dos veces experimentalmente; los hizo saltar a los dos.

Al final de la pendiente, un letrero oficial amarillo y negro atrajo su atención. Distinguieron un montón de cobertizos o edificios provisionales. Tenían un aspecto lúgubre.

-Aquí es -dijo Vic-. A esto te referías.

Junto a los cobertizos había alineados varios camiones. Y cuando se acercaron vieron hombres de uniforme. Sobre la autopista el letrero se mecía al viento del atardecer.

ESTACIÓN DE INSPECCIÓN AGRÍCOLA ESTATAL
CAMIONES: UTILICEN SÓLO BALANZA EN CARRIL DERECHO

-Eso se refiere a nosotros -dijo Vic-. La balanza. Nos van a pesar. Si están inspeccionando, abrirán la parte trasera. -Miró a Ragle-. ¿Nos paramos aquí e intentamos hacer algo con Ted?

Ahora es demasiado tarde, advirtió Ragle. Los inspectores del estado podían ver el camión y a ellos dentro; cualquier cosa que hicieran, sería visible. Junto al primer cobertizo dos coches policiales negros se habían aparcado de manera tal que podían entrar en la autopista en un instante. Tampoco podríamos dejarlos atrás, advirtió. No hay otra solución que seguir hacia la báscula.

Un inspector que llevaba pantalones azul oscuro planchados con una raya muy marcada, camisa celeste, insignia y gorra, avanzó lentamente mientras ellos disminuían la marcha hasta detenerse. Sin siquiera mirarlos, hizo señas de que siguieran adelante.

-No tenemos que pararnos -dijo Ragle excitado comprendiendo la situación-. ¡Todo esto es fingido! -Saludó a su vez con la mano al inspector, y Vic hizo lo mismo. El hombre ya les daba la espalda-. No paran nunca a estos grandes vehículos de carga, sólo a los coches de pasajeros. Estamos fuera.

Los cobertizos y el letrero quedaron atrás y desaparecieron; estaban fuera; lo habían hecho ya. Otra clase de vehículo no hubiera logrado pasar. Pero los camiones de carga genuinos pasaban de un lado al otro durante todo el día... En el retrovisor Ragle vio otros tres camiones a los que les habían dado paso. Los camiones aparcados en línea delante de los cobertizos eran postizos, como el resto del equipo.

-Ninguno de ellos -dijo-. Ninguno de los camiones tiene que pararse.

-Tenías razón -dijo Vic. Se apoyó en el respaldo del asiento-. Supongo que si hubiéramos intentado pasar junto a ellos en el Volkswagen, nos habrían dicho que teníamos algún tipo de insectos infecciosos en la tapicería. Escarabajos japoneses... Es necesario volver, fumigarse y solicitar un permiso de un mes para una nueva inspección, sujeta a postergaciones indefinidas.

Mientras conducía, Ragle advirtió que la autopista había sufrido un cambio. Ahora que habían dejado atrás la estación de inspección, la autopista se había separado en dos segmentos distintos, cada uno de ellos de un ancho de cinco carriles, absolutamente rectos y planos. Y no eran ya de cemento. No reconocía el material sobre el que ahora avanzaban.

Éste es el exterior, se dijo. La autopista exterior, que nunca debíamos ver, ni saber nada de ella.

Camiones por detrás y por delante de ellos. Algunos, cargados de mercancías, otros vacíos y yéndose como ellos lo estaban haciendo. Las columnas de hormigas que entraban a la ciudad y salían de ella. Un movimiento incesante. Y ningún coche de pasajeros. Sólo el retumbo de los camiones diesel.

Y, advirtió, los carteles con anuncios habían desaparecido.

-Es mejor que enciendas las luces -dijo Vic. La lobreguez del atardecer había descendido sobre las colinas y los campos. Un camión que avanzaba hacia ellos en la otra dirección tenía las luces encendidas-. Tenemos que obedecer las leyes. Sean éstas cuales fueren.

Ragle encendió las luces. El atardecer estaba tranquilo y solitario. A lo lejos un pájaro pasaba rozando la superficie de la tierra con las alas tiesas. El pájaro se posó en una cerca.

-¿Y el combustible? -preguntó Ragle. Inclinándose sobre él, Vic observó el indicador del nivel de gasolina.

-Lleno a medias -dijo-. Francamente no sé cuánto puede recorrer un vehículo de éstos con el depósito lleno. O si tiene reserva. Con una carga se debe de poder avanzar bastante. Depende mucho de las pendientes que encontremos. Los vehículos pesados pierden mucho en las pendientes; se han visto camiones parados a mitad de un declive circulando a diez por hora en primera.

-Quizá sería mejor que dejáramos salir a Ted -dijo Ragle. Se le había ocurrido que quizá su dinero no tuviera valor aquí-. Tendremos que comprar combustible y comida; no sabemos dónde o ni siquiera si es posible. Él debe de tener tarjetas de crédito encima. Y dinero que valga.

Vic arrojó un puñado de papeles sobre su falda.

-De la guantera -dijo-. Tarjetas de crédito, mapas y vales de comida. Aunque no hay dinero. Veremos qué se puede hacer con las tarjetas de crédito. Por lo general sirven para... -Se interrumpió-. Moteles -dijo finalmente-. Si es que los hay. ¿Qué crees que encontraremos?

-No lo sé -dijo Ragle. La oscuridad había borrado el paisaje a su alrededor; en los espacios entre las ciudades no había farolas que les dieran algún indicio. Sólo la tierra plana hasta el cielo, donde empezaban colores más claros, negro azulado. Habían aparecido las estrellas.

-¿Tenemos que esperar hasta la mañana? -preguntó Vic-. ¿Vamos a viajar toda la noche?

-Quizá -dijo Ragle. En una curva, las luces delanteras del camión iluminaron parte de una cerca y plantas silvestres más allá de ella. Siento como si todo esto hubiera ya ocurrido antes, pensó. Como si lo estuviera reviviendo una segunda vez...

Junto a él, Vic examinaba los papeles que había encontrado en la guantera.

-¿Qué te parece esto? -Sostenía una larga tira de papel de brillantes colores; Ragle lo miró y vio que decía:

UN MUNDO FELIZ

En cada uno de sus extremos había una luminosa serpiente amarilla enroscada en forma de S.

-Tiene pegamento en el dorso -dijo Vic-. Debe de ser para el parachoques.

-Como esas leyendas chistosas -dijo Ragle. Después de una pausa, Vic dijo en voz baja:

-Deja que sostenga el volante. Quiero que la mires más de cerca. -Cogió el volante y dio la tira para el parachoques a Ragle-. Al pie. En letra bastardilla.

Sosteniendo la tira cerca de la lámpara del techo, Ragle leyó las palabras:

La ley federal exige que se muestre en todo momento.

Se la devolvió a Vic.

-Nos encontraremos muchas más cosas imposibles de entender -dijo. Pero la tira lo había perturbado también a él. Obligatorio... tenía que estar en el parachoques, de lo contrario...

Vic dijo:

-Hay más. -De la guantera sacó un montón de tiras, diez u once, todas iguales-. Debe de pegarlas cada viaje que emprende. Probablemente la arranca cuando entra a la ciudad.

En el siguiente trecho de autopista vacía, cuando no se veía ningún otro camión, Ragle abandonó el camino y se dirigió al arcén. Paró el camión y puso el freno de mano.

-Voy a la parte trasera -dijo-. Voy a ver si tiene aire suficiente. -Al abrir la puerta de la cabina, dijo-: Y le preguntaré acerca de la tira.

Nervioso, Vic se deslizó tras el volante.

-Dudo que te dé una respuesta correcta -dijo.

Caminando con cuidado. Ragle fue a tientas en la oscuridad a lo largo del camión, más allá de las grandes ruedas hasta su parte trasera. Subió la escalerilla de hierro y llamó a la puerta.

-Ted -dijo-. O como sea que te llames. ¿Te encuentras bien?

Desde el interior, una voz dijo de modo indistinto:

-Sí. Estoy bien, señor Gumm.

Aun aquí, pensó Ragle. Aparcado en el borde de la autopista, en una región desierta entre ciudades. Me reconocen.

-Escuche, señor Gumm -dijo el conductor con la boca cerca de la rendija de la puerta-. Usted no sabe lo que hay aquí afuera, ¿no es así? No tiene idea. Escúcheme; no tiene otra posibilidad que toparse con el mal... mal para usted, mal para todo el mundo. Tiene que creer mi palabra. Le estoy diciendo la verdad. Algún día se acordará de esto y comprobará que yo tenía razón. Me lo agradecerá. Ahí tiene. -Un pequeño cuadrado blanco de papel se deslizó entre las puertas y empezó a caer; Ragle lo cogió. Una tarjeta en cuyo dorso el conductor había anotado un número de teléfono.

-¿Para qué es esto? -preguntó Ragle. El conductor dijo:

-Cuando llegue a la próxima ciudad, sálgase de la carretera y llame a ese número.

-¿Cuánto falta para la próxima ciudad?

Una vacilación, y luego el conductor dijo:

-No estoy seguro. Bastante poco. Es difícil tener idea de los kilómetros recorridos metido aquí adentro.

-¿Tienes aire suficiente?

-Sí. -El conductor parecía resignado, pero al mismo tiempo, muy excitado-. Señor Gumm -dijo con la misma voz intensa e implorante-, sencillamente tiene que creerme. No me importa cuánto tiempo me tenga aquí encerrado, pero en una hora o dos, tiene que ponerse por fuerza en contacto con alguien.

-¿Por qué? -preguntó Ragle.

-No puedo decírselo. Mire, aparentemente usted tiene sospechas suficientes como para haber robado este vehículo. De modo que debe de tener alguna idea. Por tanto, puede imaginar que se trata de algo lo bastante importante como para que no sea sólo la idea de algún listo la edificación de todas esas casas y calles y la construcción de esos viejos automóviles.

Sigue hablando, se dijo Ragle.

-Ni siquiera sabe cómo conducir un vehículo de dos secciones -dijo el conductor-. Suponga que se topa con una pendiente muy empinada. Este cacharro lleva veinticinco mil kilos cuando está cargado; claro que no está cargado en este preciso momento. Pero podría golpear algo de refilón. Y hay un par de puentes de ferrocarril en los que no podrá maniobrar. Usted probablemente no tiene la menor idea del espacio que precisa para maniobrar. Y no conoce la velocidad a la que debe conducir por un declive ni nada. -Por fin guardó silencio.

-¿De qué sirve la tira para el parachoques? -preguntó Ragle-. El lema y la serpiente.

-¡Dios de los cielos! -rugió el conductor.

-¿Es necesario pegarla?

Maldiciéndolo, el conductor consiguió decir por fin:

-Escuche, señor Gumm: si no pega eso en seguida, lo volarán a la altura de las nubes; Dios me ayude, estoy diciéndole la verdad.

-¿Cómo se pega? -preguntó Ragle.

-Déjeme salir, y se lo enseñaré. No se lo diré. -La histeria acrecentó el volumen de la voz del hombre-. Es mejor que me deje salir para pegarla; de lo contrario, Dios lo sabe, no saldrá vivo del encuentro con el primer tanque que lo aviste.

Tanque, pensó Ragle. La idea lo aterró.

Bajó de un salto y volvió a la cabina.

-Creo que tendremos que dejarlo salir -le dijo a Vic.

-Lo he oído -dijo Vic-. Preferiría que saliera de todos modos.

-Puede que nos esté engañando -dijo Ragle.

-Es mejor que no corramos el riesgo.

Ragle volvió, subió la escalera y abrió la puerta. El conductor, todavía maldiciendo malhumorado, se dejó caer sobre la grava.

-Aquí está la tira -le dijo Ragle, y se la dio-. ¿Qué más es preciso que sepamos?

-Tienen que saberlo todo -dijo el conductor con amargura. Arrodillándose, arrancó la cobertura transparente del dorso de la tira, la puso contra el parachoques trasero y luego la alisó con el puño-. ¿Cómo van a comprar combustible?

-Con una tarjeta de crédito -dijo Ragle.

-Qué risa -dijo el conductor irguiéndose-. Esa tarjeta de crédito es para... -Se interrumpió-. Para usar en la ciudad -dijo-. Es falsa. Es una vieja tarjeta de crédito de la Standard Oil; hace más de veinte años que no se utilizan. -Mirando colérico a Ragle, continuó-: Está todo racionado, el petróleo para el camión...

-Petróleo -repitió Ragle como un eco-. Pensé que consumía gasoil.

-No -dijo el conductor con gran renuencia. Escupió sobre la grava-. No es diesel. El tubo de escape es falso. Es turbina. Consume petróleo. Pero no se lo venderán. En el primer sitio al que vaya, notarán que algo no anda bien. Y allí fuera... -De nuevo su voz se elevó en un chillido-. ¡No puede correr riesgos! ¡Ninguno en absoluto!

-¿Quieres seguir adelante con nosotros? -preguntó Ragle-. ¿O en la parte trasera? Puedes elegir. -Quería que el camión se pusiera en marcha otra vez.

El conductor dijo:

-Váyase al infierno. -Dándole la espalda, empezó a bajar por el borde de grava, con las manos en los bolsillos y el cuerpo inclinado hacia delante.

Cuando la figura del conductor se hubo perdido en la oscuridad, Ragle se dijo: Es culpa mía, por haberle abierto la puerta. No hay nada que pueda hacer; no puedo correr tras él y darle un golpe en la cabeza. En una pelea me haría pedazos. Nos haría pedazos a los dos.

Y de cualquier modo, ésa no es la respuesta. Eso no es lo que estamos buscando.

Volviendo a la cabina, le dijo a Vic:

-Se ha marchado. Creo que hemos tenido suerte de que no saliera de allí esgrimiendo una llave inglesa.

-Es mejor que nos pongamos en marcha -dijo Vic deslizándose en el asiento-. ¿Quieres que conduzca? Podría hacerlo. ¿Ha pegado la tira?

-Sí -respondió Ragle.

-Me pregunto cuánto tiempo transcurrirá antes de que nos delate.

-Habríamos tenido que dejarlo salir, sea como sea.

Durante una hora no encontraron ningún otro signo de actividad o de que hubiera algún sitio habitado. Luego, de pronto, al salir el camión de una abrupta curva descendente, un grupo de brillantes luces azuladas resplandeció delante de ellos, a lo lejos, autopista abajo.

-Allí hay algo -dijo Vic-. Es difícil saber qué hacer. Si disminuimos la velocidad o nos paramos...

-Tendremos que pararnos -dijo Ragle. Ya podía distinguir la forma de coches o de vehículos de algún tipo aparcados a través de la carretera.

Al disminuir la velocidad el camión, aparecieron unos hombres que agitaban linternas. Uno de ellos se acercó a la ventanilla del camión y gritó:

-Paren el camión. Dejen las luces encendidas. Bajen.

No tenían otra opción. Ragle abrió la portezuela y bajó, y Vic lo siguió. El hombre con la linterna vestía un uniforme, pero en la oscuridad, Ragle no podía identificarlo. El casco del hombre había sido pintado de modo que no brillara. Iluminó con su linterna la cara de Ragle, luego la de Vic, y dijo después:

-Abran la parte trasera.

Ragle lo hizo. El hombre y dos de sus compañeros saltaron dentro del camión y lo registraron desordenadamente. Luego reaparecieron y bajaron de un salto.

-Está bien -dijo uno de ellos. Entregó algo a Ragle, un papel. Al aceptarlo, Ragle vio que era una especie de formulario perforado-. Sigan adelante.

-Gracias -dijo Ragle. Torpemente, él y Vic volvieron a la cabina, subieron a ella, pusieron en marcha el motor y partieron.

En seguida Vic dijo:

-Veamos lo que te ha dado.

Sosteniendo el volante con la mano izquierda, Ragle buscó el formulario en su bolsillo.

CERTIFICADO DE EVACUACIÓN DE ZONA LIMÍTROFE 31. 03/04/98

-Ahí tienes la fecha -dijo Ragle-. Tres de abril de 1998.

El formulario consistía en perforaciones de estilo IBM.

-Parecieron satisfechos con nosotros -dijo Vic-. No sé lo que buscaban, pero nosotros no lo teníamos.

-Llevaban uniforme.

-Sí, parecían soldados. Uno de ellos llevaba un fusil, pero no pude darme cuenta de qué se trataba. Debe de haber una guerra o algo por el estilo.

O, pensó Ragle, una dictadura militar.

-¿Comprobaron si teníamos la cinta en el parachoques? -preguntó Vic-. Con los nervios, no me fijé.

-Tampoco yo -dijo Ragle.

Al cabo de un rato vio lo que parecía ser una ciudad delante de ellos. Luces de diversos tipos, filas regulares que podrían ser las farolas de las calles, carteles de neón con palabras... En algún sitio de la chaqueta tenía la tarjeta que el conductor le había dado. Debemos llamar desde aquí, decidió.

-Hemos logrado pasar la zona fronteriza -dijo Vic-. Si hemos logrado hacer eso a pesar de que nos iluminaban la cara con sus linternas, tendríamos que poder entrar en algún restaurante barato y pedir un plato de tortas calientes. No he comido nada después del trabajo. -Se arremangó para consultar su reloj de pulsera-. Son las diez y media -dijo-. No he comido nada desde las dos.

-Nos detendremos -dijo Ragle-. Trataremos de conseguir combustible mientras estamos aquí. Si no lo conseguimos, dejaremos el camión. -El medidor indicaba que el depósito estaba casi vacío. El nivel había descendido sorprendentemente rápido. Pero habían recorrido una buena distancia; habían estado en la carretera cuatro horas.

Advirtió al pasar delante de las primeras casas, que algo faltaba.

Gasolineras. De ordinario, cuando una autopista se aproxima a una ciudad, aun a un pequeño pueblo sin importancia, a ambos lados puede verse una línea ininterrumpida de gasolineras. Antes que ninguna otra cosa. No las había aquí.

-Esto no tiene buen aspecto -dijo. Pero tampoco habían visto tránsito alguno. Ni tránsito ni gasolineras. O estaciones de petróleo, si éste era el equivalente. De pronto disminuyó la marcha y dobló por un camino lateral. Paró el camión junto al bordillo.

-Estoy de acuerdo -dijo Vic-. Es mejor que tratemos de ir a pie. No sabemos cómo conducir este monstruo en la ciudad.

Bajaron precavidamente del camión y se refugiaron bajo la mortecina luz de la farola de la calle. Las casas parecían corrientes. Pequeñas, cuadradas, de una sola planta, con jardines que se veían negros en la oscuridad de la noche. Las casas, pensó Ragle, no son muy distintas de las de la década de los treinta, después de todo. Especialmente vistas de noche. Una forma más alta podría haber sido una estructura múltiple.

-Si nos detienen -dijo Vic- y nos piden documentos de identificación o algo por el estilo, ¿qué hacemos? Es mejor que nos pongamos de acuerdo ahora.

Ragle dijo:

-¿Cómo podemos ponernos de acuerdo? No sabemos lo que nos pedirán. -Las observaciones del conductor aún lo inquietaban-. Veamos -dijo, y echó a andar en dirección a la autopista.

Las primeras luces resultaron ser un restaurante a la orilla del camino. Dentro, sentados a la barra, dos muchachos comían bocadillos. Muchachos de escuela secundaria, con el cabello rubio.

Llevaban el cabello recogido en un moño en la parte superior de la cabeza. Altos conos de pelo, cada uno con un agudo estilete de color clavado en él. Los muchachos llevaban ropas idénticas. Sandalias, batas semejantes a una toga de brillante color azul, brazaletes de metal. Y cuando uno de ellos giró la cabeza para beber de una taza, Ragle vio que tenía las mejillas tatuadas. Y vio también con incredulidad que tenía los dientes limados.

Detrás de la barra, la camarera, de edad madura, llevaba una sencilla blusa verde y el pelo arreglado de manera corriente. Pero los dos muchachos... Tanto Ragle como Vic se quedaron mirándolos a través de la ventana, hasta que por fin la camarera los vio.

-Es mejor que entremos -dijo Ragle.

Una célula fotoeléctrica les abrió automáticamente la puerta. Como en el supermercado, pensó Ragle.

Los dos muchachos los observaron cuando se sentaron cohibidos en uno de los apartados. El interior del restaurante, las instalaciones, los letreros y la iluminación le parecieron corrientes. Anuncios de diversas comidas... pero los precios no parecían tener sentido: 4.5, 6.7, 2.0. Evidentemente no eran dólares y centavos. Ragle echó un vistazo a su alrededor, como si estuviera tratando de decidir qué quería. La camarera empezó a preparar la libreta para los encargos.

Uno de los muchachos, señalando a Vic y a Ragle con la cabeza de moño puntiagudo, dijo de manera audible:

-Tíos encorbatados, huelen a miedo-miedo.

Su compañero rió.

La camarera, junto al reservado, dijo:

-Buenas noches.

-Buenas noches -murmuró Vic.

-¿Qué desean? -preguntó la camarera.

-¿Qué nos recomienda? -dijo Ragle.

-Oh, depende del hambre que tengan -dijo la camarera.

El dinero, pensó Ragle. El maldito dinero. Dijo:

-Un bocadillo de jamón y queso y café.

Vic dijo:

-Lo mismo para mí. Y un poco de pastel *á la mode*.

-¿Perdón? -dijo la camarera mientras escribía.

-Pastel con helado -dijo Vic.

-Oh -dijo ella. Asintiendo con la cabeza, volvió detrás de la barra.

Uno de los muchachos dijo con voz clara:

-Los tíos encorbatados, muchos viejos signos. Supones... -Se metió los pulgares en las orejas. El otro muchacho soltó una risita tonta.

Cuando llegaron los bocadillos y el café y se hubo ido la camarera, uno de los muchachos hizo girar su asiento para darles la cara. El diseño del tatuaje de sus mejillas, advirtió Ragle, se repetía en los brazaletes que llevaba. Observó las intrincadas líneas y, por fin, identificó las figuras. Los diseños habían sido copiados de los vasos áticos. Palas Atenea y su búho. Kore alzándose de la Tierra.

El muchacho se dirigió directamente a él y a Vic:

-Eh, ustedes, lunáticos.

A Ragle se le empezó a erizar la piel de la nuca. Fingió concentrarse en su bocadillo; enfrente de él, Vic, sudoroso y pálido, hizo lo mismo.

-Eh -dijo el muchacho.

La camarera dijo:

-Basta u os vais de aquí.

El muchacho le dijo:

-Tíos encorbatados. -Una vez más se metió los pulgares en las orejas. La camarera no pareció impresionarse.

No puedo soportarlo, pensó Ragle. No puedo pasar por esta experiencia. El conductor tenía razón. A Vic le dijo:

-Marchémonos.

-De acuerdo -dijo él. Se puso de pie, cogió el bocadillo, se inclinó para beber el café que le quedaba y se dirigió luego hacia la puerta.

Ahora la cuenta, pensó Ragle. Estamos condenados. No puede salir bien.

-Tenemos que marcharnos -le dijo a la camarera-. No se preocupe por el pastel. ¿Cuánto debemos? -Buscó en su bolsillo, un ademán inútil.

La camarera sumó la cuenta.

-Once con nueve -dijo.

Ragle abrió la billetera. Los dos muchachos observaban. También la camarera. Cuando vieron el dinero, los billetes de banco de papel, la camarera dijo:

-Oh, Dios. No he visto dinero de papel en años. Supongo que todavía vale. -Al primero de los muchachos le preguntó-: Ralf, ¿reconoce todavía el gobierno estos viejos billetes de papel?

El muchacho asintió con la cabeza.

-Esperen -dijo la camarera. Reconsideró la cuenta-. Es uno cuarenta -dijo-. Pero tendré que darles el cambio en fichas. Si no les parece mal. -Con aire de disculpa sacó un puñado de pequeños discos de plástico de la caja registradora y, cuando él le dio un billete de cinco dólares, ella le devolvió seis discos. -Gracias -dijo.

Cuando él y Vic se marcharon, la camarera se sentó con un libro encuadernado en rústica y reanudó la lectura a partir de una página doblada.

-Qué experiencia -dijo Vic. Echaron a andar comiéndose los dos los restos de bocadillo-. Esos chavales. Esos malditos chavales espectrales.

Lunático, pensó Ragle. ¿Me han reconocido?

En la esquina, él y Vic se detuvieron.

-¿Ahora qué? -dijo Vic-. De cualquier modo, podemos utilizar el dinero. Y tenemos un poco del de ellos. -Encendió el mechero para examinar los discos-. Son de plástico -dijo-. Evidentemente, un sustituto de metal. Muy ligeros. Como las fichas de racionamiento de tiempos de guerra.

Sí, pensó Ragle. Fichas de racionamiento de tiempos de guerra. Monedas hechas con una aleación desconocida, no cobre. Y ahora, fichas. Fichas.

-Pero no hay oscurecimiento -dijo-. Tienen las luces encendidas.

-Ya no es lo mismo -dijo Vic-. Lo de las luces era cuando... -Se interrumpió-. No lo entiendo -dijo-. Recuerdo la segunda guerra mundial. Pero creo que no es posible, ¿no es así? En esto radica todo. Fue hace cincuenta años. Antes de que yo naciera. No viví durante las décadas de los treinta y los cuarenta. Tampoco tú. Y nosotros sabemos de ellas... deben de habernos enseñado.

-O lo hemos leído -dijo Ragle.

-¿No sabemos lo bastante ahora? -dijo Vic-. Estamos fuera. Lo hemos visto. -Se estremeció-. Tenían los dientes limados en punta.

Ragle dijo:

-Lo que hablaban era casi una lengua franca formada por palabras inglesas corrompidas.

-Supongo que sí.

-Y marcas tribales africanas. Y los vestidos. -Pero uno de ellos me miró y dijo: *Eh, usted, lunático*-. Lo saben -dijo-. Acerca de mí. Pero no les importa. -Por algún motivo, eso lo intranquilizaba más todavía. Espectadores. Esas cínicas caras burlonas.

-Es sorprendente que no estén en el ejército -dijo Vic.

-Probablemente, pronto lo estarán. -A él le había parecido que los muchachos no tenían edad suficiente para ser llamados a filas. Unos dieciséis o diecisiete años.

Mientras él y Vic estaban en la esquina se oyó el eco de pasos en la oscura calle desierta.

Dos formas se les aproximaban.

-Eh, lunáticos -dijo uno de ellos. Tranquilamente, los dos muchachos salieron a la luz de la farola que se alzaba en la intersección, con los brazos cruzados y la cara inexpresiva e impersonal-. Detengan el paso.

Trece

El muchacho a la izquierda introdujo la mano entre los pliegues de la túnica y sacó una caja de piel. De ella seleccionó un puro y un pequeño par de tijeras de oro; cortó un extremo del puro y se lo puso en la boca. Su compañero, siguiendo un ritual semejante, sacó un mechero enjoyado y encendió el puro de su amigo.

El muchacho que fumaba el puro dijo:

-Tíos encorbatados tienen Chuc-chuc muerto. La camarera cogió mamarracho.

El dinero, comprendió Ragle en seguida. La camarera no debió haberlo aceptado. Los muchachos le habían dicho que lo hiciera, pero ellos se habían dado cuenta de lo que se había dado cuenta a su vez el conductor: ese dinero no era ya de curso legal.

-¿Y qué? -dijo Vic, que también había podido seguir su jerga chapurreada.

El muchacho del encendedor enjoyado dijo:

-Los mayores arreglan. ¿No? ¿No? Así. -Tendió la mano-. Los capo-capos dan, tíos encorbatados dan Chuc-chuc gordo.

-Dale algunas fichas -dijo Vic en un susurro.

Ragle contó cuatro de las seis fichas sobre la palma abierta del muchacho.

El muchacho hizo una gran reverencia doblando la cintura; su moño rozó la acera. Junto a él su compañero se mantuvo impasiblemente erguido sin tener en cuenta la transacción.

-Tíos encorbatados, ¿tienen yuyi? -preguntó el muchacho del encendedor sin la menor emoción.

-Tíos encorbatados ojo en pavimento -dijo el muchacho del encendedor. Tanto él como su compañero asintieron con la cabeza. Habían asumido ahora un aire sombrío, como si algo importante se hubiera incorporado al interrogatorio-. Plap-plap -dijo el muchacho del encendedor-. ¿Cierto, tíos encorbatados? -Batió las manos como una foca. Tanto Ragle como Vic observaban fascinados.

-Claro -dijo Vic.

Los dos muchachos conferenciaron entre sí. Luego el primero, aspirando el puro y con el entrecejo fruncido, dijo:

-Chuc-chuc muerto para mucho yuyi. ¿Tú vas, jo, no?

-No -dijo su compañero de prisa golpeándole el pecho con el dorso de la mano-. Baby va jo, nada de Chuc-chuc. Plap en plap, en plap-plap. Tíos encorbatados plap-plap ustedes. -Dio la vuelta y se marchó estirando el cuello y meciendo la cabeza de un lado al otro.

-Aguardad un minuto -dijo Ragle cuando el otro muchacho se disponía a hacer lo mismo-. Vamos a hablarlo.

Los dos muchachos se detuvieron, se volvieron y lo miraron con asombro.

Luego el muchacho del cigarro tendió la mano.

-Chuc-chuc muerto -dijo.

Ragle sacó la billetera.

-Un billete -dijo. Le dio al muchacho un billete de un dólar; el muchacho lo aceptó-. Es bastante.

Después que los dos muchachos hubieron vuelto a conferenciar, el del puro mostró dos dedos.

-De acuerdo -dijo Ragle-. ¿Tienes más billetes de uno? -le preguntó a Vic.

Metiéndose la mano en el bolsillo, Vic dijo:

-¿Estás seguro de que quieres seguir adelante?

La alternativa, tal como él la concebía, era quedarse en la esquina de la calle sin tener la menor idea de dónde se encontraban ni de qué hacer.

-Corramos el riesgo -dijo, cogiendo los billetes y dándoselos al muchacho-. Ahora -les dijo a los muchachos-, a buscar mucho yuyi.

Los muchachos asintieron, hicieron una reverencia y echaron a andar. Él y Vic, después de vacilar, los siguieron.

El recorrido los llevó por retorcidas callejas con olor a humedad, a través de prados y senderos. Por último, los muchachos los hicieron saltar un vallado, y subir por una escalera hasta una puerta. Uno de los muchachos llamó y la puerta se abrió.

-Tíos encorbatados rápido dentro del cuarto -susurró el muchacho entrando apretadamente junto con su compañero.

Una inestable luz pardusca llenaba el cuarto. A Ragle le pareció un apartamento corriente bastante deslucido. Por una puerta abierta vio una cocina con fregadero, mesa, hornillos y nevera. Otras dos puertas estaban cerradas. En la habitación estaban sentados varios muchachos, todos ellos en el suelo. Los únicos muebles eran una lámpara, una mesa, un televisor y una pila de libros. Algunos de los muchachos llevaban la túnica, las sandalias, los moños y los brazaletes. Los otros llevaban traje, camisa blanca, calcetines con rombos de colores y zapatos con cordones. Todos miraban fijamente a Ragle y a Vic.

-Aquí yuyi -dijo el muchacho del cigarro-. Tomen asiento -siento. -Señaló el suelo.

-¿Qué has dicho? -preguntó Vic.

Ragle dijo:

-¿No podemos llevarnos el yuyi con nosotros?

-No -dijo uno de los muchachos sentados en el suelo-. Esnifen sentados aquí dentro.

El muchacho del puro abrió una puerta y desapareció en el otro cuarto. Al cabo de un rato volvió con una botella que le dio a Ragle. Todos observaban a Ragle y éste la aceptó.

Tan pronto como hubo quitado el corcho, lo reconoció.

Olfateando, Vic dijo:

-Es puro disolvente.

-Sí -dijo Ragle. Han estado aquí sentados inhalando disolvente, pensó. Eso es yuyi.

-Esnife -dijo uno de los muchachos.

Ragle inhaló. De vez en cuando, en el curso de su vida había tenido ocasión de inhalar disolvente. No había tenido el menor efecto en él, salvo darle dolor de cabeza. Le pasó la botella a Vic.

-Aquí tienes.

-No, gracias -dijo Vic.

Uno de los muchachos de traje dijo con voz muy aguda:

-Tíos encorbatados bedivere.

Todos sonrieron sarcásticamente.

-Ésa es una chica -dijo Vic-. La de allí.

Las de traje, camisa, calcetines de rombos y zapatos con cordones eran chicas. Tenían el pelo afeitado al cero. Pero por sus facciones más pequeñas y delicadas, Ragle reconoció que eran chicas. No llevaban maquillaje. Si una de ellas no hubiera hablado, no se habría dado cuenta.

Ragle dijo:

-Yuyi bastante maricas.

En la habitación se hizo silencio.

Una de las chicas dijo:

-Tío encorbatado, tócale fruta rara poco a poco.

Las caras de los muchachos se habían ensombrecido. Por fin uno de ellos se puso de pie, se dirigió a un rincón de la habitación y cogió un largo bolso delgado de lona. De él sacó un tubo de plástico que tenía agujeros espaciados. Se puso uno de los extremos del tubo en la nariz, cubrió los agujeros con los dedos y, resoplando, empezó a tocar una melodía con el tubo. Una flauta de nariz.

-Dulce flauta-flauta -dijo una de las chicas de traje.

El muchacho apartó de sí la flauta, se enjugó la nariz con un paño de colores que sacó de la manga y dijo luego en general hacia donde se encontraban Ragle y Vic:

-¿Qué se siente cuando se es un lunático?

Ha cesado la jerga, pensó Ragle. Ahora que se han ofendido. Los demás, en especial las chicas, miraban fijamente a Ragle y a Vic.

-¿Un lunático? -dijo una de las chicas débilmente-. ¿De veras? -le preguntó al muchacho.

-Claro -dijo el muchacho-. Tíos encorbatados lunáticos. -Sonrió presuntuoso. Pero también él parecía intranquilo-. ¿No es cierto? -preguntó.

Ragle no dijo nada. Vic, a su lado, no tuvo en cuenta al muchacho.

-¿Están solos? -preguntó otro de los muchachos-. ¿O hay otros cerca?

-Sólo nosotros -dijo Ragle.

Se quedaron todos mirándolos fijamente.

-Sí -dijo él-. Lo admito. -Eso pareció suscitar el respeto de los muchachos-. Somos lunáticos.

Ninguno de los muchachos se movió. Estaban sentados con rigidez. Uno de ellos soltó una risa.

-De modo que los tíos encorbatados lunáticos. ¿Y qué? -Encogiéndose de hombros también él fue en busca de su flauta de nariz.

-Toca la flauta-flauta -dijo una chica. Tres flautas habían empezado a gemir ahora.

-Aquí estamos perdiendo el tiempo -dijo Vic.

-Sí -convino Ragle-. Es mejor que nos marchemos. -Iba a abrir la puerta, pero entonces uno de los muchachos se quitó la flauta de la nariz y dijo:

-Eh, tíos encorbatados.

Ellos se detuvieron. El muchacho dijo:

-PM tras ustedes. Ustedes salen y PM los atrapa. -Volvió a su flauta. Los demás asintieron con la cabeza.

-¿Saben lo que la PM hace con un lunático? -preguntó una chica-. Les da una dosis de CC.

-¿Qué es eso? -preguntó Vic.

Todos se echaron a reír. Ninguno de ellos respondió. Las flautas y los tarareos siguieron.

-Tíos encorbatados pálidos -dijo uno de los muchachos por lo bajo.

Afuera, en las escaleras, unos pasos hicieron que el suelo temblara.

Nos han cogido, pensó Ragle. Nadie se movió en la habitación cuando se abrió la puerta.

-Malditos muchachos -murmuró una voz chillona. Una mujer madura y canosa, inmensa en un deforme batón de seda, atisbo la habitación desde la puerta. Estaba calzada con zapatillas de piel-. Os tengo dicho que no quiero gorjeos después de las diez. Acabad con eso. -Los miró colérica a todos con ojos entrecerrados. Entonces advirtió la presencia de Ragle y de Vic-. Oh -dijo con desconfianza-. ¿Quiénes son ustedes?

Ellos se lo dicen, pensó Ragle, y ella sale disparada escaleras abajo aterrada. Y los tanques -o lo que fuere en lo que viaja la PM- se presentan sin demora. Ted, el conductor, ha tenido ya tiempo suficiente. También la camarera. También todo el mundo.

De cualquier modo, pensó Ragle, hemos estado fuera y sabemos que corre el año 1998 y no 1959, y se está librando una guerra, y los chicos hablan y visten ahora como los nativos de África Occidental y las chicas llevan ropa de hombre y se afeitan la cabeza. Y el dinero tal como lo conocemos ha desaparecido en algún momento del proceso. Como los camiones diesel. Pero, pensó con súbito pesimismo, no nos hemos enterado de qué significa todo esto.

Por qué levantaron la vieja ciudad, los viejos coches y calles, por qué nos vienen engañando desde hace años...

-¿Quiénes son estos dos caballeros? -preguntó la mujer madura.

Hubo una pausa, y luego una de las chicas, con maligna sonrisa dijo:

-Buscan habitación.

-¿Cómo? -preguntó la vieja con incredulidad.

-Claro -dijo un muchacho-. Aparecieron aquí buscando una habitación para alquilar. Tropezando con todo. ¿No tiene encendido un farol en la galería?

-No -dijo la vieja. Sacó un pañuelo y se enjugó la frente blanda y arrugada; bajo la presión la carne cedía-. Me había retirado. -A Ragle y a Vic les dijo-: Soy la señora McFee. Soy la propietaria de esta casa de apartamentos. ¿Qué clase de habitaciones querían?

Antes que Ragle tuviera tiempo de pensar una respuesta, Vic dijo:

-Cualquiera puede servir. ¿De qué dispone? -Miró a Ragle expresando el alivio que sentía.

-Bueno -dijo ella volviendo a las escaleras con paso oscilante-, si ustedes dos, caballeros, me siguen, les mostraré. -En las escaleras, se aferró de la barandilla y volvió la cabeza para mirarlos-. Síganme -dijo, jadeando para recobrar el aliento. La cara se le había hinchado por el esfuerzo-. Tengo algunos cuartos bastante bonitos. ¿Quieren algo los dos juntos? -Mirándolos dubitativa, dijo-: Entremos en mi despacho y hablemos sobre sus empleos y... -reinició el descenso, paso a paso- algunos otros detalles.

Al llegar abajo, con múltiples jadeos y murmullos, localizó el interruptor de una luz; una bombilla desnuda se iluminó como un ojo que se abre, mostrándoles el pasillo a lo largo de la casa que conducía a la galería delantera. En la galería se veía una mecedora de mimbre muy antigua. Antigua aun desde su propio punto de vista. Algunas cosas no cambian nunca, pensó Ragle.

-Aquí mismo -dijo la señora McFee-. Si gustan.

Desapareció dentro de la casa; él y Vic la siguieron a una sala oscura, atestada, con olor a ropa, llena de trastos, sillas, lámparas, cuadros enmarcados en las paredes, alfombras y, sobre la repisa de la chimenea, decenas de tarjetas de felicitación. Encima de la repisa de la chimenea colgaba un tapiz tejido en múltiples colores con las palabras:

UN MUNDO FELIZ BRINDA BENDICIONES
DE ALEGRÍA A TODA LA HUMANIDAD

-Lo que me gustaría saber -dijo la señora McFee dejándose caer en una silla -es si tienen un empleo regular. -Inclinándose hacia delante, cogió del escritorio un macizo libro mayor y se lo puso en la falda.

-Sí -dijo Ragle-, tenemos empleos regulares.

-¿En qué clase de empresa?

Vic dijo:

-Alimentación. Yo dirijo la sección de frutas y verduras de un supermercado.

-¿Un qué? -jadeó la vieja inclinando la cabeza para oír. En su jaula, un pájaro amarillo y negro de alguna especie emitió un ronco graznido-. Cierra ese maldito pico, Dwight -dijo.

-Frutas y verduras. Venta al por menor -dijo Vic.

-¿Qué clase de verduras?

-De toda clase -dijo él con fastidio.

-¿Dónde las obtienen?

-De los camioneros -dijo Vic.

-Oh -dijo ella entre gruñidos-. Y supongo -se dirigió a Ragle- que usted es el inspector.

Ragle no dijo nada.

-No confío en ustedes los verduleros -dijo la señora McFee-. Hubo uno merodeando por aquí la semana pasada, no digo que haya sido usted, pero podría haber sido. Tenían muy buen aspecto, pero, ¡oh Dios!, me habría muerto si me hubiera comido alguna. Tenían escrito por

todas partes R-A. Puedo asegurarlo. Claro que el hombre decía que no habían crecido arriba-arriba; que provenían de los sótanos. Me mostró la etiqueta que juraba que crecían a una milla de profundidad. Pero yo puedo oler la R-A.

Ragle pensó: *Radioactividad*. Los productos cultivados en la superficie de la tierra, están expuestos a las precipitaciones radiactivas. Ha habido bombardeos en el pasado. Contaminación de las cosechas. Lo comprendió todo; la escena de camiones que se cargaban con alimentos cultivados subterráneamente. Los *sótanos*. Peligrosa venta callejera de tomates y melones contaminados...

-No hay R-A en nuestras mercancías -dijo Vic-. Radiactividad -dijo por lo bajo para beneficio de Ragle.

-Sí -dijo Ragle.

-Somos de... un sitio muy distante de aquí. Acabamos de llegar esta misma noche.

-Entiendo -dijo la señora McFee.

-Los dos hemos estado enfermos -dijo Vic-. ¿Qué ha ocurrido?

-¿A qué se refiere? -dijo la vieja, dejando de hojear las páginas del libro mayor. Se había puesto unas gafas con montura de carey; tras ellas sus ojos, magnificados, tenían un resplandor astuto y alerta.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Ragle-. La guerra -dijo-. ¿Nos lo contará?

La señora McFee se humedeció el dedo y otra vez volvió las páginas.

-Es raro que no estén enterados de la guerra.

-Díganoslo -dijo Vic con aspereza-. ¡Por Dios!

-¿Son reclutadores? -preguntó la señora McFee.

-No -dijo Ragle.

-Soy patriota, pero no quiero que en mi casa vivan reclutadores. Causan muchas dificultades.

Nunca obtendremos una información directa de ella. Es inútil. Es mejor darse por vencidos.

Sobre una mesa había un marco vertical con fotografías coloreadas, todas ellas de un joven de uniforme.

-¿Quién es? -preguntó.

-Mi hijo -dijo la señora McFee-. Está destinado en la Estación de Misiles de Anvers. No lo he visto desde hace tres años. Desde que empezó la guerra.

Así de reciente, pensó Ragle. Quizás al mismo tiempo que organizaron el...

Cuando empezó el concurso «¿Dónde estará la próxima vez el hombrecito verde?» Casi tres años...

-¿Ha habido algún golpe aquí? -dijo.

-No le entiendo -dijo la señora McFee.

-No importa -dijo Ragle. Sin rumbo, se paseó por el salón. A través de un ancho arco de oscura madera brillante, vio un comedor. Una sólida mesa central, muchas sillas, estanterías en las paredes, armarios de cristal con platos y copas. Y vio un piano. Acercándose al piano, cogió un montón de partituras que descansaban en el atril. Todas canciones populares de tipo sentimental relacionadas con soldados y chicas.

Una de ellas se llamaba:

LUNÁTICOS EN MARCHA

Cogió la partitura y se la dio a Vic.

-Mira -dijo-. Lee la letra.

Juntos, leyeron los versos bajo el pentagrama.

Eres un bobo, señor Luno,
nunca Un Mundo partirás en dos.

Un bufón, señor Luno,
oh, qué craso error.
Encuentras acogedor el cielo;
el futuro pintado de rosa;
Pero ¡espera! el Tío ya te dará
de azotes.
¡Alza las manos al cielo, alza las manos al cielo,
antes de que sea demasiado tarde!

-¿Sabe tocar, señor? -le estaba preguntando la vieja.

Ragle le dijo:

-El enemigo... son los lunáticos, ¿no es así?

El cielo, pensó. La luna.

No era a él y a Vic a quienes perseguía la PM. Era al enemigo. Se estaba librando una batalla entre la Tierra y la Luna. Y si los muchachos de arriba podían tomarlos a él y a Vic por lunáticos, los lunáticos tenían que ser seres humanos. No criaturas extrañas. Tal vez eran colonos.

Una guerra civil.

Ahora sé lo que estoy haciendo. Sé lo que es el concurso y lo que soy yo. Soy el salvador de este planeta. Cuando resuelvo un acertijo, indico la hora y el sitio en que caerá el próximo misil. Ordeno un formulario tras otro. Y esta gente, como sea que se llamen, se apresuran a enviar un antimisil a ese cuadrado del gráfico. A ese lugar y a esa hora. Así todos salvan la vida, los muchachos de arriba con sus flautas de nariz, la camarera, Ted el conductor, mi cuñado, Bill Black, los Kesselman, los Keitelbein...

Eso es lo que la señora Keitelbein y su hijo habían empezado a decirme. La Defensa Civil... *nada más que una historia de la guerra hasta el presente*. Maquetas de 1998 para hacerme recordar.

Pero ¿por qué he olvidado?

-¿Significa algo para usted el nombre Ragle Gumm? -le dijo a la señora McFee.

-Maldita la cosa -dijo la vieja, riéndose-. Por lo que a mí concierne Ragle Gumm puede meterse dentro de un sombrero. No hay una sola persona capaz de hacer eso; es un equipo de gente y siempre a todos los llaman Ragle Gumm. Lo supe desde un principio.

Respirando profunda y agitadamente, Vic dijo:

-Creo que se equivoca, señora McFee. Creo que esa persona existe y que realmente lo hace.

-¿Y acierta un día tras otro? -dijo ella, socarrona.

-Sí -dijo Ragle. Junto a él, Vic asintió con la cabeza.

-Oh, vamos -dijo ella con voz chillona.

-Un talento -dijo Ragle-. La capacidad de percibir una estructura.

-Escuchen -dijo la señora McFee-, soy mucho mayor que ustedes, muchachos. Puedo recordar el tiempo en que Ragle Gumm no era más que un diseñador de modas, que hacía esos espantosos sombreros Señorita Adonis.

-Sombreros -dijo Ragle.

-De hecho, todavía conservo uno. -Gruñendo se puso de pie y fue trabajosamente hasta un armario-. Aquí está. -Sostenía en alto un sombrero derby-. Nada más que un sombrero de hombre. Vaya, hizo que todas empezaran a llevar sombreros de hombre para deshacerse de un montón de viejos sombreros cuando los hombres dejaron de comprarlos.

-¿E hizo dinero con el negocio de los sombreros? -preguntó Vic.

-Esos diseñadores de modas ganan millones -dijo la señora McFee-. Todos; cada uno de ellos. Tuvo suerte. Eso es... suerte. Nada más que suerte. Y más tarde, cuando se dedicó al negocio de aluminio sintético. -Reflexionó-. Aluminidio. Eso fue suerte. Uno de esos tipos ambiciosos con suerte, pero siempre terminan de la misma manera; la suerte se les agota al

final. La suya se agotó. -Con aires de conocedora, dijo-: La suya se agotó, pero nunca nos lo dijeron. Ésa es la razón por la que nadie ve ya a Gumm. La suerte se le agotó y él se ha suicidado. No es un rumor. Es un hecho. Conozco a un hombre cuya esposa trabajó para PM durante un verano, y le ha dicho que es algo seguro; Gumm se mató hace dos años. Y hacen que una persona tras otra se ocupe de la predicción de los misiles.

-Entiendo -dijo Ragle. Triunfante, la señora McFee le dijo:

-Cuando lo propusieron... cuando él aceptó venir a Denver con el fin de predecir la llegada de los misiles para ellos, pudieron ver quién era; vieron que no era más que un fraude. Y antes de aceptar la vergüenza pública, el bochorno, él...

Vic interrumpió:

-Tenemos que marcharnos.

-Sí -dijo Ragle-. Buenas noches. -Los dos se dirigían ya a la puerta.

-¿Y las habitaciones? -preguntó la señora McFee yendo tras ellos-. No me han dado oportunidad de que les muestre nada.

-Buenas noches -dijo Ragle. Él y Vic salieron a la galería, bajaron los escalones hasta el sendero, y de allí a la acera.

-¿Volverán? -gritó la señora McFee desde la galería.

-Más tarde -dijo Vic.

Los dos se alejaron de la casa.

-Lo olvidé -dijo Ragle-. Olvidé todo esto. -Pero seguí prediciendo, pensó. De algún modo lo hice. De modo que en cierto sentido no importa, porque todavía estoy desempeñando mi trabajo.

-Siempre había creído que no se podía aprender nada de la letra de las canciones populares. Estaba equivocado.

Y, advirtió Ragle, si mañana no estoy en mi cuarto trabajando en la solución del acertijo, como siempre lo hago, puede que todas nuestras vidas se extingan. No es de extrañar que Ted, el conductor, tratara de convencerme. Tampoco es de extrañar que mi cara apareciera en la cubierta del Time como el Hombre del Año.

-Lo recuerdo -dijo deteniéndose-. Esa noche. Los Kesselman. La fotografía de mi planta de aluminio.

-Aluminidio -dijo Vic-. Así lo dijo ella, de cualquier modo.

¿Lo recuerdo todo?, se preguntó Ragle. ¿Qué más hay por recordar?

-Podemos regresar -dijo Vic-. Tenemos que hacerlo. Tú, cuando menos. Supongo que necesitaban mucha gente a tu alrededor para que todo pareciera natural. Margo, yo mismo, Bill Black. Las respuestas condicionadas, como cuando busqué el cordón a tientas en el cuarto de baño. Deben de tener cordones para la luz aquí. O yo lo tuve al menos. Y cuando la gente en el mercado corrió formando un grupo. Deben de haber trabajado en una tienda aquí, todos juntos. Quizás en el colmado de allí fuera, el mismo empleo. Todo lo mismo excepto que fue cuarenta años más tarde.

Por delante de ellos brillaba un conjunto de luces.

-Probaremos allí -dijo Ragle apurando el paso. Todavía tenía la tarjeta que Ted le había dado. El número probablemente lo pondría en contacto con los militares o quienes fueren los que habían montado la ciudad... De nuevo de regreso... pero ¿por qué?

-¿Por qué es necesario? -preguntó-. ¿Por qué no puedo hacerlo aquí? ¿Por qué tengo que vivir allí imaginando que estoy en 1959 trabajando en el concurso de un periódico?

-No me lo preguntes a mí -dijo Vic-. No puedo decírtelo.

Las luces se transformaron en palabras. Un cartel de neón de varios colores que ardían en la oscuridad:

DROGUERÍA Y FARMACIA DEL OESTE

-Una droguería -dijo Vic-. Podemos telefonear desde ahí.

Entraron en una droguería, un lugar asombrosamente pequeño y estrecho brillantemente iluminado con altas estanterías y escaparates. No se veían clientes, ni tampoco empleado alguno; Ragle se detuvo frente al mostrador y miró a su alrededor en busca de los teléfonos públicos. ¿Los tienen todavía?, se preguntó.

-¿Puedo servirlo en algo? -sonó una voz de mujer muy cerca.

-Sí -dijo él-. Queremos hacer una llamada telefónica. Es urgente.

-Es mejor que nos enseñe cómo funciona el teléfono -dijo Vic-. O quizás usted podría obtener el número por nosotros.

-Pues claro -dijo la empleada saliendo de detrás del mostrador con una bata blanca. Les sonrió, una mujer de edad mediana, con zapatos bajos-. Buenas noches, señor Gumm.

Él la reconoció.

La señora Keitelbein.

Saludándolo con la cabeza, la señora Keitelbein pasó junto a él camino a la puerta. La cerró, le echó llave, bajó la persiana y luego se volvió para verlo de frente.

-¿Cuál es el número? -preguntó. Él le dio la tarjeta.

-Oh -dijo ella al leer el número-. Ya veo. Éste es el cuadro de conexión de los Servicios de las Fuerzas Armadas. Y la extensión es 62. Ése es... -Empezó a fruncir el entrecejo-. Es probablemente alguien del departamento de la defensa contra misiles. Si están allí a esta hora, virtualmente viven allí. -Devolvió la tarjeta-. ¿Cuánto es lo que recuerda? -preguntó.

-Recuerdo mucho -dijo Ragle.

-¿Que le mostrara la maqueta de su fábrica lo ayudó en algo?

-Sí -dijo él. Desde luego que había sido así. Después de verla, había cogido el autobús e ido al centro comercial donde se encontraba el supermercado.

-Pues entonces me alegro -dijo ella.

-Usted está cerca de mí -dijo él- para suministrarme dosis sistemáticas de memoria. Entonces debe usted de representar a los Servicios de las Fuerzas Armadas.

-Así es -dijo ella-. En cierto sentido.

-En primer lugar, ¿por qué he perdido la memoria?

La señora Keitelbein dijo:

-La ha perdido porque se la hicieron perder. Del mismo modo hicieron que olvidara lo que le ocurrió esa noche que llegó hasta lo alto de la colina y se encontró con los Kesselman.

-Pero eran camiones municipales. Empleados municipales. Ellos me atraparon. Me manipularon. A la mañana siguiente empezaron a abrir la calle. Mientras me vigilaban. -Eso significaba que era la misma gente que regía la ciudad. La misma gente que la había montado-. ¿Me hicieron olvidar?

-Sí -dijo ella.

-Pero usted quiere que yo recuerde.

-Eso es porque soy una lunática. No como lo es usted, sino de la especie que la PM quiere encerrar. Usted había decidido venir a nuestro encuentro, señor Gumm. De hecho, había preparado la maleta. Pero algo salió mal y nunca pudo unírsenos. No quisieron acabar con usted porque lo necesitaban. De modo que lo pusieron a resolver acertijos en un periódico. De ese modo tenían a su disposición el talento de usted... sin remordimientos de conciencia. -Seguía exhibiendo su alegre risa profesional; en su bata blanca de empleada podría haber sido una enfermera, quizás una enfermera dental que abogara por alguna nueva técnica de higiene oral. Eficiente y práctica. Y, pensó él, dedicada.

-¿Por qué había decidido unirme a ustedes?

-¿No lo recuerda?

-No -dijo él.

-Entonces, tengo algo para que usted lea. Una especie de equipo de reorientación. -Agachándose, sacó de detrás del mostrador un sobre de papel Manila; lo abrió sobre el mostrador-. Primero -dijo-, un ejemplar del *Time* del 14 de enero de 1996, con su retrato en la

cubierta y su biografía dentro. Completa, en cuanto al conocimiento público que de usted se tiene.

-¿Qué versión se les ha dado? -preguntó él pensando en la señora McFee y su cháchara llena de sospechas y rumores.

-Que tiene una afección respiratoria que lo obliga a vivir recluido en un lugar de América del Sur. En un pueblo le campo de Perú llamado Ayacucho. Todo figura en la biografía. -Le dio un pequeño libro-. Un texto de la escuela primaria sobre historia contemporánea. Utilizado como texto oficial en las escuelas de Un Mundo Feliz.

-Explíqueme el lema «Un Mundo Feliz» -dijo Ragle.

-No es un lema. Es la nomenclatura oficial para el grupo que cree que no hay futuro en los viajes interplanetarios. Un Mundo Feliz es suficiente, mejor de hecho que un montón de áridos baldíos que el Señor no tuvo nunca intención de que ocupáramos. Sabe, por supuesto, lo que significa «lunáticos».

-Sí -dijo él-. Colonos de la Luna.

-No del todo. Pero figura en el libro, junto con una crónica sobre los orígenes de la guerra. Y hay una cosa más. -De la carpeta sacó un panfleto con el título:

LA LUCHA CONTRA LA TIRANÍA

-¿Qué es esto? -preguntó Ragle al recibirlo. El panfleto le produjo una extraña sensación, una fuerte impresión de familiaridad, de una prolongada asociación.

La señora Keitelbein dijo:

-Es un panfleto que se hizo circular entre los miles de trabajadores de Ragle Gumm, Inc. En sus múltiples fábricas. No ha renunciado a sus propiedades, ¿entiende usted? Se ofreció a servir voluntariamente al gobierno por una suma nominal, un gesto de patriotismo. Empleó su talento en salvar a la gente de los bombardeos lunáticos. Pero después de trabajar para el gobierno -el gobierno de Un Mundo Feliz- unos pocos meses, tuvo un decidido cambio de actitud. Siempre fue más rápido que nadie en la percepción de estructuras.

-¿Puedo llevarme esto conmigo a la ciudad? -preguntó. Quería estar listo para el acertijo del día siguiente; lo tenía en los huesos.

-No -dijo ella-. Ya saben que se ha marchado. Si vuelve, intentarán nuevamente borrar su memoria. Prefiero que se quede y lo lea aquí. Son poco más o menos las once. Hay tiempo. Sé que piensa en mañana. No puede evitarlo.

-¿Aquí estamos a salvo? -preguntó Vic.

-Sí -dijo ella.

-¿No vendrá a registrar ningún miembro de la PM? -preguntó Vic.

-Mire por la ventana -dijo la señora Keitelbein.

Los dos, Vic y Ragle, se dirigieron a la ventana de la droguería y atisbaron fuera.

La calle había desaparecido. Estaban frente a oscuros campos vacíos.

-Estamos entre ciudades -dijo la señora Keitelbein-. Desde que pusieron el pie aquí, hemos estado en movimiento. Estamos en movimiento ahora. Hace ya un mes que podemos penetrar en la Vieja Ciudad, como el ejército. Ellas la montaron y, por tanto, ellos le dieron este nombre. -Después de una pausa, dijo-: ¿No se les ocurrió nunca preguntarse dónde vivían? ¿El nombre de su ciudad? ¿Del condado? ¿Del estado?

-No -dijo Ragle con la sensación de ser un estúpido.

-¿Sabe dónde está ahora?

-No -admitió.

La señora Keitelbein dijo:

-Está en Wyoming. Nosotros estamos en Wyoming, cerca de la frontera con Idaho. Su ciudad se levantó como reconstrucción de varias viejas ciudades que fueron voladas durante los primeros días de la guerra. El ejército recreó el ambiente bastante bien, basándose en textos y documentos. Las ruinas que Margo quiere que el ayuntamiento elimine por bien de

los niños, las ruinas en las que escondimos la guía telefónica, las tiras de papel y las revistas, constituyen genuinos restos de la vieja ciudad de Kemmerer. Un arcaico arsenal del condado.

Sentándose en el mostrador, Ragle empezó a leer su biografía en el *Time*.

Catorce

En sus manos, las páginas de la revista abierta, desplegadas, le revelaban el mundo de la realidad. Nombres, caras, experiencias desfilaban ante él y reanudaban su existencia. Y ningún hombre vestido de mono surgía de la oscuridad para acercársele; nadie lo perturbaba. Esta vez se le permitía estar sentado solo, con la revista en las manos, inclinado sobre ella, absorto por ella.

Más con Moraga, pensó. La vieja campaña, las elecciones presidenciales de 1987. Y, pensó: *Ganad con Wolfe*. El equipo vencedor. Delante de él la delgada e inepta figura de profesor de derecho de Harvard, y luego su vicepresidente. Qué contraste, pensó. Una disparidad que había provocado una guerra civil. Y en la misma lista, además. El intento de obtener el voto de todo el mundo. Todo bajo el mismo manto... pero ¿es posible hacerlo? Un profesor de derecho de Harvard y un ex capataz ferroviario. Derecho romano e inglés, y luego un hombre que apuntaba el peso de los sacos de sal.

-¿Recuerdas a John Moraga? -le preguntó a Vic. Hubo un leve estremecimiento de confusión en la cara de Vic.

-Naturalmente -musitó.

-Es gracioso que un hombre tan culto haya podido resultar tan crédulo -dijo Ragle-. Un juguete en manos de los intereses económicos. Demasiado ingenuo, probablemente. Demasiado enclaustrado. -Mucha teoría y poca experiencia, pensó.

-No estoy de acuerdo contigo -dijo Vic con la voz endurecida de pronto por una decidida convicción-. Un hombre empeñado en que sus principios se lleven a la práctica a pesar de todos los inconvenientes.

Ragle lo miró con asombro. La tirante expresión de certidumbre. Partidismo, pensó. Discusiones en los bares por la noche; no querría ser sorprendido con una ensaladera hecha con mineral lunar. No consumáis productos lunares. El boicot.

-Consumid minerales antárticos -dijo Ragle.

-Consumid lo que es de casa -convino Vic sin vacilar.

-¿Por qué? -preguntó Ragle-. ¿Cuál es la diferencia? ¿Consideras el continente antártico como tu casa? -Estaba intrigado-. Minerales lunares o minerales antárticos. Los minerales son minerales. -El gran debate de la política exterior. La Luna nunca valdrá nada para nosotros económicamente, pensó. Hay que olvidarla. Pero supongamos que algún valor tiene. Entonces, ¿qué?

En 1993 el presidente Moraga promulgó el proyecto de ley que ponía fin a las actividades económicas americanas en la Luna. ¡Hurra! ¡Ziiiiip! ¡Ziiiiip!

El desfile en la Quinta Avenida.

Y luego la insurrección. Los lobos, pensó.

-«Ganad con Wolfe» -dijo en voz alta.

-En mi opinión, un puñado de traidores -dijo Vic con convicción.

Apartada de los dos, la señora Keitelbein escuchaba y observaba.

-La ley establece claramente que en caso de incapacitación del presidente, el vicepresidente asume plenos poderes presidenciales -dijo Ragle-. ¿Cómo puedes hablar entonces de traidores?

-Presidente en funciones no es lo mismo que presidente. Sólo debía llevar a la práctica los deseos del verdadero presidente. No debía distorsionar y destruir la política exterior del presidente. Se aprovechó de la enfermedad del presidente. Conceder fondos a los proyectos lunares para complacer a un puñado de liberales californianos con un montón de ideas

visionarias y sin el menor sentido práctico... -Vic jadeaba de indignación-. Mentalidad de adolescentes que sueñan con conducir potentes coches a toda velocidad a largas distancias. Es preciso ver más allá de la próxima cadena de montañas.

-Has sacado eso de un artículo de algún periódico. Ésas no son tus ideas.

-Una explicación freudiana, algo relacionado con vagos impulsos sexuales. ¿Por qué otro motivo ir a la Luna, si no? Toda esa cháchara sobre «la meta última de la vida». Disparates. -Vic movió un dedo admonitorio ante él-. Y no es legal.

-Si no es legal -dijo Ragle-, poco importa que se trate de vagos impulsos sexuales o no. -Se te está empantanando la lógica, pensó. Una doble argumentación. Es síntoma de inmadurez y está contra la ley. Decir cualquier cosa en contra, lo que te venga en mente. ¿Por qué tan decidida oposición a la exploración lunar? ¿El olor de lo extraño? ¿La contaminación? Lo desconocido que se infiltra entre las resquebrajaduras de la pared...

La radio vociferó:

-...desesperadamente enfermo, con una afección renal, el presidente Moraga, desde su mansión de Carolina del Sur, declara que sólo con el más penoso examen y la más solemne atención a los más altos intereses de la nación ha de considerar...

Penoso examen, pensó Ragle. Las afecciones renales son siempre penosas. Pobre hombre.

-Era un presidente extraordinario, ¡qué demonios! -dijo Vic.

-Era un idiota -dijo Ragle.

La señora Keitelbein asintió con la cabeza.

El grupo de colonos lunares declaró que no devolverían los fondos ya recibidos y que los organismos federales habían empezado a incluir en las minutas para ellos. En consecuencia, el FBI los arrestó en cuanto a grupo por violar los estatutos acerca del mal uso de los fondos federales y, en caso de que se tratara de maquinaria antes que de fondos, por posesión no autorizada de propiedad federal, etcétera.

Pretextos, pensó Ragle.

En el mortecino atardecer, las luces de la radio del coche iluminaban el tablero de instrumentos, su rodilla, y la rodilla de la chica junto a él mientras los dos yacían juntos entrelazados, acalorados, sudorosos, sacando una patata frita de vez en cuando de un paquete que descansaba entre los pliegues de la falda de ella. Él se incorporó una vez para beber un sorbo de cerveza.

-¿Por qué querría alguien vivir en la Luna? -preguntó la chica.

-Descontentos crónicos -dijo él adormilado-. A la gente normal no le es necesario. La gente normal se contenta con la vida tal como es. -Cenó los ojos y escuchó la música bailable que transmitía la radio.

-¿Es bonita la Luna? -preguntó la chica.

-Oh, Dios, es espantosa -dijo él-. Sólo rocas y polvo.

-Cuando nos casemos preferiría vivir en los alrededores de Ciudad de México. Es caro, pero muy cosmopolita.

Las páginas de la revista que Ragle Gumm tenía en las manos le recordaron que tenía ahora cuarenta y seis años. Había transcurrido mucho tiempo desde que había estado con la chica en el coche escuchando por radio música bailable. Era una chica toda dulzura, pensó. ¿Por qué no hay una fotografía de ella en este artículo? Quizá no sepan de ella. Una parte de mi vida que no contaba. Que no afectaba a la humanidad...

En febrero de 1994 estalló una guerra en la Base Uno, la capital nominal de las colonias lunares. Los soldados de una base de misiles de las cercanías fueron atacados por los colonos y se libró una batalla campal de cinco horas. Esa noche, naves especiales de transporte de tropas fueron enviadas de la Tierra a la Luna.

¡Hurra!, pensó. ¡Ziiiiip! ¡Ziiiiip!

En un mes, se desarrollaba ya una guerra a gran escala.

-Ya veo -dijo Ragle. Cerró la revista. La señora Keitelbein dijo:

-Una guerra civil es la peor de las guerras. Familia contra familia. Padre contra hijo.

-Los expansionistas... -Con dificultad, dijo-: A los lunáticos de la Tierra no les fue muy bien.

-Lucharon un tiempo en California y en Nueva York y en unas pocas ciudades grandes del interior. Pero al cabo del primer año los partidarios de Un Mundo Feliz tenían completo control de la Tierra. -La señora Keitelbein le sonrió con su fija sonrisa profesional; se apoyó contra un mostrador con los brazos cruzados-. De vez en cuando, por la noche, los partisanos lunáticos cortan líneas telefónicas y vuelan puentes. Pero la mayor parte de los que sobrevivieron están recibiendo una dosis de CC. Campos de Concentración en Nevada y Arizona.

-Pero ustedes tienen la Luna.

-Oh, sí -dijo ella-. Y ahora somos bastante autosuficientes. Tenemos los recursos, el equipo. Los hombres entrenados.

-¿No los bombardean?

-Bien, ¿sabe usted?, la Luna tiene una cara oculta respecto a la Tierra.

Sí, pensó él. Por supuesto. La base militar ideal. La Tierra no tiene esa ventaja. Todas las partes de la Tierra quedan sucesivamente bajo el punto de mira de los vigilantes de la Luna.

La señora Keitelbein dijo:

-Todas nuestras cosechas son cultivos hidro... hidropónicos, en tanques bajo la superficie. No hay modo de que queden contaminados por precipitaciones radiactivas. Y no tenemos atmósfera que recoja el polvo y lo traslade. La menor gravedad permite que gran parte del polvo se vaya por completo... sencillamente parte hacia el espacio. Nuestras instalaciones son también subterráneas. Nuestras casas y escuelas. Y -sonrió- respiramos aire enlatado. De modo que ningún material bacteriológico nos afecta. Estamos por completo aislados. Aun si somos pocos. Sólo unos pocos miles, de hecho.

-Y han estado bombardeando la Tierra -dijo él.

-Tenemos un programa de ataques. Un enfoque agresivo. Ponemos una sección explosiva en lo que solían ser vehículos de transporte y los disparamos contra la Tierra. Uno o dos por semana... además de unos ataques menores, cohetes de investigación de los que disponemos en abundancia. Y cohetes de comunicación y de reserva, adminículos pequeños que resultan útiles en las granjas o en una fábrica. Se preocupan porque jamás pueden saber si se trata de un vehículo de transporte de gran tamaño con carga de hidrógeno o sólo algo pequeño. Les desorganiza la vida.

-Y eso es lo que he estado prediciendo -dijo Ragle.

-Sí -dijo ella.

-¿Cómo lo he hecho?

-No tan bien como le han dicho. Lowery, quiero decir.

-Ya veo -dijo él.

-Pero tampoco mal. Hemos logrado someter nuestro programa bastante al azar... pero usted logra precisar algunos ataques, en especial los de los vehículos de gran tamaño. Creo que tendemos a preocuparnos en exceso por ellos porque los tenemos en número limitado. Ello impide que los sometamos por completo al azar. De modo que usted percibe la estructura: usted y su talento lo hacen. Sombreros de mujer. Lo que llevarán el año próximo. Algo oculto.

-Sí -dijo él-. O artístico.

-Pero ¿por qué te pasaste a su lado? -preguntó Vic-. Nos han estado bombardeando, matando a mujeres y a niños...

-Él sabe el porqué -dijo la señora Keitelbein-. Se lo vi en la cara mientras leía. Lo recuerda.

-Sí -dijo Ragle-. Lo recuerdo.

-¿Por qué te pasaste a su lado? -preguntó Vic.

-Porque tienen razón -dijo Ragle-. Y los aislacionistas se equivocan.

La señora Keitelbein dijo:

-Ése es el porqué.

Cuando Margo abrió la puerta y vio que Bill Black estaba en la galería oscura, dijo:

-No están aquí. Están en la tienda, haciendo un inventario global. Había un examen de cuentas sorpresa o algo por el estilo.

-¿Puedo pasar, de todos modos? -preguntó Black. Ella lo hizo pasar. Él cerró la puerta tras de sí.

-Sé que no están aquí. -Tenía un aire distraído y desanimado-. Pero tampoco están en la tienda.

-Allí los vi por última vez -dijo ella disgustada por tener que mentir-. Y eso es lo que me dijeron. -Lo que me dijeron que dijera, pensó.

-Se han marchado. Recogimos al conductor del camión. Lo dejaron a un centenar de millas o algo así en la carretera.

-¿Cómo lo sabes? -le preguntó ella, y luego sintió rabia contra él. Un resentimiento casi histérico. No entendía, pero tenía una profunda intuición-. Tu y tus famosas lasañas -dijo ahogándose-. Venir aquí a espiar y estarle siempre alrededor. Enviar a esa esposa tuya para que se frote contra él meneando la cola.

-No es mi esposa -dijo él-. La asignaron porque yo tenía que instalarme en un barrio residencial.

A ella la cabeza le daba vueltas.

-¿Lo sabe?

-No.

-Eso es algo -dijo Margo-. ¿Ahora qué? Puedes estarte ahí sonriendo con superioridad porque sabes de qué va todo esto.

-No estoy sonriendo -dijo Black-. Simplemente estaba pensando que en el momento en que tuve oportunidad de hacerlo regresar, pensé: Deben de ser los Kesselman. Es la misma gente. Una simple confusión de nombres. Me pregunto quién habrá planeado eso. Nunca me fue fácil recordar nombres. Quizá lo averiguaron. Pero con dieciséis mil nombres que tener en cuenta...

-Dieciséis mil nombres -dijo ella-. ¿Qué quieres decir? -Y su intuición se hizo mayor entonces. La sensación de finitud del mundo que la rodeaba. Las calles y las casas y las tiendas y los coches y la gente. Dieciséis centenares de personas en medio de un escenario. Rodeados de decorados, de muebles en los que sentarse, cocinas en las que cocinar, coches que conducir, comida que preparar. Y luego, detrás de los decorados, el telón pintado. Casas pintadas a lo lejos. Gente pintada. Calles pintadas. Sonidos de altavoces instalados en la pared. Sammy sentado solo en un aula, él único alumno. Y ni siquiera la maestra era real. Sólo una serie de cintas en funcionamiento para que él las escuchara.

-¿Sabemos qué fin tiene todo esto? -preguntó ella.

-Él lo sabe. Me refiero a Ragle.

-Ésa es la razón por la que no tenemos radios -dijo ella.

-Habríais logrado captar demasiadas cosas por radio -dijo Black.

-Lo hicimos -dijo ella-. Te captamos a ti.

Él hizo una mueca.

-Era una cuestión de tiempo. Tarde o temprano se enteraría. Pero esperábamos que volvería a sumergirse en su tarea, a pesar de ello.

-Pero alguien se presentó -dijo Margo.

-Sí. Dos personas más. Esta noche enviamos a una cuadrilla de trabajadores a la casa, esa vieja casa de dos plantas en la esquina, pero se han marchado. Allí no había nadie. Dejaron todas sus maquetas. Le dieron un curso sobre Defensa Civil. Que conducía al presente.

-Si no tienes más que decir, me gustaría que te fueras -dijo ella.

-Me quedaré aquí -le dijo Black-. Toda la noche. Puede que decida volver. Pensé que preferirías que Junie no viniera conmigo. Puedo dormir aquí en el salón; de este modo lo veré

si aparece. -Abrió la puerta principal, cogió una pequeña maleta y entró en la casa con ella-. Mi cepillo de dientes, mi pijama y unos pocos efectos personales -dijo con la misma voz apagada y desalentada.

-Estás en dificultades -dijo ella-. ¿No es cierto?

-También lo estás tu -dijo Black. Poniendo la maleta en una silla, la abrió y empezó a sacar sus pertenencias.

-¿Quién eres? -preguntó ella-. Si no eres Bill Black.

-Soy Bill Black. El mayor William Black, de la junta de Planeamiento Estratégico de los Estados Unidos, Zona Occidental. Originalmente trabajaba con Ragle, proyectando ataques con misiles. En ciertos aspectos, yo era su alumno.

-De modo que no trabajas para el municipio. Para la compañía de aguas.

La puerta principal se abrió y allí estaba Junie Black, con abrigo, sosteniendo un reloj. Tenía la cara hinchada y enrojecida; evidentemente, había estado llorando.

-Te has olvidado el reloj -le dijo a Bill Black al tiempo que se lo daba-. ¿Por qué te quedas aquí esta noche? -le preguntó con voz estremecida-. ¿Es por algo que yo he hecho? -Lo miró y miró luego a Margo-. ¿Mantenéis vosotros una relación? ¿Es eso? ¿Ha sido siempre eso?

Ninguno de los dos dijo nada.

-Por favor, explicádmelo -dijo Junie.

-Por amor de Dios, basta ya. Vete a casa -dijo Bill.

Con un sollozo, ella dijo:

-De acuerdo. Lo que tú digas. ¿Volverás a casa mañana? ¿O esto es definitivo?

-Sólo por esta noche -dijo él. La puerta se cerró tras ella.

-Qué pesada -dijo Bill Black.

-Ella todavía lo cree -dijo Margo-. Que es tu esposa.

-Lo creerá hasta que haya sido reconstruida -dijo Bill-. También tú. Seguirás viendo lo que vienes viendo. El condicionamiento sigue estando presente en un nivel irracional. Impreso en vuestros sistemas.

-Es espantoso -dijo ella.

-Oh, no lo sé. Hay cosas peores. Es un intento de salvar nuestras vidas.

-¿Está Ragle también condicionado? ¿Cómo el resto de nosotros?

-No -dijo Black mientras extendía el pijama sobre el diván. Margo observó los colores chillones, las flores y las hojas de un rojo brillante-. Lo de Ragle es algo diferente. Él nos dio la idea de todo esto. Estaba en un dilema, y el único modo de resolverlo fue entrar en un estado psicótico que lo mantuviera apartado.

Ella pensó: Entonces está verdaderamente loco.

-Se retiró a una fantasía en la que reinaba la tranquilidad -dijo Black, dando cuerda al reloj que Junie le había traído-. A un período anterior a la guerra. A su infancia. A finales de los años cincuenta, cuando era un niño.

-No creo nada de lo que dices -dijo ella resistiéndose. Pero aun así lo escuchaba.

-De modo que buscamos un sistema por el que pudiera vivir en su mundo libre de tensiones. Relativamente libre de tensiones, quiero decir. Y aun así, que siguiera planeando para nosotros la interceptación de los misiles. Podía hacerlo sin la sensación de llevar un peso sobre los hombros. La vida de la humanidad entera. Podía hacerlo como un juego, un concurso de un periódico. Ése fue el dato que obtuvimos secretamente en un principio. Un día, al llegar a su sede en Denver, nos saludó diciendo: «Tengo casi terminado el acertijo de hoy». Poco más o menos una semana después se había sumido en una total fantasía de desapego.

-¿Es realmente mi hermano? -preguntó ella.

Black vaciló.

-No -dijo.

-¿Tengo algún parentesco con él?

-No -dijo Black con renuencia.

-¿Es Vic mi marido?

-N... no.

-¿Es alguien pariente de alguien? -preguntó ella.

Frunciendo el entrecejo, Black dijo:

-Yo... -Luego se mordió los labios y dijo-: El caso es que tú y yo estamos casados. Pero tu tipo de personalidad cuajaba mejor como miembro del hogar de Ragle. Tuvo que organizarse todo sobre una base práctica.

Después de eso, ninguno de los dos dijo nada. Margo se dirigió con paso vacilante a la cocina y se sentó reflexiva a la mesa que allí había.

Bill Black, mi marido, pensó. El mayor Bill Black.

En el salón, su marido desenrolló una manta sobre el diván y arrojó una almohada sobre uno de sus extremos disponiéndose a pasar la noche.

Yendo a la puerta del salón, ella dijo:

-¿Puedo preguntarte algo?

Él asintió con la cabeza.

-¿Sabes dónde está el cordón de la luz que Vic quiso encontrar esa noche en el cuarto de baño?

-Vic tenía un colmado en Oregon. Puede que el cordón de la luz haya estado allí. O en el apartamento que tenía allí.

-¿Cuánto hace que tú y yo estamos casados?

-Seis años.

-¿Tenemos hijos?

-Dos niñas. De cuatro y cinco años.

-¿Y Sammy? -En su habitación, Sammy seguía durmiendo con la puerta cerrada-. ¿No es pariente de nadie? ¿Sólo un niño reclutado en algún sitio, como un actor para desempeñar un papel?

-Es hijo de Vic. De Vic y su esposa.

-¿Cómo se llama su esposa?

-Tú no la conoces.

-¿No es esa chica grandota de Tejas que trabaja en la tienda?

Black se echó a reír.

-No. Una chica llamada Betty o Barbara; tampoco yo la conozco.

-Vaya lío -dijo ella.

-Lo es, en efecto -dijo él.

Ella regresó a la cocina y volvió a sentarse. Más tarde oyó que él encendía el televisor. Escuchó música de concierto durante poco más o menos una hora, y luego oyó que apagaba el aparato, y luego la luz del salón y luego, que se metía bajo la manta en el diván. Más tarde aún, dormitó involuntariamente, sentada a la mesa de la cocina.

El teléfono la despertó. Pudo oír a Bill Black tanteando en el salón, intentado encontrarlo.

-En el vestíbulo -dijo ella adormilada.

-Hola -dijo Black.

El reloj sobre la pared de la cocina le indicó que eran las tres y media. Dios mío, pensó.

-Está bien -dijo Black. Colgó el teléfono y volvió trabajosamente al salón. Prestando atención, ella oyó que se vestía, metía sus cosas en la maleta y luego, la puerta de entrada se abrió y se cerró. Se había ido. Se había marchado.

Sin esperar, pensó ella frotándose los ojos y tratando de despertar. Se sentía rígida y tenía frío; temblorosa, se puso de pie y se mantuvo junto al horno intentando calentarse.

-No volverán -pensó-. Al menos, Ragle no volverá. De lo contrario, Black habría esperado. Desde su habitación, Sammy llamó:

-¡Mamita! ¡Mamita!

Ella abrió la puerta.

-¿Qué ocurre? -preguntó. Sentado en la cama, Sammy dijo:

-¿Quién estaba al teléfono?

-Nadie -dijo ella. Entró en la habitación y se inclinó para ajustar las mantas sobre el niño-. Vuelve a dormirte.

-¿Papá ya ha vuelto?

-Todavía no -dijo ella.

-Vaya -dijo Sammy volviendo a acostarse y empezando ya a quedarse dormido-. Quizá robaron algo... se marcharon de la ciudad.

Ella se quedó en la habitación, sentada en el borde de la cama del niño, fumando un cigarrillo, obligándose a permanecer despierta.

No creo que regresen, pensó. Pero de cualquier modo esperaré. Por si acaso.

-¿Cómo que tienen razón? -dijo Vic-. ¿Quieres decir que está bien bombardear ciudades y hospitales e iglesias?

Ragle Gumm recordó el día en que por primera vez oyó hablar de los colonos lunares, llamados ya lunáticos, que hacían fuego contra las tropas federales. Nadie se había sorprendido demasiado. Los lunáticos, en su mayoría, eran gente disconforme, jóvenes parejas todavía no establecidas, jóvenes ambiciosos con sus esposas, muy pocos con hijos, ninguno de ellos con propiedades o responsabilidad. Su primera reacción fue desear incorporarse al ejército para luchar. Pero su edad se lo impedía. Y podía ofrecerse como voluntario para algo mucho más importante.

Lo hicieron trabajar en el planeamiento de los ataques de los misiles; él y el personal puesto a su disposición hicieron los gráficos y las estructuras de predicción que le eran necesarias y llevaron a cabo las investigaciones estadísticas. El mayor Black había sido su oficial ejecutivo, un brillante individuo ansioso por aprender cómo se llevaba a cabo un planeamiento. Durante el primer año todo fue perfectamente, pero luego el peso de la responsabilidad terminó por abatirlo. La conciencia de que todas esas vidas dependían de él. Y entonces, los miembros del ejército decidieron llevárselo de la Tierra. Ponerlo a bordo de una nave y llevarlo a uno de los centros de reposo de Venus al que iban los altos funcionarios del gobierno y en el que pasaban gran parte de su tiempo. El clima de Venus, o quizá los minerales que había en el agua o la gravedad -nadie lo sabía de cierto-, había contribuido mucho a la cura del cáncer y las dolencias cardíacas.

Por primera vez en su vida abandonaba la Tierra. Saliendo al espacio exterior, entre planetas. Libre de la gravedad. La más gruesa cadena ya no lo sujetaba. La fuerza fundamental que mantenía el universo de la materia comportándose como se comportaba. La Teoría del Campo Unificado, de Heisenberg, había conectado toda energía, todo fenómeno en una única experiencia. Ahora, al abandonar su nave la Tierra, pasaba de esa experiencia a otra, la experiencia de la pura libertad.

Satisfacía para él una necesidad de la que nunca había tenido conciencia, Un profundo anhelo inquietante bajo la superficie siempre presente en él durante toda su vida, aunque no articulado. La necesidad del viaje constante. De migrar.

Sus antepasados habían migrado. Habían aparecido, nómadas, no granjeros, sino recolectores de alimentos, penetrando en Occidente desde Asia. Cuando llegaron al Mediterráneo, se habían asentado, porque se toparon con el borde del mundo; no había otro sitio a dónde ir. Y luego, más adelante, centenares de años más adelante, llegaron noticias de que existían otros lugares. Tierras más allá del mar. No habían avanzado nunca mucho por el mar, salvo quizás en ocasión de una abortada migración al Norte de África. Esa migración por el agua en barcas era para ellos algo aterrador. No tenían idea de adonde iban, pero al cabo de un tiempo habían llevado a término esa migración de un continente a otro. Y eso los contuvo por un tiempo, porque de nuevo se habían topado con el borde del mundo.

Ninguna migración había sido nunca como ésta. Ninguna especie la había llevado nunca a cabo, ninguna raza. Desde un planeta a otro. ¿Cómo podrían nunca sobrepasarla? Daban ahora en estas naves el salto final. Cada variedad de vida llevaba a cabo su propia migración,

su viaje continuo. Era una necesidad universal, una experiencia universal. Pero esta gente había descubierto la etapa final, y, que ellos supieran, ninguna otra especie o raza había descubierto cosa semejante.

Nada tenía que ver con minerales, recursos o mediciones científicas. Ni siquiera con exploraciones y beneficios. Esas eran excusas. La verdadera razón estaba fuera del marco de sus mentes conscientes. Si le hubieran pedido que formulase esa necesidad, no podría haberlo hecho aun cuando la experimentaba profundamente. Nadie podría haberlo hecho. Un instinto, el más primitivo de los impulsos, así como el más noble y complejo. Era ambas cosas a la vez.

Y la ironía del asunto, pensó, es que la gente dice que Dios nunca tuvo intención de que nosotros viajáramos al espacio.

Los lunáticos tienen razón, pensó, porque saben que eso nada tiene que ver con el provecho que pueda obtenerse con la explotación de minerales. No se trata de una cuestión política, ni siquiera ética. Pero es preciso dar una respuesta cuando alguien le formula una pregunta a uno. Es preciso fingir que uno la sabe.

Durante una semana se bañó en las cálidas aguas minerales en las fuentes termales Roosevelt de Venus. Luego lo enviaron de vuelta a la Tierra. Y, poco después, empezó a consagrar su tiempo a la evocación de su infancia. De los pacíficos días en que su padre se sentaba en la sala leyendo el periódico y los niños miraban el Capitán Canguro por televisión. Cuando su madre conducía el Volkswagen y las noticias que transmitía la radio no eran sobre la guerra, sino sobre los primeros satélites en torno a la Tierra y las esperanzas iniciales de disponer de energía nuclear.

Antes de las grandes huelgas y represiones y la discordia civil que sobrevinieron más tarde.

Ése era su último recuerdo. La consagración de su tiempo a meditar acerca de la década de los cincuenta. Y luego, un buen día, se descubrió de nuevo en los años cincuenta. Le había parecido un acontecimiento maravilloso. Una maravilla que arrebataba el aliento. De pronto las sirenas, los edificios de CC, el conflicto y el odio, las tiras de los parachoques en que se leía UN MUNDO FELIZ, se desvanecieron. Los soldados de uniforme a su alrededor todo el día, el miedo al próximo ataque de los misiles, la presión y la tensión y, sobre todo, la duda que todos habían sentido. La terrible culpa de una guerra civil, enmascarada por una ferocidad cada vez mayor. Hermano contra hermano. La familia en contra de sí misma.

Un Volkswagen avanzó y se detuvo. Una mujer, muy bonita y sonriente, salió de él y dijo:

-¿Listo para volver a casa?

Un acertado coche pequeño, pensó. Hicieron una buena compra. De gran valor en la reventa.

-Casi -le dijo a su madre.

-Quiero comprar unas cosas en la droguería -dijo su padre, cerrando la portezuela del coche tras ellos.

Aceptan la vieja máquina de afeitar eléctrica como parte del pago de una nueva, pensó mientras miraba a su madre y a su padre que se dirigían a la sección de droguería del Centro Comercial de Enrié. Siete cincuenta por la vieja máquina de afeitar, cualquiera que sea su marca. No había preocupación ominosa alguna: sólo el placer de la compra. Encima de su cabeza, los carteles brillantes. Los colores de los diversos anuncios. La brillantez, el resplandor. Se paseó por el aparcamiento, entre largos coches de colores pastel, mirando los carteles, leyendo las palabras en los escaparates. Café Schilling a 69 centavos la libra. Dios, pensó. Qué compra.

Su mirada abarcó las mercancías, los coches, la gente, los mostradores; pensó: Cuántas cosas que mirar. Cuántas que examinar. Prácticamente, una feria. En el departamento de alimentación, una mujer obsequiaba muestras gratis de queso. Se

dirigió hacia allí. Pedazos de queso amarillo en una bandeja. La mujer les servía a todos. Algo por nada. La excitación, zumbidos y murmullos. Entró en la tienda y extendió la mano en busca de su muestra, tembloroso. La mujer le sonrió desde lo alto y dijo:

-¿Qué se dice?

-Gracias -dijo él.

-¿Te gusta esto? -preguntó la mujer-. ¿Pasearte por las tiendas mientras tus padres están de compras?

-Si -dijo él masticando el queso.

La mujer preguntó:

-¿Es porque piensas que todo lo que puedas necesitar puede conseguirse aquí? ¿Que una gran tienda, un supermercado, es en si un mundo completo?

-Creo que si -admitió.

-De modo que no hay nada que temer -dijo la mujer-. No hace falta sentir ansiedad. Puedes relajarte, encontrar la paz aquí.

-Es cierto -dijo él algo ofendido con ella por el interrogatorio. Miró una vez más la bandeja con comida.

-¿En qué departamento estás ahora?

Él miró a su alrededor y vio que estaba en el departamento de farmacia. Entre los tubos de pasta dentífrica, revistas, gafas para sol y potes de lociones para las manos. Pero estaba en el departamento de alimentación, pensó con sorpresa. ¿Dónde están las muestras de comida, la comida gratis? ¿Hay muestras gratis de goma de mascar o caramelos aquí? Eso sería estupendo.

-De modo que ya ve -dijo la mujer-, a usted no le hicieron nada, a su mente quiero decir. Usted mismo retrocedió en el tiempo. Ahora mismo lo ha hecho con sólo leer acerca de los sucesos actuales. Continuamente quiere retroceder en el tiempo. -Ahora no tenía una bandeja con muestras de queso-. ¿Sabe quién soy? -preguntó con voz considerada.

-Me es familiar -dijo él, dando largas al asunto, porque no lo podía recordar.

-Soy la señora Keitelbein -dijo la mujer.

-Eso es -convino él. Se apartó de ella-. Ha hecho mucho por ayudarme -le dijo, sintiéndose agradecido.

-Está saliendo del estado en que se había sumido -dijo la señora Keitelbein-. Pero le llevará tiempo. La tensión que soporta es muy fuerte. El impulso que lo lleva al pasado.

La multitud de los sábados por la noche lo rodeaba como un enjambre por todas partes. Qué bueno, pensó. Ésta es la Edad de Oro. Sin duda la más maravillosa época en la que vivir. Espero poder vivir siempre así.

Su padre le hacia señas desde el Volkswagen. Los brazos cargados de paquetes.

-Vamos -gritó.

-De acuerdo -dijo él, todavía maravillado, todavía viéndolo todo, contrariado por tener que dejarlo. En la esquina del aparcamiento había montones de papeles de colores que el viento había llevado allí, envoltorios, cartones y bolsas de papel. Su mente descubrió las estructuras, los paquetes de cigarrillos aplastados, las tapas de los cartones de leche malteada. Y entre los desperdicios había algo de valor. Un billete de un dólar, plegado. Había sido arrastrado allí por el viento con lo demás. Agachándose, lo cogió y lo desplegó. Sí, un billete de un dólar. Alguien probablemente lo había perdido hacía mucho, mucho tiempo.

-Eh, mirad lo que he encontrado -gritó a su padre y a su madre mientras corría hacia ellos y el coche.

Se celebró una conferencia que terminaba:

-¿Puede guardarlo? ¿Sería correcto? -Preocupación por parte de su madre.

-No podría encontrar jamás a su dueño -dijo su padre-. Claro, guárdatelo. -Le pasó la mano por el pelo, despeinándoselo.

-Pero no se lo ha ganado -dijo su madre.

-Yo lo he encontrado -salmodió Ragle Gumm, apretando el billete en la mano-. Calculé dónde estaba; sabía que estaba allí en medio de la basura.

-Fue suerte -dijo su padre-. Claro que conozco gente que va andando y descubren dinero en el pavimento el día que se les antoja. Yo nunca puedo. Creo que no he encontrado ni diez centavos en toda mi vida.

-Yo sí puedo hacerlo -salmodió Ragle Gumm-. Puedo calcularlo; sé cómo se hace.

Más tarde, su padre, echado sobre el diván en el salón, contaba historias acerca de la segunda guerra mundial, la parte que le tocó desempeñar en la fase del Pacífico. Su madre fregaba platos en la cocina. La tranquilidad de la casa...

-¿Qué vas a hacer con el dólar? -le preguntó su padre.

-Lo invertiré -dijo Ragle Gumm-. De esa manera tendré más.

-Un gran empresario, ¿eh? -dijo su padre-. No te olvides de los impuestos que tendrás que pagar.

-Aun así me quedará mucho -dijo confiado, echándose hacia atrás como lo hacía su padre, con las manos en la nuca y los codos hacia afuera.

Saboreó este momento, el más feliz de todos cuantos tuvo en la vida.

-Pero ¿por qué con tanta inexactitud? -le preguntó a la señora Keitelbein-. El coche Tucker. Era un coche admirable, pero...

La señora Keitelbein dijo:

-Viajó usted en uno de ellos en una ocasión.

-Sí -dijo él-. O, cuando menos, eso creo. Cuando era pequeño. -Y en ese momento, recordándolo, pudo sentir la presencia del coche-. En Los Ángeles -dijo-. Un amigo de papá tenía uno de los prototipos.

-Ya ve usted -dijo ella-. Eso lo explicaría.

-Pero no se produjo nunca en serie. No pasó nunca de la etapa de fabricación artesanal.

-Pero usted lo necesitaba -dijo la señora Keitelbein-. Era para usted. Ragle Gumm dijo:

-*La cabaña del tío Tom.* -Le había parecido perfectamente natural en el momento, cuando Vic le había mostrado el folleto del Club del Libro del Mes-. Eso se escribió un siglo antes de mis tiempos. Es un libro verdaderamente antiguo.

Cogiendo el artículo de la revista, la señora Keitelbein se lo alcanzó.

-Un recuerdo de infancia -dijo-. Trate de recordar.

Allí, en el artículo, había una línea sobre el libro. Había tenido un ejemplar, lo había leído una y otra vez. Cubiertas de color negro y amarillo muy gastadas, con ilustraciones hechas a carbonilla tan espeluznantes como el libro mismo. Una vez más sintió el peso del objeto en las manos, la polvorienta y rugosa presión de la tela y el papel. Él mismo en la quietud y las sombras del patio, con la cabeza gacha, la mirada fija en el texto. Se lo llevaba consigo a su habitación, lo releía, pues era un elemento estable; no cambiaba. Le daba la sensación de certidumbre. La sensación de que se podía contar con que estuviera allí, exactamente donde siempre había estado. Aun las marcas en la primera página que él había hecho: sus iniciales garrapateadas.

-Todo según sus requerimientos -dijo la señora Keitelbein-. Lo que necesitaba usted para su seguridad y consuelo. ¿Por qué debía ser exacto? Si *La cabaña del tío Tom* era una necesidad de su infancia, tenía que estar incluido.

Como una ensoñación diurna. La inclusión de lo bueno. La exclusión de lo indeseable.

-Si las radios no resultaban convenientes, pues entonces no las había -dijo la señora Keitelbein-. O, al menos, no debía haberlas.

Pero una cosa tan natural, advirtió. De vez en cuando olvidaban una radio. Olvidaban que en la ilusión la radio no existía; continuamente resbalaban en semejantes bagatelas. La dificultad típica en el mantenimiento de las ensoñaciones diurnas... no lograban conservar la coherencia. Sentado a la mesa, jugando al poker con nosotros, Bill Black vio el detector de cristal, y no lo recordó. Era algo demasiado corriente. No lo registraba; tenía en mente cosas más importantes.

Con su tono paciente, la señora Keitelbein continuó:

-De modo que reconoce que fabricaron para usted, y en él lo pusieron, un ambiente seguro y controlado en el que pudiera desempeñar su trabajo sin dudas ni distracciones. Sin que se diera cuenta de que estaba de parte de la facción equivocada.

Dijo Vic violentamente:

-¿La facción equivocada? ¡La facción que estaba siendo bombardeada!

-En una guerra civil -dijo Ragle-, todas las facciones se equivocan. Es inútil poner las cosas en claro. Todos son víctimas.

En sus períodos de lucidez, antes de que se lo llevaran de su oficina y lo instalaran en la Ciudad Vieja, había trazado un plan. Había reunido cuidadosamente sus notas y papeles, empaquetado sus permanencias y se había preparado para partir. De manera indirecta había logrado establecer contacto con un grupo de lunáticos de California en uno de los campos de concentración del Oeste Medio; las dosis de entrenamiento de reorientación no habían afectado todavía su lealtad, y había obtenido instrucciones de ellos. Debía encontrarse con un lunático libre que no había sido detectado en St. Louis, a una hora precisa, un día preciso. Pero nunca llegó allí. El día antes habían cogido a su contacto, y lo despojaron de su información. Y eso fue todo.

En los campos de concentración, los lunáticos capturados eran sometidos a un sistemático lavado de cerebro, aunque por supuesto, nunca se le daba ese nombre. Se llamaba educación de acuerdo con nuevos parámetros, se liberaba al individuo de prejuicios, convicciones desviadas, obsesiones neuróticas e ideas fijas. Lo ayudaba a madurar. Era conocimiento. Salía del proceso mejorado como hombre.

Una vez construida la Ciudad Vieja, la gente que entraba en ella y se convertía en parte de su vida, era sometida a la misma técnica utilizada en los campos. Se ofrecían como voluntarios. Todos, salvo Ragle Gumm. En su caso la técnica de los campos ajustó los últimos elementos de su retiro al pasado.

Lograron que funcionara, advirtió. *Yo me retiré y ellos fueron tras de mí. Me mantuvieron a la vista.*

Vic dijo:

-Es mejor que lo pienses bien. No es poca cosa pasarse al otro bando.

-Ya se ha decidido -dijo la señora Keitelbein-. Lo hizo hace tres años.

-No iré contigo -dijo Vic.

-Lo sé -dijo Ragle.

-¿Vas a abandonar a Margo, a tu propia hermana?

-Sí -dijo él.

-Vas a abandonar a todo el mundo.

-Sí -dijo él.

-De modo que puedan bombardearnos y matarnos a todos.

-No -dijo él. Porque después de haberse ofrecido como voluntario, abandonado su empresa privada e ido a trabajar a Denver, se había enterado de algo que sabían los más altos funcionarios del gobierno y que nunca había sido dado a conocimiento público. Era un secreto bien guardado. Los lunáticos, los colonos de la Luna, habían convenido en llegar a un acuerdo durante las primeras semanas de guerra. Sólo insistían en que se mantuviera un esfuerzo apreciable por proseguir la colonización de la Luna y que los lunáticos no fueran sometidos a acciones punitivas una vez cesadas las hostilidades. Sin Ragle Gumm el gobierno de Denver aceptaría esas condiciones. La amenaza de los ataques con misiles sería bastante. Los

sentimientos públicos contra los colonos lunares no iban tan lejos; tres años de lucha y sufrimiento para ambos bandos habían resuelto la cuestión.

Vic dijo:

-Eres un traidor. -Se quedó mirando fijamente a su cuñado. Salvo, pensó Ragle, que no soy su cuñado. No estamos emparentados. No lo conocía antes de levantarse la Ciudad Vieja.

Sí, pensó. Lo conocía. Cuando yo vivía en Boyd, Oregon. Él atendía un colmado allí. Solía comprarle frutas y verduras. Siempre estaba con su delantal blanco entre las cajas de patatas, sonriéndoles a los clientes, preocupándose por los desperdicios. Sólo en esa medida nos conocíamos.

Tampoco tengo yo una hermana.

Pero, pensó, los consideraré mi familia, pues durante dos años y medio en la Ciudad Vieja han sido una auténtica familia junto con Sammy. Y June y Bill Black son mis vecinos. Los estoy *abandonando*: abandono familia, parientes, vecinos y amigos. Eso es lo que significa una guerra civil. En cierto sentido es la guerra más idealista que existe. La más heroica. Significa los máximos sacrificios, las mínimas ventajas prácticas.

Lo hago porque sé que es lo correcto. Lo primero es mi deber. Todos los demás, Bill Black, Victor Nielson, Margo, Lowery, la señora Keitelbein y la señora Kesselman han cumplido con su deber; han sido leales a aquello en lo que creían. Tengo intención de hacer lo mismo.

Tendiéndole la mano, le dijo a Vic:

-Adiós.

Vic, con cara impasible, no le hizo ningún caso.

-¿Volverás a la Ciudad Vieja? -le preguntó Ragle. Vic asintió con la cabeza.

-Quizá te vuelva a ver -dijo Ragle-. Después de la guerra. -No creía que durase mucho más-. Me pregunto si mantendrán con vida la Ciudad Vieja -dijo-. Sin que yo esté en su centro.

Volviéndose de espaldas, Vic se alejó de él dirigiéndose a la puerta de la droguería.

-¿Hay algún modo de salir de aquí? -preguntó en voz alta dándoles a los dos la espalda.

-Lo dejaremos salir -dijo la señora Keitelbein-. Junto a la autopista; allí puede conseguir que alguien lo lleve a la Ciudad Vieja.

Vic permaneció junto a la puerta.

Es una lástima, pensó Ragle Gumm. Pero hace ya algún tiempo que las cosas son así. Esto no es nada nuevo.

-¿Me matarías? -le preguntó a Vic-. ¿Si pudieras?

-No -dijo Vic-. Siempre existe la posibilidad de que vuelvas a este bando.

Ragle le dijo a la señora Keitelbein:

-Vámonos.

-Su segundo viaje -dijo ella-. Abandona de nuevo la Tierra.

-Es cierto -dijo Ragle. Otro lunático que se suma al grupo ya instalado allí.

Al otro lado de las ventanas de la droguería, una forma se inclinaba en posición de lanzamiento. En su parte inferior hervían vapores. Junto a ella estaba la rampa de acceso bien ajustada. A media altura se abría una puerta en el costado de la nave. Un hombre asomó la cabeza, parpadeó esforzándose por ver en la oscuridad de la noche. Luego encendió una lámpara coloreada.

El hombre de la lámpara coloreada se parecía a Walter Keitelbein de un modo sorprendente. De hecho, era Walter Keitelbein.

FIN